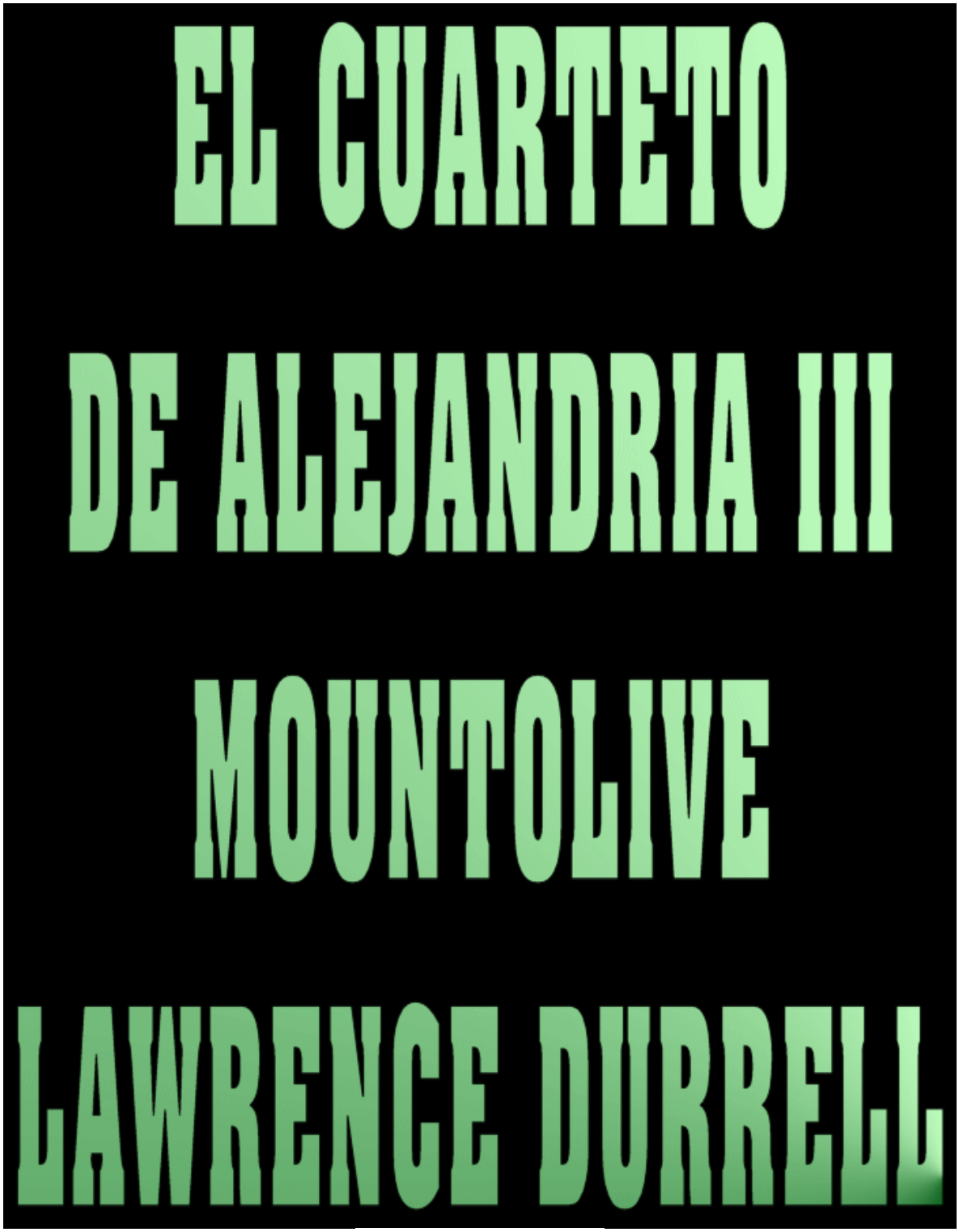


LIBROdot.com
http://www.librodot.com

MOUNTOLIVE

Titulo original: MOUNTOLIVE
Traducción de Santiago Ferrari
Octava edición 1986

© Editorial Sudamericana, S. A.
Humberto 1, 545 Buenos Aires
IMPRESO EN ARGENTINA

A Claude

NOTA

Todos los personajes y situaciones descritos en este libro (hermano de *Justine* y de *Balthaz*ar, y tercer volumen de un cuarteto) son puramente imaginarios. He usado del derecho del novelista al tomarme unas cuantas libertades indispensables respecto de la historia contemporánea del Medio Oriente y de la estructura del personal en el servicio diplomático británico. También he mejorado la belleza de la plaza Trafalgar, añadiéndole unos cuantos olmos. *Homi soit qui mal y pense.*

Como la literatura moderna no nos ofrece Unidades me he vuelto hacia la ciencia para realizar una novela como un navío de cuatro puentes cuya forma se basa en el principio de la relatividad. Tres lados de espacio y uno de tiempo constituyen la receta para cocinar un continuo. Las cuatro novelas siguen este esquema. Sin embargo, las tres primeras partes se despliegan en el espacio (de ahí que las considere hermanas, no sucesoras una de otra) y no constituyen una serie. Se interponen, se entretejen en una relación puramente espacial. El tiempo está en suspenso. Sólo la última parte representa el tiempo y es una verdadera sucesora.

La relación sujeto-objeto es tan importante para la relatividad que he debido emplear los dos tonos: el subjetivo y el objetivo. La tercera parte, Mountolive, es una novela estrictamente naturalista en la cual el narrador de Justine y Balthazar se convierte en objeto, es decir, en personaje. Este método. no debe nada ni a Proust ni a Joyce, pues a mi entender sus métodos, ilustran la noción de "duración" de Bergson, no la relación "espacio-tiempo".

El tema central del libro es una investigación del amor moderno. Estas consideraciones pueden parecer un poco presuntuosas e incluso grandilocuentes. Pero valga la pena tratar de descubrir una forma, adecuada a nuestro tiempo, que merezca el epíteto de "clásica". Aunque el resultado sea "ciencia-ficción" en la verdadera acepción del término.

L. D.

Disipado el sueño, si uno hubiera de recobrar el estado de ánimo propio del sentido común, el hecho sólo parecería tener mediana importancia: es la historia del hacer mal con la imaginación. Todo el mundo la conoce y a nadie ofende. Pero ¡ay!. A veces uno lleva la cosa un poquito más lejos. ¿Cuál -nos atrevemos a preguntar-, cuál sería la realización de la idea si su mera

forma abstracta nos ha exaltado así, nos ha conmovido tan hondamente? Entonces la siniestra ensoñación cobra vida y su existencia es un crimen.
D. A. F. De SADE: Justine.

I

Como joven que prometía mucho más de lo común, lo habían enviado a Egipto por un año, a fin de mejorar su dominio del idioma árabe; y se encontró agregado a la Alta Comisión como una especie de escriba, esperando su primer puesto diplomático; y ya se comportaba como un joven secretario de legación, con plena conciencia de las responsabilidades del futuro cargo. Pero hoy le resultaba un poco más difícil que de costumbre mantenerse serio; tan emocionante se había hecho la partida de pesca.

A decir verdad, tenía olvidados casi por entero sus pantalones de tenis, otrora tirantes de bien planchados, y su chaqueta de colegio; ni reparaba en que el agua del pantoque, subiendo por entre las tablas del piso, manchaba la punta de sus zapatillas blancas con un casquete negro. En Egipto uno se olvidaba continuamente de sí mismo. Bendijo la carta casual de presentación que le llevó a los campos de los Hosnani, a la amplia casona, construida sobre una red de lagos y taludes de Alejandría. Sí.

El «punt» que lo conducía ahora, a lentos empujones por el agua turbia, se volvía lentamente hacia el este, para tomar posición en el gran semicírculo de botes que se cerraba gradualmente sobre una zona objetivo delimitada por las oscuras espinas de cañas de las cuencas donde se congregaban los peces. Y mientras se acercaban, golpe por golpe, cayó la noche egipcia... súbita reducción de todos los objetos a bajorrelieves sobre un biombo de oro y vio¡cta. La tierra se había puesto densa como un tapiz en el reflejo crepuscular, color lila, temblando aquí y allí, con espejismos de agua producidos por la humedad que subía, expandiendo y contrayendo horizontes, hasta que el mundo le parecía a uno reflejado en una trémula pompa de jabón, próxima a desaparecer. También las voces, del otro lado del agua, sonaban ora altas, ora tiernas y claras. Su propia tos volaba al otro lado del lago en súbitos aletazos. Oscurecía, pero hacía calor aún; la camisa se le pegaba a la espalda. Las lanzas de oscuridad que llegaban hasta ellos sólo diseñaban la forma de las islas bordeadas de cañaverales, que puntuaban el agua como grandes acericos, como zarpas, como cojines. Lentamente, al ritmo de" la plegaria o la meditación, el gran arco de botes se estaba formando y cerrando, pero como la tierra y el agua se licuaban en ese ritmo, se tenía una y otra vez la ilusión de que viajaban a través del cielo, más bien que de las aguas aluviales del Mareotis. Y más allá de la vista, podía oír el chapaleo de los gansos y, en un rincón, el agua y el cielo se separaban bruscamente al alzarse una bandada de ellos, arrastrando sus membranosos pies a través del estuario, como hidroaviones, chillando roncamente. Mountolive suspiró y miró, hacia abajo, el agua parda, con el mentón en las manos. No estaba acostumbrado a sentirse tan contento. La juventud es la edad de las desesperaciones.

Detrás de sí oía al hermano menor, Naruz, el de labio leporino, refunfuñando a cada empujón de la pértiga, cuando la sacudida de la barca repercutía en sus riñones. El lodo, espeso como jalea, goteaba cayendo de nuevo en el agua, con un lento «flob flob», y el palo lo

succionaba con fruición. Era muy hermoso, pero con un olor repugnante, aunque, para sorpresa suya, vio que casi le gustaban los olores a podrido del estuario. Rachas de viento, desde el lejano horizonte del mar, subían como marea en torno a ellos, de tiempo en tiempo, refrescando la mente. Coros de mosquitos zumbaban como una lluvia de plata en el ojo del sol muriente. La telaraña de luz cambiante puso fuego a su espíritu.

-Naruz -dijo-, estoy tan contento... -y escuchaba sus propios y tranquilos latidos.

El joven emitió su risa típica, silbante:

-Bien, bien --contestó subiendo y bajando la cabeza-. Pero esto no es nada. Espere, ya estamos cerrando. Mountolive sonrió.- «Egipto», dijo para sí como quien repite un nombre de mujer. «Egipto».

-Allá, mire -exclamó Naruz con voz ronca y melodiosa-. Los patos no son rusés, ¿sabe? -(hablaba un inglés imperfecto y pomposo)-. Por eso cazarlos es fácil. Ustedes dicen cazarlos, ¿no? Hay que zambullirse debajo de ellos y agarrarlos de las patas. Más fácil que tirarles ¿eh? Si quiere, mañana iremos.

Gruñó de nuevo al palo impulsor y suspiró.

-¿Y qué hay de las víboras? -preguntó Mountolive. Había visto varias grandes, nadando por ese lugar aquella tarde.

Naruz encogió sus robustos hombros y rió. -No hay víboras -respondió riendo de nuevo. Mountolive se volvió de costado para apoyar la mejilla en la madera de la proa. Con el rabillo del ojo podía ver la figura de su compañero que se alzaba al hundir la pértiga y estudiar los peludos brazos y manos, las recias piernas musculosas.

-¿Tomo un turno? -preguntó, en árabe. Ya había notado cuánto les gustaba a sus huéspedes que les hablara en su lengua natal. Sus respuestas, entre sonrisas, eran como un abrazo-. ¿Lo tomo?

-No, no -contestó Naruz, sonriendo con su fea sonrisa, sólo redimida por unos magníficos ojos y una profunda voz. El sudor le goteaba del rizado cabello negro, de pico de viuda. Después, no fuera que la negativa pareciera descortés, añadió-: La corrida empezará con la oscuridad. Yo sé qué hacer, y usted tiene que quedarse sentado y mirar los peces.

Las dos pequeñas franjas de carne rosada que bor deaban su labio partido estaban húmedas de saliva. Guiñó los ojos con cariño al joven inglés.

Ahora la oscuridad avanzaba a la carrera hacia ellos y la luz expiraba. Subitamente, Naruz exclamo:

-¡Ahora es el momento! Mire allí.

Batió las palmas fuertemente y gritó por sobre el agua, sobresaltando a su compañero que siguió, levantando la cabeza, la dirección que señalaba el dedo.

-¿Qué?

El sordo estampido de un tiro disparado desde el bote más lejano estremeció el aire, y repentinamente el horizonte quedó cortado en dos por una nueva bandada, que se levantaba con más lentitud y dividía la tierra del aire, en una herida roja, viajera; como el corazón de una granada mirando a través de su cáscara. Después, pasando de rosada a escarlata, se pintó de blanco y cayó sobre el lago como una nieve que se derritiera al tocar el agua.

-Flamencos -gritaron los dos riendo, y la oscuridad se cerró, extinguiendo el mundo visible.

Por un largo rato descansaron, respirando hondamente, dejando que los ojos se acostumbraran a ella. Voces y risas llegaban desde los botes distantes, flotando a través de su sendero. Alguien exclamó: «Ya Naruz», y de nuevo, «Ya Naruz». Él se limitó a gruñir. Y en esto llegó el breve sonido sincopado de un tamborileo con los dedos, cuyos ritmos se copiaron en seguida en la mente de Mountolive, de modo que sintió que sus propios dedos empezaban a tamborilear sobre las tablas. El lago estaba sin piso ahora, el lodo amarillo se había desvanecido, el lodo blando resquebrajado de prehistóricas fallas lacustres, o el lodo bituminoso que arrastraba el Nilo delante de sí, camino del mar. Toda la oscuridad seguía oliendo aún a ese barro. «Ya Naruz», volvió el grito, y Mountolive reconoció la voz de Nessim, el hermano mayor, llevada sobre un soplo marino mientras espaciaba las palabras:

-Tiempo… de… encender…

Naruz emitió un grito de respuesta y gruñó de satisfacción, mientras buscaba fósforos en el bolsillo: -Ahora va a ver -dijo con orgullo.

El círculo de botes se había estrechado lo bastante para abarcar las cuencas de peces, y en la cálida oscuridad empezaron a chisporrotear fósforos y prontamente las lámparas de carburo se prendieron como trémulas flores amarillas, vacilando hasta definirse, permitiendo a los que estaban fuera de línea rectificar su posición. Naruz se inclinó sobre su huésped y tanteó buscando la proa. Mountolive olió el sudor del robusto cuerpo de Naruz, que probaba el tubo de goma y sacudía la vieja caja de baquelita del farol, llena del residuo de carburo. Después dio vuelta una llave, prendió un fósforo y por un momento densas nubes de humo envolvieron a los dos hombres, que contuvieron el aliento, pero el ambiente se despejó rápidamente mientras debajo de ellos florecía, como un inmenso cristal de colores, un semicírculo de agua del lago, candente y fiel como una linterna mágica al reflejar las sobresaltadas imágenes de peces que se dispersaban y volvían a formarse con movimientos de sorpresa, curiosidad, quizá placer inclusive. Naruz expelió el aliento con fuerza y volvió a su lugar.

-Mire abajo -dijo-, pero mantenga bien baja la cabeza.

Como Mountolive, que no había entendido esta última parte del consejo, se volvía para preguntarle, agregó: -Póngase un saco en la cabeza. Los martinpescadores se enloquecen con el pescado y no saben ver de noche. La última vez me cortaron la mejilla y Sobhi perdió un ojo. Mire adelante y abajo.

Mountolive hizo lo que le ordenaban y se quedó allí flotando sobre el nervioso charco de luz del farol cuyo piso era de pronto un cristal sin par, no barro, y estaba animado por tortugas acuáticas, ranas y peces que se deslizaban, toda una población perturbada por el mundo superior que se había entrometido en el suyo. La barca se sacudió nuevamente y avanzó, mientras la fría agua del pantoque le subía alrededor de los dedos de los pies. Con el rabillo del ojo podía ver que el gran semicírculo de luz, la cadena de flores de fuego, se iba cerrando más rápidamente, y, como para dar a los botes orientación y medida, se levantó el rumor de un tamborileo y un Canto apagado y melancólico, pero imperioso. Sintió que el empujón del bote, que daba vuelta, repercutía nuevamente en su columna vertebral. Experimentaba unas sensaciones que no le recordaban nada de lo que había conocido antes; sensaciones completamente originales.

Ahora el agua se había vuelto densa y espesa; como una sopa de avena que se va espesando poco a poco al ser revuelta a fuego lento. Pero cuando miró mejor, vio que no era el agua sino la multiplicación de los peces lo que producía esa sensación. Pululaban, se lanzaban como un disparo hacia adelante, en escuadras, excitados por la propia conciencia de su número, pero todos deslizándose y entrechocándose en una misma dirección. El cerco se había ajustado como un dogal, y ya solamente veinte pies los separaban del próximo bote, del próximo charco de luz de cera. Los barqueros habian empezado a lanzar gritos roncos y a golpear las aguas a su alrededor, excitados ellos mismos por los presentimientos de aquellos enjambres de peces que se apiñaban en el fondo blando del lago, excitándose más y más cuando empezaban las partes bajas, y se sentían atrapados en el círculo reluciente. Ahora había algo de delirio en la forma en que daban vueltas y vueltas en enjambre. Vagas sombras humanas desenrollaron redes de mano en los botes, y el griterío se hizo más denso. Mountolive sintió que la sangre le corría más rapidamente.

-Espere un momento -le gritó Naruz-. Quédese quieto.

Las aguas se espesaron como cola; cuerpos de plata saltaban en la oscuridad sólo para caer de vuelta, chispeando como monedas, en la parte baja. Los círculos de luz se ,' tocaron, se superpusieron y el cerco quedó completo, y desde su alrededor llegó un golpeteo y un crujido de cuerpos oscuros que saltaban a la parte de poca agua, desplegando y uniendo extremo con extremo, las largas redes de mano cuyas mallas oscuras se hinchaban ya, como medias de

Navidad, con los cuerpos convulsivos de los pescados. Los que saltaban se habían asustado tambien y sus brincos de pánico desgarraban toda la superficie de la hoya, echando hacia atrás agua fría sobre los faroles temblorosos, cayendo dentro de las barcas como una cosecha estremecida de frías escamas y colas tamborileantes. Sus excitantes forcejeos de agonía eran tan contagiosos como lo fuera antes el redoble de tambor. La risa sacudía el aire cuando las redes se cerraban. Mountolive pudo ver árabes con sus largas ropas blancas recogidas hasta la cintura, pujando hacia adelante, con manos firmes asidas a las oscuras proas que tenían a su lado, empujando lentamente hacia adelante las redes eslabonadas. La luz se reflejaba en los oscuros músculos. Su barbárica alegría llenaba la oscuridad.

Y vino otro fenómeno inesperado, porque el cielo mismo comenzó a espesarse encima de ellos, como el agua lo había hecho debajo. Súbitamente la oscuridad se infló de formas irreconocibles, pues los peces sobresaltados habían puesto sobre aviso a los que dormían en las playas, y con gritos ásperos e incoherentes los nuevos visitantes del estuario exterior, bordeado de juncos, se unieron a la caza -centenares de pelícanos, flamencos, grullas y martinpescadores- que acudían, en trayectorias irregulares, a lanzarse sobre el agua y a caer y disparar picotazos contra los peces que saltaban. Las aguas y el aire se estremecían por igual de vida, mientras los pescadores alineaban sus redes y echaban la pesca pululante dentro de los botes o volvían para afuera las redes dejando que las goteantes cascadas de plata se derramaran sobre la borda hasta que los timoneles quedaban cubiertos hasta el tobillo por los cuerpos que se azotaban convulsivamente. Había más que de sobra para hombres y pájaros, y mientras los moradores más grandes del lago plegaban y desplegaban torpes alas, como anticuadas sombrillas, o bien revoloteaban en desmañados grupos sobre el agua bullente, los martinpescadores, y las gaviotas cazadoras de arenques venían de todas partes con la velocidad del rayo, semienloquecidas de codicia y excitación, volando en itinerarios suicidas, algunas para romperse el cogote en la cubierta de los botes, otras para relampaguear, con el pico adelante, sobre el cuerpo de un pescador, abriéndole una mejilla en su aterradora avidez. El chapaleo del agua, los gritos roncos, el disparo de los picotazos y aletazos, y el loco tamborileo de los dedos conferían a toda la escena un esplendor inolvidable, que a Mountolive le recordaba vagamente algunos remotos frescos faraónicos de luz y oscuridad.

Aquí y allí también los hombres se pusieron a espantar a las aves dando palos al aire, de modo que entre los montones pululantes de peces se podía ver, con sorpresa, un arco iris de plumas, de color mágico, y unos picos rotos de los cuales brotaba sangre, cayendo sobre las escamas de plata. La escena continuó de este modo durante tres cuartos de hora hasta que las barcas estuvieron repletas hasta el borde. Nessim estaba ya junto a ellos, gritándoles en la oscuridad:

-¡Tenemos que volver! -Señaló una linterna que ondulaba del otro lado del agua, creando una cálida cueva de luz donde consiguieron ver los flancos suavemente curvos de un caballo y el filo dentado de

las hojas de palma-. Mi madre nos espera -agregó. Su cabeza impecable se inclinó hacia abajo- y recibió el borde de un charco de luz mientras sonreía. La suya era una cara bizantina, como la que uno podría encontrar entre los frescos de Rávena, en forma de almendra, con ojos oscuros, facciones claras. Pero Mountolive miraba, por decirlo así, a través de la cara de Nessim, la de Leila, su madre, tan parecida a él.

-¡Naruz! -llamó Nessim roncamente porque el hermano había saltado al agua para ajustar una red-. ¡Naruz! -Apenas se podía oír en medio de esa conmoción-. ¡Tenemos que irnos!.

Y así por fin las dos barcas, con su farol cada una, semejante al ojo del cíclope, volvieron a través del agua oscura hasta el lejano embarcadero, donde Leila los esperaba impaciente con los caballos, en medio del silencio sonoro de mosquitos. Una luna joven estaba en lo alto.

La voz de ella llegó risueña a través de los aires variables del lago, reprendiéndolos por haberse demorado, y Naruz se reía.

-Hemos traído montones de pescados -gritó Nessim. Ella estaba en pie, un poco más oscura que la oscuridad, y las manos de los dos se encontraron como guiadas por un instinto perfeccionado que no hallaba lugar en sus mentes conscientes. El corazón de Mountolive latió cuando se puso en pie y ella lo ayudó a subir al muellecito. Pero apenas estuvieron los dos hermanos en tierra, Naruz gritó:

-Te corro una carrera hasta casa, Nessim -y los dos se lanzaron hacia los caballos, que se espantaron ante la ardiente arremetida.

-¡Cuidado! -les gritó ella vivamente. Pero no había pasado un segundo cuando ya habían partido, y los cascos repiqueteaban sobre el blando camino de la ribera mientras Naruz se reía como un Mefistófeles.

-¡Qué puede hacer una! -agregó ella con fingida resignación, y en seguida llegó el mayordomo con los caballos para ellos.

Montaron y partieron para la casa. Ordenando al criado que fuera adelante, con la linterna, Leila puso su caballo bien cerca, para que pudieran andar rodilla contra rodilla, solazado cada uno por el contacto del otro. No hacía mucho que eran amantes: diez días apenas; pero al juvenil Mountolive le parecía un siglo, una eternidad de desesperación y placer. Lo habían educado seriamente en Inglaterra, educado para que no deseara sentir. Todas las otras lecciones valiosas ya las había dominado a pesar de su juventud: afrontar con sangre fría los problemas de la sala y de la calle; pero a las emociones personales sólo podía oponerles el silencio nervioso de una sensibilidad nacional anestesiada hasta convertirse casi en una torpe taciturnidad: una educación en reticencias y vergüenzas seleccionadas. Rara vez marchan juntas la crianza y la sensibilidad, aunque la brecha puede disfrazarse fácilmente en códigos de maneras, formas de dirigirse al mundo. Había

oído y leído de la pasión, pero mirándola como algo que nunca lo iba a asaltar; y allí estaba esa pasión, irrumpiendo en la vida secreta que él, como todo colegial excesivamente crecido seguía viviendo autónomamente detrás de la pantalla indulgente de las maneras y transacciones cotidianas, de la charla y afectos de todos los días. El hombre social dentro de él estaba sobremaduro antes de que el hombre interior hubiese llegado a ser adulto. Leila lo había dado vuelta como uno puede dar vuelta a un baúl viejo, revolviéndolo todo. Ahora sospechaba no ser más que un adolescente, fastidiosamente sentimental e implume, con las reservas agotadas. Casi indignado, advertía que allí por fin había algo por lo cual estaba dispuesto hasta a morir, algo cuya misma crudeza llevaba consigo un alado mensaje que penetraba hasta lo vivo de su mente. Aun en la oscuridad se sentía queriendo enrojecer. Algo absurdo. *Amar* era absurdo, cómo lo es un objeto arrancado de su sitio en la repisa del hogar. Se sorprendió a sí mismo preguntándose qué pensaría su madre si pudiera verlos así, cabalgando entre los espectros de estas palmeras, al lado de un lago que reflejaba la imagen de una lana nueva, rodilla contra rodilla.

-¿Estás contento? -le susurró Leila y él sintió que los labios de ella le rozaban la muñeca. Los amantes no~ pueden encontrar nada que decirse uno a otro que no se haya dicho y callado mil veces. Los besos se inventaron para traducir en heridas estas nadas.

-Mountolive -volvió a decir ella-, David, querido.

-Sí…

-Qué callado estás. Pensé que te habías dormido. Mountolive frunció el ceño, viéndose frente a su propia naturaleza interior, dispersa.

-Estaba pensando -contestó. Y de nuevo sintió que los labios de ella le rozaban la muñeca.

-Querida… -dijo. -Querido…

Siguieron andando así, rodilla contra rodilla, hasta que apareció a su vista la vieja casa construida en cuadrado sobre la red de riberas que labraban el estuario y los canales de agua dulce. El aire estaba lleno de murciélagos fruteros. La terraza superior de la casa aparecía vivamente iluminada y allí estaba sentado el inválido, torcido en su sillón de ruedas, mirando celosamente hacia la noche, esperándolos. El marido de Leila se moría de alguna misteriosa enfermedad muscular, una atrofia progresiva que acentuaba cruelmente la diferencia de edad, ya grande, porque ella sólo tenía cuarenta y tantos años, y parecía aún mucho más joven, mientras él pasaba bien de los sesenta. La enfermedad lo había ahuecado por dentro, transformándolo en una cáscara cadavérica compuesta de mantas y bufandas de donde asomaban dos largas manos sensibles. De rasgos saturninos, y con una tosquedad de expresión que se revelaba en la

cara de su hijo menor, tenía la cabeza caída sobre los hombros y en algunos aspectos se asemejaba a esas caretas de carnaval que se llevan sobre palos. Sólo falta añadir que Leila lo amaba.

Leila lo amaba. En el silencio de su propia mente, Mountolive nunca podía repetirse esas palabras sin chillarlas imaginariamente como un loro. ¿Cómo podía amarlo?, se preguntaba una y otra vez; ¿cómo podía?

Cuando oyó los cascos de los caballos sobre el empedrado del patio, el marido impulsó hacia adelante el sillón de ruedas, hasta la balaustrada, llamando porfiadamente: -Leila, ¿eres tú?

Tenía una voz de niño grande, que esperaba ser lastimado por la calidez de la sonrisa de Leila, y su voz suave y profunda de contraltó, donde se confundían la sumisión oriental con ese consuelo que sólo los niños pueden entender.

-Querido -dijo Leila y subió corriendo la larga escalera de madera para abrazarlo, mientras decía-: Hemos vuelto todos sanos y salvos.

Mountolive desmontó lentamente en el patio, oyendo el suspiro de alivio que exhalaba el hombre enfermo. Se ocupó en ajustar innecesariamente una cincha, a fin de no verlos abrazarse. No estaba celoso pero su incredulidad lo penetraba y hería. Era algo odioso, ser joven, ser torpe, sentirse arrancado de su propia base. ¿Cómo había venido a pasar todo esto? Se veía a un millón de millas de Inglaterra; el pasado se le había desprendido como una piel. La cálida noche estaba fragante de rosas y jazmines. Más tarde, si ella venía a su cuarto, él se quedaría inmóvil como una aguja, sin palabras y sin ideas, y tomaría en sus brazos aquel cuerpo extrañamente juvenil, casi sin deseo ni pesar; los ojos se le cerraron entonces, como los de un hombre que está bajo una cascada helada. Trepó lentamente la escalera; ella le había hecho darse cuenta de que era alto, erguido y buen mozo.

-¿Le gustó, Mountolive? -graznó el inválido con una voz en que flotaban (como el aceite en el agua) el orgullo y la sospecha. Un alto sirviente negro empujó una mesita de ruedas sobre la cual estaba el jarro de whisky... Mundo de anomalías: beber *sundowners* como coloniales en el viejo caserón de magníficas alfombras, paredes cubiertas de azagayas capturadas en Omdurman y fantasmagóricos muebles segundo imperio, de modelo turco.

-Siéntese -dijo el inválido, y Mountolive, sonriéndole, se sentó, no sin observar que aun allí, en los cuartos de recepción, había libros y revistas tirados, símbolo del hambre insatisfecha de pensamiento que Leila nunca había permitido que la dominara. Normalmente ella.guardaba sus libros y papeles en el harem, pero siempre se desbordaban a la casa. El marido no participaba en ese mundo, y ella procuraba que él no se diera cuenta, temiendo sus celos, que se habían hecho más molestos a medida que aumentaba su incapacidad

física. Los hijos se estaban bañando; Mountolive oía venir de alguna parte el rumor del agua que corre. Pronto se excusaría y se iría a poner un traje blanco para comer. Bebió y conversó con el hombre torcido en la silla de ruedas, con su voz baja y mclodiosa. Le parecía aterrador e impropio ser el amante de su esposa. Y siempre quedaba pasmado al ver la naturalidad y sencillez con que Leila llevaba adelante todo el engaño. (Su voz fría, melosa etc., etc.; trataría de no pensar demasiado en ella.) Frunció el ceño y sorbió su bebida.

Había sido muy difícil llegar hasta esos campos á presentar su carta de introducción: la carretera para autos terminaba en el vado, y después había que recurrir a los caballos para llegar a la casa entre los canales. Quedó aislado una hora entera hasta que un viandante amable le ofreció un caballo con el que llegó a destino. Ese día no estaba presente más que el inválido. Mountolive observó divertido que, mientras leía la carta redactada en el florido estilo de los árabes, el inválido murmuraba en alta voz las cortesías convencionales de reciprocidad a los cumplimientos que estaba leyendo, como si el autor de la carta estuviera oyéndolo. Después miró cariñosamente al rostro del joven inglés y le habló, y Mountolive le contestó suavemente.

-Usted vendrá a vivir con nosotros, única manera de mejorar su árabe. Por dos meses, si quiere. Mis hijos saben inglés y estarán encantados de conversar con usted. Mi mujer también. Van a estar muy contentos de ver una cara nueva, de tener un extraño en la casa. Y mi querido Nessim está en su último año de Oxford.

El orgullo y la satisfacción brillaron en sus ojos hundidos, por un momento, y luego se extinguieron para dar paso a la expresión habitual de dolor y tristeza. La enfermedad invita al desprecio. El enfermo lo sabe.

Mountolive aceptó, y, renunciando al mismo tiempo a la licencia local y a la licencia en su país, obtuvo permiso para quedarse dos meses en la casa de este hidalgo copto. Era romper con todo lo que había conocido hasta entonces el ser incluido de ese .modo en el molde de una vida familiar basada y alimentada en el despliegue inconsciente de un feudalismo que se remontaba por cierto hasta la edad media y tal vez más allá. El mundo de Burton, Beckford, Lady Hester... Entonces, ¿existía aún? Pero aquí, visto desde el punto ventajoso de alguien que está en el interior de la tela que ha pintado su propia imaginación, encontró que lo exótico le resultaba muy normal. Su poesía era irradiada por la inconsciencia con que se la vivía. Mountolive, que ya había, encontrado el «Sésamo ábrete» del idioma al alcance de su mano, sintió, por primera vez, que penetraba de veras en un país y en unas costumbres extranjeras. Sentía lo que se siente en esos casos, es decir, el placer vertiginoso de perder un antiguo yo y criar uno nuevo para reemplazarlo. Sentía que estaba resbalando perdiendo, por decirlo así, los perfiles de sí mismo. ¿E este el verdadero sentido de la instrucción? Comenzab a trasplantar todo un mundo, intacto, desde su imagina ción al suelo de su nueva vida.

La familia Hosnani, en sí misma, estaba formada provista de un modo raro. El gracioso Nessim y su mádr entraban en la familia del espíritu, perteneciendo a un mismo mundo intenso de inteligencia. El hijo mayor estaba siempre alerta para servir a su madre, ya fuera que ella necesitara abrir una puerta o recoger un pañuelo del suelo. Hablaba perfectamente inglés y francés, en forma impecable como sus modales, graciosa y .fuerte como su físico. Después, ante él, a la luz de las velas, estaba sentados los otros dos: el inválido, en sus mantas, y el hijo menor, recio y tosco como un mastín, con un aire indefinible de estar pronto a cada instante a responder un llamado a las armas. Aunque de pesada conformación y feo, era tierno: esto se veía en la manera cariñosa el que bebía las palabras que pronunciaba su padre, donde radicaba su obligación de amor. La sencillez le brillab en los ojos, y él también estaba dispuesto a ser útil, y, en realidad, cuando el trabajo del campo no lo mantení fuera de casa, siempre se apresuraba a despedir al callado sirviente que se mantenía en pie detrás de la silla de ruedas y servir a su padre con un brillante orgullo, contente hasta de levantarlo en vilo y llevarlo tiernamente, casi con embeleso, hasta el lavatorio. Miraba a su madre con algo del orgullo y de la infantil tristeza que brillaban en lo ojos del inválido. Sin embargo, aunque los hermanos estaban divididos de este modo como las ramitas de olivo, ni había brecha entre ellos: pertenecían a la misma rama, lo sentían así, y se querían mucho, porque eran en realidad complementarios, siendo el uno fuerte, el otro débil Nessim temía el derramamiento de sangre, el trabajo manual y los malos modos; en cambio, Naruz gozaba coi todo eso. ¿Y Leila? Mountolive, por supuesto, la tomaba por un bello enigma, pero si hubiera sido más experimen tado habría reconocido, en su naturalidad, una perfecta sencillez de espíritu, y en su carácter extravagante un temperamento al que se le había negado su verdadero despliegue y se había refugiado, con buena voluntad, en un conjunto de transacciones. Este casamiento, por ejemplo, con un hombre tan mayor que ella, había sido un matrimonio de conveniencia: cosas de Egipto aún. Se habían cotejado las ventajas de su familia con las de los Hosnani: parecía, como en todas esas uniones, la amalgama de dos grandes compañías. Que estuviera contenta o no era cosa en la que ella misma nunca había pensado. Estaba hambrienta, nada más, hambrienta de ese mundo de libros y reuniones, situado por siempre fuera de esa vieja casa y de los pesados deberes del campo que sostenía la fortuna de la familia. Era obediente y dócil como un fino animal de raza. Solamente la abrumaba una monotonía desconcertante. De joven había concluido sus estudios en El Cairo brillantemente y durante unos años abrigó la esperanza de ir a Europa a continuarlos. Quiso ser médica. Pero en aquel tiempo las mujeres de Egipto podían darse por contentas con escapar al velo negro, no ya a los estrechos confines del pensamiento y la sociedad egipcios. Europa, para los egipcios, no era más que un centro de compras que visitaban los ricos. Naturalmente, ella fue varias veces a París, con sus padres, y por cierto que se enamoró de él como nos pasa a todos; pero cuando se trató de quebrar las vallas egipcias y escapar del todo a la red paterna -escapar hacia una vida que podría

haber alimentado a una mente despierta- se estrelló contra la roca del conservadurismo de sus padres. Tenía que casarse y hacer su hogar en Egipto, le dijeron fríamente; y le eligieron, entre los hombres ricos que conocían, el más bueno y capaz que pudieron encontrar. De pie al borde del peñasco de estos sueños, hermosa aún y opulenta (en la sociedad de Alejandría la llamaban la Golondrina Oscura), Leila encontraba que todo se le volvía sombrío e insustancial. Tuvo que conformarse. Claro que nadie se iba a oponer a que visitara Europa con su marido, una vez cada tantos años, para hacer compras o pasar vacaciones... Pero su vida pertenecía a Egipto.

Cedió, respondiendo, al principio con desesperación, y más tarde con resignación, a la vida que le habían destinado. Su marido era bueno y cuidadoso, pero mentalmente un poco tardo. La vida fue minando la voluntad de ella. Era tan fiel que se sumergió en los asuntos de él, viviendo, como él quería, lejos de la única ciudad que llevaba remotas huellas de una vida a la europea: Alejandría. Durante años se había sometido a los aires embotadores del delta y a la vida monótona en los campos Hosnani. Vivía principalmente por intermedio de Nessim, al que estaban educando en el extranjero y cuyas raras visitas traían alguna vida a la casa. Mas para saciar su activa curiosidad por el mundo se suscribió a libros y revistas, escritos en los cuatro idiomas que conocía tan bien como el propio, o quizá mejor, porque nadie puede pensar ni sentir tan sólo en la obsolescencia sin dimensiones del árabe. Así, por muchos años, se desarrolló una batalla de resignaciones en que el elemento de desesperación sólo aparecía bajo la forma de enfermedades nerviosas, a las cuales el marido les prescribía un remedio no falto de inteligencia: unas vacaciones de diez días en Alejandría, que siempre le volvían el color a las mejillas. Pero aun estas visitas se fueron haciendo cada vez más raras; insensiblemente, ella se había deslizado fuera de la vida social, perdiendo la práctica de la charla y las pequeñas ideas que son su fundamento. La vida de ciudad la aburría; la veía superficial como las aguas del lago mismo, una vida secundaria; sus facultades de introspección se agudizaron con los años, y a medida que los amigos se quedaban atrás, sólo le iban restando unos pocos nombres y rostros: Balthazar el médico, por ejemplo, y Amarf y unos cuantos más. Pero pronto Alejandría iba a pertenecer más a Nessim que a ella misma. Cuando él terminara los estudios, iban a incorporarlo a la casa bancaria, con sus sucursales que se ramificaban rápidamente, echando raíces en la industria de la navegación, el petróleo y el tungsteno, raíces que necesitaban agua... pero para entonces ella ya se habría vuelto una ermitaña.

Esta vida solitaria la hizo sentirse un poco falta de preparación para Mountolive, para la llegada de un extranjero a su medio. Ese primer día ella regresó tarde, después de haber andado a caballo por el desierto, y se sentó en su sitio entre el marido y el huésped con cierta grata excitación. Mountolive apenas la miraba porque su voz estremecedora le producía unas pequeñas y curiosas vibraciones en el corazón, vibraciones que él registraba pero no quería estudiar. Leila vestía *jodhpurs* blancos y una blusa amarilla con pañuelo. Tenía las

manos pequeñas y blancas, sin anillos. Ninguno de los hijos apareció a almorzar ese día, y después de la comida fue ella la que decidió llevarlo a conocer la casa y los jardines, gratamente sorprendida ya por el respetable árabe y el sólido francés que hablaba el joven. Lo trató con la solicitud, levemente aprehensiva, de una mujer hacia un único hijo varón. El auténtico interés y deseo de aprender que mostraba el joven le producía unas emociones de gratitud que a ella misma la asombraban. Cosa absurda, pero es que ningún extranjero había demostrado nunca el menor deseo de estudiarlos y apreciarlos, su idioma, religión y costumbres. Y Mountolive tenía modales tan perfectos como poco dominio de sí mismo. Ambos caminaban por la rosaleda, escuchando el uno la voz del otro en una especie de sueño. Creían que les faltaba el aliento, como si se ahogaran.

Cuando él se despidió esa noche, aceptando la invitación de su marido para regresar y residir con ellos, no podían encontrar a Leila. El criado trajo el mensaje de que se sentía indispuesta y con jaqueca y se había acostado. Pero ella esperó que él regresara con una especie de atención obstinada y aprehensiva.

Naturalmente él conoció a los dos hermanos el primer día, porque Nessim volvió aquella tarde desde Alejandría, y Mountolive reconoció en él a una persona de su propia clase, una persona cuya vida era un lenguaje cifrado. Se respondían el uno al otro nerviosamente, como un acorde musical.

Y Naruz.

-¿Dónde está el bueno de Naruz? -le preguntó Leila al marido como si el segundo hijo fuera más asunto de él que de ella, lo que él tenía invertido en el mundo. -Ha estado encerrado en las incubadoras cuarenta días. Mañana volverá.

Leila parecía levemente confusa.

-Es que él va a ser el agricultor de la familia y Nessim el banquero -le explicó a Mountolive, enrojeciendo ligeramente. Después, volviéndose de nuevo al marido, agregó-: ¿Puedo llevarlo a Mountolive a ver a Naruz trabajando?

-Desde luego.

Mountolive estaba encantado con la forma en que ella pronunciaba su nombre. Le daba un acento francés, «Montoliv», y a él le sonaba muy romántico. Pensamiento nuevo también. Ella le tomó del brazo y caminaron per entre los rosales, cruzando las plantaciones de palmeras hasta llegar a las incubadoras, instaladas en una gran casa chata de ladrillos de barro; construida bien abajo del nivel del suelo. Golpearon una o dos veces a una puerta hundida, y al final Leila la abrió, impaciente, de un empujón. Entraron en un estrecho corredor donde se alineaban diez estufas de barro a cada lado, una frente a otra.

-Cierren la puerta -gritó una voz profunda al levantarse Naruz de entre un nido de telarañas y acudir, en medio de la penumbra, para identificar a los intrusos. Mountolive quedó algo intimidado por su rezongo y su labio leporino y la aspereza de su grito. Era como si, a pesar de la juventud de Naruz, se hubieran entrometido en la ermita de

algún desgreñado anacoreta. Tenía la piel amarilla y los ojos arrugados por la larga vigilía. Pero cuando los vio, Naruz pidió disculpas y pareció muy contento de que se hubieran molestado en visitarlo. En seguida se puso orgulloso, queriendo explicarles cómo funcionaban las incubadoras, y Leila, con tacto, le dejó el campo libre. Mountolive sabía ya que empollar huevos con calor artificial era un arte que había hecho famoso a Egipto desde la más remota antigüedad y le encantó que le explicaran el procedimiento. En ese pasillo subterráneo lleno de antiguas talarañas y tierra no barrida, hablaron

de las técnicas y temperaturas mientras los ojos oscuros y equívocos de la mujer se posaban sobre ellos, estudiando sus físicos y maneras, sus voces. Los hermosos ojos de Naruz aparecían ahora despiertos y vivos de satisfacción. El animado interés de su huésped lo arrobaba a él también, y le explicaba todo en detalle, hasta la técnica extraña por la cual el calor de los huevos, a falta de termómetro, se juzga simplemente colocando el huevo en la órbita del ojo.

Cuando volvían más tarde, caminando por el jardín, Mountolive le dijo:

-Simpatiquísimo su hijo.

Leila, inesperadamente, se ruborizó y bajó la cabeza. Contestó en voz baja, con emoción:

-Tenemos tanto remordimiento por no haberle hecho operar el labio leporino a tiempo... Y después los chicos de la aldea lo molestaban llamándole «camello», y eso le ofendía. Usted sabe que el camello tiene el labio partido en dos. ¿No? Bueno, lo tiene. Y Naruz las ha pasado malas.

El joven, que caminaba a su lado, sintió de golpe un impulso de condolencia hacia ella. Pero permaneció mudo. Y después, esa noche, Leila no apareció.

Al principio sus propios sentimientos lo confundían un poco, pero, como no estaba acostumbrado a la introspección, familiarizado, por decirlo así, con el núcleo de su propia personalidad, en una palabra, como era joven, los desechó sin trabajo. (Todo esto se lo repetía a sí mismo más tarde, recordando gravemente cada detalle, mientras se afeitaba ante el anticuado espejo o se hacía el nudo de la corbata. Revisaba todo el asunto obsesivamente, una y otra vez, como para provocar artificialmente, y dominar, toda la serie nueva de emociones que Leila había liberado en él. A veces lanzaba la imprecación: «Maldito sea» entre dientes, como sí estuviera recordando algún espantoso desastre. Era ingrato estar obligado a crecer. Era delicioso crecer. Oscilaba entre el miedo y una exaltación grotesca.)

Con frecuencia andaban juntos a caballo por el desierto, a sugestión de su marido; y allí, una noche de luna llena, tendidos uno al lado del otro en un médano que el viento, blandamente, había hecho polvo, dándole los contornos de la nieve o el rapé, se encontró frente a una nueva versión de Leila. Acababan de comer y hablaban bajo una luz espectral.

-Espere -dijo ella súbitamente-. Hay una cascarita en su labio.

E inclinándose adelante se la quedó suavemente con su propia lengua. El sintió la lengüita cálida de un gato egipcio sobre su labio inferior, durante un momento. (Allí era cuando decía interiormente, siempre, «Maldito sea».) Palideció y se sintió desvanecer. Pero ella estaba allí, tan cerca, tan inofensivamente cerca, sonriendo y frunciendo la nariz, que no pudo hacer otra cosa que tomarla en brazos, tropezando hacia adelante como un hombre tropieza con un espejo. Sus imágenes susurrantes se encontraron entonces como los reflejos sobre una superficie de agua de lago. Su mente se dispersó en mil pedazos, aleteando en el desierto alrededor de ellos. El acto de convertirse en amante fue tan fácil y tan completo, con tal aparente falta de premeditación, que, por un momento, casi no supo lo ocurrido. Cuando su mente le dio alcance, él demostró en seguida lo joven que era, tartamudeando:

-Pero, ¿por qué yo, Leila? -Como si ella hubiera tenido para elegir todo el mundo a sus pies. Y se asombró al verla recostarse y repetir las palabras, con algo que parecía un desprecio musical. La puerilidad de la pregunta la molestaba sin duda.

-¿Por qué tú? Porque...

Y con gran sorpresa de él, le recitó en voz baja y dulce un pasaje de uno de los autores que ella prefería. «-Hay un destino ahora posible para nosotros: el más elevado que se le haya puesto nunca delante a una pasión para que lo acepte o lo rehúse. Somos todavía de raza no degenerada; una raza mezclada de la mejor sangre nórdica. No somos todavía de ánimo disoluto, pero aún tenemos la firmeza para gobernar y la gracia para obedecer. Nos han enseñado una religión de pura piedad, que ahora por fin debemos traicionar o aprender a defenderla cumpliéndola. Y somos ricos en herencia de honor, que nos han otorgado mil años de noble historia, cuyo aumento debiéramos ansiar con sed cotidiana, con una espléndida avaricia, de modo que los ingleses, si fuera un pecado ambicionar honores, serían las almas más culpables.»

Mountolive escuchaba aquella voz con asombro, compasión y vergüenza. Evidentemente, lo que ella veía en él era algo como un prototipo de nación que sólo existía en su imaginación. Estaba besando y acariciando una imagen pintada de Inglaterra. Para él era la experiencia más rara del mundo. Sintió que las lágrimas le subían a los ojos cuando ella continuó la magnífica peroración, adaptando su clara voz a la melodía de la prosa:

«-¿O querrán ustedes, juventud de Inglaterra, hacer nuevamente del país un trono real de reyes, una isla con cetro, para todo el mundo una fuente de luz, un centro de paz; ama de la sabiduría y de las artes; fiel guardiana de grandes recuerdos en medio de visiones irreverentes y efímeras; una fiel servidora de principios probados con el tiempo, bajo la tentación de gratos experimentos y licenciosos deseos; y en medio de los crueles y clamorosos celos de las naciones, adorada en su extraño valor, de buena voluntad hacia los hombres?»

Las palabras empezaban a vibrarle en el cerebro.

-Ya no somos así, Leila.

Era un absurdo sueño alimentado en libros el que esta mujer copta había descubierto y traducido. Sentía como si todos esos mágicos abrazos se hubieran ganado en cierto modo con falsas apariencias, como si los absurdos pensamientos de ella estuvieran reduciendo todo el asunto, disminuyendo su escala hasta algo tan de sombras e irreal como, digamos, una transacción con cualquier mujer de la calle. ¿Puede uno enamorarse de la efigie en piedra de un cruzado muerto?

-Me has preguntado por qué -expresó ella, todavía con desprecio--. Porque... -con un suspiro-, será porque eres inglés...

(A Mountolive le ocurría que cada vez que se acordaba de esta escena a solas no tenía más que un juramento para expresar su asombro: «Maldito sea».)

Y, además, como todos los amantes inexpertos desde que el mundo es mundo, no se conformaba con dejar las cosas como eran; tenía que explorarlas y evaluarlas en su mente, a conciencia. Todas las respuestas que ella le daba eran inesperadas. Si él mencionaba al marido, Leila se enojaba en seguida, interrumpiéndole con una franqueza que lo dejaba cohibido:

-Yo lo amo. No quiero que se hable a la ligera de él. Es un hombre noble y nunca querría hacer nada que lo lastimara.

-Pero... pero... -tartamudeaba el joven Mountolive; y entonces, riéndose de su perplejidad, ella volvía a echarle los brazos al cuello diciéndole:

-¡Tonto, David, tonto! Si él mismo me dijo que te tomara por amante. Piensa... ¿no es sensato a su modo? ¿Temiendo perderme del todo por mala suerte? ¿Nunca has estado hambriento de amar? ¿No sabes lo peligroso que es el amor?

No, él no lo sabía.

¿Qué diablos iba a hacer un inglés con estos extraños moldes de pensamiento, estas fidelidades confusas y contradictorias? Quedó mudo de asombro.

-Sólo debo cuidar de no enamorarme, y no me enamoraré.

¿Por eso había elegido amar la Inglaterra de Mountolive a través de él, más bien que al propio Mountolive? Él no lograba encontrar una respuesta.

Las limitaciones de su inmadurez le ataban la lengua. Cerró los ojos y sintió como si estuviera cayendo de espaldas en el espacio oscuro. Y Leila, adivinando esto, encontró en él una inocencia que se hacía querer por sí sola; en cierto modo se puso a hacerle hombre, utilizando todo calor femenino, toda sinceridad. Era para ella a la vez un amante y una especie de hombre-niño desorientado, al que podía guiar en su crecimiento. Pero (debía de haberse hecho la reserva con toda claridad en su mente) tenía que prever cualquier resentimiento que pudiera sentir él por ese tutelaje. Así, pues, le ocultó su propia experiencia y se convirtió para él casi en compañera de su propia edad, compartiendo una complicidad que en cierto modo parecía tan inocente, tan ajena a reproche, que aun el sentido de la culpa estaba en él casi amortiguado, de modo que empezó a absorber por intermedio de ella resolución y confianza en sí mismo. Se dijo, con igual resolución, que él también tenía que respetar sus reservas y no enamorarse, pero esta clase de disociaciones son imposibles para los jóvenes. Él no podía distinguir entre sus propias necesidades emocionales, entre el amor pasión y la especie de idilio que se alimenta del narcisismo. El deseo lo estrangulaba. Imposible clasificarlo. Y aquí su educación inglesa le trababa a cada paso. No podía ni siquiera sentirse feliz sin sensación de culpa. Pero todo esto no lo veía muy claramente; sólo adivinaba a medias que había descubierto algo más que una amante, más que una cómplice. Leila era no solamente más experimentada; para pesar suyo encontró que había leído más que él, en su propio idioma inglés, y tenía más instrucción general. Pero, como compañera y amante modelo, nunca se lo hizo sentir. ¡Hay tantos recursos para una mujer de experiencia! Se refugiaba siempre en una ternura que se expresaba en bromitas. Le reprendía su ignorancia y le picaba la curiosidad. Y la divertía el efecto de su pasión sobre él: aquellos besos que caían quemando como gotas de saliva sobre un hierro caliente. A través de sus ojos él empezó a ver a Egipto de nuevo: pero extendido en otra dimensión. Saber el idioma no era nada; porque Leila demostraba cuán vacío es el conocer al lado del comprender.

Siendo un incorregible tomador de notas, su pequeño diario de bolsillo se abultó con los datos que emergían de sus largas cabalgatas, pero siempre eran anotaciones relativas al país porque no quería poner una sola línea sobre sus sentimientos ni siquiera registrar el nombre de Leila. De este modo:

Domingo. Al pasar a caballo a través de una pobre aldea cubierta de moscas, mi acompañante me señala unas marcas como escritura cuneiforme en las paredes de las casas y me pregunta si puedo leerlas. Como un necio digo que no, pero a lo mejor ¿son de idioma amárico? Risas. La explicación es que un venerable vendedor ambulante pasa por aquí cada seis meses trayendo una alheña desde Medina, muy estimada debido a su vinculación con la ciudad santa. Aquí casi todos son demasiado pobres para pagar, de modo que él les da créditos, pero, para que no se vayan a olvidar, escribe la cuenta en la pared de arcilla con un cascote.

Lunes. Alí dice que las estrellas fugaces son piedras; gcre tiran los ángeles en el cielo para alejar a los malos «djinns» cuando quieren escuchar a escondidas las con versaciones del paraíso y enterarse de los secretos del futuro. Todos los árabes le tienen terror al desierto, inclusive los beduinos. Cosa extraña.

Igualmente, cuando se produce una pausa en la conversación', lo que nosotros decimos «Pasó un ángel» ellos lo dicen de otro modo. Cuando se produce un momento de silencio alguien exclama: «Wahed Dhu» o *sea «Dios es Uno». y entonces toda la compañía repite fervientemente la respuesta:* «La Illah Illa Allah», o *sea, «No hay más Dios sino un Dios», antes de reanudarse la conversación normal. Estos pequeños hábitos son extremadamente contagiosos.*

También: Mi huésped utiliza una curiosa frase cuando habla de retirarse de los negocios. Lo llama «Hacer su alma».

También: Nunca había probado el café del Yemen con una gotita de ámbar Fris en cada copa. Es delicioso. También: Mohamed Shebab me ofreció, al encontrarnos, un toque de esencia de jazmín de una redoma con tapón de vidrio, como uno ofrecería un cigarrillo en Europa.

También: Aman los pájaros. En un cementerio todo desordenado he visto tumbas con pocitos para beber, excavados en el mármol, destinados a los pájaros. Mi acompañante me dijo que las mujeres de la aldea los llenan en sus visitas de los viernes.

También: Alí el mayordomo negro, un inmenso eunuco, me dijo que temen sobre todo los ojos azules y el cabello rojo como signos de mal. Es curioso que los ángeles examinadores, en el Corán, como su rasgo más repulsivo tienen ojos azules.

Así el joven Mountolive anotaba y meditaba las extrañas costumbres de la gente entre la cual había ido a vivir, tomándose mucho trabajo, como le correspondía a quien estudiaba hábitos tan diversos de los suyos; pero también lo hacía en una especie de éxtasis al encontrar como una correspondencia poética entre la realidad y la imagen soñada del Oriente que él había formado con sus lecturas. Menos disparidad había allí que entre las imágenes gemelas que Leila parecía acariciar: una imagen poética de Inglaterra y de su espécimen, el jovencito tímido y en muchos sentidos implume, que había tomado por amante. Pero él no era del todo tonto. Estaba aprendiendo las dos lecciones más importantes de la vida: hacer sinceramente el amor, y reflexionar.

Otros episodios y escenas lo tocaban y excitaban de un modo diferente. Un día todos ellos cruzaron a caballo las plantaciones para ir a visitar a la vieja nodriza Halima, que vivía en honroso retiro. Había sido la prin*cipal* nodriza y compañera de los muchachos durante su infancia.

-Hasta les daba el pecho cuando a mí se me retiraba la leche -explicó Leila.

Naruz emitió una risita ronca:

-Era nuestra «masticadora» -1e dijo a Mountolive-. ¿Conoce la palabra?

En Egipto, por aquella época, le daban la comida a los chicos unos criados que tenían la obligación de masticarla antes de ponérsela en la boca con la cuchara.

Halima era una esclava negra del Sudán, libertada, y ella también estaba «haciendo su alma» ahora en una casita de zarzo entre los campos de cañas de azúcar, viviendo dichosa con innumerables hijos y nietos. Imposible juzgar su edad. Quedó contenta sobremanera al ver a los jóvenes Hosnani; y a Mountolive le conmovió la forma en que ellos desmontaron y fueron a abrazarla. Y Leila no fue menos afectuosa. Cuando la vieja negra se recobró, quiso hacer un bailecito en honor de sus visitantes. Curiosamente, no lo hizo sin gracia. Todos la rodearon cariñosamente, batiendo las palmas a compás mientras ella giraba, primero sobre un pie y luego sobre el otro; y cuando terminó, se renovaron los abrazos y la risa. Esta ternura inafectada y espontánea le encantó a Mountolive, quien miró a Leila con ojos brillantes, en los que ella pudo leer, no solamente amor, sino también un nuevo respeto. Hubiera querido estar solo con ella y abrazarla, pero escuchó pacientemente mientras la vieja Halima contaba grandezas de familia y cómo le habían hecho posible visitar dos veces la Ciudad Santa en reconocimiento de sus servicios. Mantenía una mano tiernamente sobre la manga de Naruz mientras hablaba, mirándolo de vez en cuando a la cara con el cariño de un animalito. Después, cuando él sacó del viejo zurrón polvoriento, que siempre llevaba consigo, todos los regalos que le habían traído, la sonrisa y la consternación se alternaron en el semblante de ella, como eclipses de luna. Lloró.

Había otras escenas, menos agradables quizá, pero igualmente representativas de las costumbres de Egipto. Una mañana temprano presenció un breve incidente que ocurrió en el patio, bajo su ventana. Un jovencito moreno estaba de pie, intranquilo, delante de un Naruz diferente, que gritaba fieramente pero con un coraje que iba disminuyendo en aquellos ojos azules. Mountolive había oído las palabras «Amo, no era mentira», dichas dos veces con voz clara. El estaba acostado, leyendo, y se levantó y acudió a la ventana, a tiempo para ver a Naruz, que repetía en voz baja y obstinada como un chistido entre los dientes apretados, «Mientes de nuevo»; y le vio realizar un acto cuya brutalidad carnal le estremeció: vio que sacaba un cuchillo del cinto y le cortaba un pedazo del lóbulo de la oreja al muchachito, pero despacio, suavemente en realidad, como uno cortaría un racimo de la parra con el cuchillo frutero. Una ola de sangre fluyó sobre el pescuezo del criado, pero éste permaneció inmóvil:

-Ahora vete -le dijo Naruz con el mismo chistido diabólico- y dile a tu padre que por cada mentira te voy a cortar un pedazo de carne

hasta que lleguemos a la parte verdadera, la parte que no miente.

.

El chico rompió a correr, tambaleándose, y desapareció jadeando. Naruz secó la hoja del cuchillo en los ahuecados pantalones y subió .la escalera silbando. Mountolive estaba como embrujado.

Y luego (la variedad de estos incidentes era lo más desconcertante que tenían) esa misma tarde, mientras estaba paseando a caballo con Naruz, habían llegado a los límites de la propiedad, donde empezaba el desierto, y allí habían tropezado con un enorme árbol sagrado de donde colgaban todo género de exvotos, de los aldeanos sin hijos o afligidos por alguna desgracia. Hasta la última ramita parecía haber retoñado en cientos de trapos. Cerca estaba el santuario de algún viejo ermitaño, muerto hacía, largo tiempo y cuyo nombre estaba olvidado, como no fuera para unos aldeanos muy viejos. Sin embargo la tumba desmoronada seguía siendo un lugar de peregrinación y de intercesión para musulmanes y coptos por igual; y fue allí donde Naruz, echando pie a tierra, anunció con la mayor naturalidad:

-Yo siempre digo una oración aquí; ¿vamos a rezar juntos?

Mountolive se sintió un poco cortado, pero desmontó sin decir palabra y permanecieron de pie, lado a lado ante la pequeña tumba polvorienta del santo perdido. Naruz, con los ojos alzados al cielo y una expresión de demoníaca mansedumbre en ellos; Mountolive imitando exactamente su actitud, con las manos en forma de copa y colocadas sobre el pecho. Después los dos inclinaron la cabeza y rezaron un buen rato, tras lo cual Naruz expelió el aliento en un largo suspiro, leve, como con alivio, e hizo el ademán de llevar los dedos hacia abajo, a través de su cara, para absorber la bendición. Mountolive lo imitó muy conmovido.

-Bueno, hemos orado ya -dijo Naruz, en tono definitivo, cuando volvían a montar y partían a través de los campos, que permanecían silenciosos bajo la luz del sol, excepto en los lugares en que las bombas chupaban y zumbaban lanzando el agua del lago hacia los- canales de riego. Al final de las largas plantaciones sombreadas encontraron otro ruido más familiar en el suspiro largo y profundo de las *sakkias,* las norias de madera egipcias, y Naruz torció la cabeza, atendiendo apreciativamente.

-Escuche -le dijo- escuche las *sakkias.* ¿Conoce usted su historia? Por lo menos, lo que dicen los aldeanos. Alejandro Magno tenía orejas de asno y solamente una persona sabía el secreto. Era su barbero, un griego. Es difícil guardar un secreto cuando uno es griego. Así el barbero, para desahogarse, salió al campo y se lo contó a una *sakkia;* y desde entoces las *sakkias* lloriquean diciéndose unas a otras «Alejandro tiene orejas de asno». ¿No es extraño? Nessim dice que en el museo de Alejandría hay un retrato de Alejandro que tiene puesto los cuernos de Ammon. Tal vez este cuento es una supervivencia. ¿Quién puede saber?

Cabalgaron en silencio durante un largo tiempo. -Me fastidia tener que dejarlos la semana próxima -dijo Mountolive-. He pasado un tiempo maravilloso. Una expresión curiosa apareció en el semblante de Naruz, mezcla de recelo y satisfacción inquieta, y también, entre ambas cosas, una especie de resentimiento animal. que, según se dijo Mountolive, eran celos (¿celos de su madre?). Miró con curiosidad el severo perfil, no muy seguro de cómo interpretarlo. Al fin y al cabo los asuntos de Leila sólo a ella le importaban. ¿O no? ¿O tal vez su enredo de amor había afectado el sentimiento familiar? ¿Tan ligados estaban los afectos y obligaciones de la familia Hosnani? Le habría gustado hablar francamente con los hermanos. Nessim, por lo menos, entendería y simpatizaría con ellos, pero al pensar en Naruz comenzó a dudar. El hermano menor... Por alguna razón no se podía confiar del todo en él.~ La atmósfera de gratitud y simpatía con el visitante había cambiado sutilmente... Aunque él no pudiera ver la menor huella de animosidad y reserva. Era algo más sutil, menos definible. Quizá, pensó Mountolive de pronto, él mismo se había fabricado esta sensación por su propio sentimiento de culpa. Lo meditaba así observando el perfil sombríamente áspero de Naruz. Y cabalgaba pensativo a su lado.

Naturalmente no podía identificar qué era lo que le preocupaba al hermano menor, porque en realidad era una escenita que había ocurrido, sin que él lo supiera, pocas semanas antes, mientras toda la casa dormía. Ciertas veces el inválido se encaprichaba en permanecer levantado más tarde que de costumbre, quedándose sentado en su sillón de ruedas y leyendo hasta tarde, por lo general algún manual sobre administración de propiedades, sobre forestación o cualquier cosa. En tales ocasiones. el cumplidor Naruz se sentaba en un sofá en la pieza vecina y esperaba, con la paciencia de un perro, la señal de acudir para trasladar a su padre a la cama. Nunca leía un libro ni undiario si podía evitarlo, pero le gustaba quedarse tendido bajo la luz amarilla de la lámpara, escarbándose los dientes con los fósforos y cavilando hasta que oía el llamado malhumorado del padre.

La noche en cuestión debía de haberse adormecido, porque al abrir los ojos encontró que todo estaba oscuro. Una brillante luna llena bañaba, la pieza y el balcón, pero una mano desconocida había apagado las luces. Se incorporó. El balcón, hecho sorprendente, estaba vacío. Por un momento Naruz pensó que estaba soñando, porque su padre nunca se había ido solo a acostar. Pero mientras estaba allí, a la luz de la luna, luchando con esa sensación de incomprensión y duda, le pareció oír el rumor de las ruedas de goma sobre las tablas del piso del domitorio de su padre. Era unta desviación sorprendente de la rutina habitual. Cruzó el balcón y anduvo en puntas de pie, asombrado. La puerta estaba abierta, y espió. Vio la pieza llena de luz de luna.

Oyó el ruido sordo de las gomas chocando contra la cómoda, y el rumor de los dedos que tanteaban buscando la perilla de un cajón. Después oyó que abrían el cajón y le invadió el desaliento, recordando que allí se guardaba el viejo revólver Colt, perteneciente a su padre. De pronto se halló incapaz de hablar ni moverse, pues oyó que se abría el tambor del arma, y un inconfundible rumor de papel revuelto,

inmediatamente interpretado por su memoria. Después el clic preciso de las balas que entraban en las cámaras. Le parecía estar atrapado en esos sueños en que uno, corre esforzadamente y no puede moverse del sitio. Cuando el tambor saltó de vuelta a su posición y el arma quedó lista, Naruz juntó sus fuerzas para entrar audazmente en la pieza, pero vio que no podía moverse. Le parecía tener alfileres en la columna vertebral y sentía que el cabello se le erizaba en la nuca. Vencido por una de las inhibiciones aterradoras de la primera infancia, no pudo hacer otra cosa que dar un solo paso lento y detenerse con los dientes apretados.

La luna brillaba directamente sobre el espejo, y a la luz de los reflejos pudo ver a su padre, sentado en su sillón, erguido frente a su propia imagen, con una expresión en la cara que nunca le había visto antes. Era desolada ¿impasible, y, bajo la luz indirecta y espectral, parecía desnuda de todo sentimiento humano, como lavada por todas las emociones que la habían venido minando continuamente. El hermano menor miraba como hipnotizado. (Una vez, en su infancia, había visto una cara como ésta, aunque no tan grave, no tan ausente, pero sí parecida. Fue una vez en que su padre le describió la muerte del mal mayordomo Mahmoud, diciendo sombríamente: «Y así vinieron y lo ataron a un árbol *et on lui a coupé les choses* y se las metieron en la boca.» Cuando niño le bastaba repetir las palabras y recordar la expresión de la cara de su padre para sentirse a punto de desmayarse. Ahora este incidente se le apareció de nuevo, con doble terror, al ver al inválido confrontándose a su propia imagen, reflejada por la luna, levantando lentamente el revólver para apuntar, no a su sien, sino a dicha imagen, diciendo con su voz ronca, como un graznido: «Ahora, si ella se enamora, tú sabes lo que tienes que hacer.»)

En seguida hubo silencio y un solo sollozo seco y cansado. Naruz sintió que le acudían lágrimas a los ojos, pero todavía el embrujo lo retenía: incapaz de moverse, hablar ni siquiera sollozar en voz alta. La cabeza de su padre se inclinó sobre su pecho y la mano en que tenía el revólver cayó con él hasta que Naruz oyó el leve golpe del tambor sobre el piso. Un largo silencio estremecido se hizo en la pieza, en el corredor, en el balcón, en los jardines, por doquiera, el silencio de un alivio que permitía que la sangre aprisionada en el corazón y las venas circulase otra vez. (En alguna parte, suspirando dormida, Leila debía de haberse dado vuelta oprimiendo con sus disputados brazos blancos algún sitio fresco entre las almohadas.) Un solo mosquito zumbó. El embrujo se deshizo.

Naruz se retiró por el corredor al balcón donde se detuvo un momento, luchando con sus lágrimas antes de llamar:

-¡Padre!

La voz era chillona y nerviosa, una voz de colegial. En seguida se prendió la luz en la pieza de su padre, se cerró un cajón y oyó el rumor de las gomas rodando sobre la madera. Esperó un largo segundo y pronto llegó el gruñido familiar, «Naruz», que le decía que todo andaba

bien. Se sonó la nariz en la manga y corrió al dormitorio. Su padre estaba sentado frente a la puerta con un libro en las rodillas.

-Bruto haragán -le dijo-. No podía despertarte. -Lo siento -contestó Naruz. Se sentía de pronto muy contento. Tan aliviado estaba que quería rebajarse, que le dijeran palabras gruesas, que lo insultaran.

-Soy un bruto haragán, un cerdo que no piensa, un grano de sal -manifestó afanosamente esperando provocar reproches más hirientes de su padre. Sonreía. Quería bañarse voluptuosamente en la furia del enfermo.

-Llévame a la cama -dijo éste lacónicamente, y el hijo se agachó con ávida ternura para recoger ese cuerpo cuyo asunto, como advirtió Mountolive en seguida, le había estado royendo desde el primer día de su visita. En realidad, tenía toda esa conversación almacenada en su interior esperando el momento de lanzarla. Naruz miraba a su padre con adoración comprensiva, mientras sus fac. ciones tomaban una expresión a tono con lo que iba diciendo: orgullo, ante la expresión *«nuestra santa ciudad»* y cólera ante la de *«peores que infieles».* Leila permanecía sentada, pálida y absorta, mirando hacia afuera; solamente Nessim parecía serio, pero tranquilo de espíritu. Miraba a su padre con simpatía y respeto, pero sin emoción visible. Casi sonreía aún.

-¿Sabe usted cómo nos llaman a nosotros los musulmanes? -nuevamente meneó la cabeza-. Yo se lo voy a decir: *Gins Pharoony.* Sí, somos el *genus Pharaonicus,* los verdaderos descendientes de los antiguos, el verdadero meollo de Egipto. Nosotros nos llamamos *Gypt,* egipcios antiguos. Pero somos cristianos como ustedes aunque de la vena más pura y antigua. Durante todo ese tiempo hemos sido el cerebro de Egipto, aun en la época del Kedive. A pesar de las persecuciones, hemos conservado un lugar honroso aquí; siempre han respetado nuestro cristianismo. Aquí, en Egipto, no allá, en Europa. Sí; los musulmanes, que han odiado a los griegos y judíos, reconocieron en los coptos a los verdaderos herederos de la antigua sangre egipcia. Cuando Mohamed Alí vino a Egipto puso todos los negocios financieros del país en manos de los coptos, también lo hizo así Ismael, su sucesor. Una y otra vez encontrará usted que prácticamente Egipto estaba gobernado por nosotros, los despreciados coptos, porque tenemos más integridad y caletre que los otros. En realidad, cuando Mohamed Alí vino por primera vez encontró a un copto a cargo de todos los asuntos del Estado y le hizo gran visir.

-Ibrahim el Gohari -acotó Naruz con el aire triunfal de un colegial que puede recitar correctamente la lección.

-Exactamente -repitió el padre en tono no menos triunfante-. Era el único egipcio autorizado para fumar la pipa delante de los kedives.'¡Un *copto!*

Mountolive maldecía el desliz que lo había llevado a recibir semejante conferencia, y al mismo tiempo escuchaba con gran atención. Esas quejas evidentemente se sentían de veras.

-Y cuando murió Gehari, ¿a quién recurrió Mohamed Alí?

-Ghali Doss -dijo Naruz, encantado de nuevo. -Exactamente. Como ministro de hacienda tenía plenos poderes sobre los ingresos y los impuestos. Un copto. Otro copto. Y a su hijo Basilio lo hicieron Bey, y miembro del Consejo Privado. Estos hombres gobernaron a Egipto con honra. Y a muchos les dieron grandes cargos. -Sedarous Takla en Esneh -señaló. Naruz-, Shehata Hasaballah en Assiout, Girgis Yacoub en Beni Souef -sus ojos brillaban al hablar y saboreaba como una serpiente el calor de la aprobación paterna. '

-Sí -gritó el inválido, golpeando el brazo del sillón con la mano-. Sí. Y aun bajo Said e Ismael los coptos desempeñaron su papel. El fiscal público en cada provincia era un copto. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? Depositar semejante confianza en una minoría *cristiana.* Los musulmanes nos conocían. Sabían que éramos primero egipcios y después cristianos. Egipcios cristianos... ¿Han pensado ustedes, los británicos, con sus románticas ideas sobre los musulmanes, lo que significan esas palabras? Los únicos cristianos orientales plenamente incorporados a un Estado musulmán. Habría sido el sueño de los alemanes descubrir semejante clave para Egipto, ¿verdad? Por todas partes cristianos en puestos de confianza, en puestos clave, como *mudires,* gobernadores y demás. Bajo Ismael un copto desempeñó* el ministerio de guerra.

-Ayad Bey Hanna -dijo Naruz con fruición.

-Sí. Aun bajo Arabi, un ministro copto de justicia y un maestro de

-¿Cómo cambió todo esto? -preguntó Mountolive, despacio, y el inválido se apoyó en sus almohadones pa señalar, con dedo tembloroso, 'a su huésped, diciendo: -Los británicos lo cambiaron con su odio a los co tos. Gorst inició una amistad diplomática con el Kedive Abbas, y como resultado de ella ya no se encontró ni u copto en el círculo de la corte, ni siquiera en los servicio de sus departamentos. En realidad, si usted habla a la gente que rodeaba a ese hombre corrompido y bestia sostenido por los británicos, llegaría a pensar que el ene migo era la parte cristiana del país. Aquí déjeme que le lea una cosa. -Y entonces Naruz, rápido como un acólit, bien aleccionado, se deslizó a la$_r$ pieza vecina y volvió coi un libro que tenía metido un senalador. Lo abrió sobre e regazo de su padre y volvió como un relámpago a su asiento. Aclarándose la garganta, el enfermo leyó, chillonamente-: «Cuando los británicos tomaron el dominio de Egipto los coptos ocupaban cierto número de los puestos más altos del Estado. En menos de un cuarto de siglo, casi todos los jefes coptos de departamentos habían desaparecido. Al principio estaban plenamente representados en los estrados de la justicia, pero gradualmente su número se redujo a cero; el proceso de echarlos y

cerrar la puerta a nuevos nombramientos continuó hasta que quedaron reducidos a un estado de desaliento rayano en la desesperación.» Estas son las palabras de un inglés. Le honra haberlas escrito -cerró el libro con un golpe seco y siguió-: Hoy, con el mando británico, al copto se le priva de ejercer el cargo de gobernador y aun de Mamur, magistrado administrativo de una provincia. Aun los que trabaian para el gobierno están obligados a trabajar los domingos, porque, como deferencia para los musulmanes, han hecho del viernes día de oración. No se han previsto disposiciones para el culto de los coptos. Ni siquiera están debidamente representados en los consejos y comisiones del' gobierno. Pagan grandes impuestos para la educación... pero no se toman recaudos para que ese dinero vaya a la educación cristiana. Es toda islámica. Y no le voy a cansar con el resto de nuestras quejas. Solamente quería que usted entendiera por qué nosotros creemos que Gran Bretaña nos odia y querría eliminarnos.

-No creo que esto pueda ser así -contestó Mountolive, débilmente, un poco sin aliento por lo directo de la crítica y sin saber cómo tratarla. Todo esto era entéra

mente nuevo para él, porque sus estudios habían consistido en leer el libro convencional de Lane como si fuera el evangelio de Egipto. El enfermo asintió de nuevo con la cabeza, como si con cada movimiento asegurara más su argumentación. Después el padre señaló al hijo mayor:

-Nessim -dijo-. Mírelo. Un verdadero copto, inteligente, reservado. Qué adorno sería para el servicio diplomático egipcio ¿eh? Usted, como futuro diplomático, lo apreciará mejor que yo. Pero no. Será un hombre de negocios porque nosotros los coptos sabemos que es inútil. Inútil.

Golpeó nuevamente el brazo de su sillón de ruedas y la saliva le vino a la boca.

Pero esta era la ocasión que esperaba Nessim, pues entonces tomó la manga de su padre y la besó sumisamente, diciendo al mismo tiempo, con una sonrisa:

-Pero David va a aprender todo esto, de cualquier modo. Ya es bastante por ahora. Y sonriendo a su madre, sancionó la señal que, con alivio, ella hizo a los criados indicando la terminación de la comida.

Tomaron café en un silencio incómodo en la terraza, donde el inválido permaneció sentado aparte, mirando sombríamente a la oscuridad; los pocos intentos de con versación fracasaron por entero. Para hacerle justicia, el propio enfermo se sentía avergonzado de su estallido. Se había jurado no introducir ese tema ante su huésped y ahora tenía conciencia de haber faltado a las leyes de la hospitalidad. Pero él tampoco veía ya la manera de reanudar la conversación en

que había naufragado temporalmente la simpatía que se tuvieran recíprocamente hasta entonces.

Una vez más, los auxilió el tacto de Nessim; llevó a Leila y a Mountolive al rosedal, donde los tres caminaron en silencio por un rato, con el espíritu embalsamado por el denso aroma nocturno de las flores. Cuando ya no los podían oír desde el balcón, el hijo mayor dijo con naturalidad:

-David, espero que no se fije usted en el estallido de mi padre. Es una cosa que él siente mucho.

-Lo comprendo.

-Y mire -dijo Leila afanosa, queriendo concluir con todo el asunto y volver a la atmósfera normal de amistad-, en realidad, lo que dice es cierto, a pesar de la forma en que lo expresa. Nuestra situación no es nada envidiable y la debemos enteramente a ustedes los británicos. Vivimos, en efecto, como una sociedad secreta, cuando antes éramos la comunidad más brillante, la comunidad clave en nuestro país.

-No me explicó por qué -comentó Mountolive. -No es, tan difícil -contestó Nessim con solturaLa pista es la iglesia militante. Cosa extraña, pero para nosotros no ha habido verdadera guerra entre la cruz y la media luna. Eso fue enteramente una creación occidental. También lo fue la idea del cruel musulmán infiel. El musulmán nunca persiguió a los coptos por razones religiosas. Al contrario, el Corán respeta a Jesús como profeta verdadero, y, a decir- verdad, como precursor de Mahoma. Los otros días Leila le citaba a usted el pequeño retrato del niño Jesús en una de las suras... ¿Se acuerda? Insuflando vida en los modelos de pájaros que estaba haciendo en arcilla con otros chicos...

-Me acuerdo.

-¡Vaya! Aun en la tumba de Mahoma -agregó Leila- siempre ha habido –esa cámara vacía que espera el cuerpo de Jesús. Según las profecías, ha de ser enterrado en Medina, fuente del Islam. ¿Se acuerda? Y aquí, en Egipto, ningún musulmán siente nada que no sea respeto y amor por el Dios cristiano. Aún hoy. Pregunte a cualquiera, pregunte al Muecín. (Esto era como decirle: «Pregunte a alguien que diga la verdad», pues ,ninguna persona impura, borracho, loco o mujer, se considera elegible para pronunciar el llamado a la oración.)

-Ustedes, en el corazón, siguen siendo cruzados --expresó Nessim suavemente, con ironía pero sonriendo aún. Se volvió y caminó lentamente entre los rosales, dejándolos solos. En seguida la mano de Leila buscó la presión familiar de la mano de Mountolive.

-No hagas caso -dijo a la ligera, en voz diferente-. Algún día volveremos, con vuestra ayuda o sin ella. Tenemos larga memoria. -- Se sentaron un rato sobre un bloque de mármol caído, hablando de otras cosas, olvidadas las grandes cuestiones ahora que estaban solos.

-¡Qué oscura es esta noche! No veo más que una estrella. Esto significa neblina. ¿Sabías que en el Islam cada uno tiene su estrella que aparece cuando él nace y se pone cuando muere? A lo mejor esa es tu estrella, David Mountolive.

-O la tuya.

-Brilla demasiado para mí. Se ponen pálidas, sabes, cuando uno envejece. La mía ya debe estar bien pálida, habiendo pasado la edad madura. Y cuando te vayas se hará más pálida aún.

Se abrazaron.

Hablaron de sus planes de verse lo más posible; de la intención que él tenía de volver cada vez que consiguiera licencia.

-Pero no estarás mucho tiempo en Egipto --dijo ella con su leve mirada y sonrisa fatalista-. ¿Te asignarán puesto pronto? ¿Y dónde?, me pregunto. Nos olvidarás... Pero no, los ingleses siempre son fieles a los viejos amigos...

-No pensemos en eso ahora. -En realidad se sentía completamente falto de valor para hacer frente con calma a la separación-. Hablemos de otras cosas -agregó-. Mira, ayer fui a Alejandría y estuve buscando por todas partes hasta encontrar algo adecuado para Alí y los otros criados.

-¿Y qué fue?

En su valija, allá arriba, tenía un poco de agua de La Meca en frascos azules, del pozo sagrado de Zem Zem. Se proponía darlos como *pourboires.*

-¿Lo aceptarán viniendo de un infiel? -preguntó ansiosamente, pero Leila estaba encantada.

-¡Qué buena idea, David! ¡Qué típica y delicada! ¡Oh, qué vamos a hacer sin ti cuando te hayas ido!

El se sintió absurdamente satisfecho de sí mismo. ¿Era posible imaginarse un tiempo en que ya no pudieran abrazarse así o estar sentados con las manos juntas en la oscuridad, sintiendo cada uno el pulso del otro, dejando pasar el tiempo hacia el silencio... más allá del alcance muerto de la experiencia? Apartó la mente de esta idea, resistiendo flojamente a la aguda punta de la verdad. Pero entonces ella dijo:

-No temas nada. Ya he planeado nuestras relaciones para años por venir. No sonrías... Hasta quizás sea mejor que se interrumpa nuestro amor y empecemos... ¿qué? No lo sé... Tal vez a pensar uno en otro desde una posisición neutral, quiero decir como amantes. obligados a separarse, que tal vez nunca deberían haber sido amantes. Te escribiré a menudo. Comenzará una nueva forma de relaciones.

-Por favor, no sigas -dijo él sintiendo que la desesperanza le invadía subrepticiamente.

-¿Por qué? -preguntó ella y sonriendo lo besó levemente en las sienes-. Tengo más experiencia que tú. Ya veremos.

Por debajo de su ligereza, él reconoció algo fuerte, resistente y duradero, el verdadero carácter de una experiencia qué a él le faltaba. Ella era una valiente criatura y solamente los valientes pueden permanecer con el corazón liviano en la adversidad.

Pero la noche anterior a su partida, a pesar de lo prometido, ella no fue a su cuarto. Mujer al fin, quería agudizarle la herida de la separación, para que le durase más. Y gozó al verlo al otro día con ojos cansados y aire de agotamiento, revelando a las claras lo que había sufrido.

Cuando él partió, Leila lo acompañó a caballo hasta el ferry, pero la presencia de Naruz y Nessim impidió toda conversación privada, cosa que casi la alegró. En realidad no les quedaba nada que decir y ella deseaba inconscientemente evitar la penosa repetición que acompaña a todo amor y que al final lo destruye. Ella quería que le quedara la imagen de Mountolive, nítida y sin mancha; pues reconocía que esta separación no era más que el modelo, por decirlo así, de otra separación mucho más definitiva, separación que, si iban a seguir comunicándose solamente por las palabras y el papel, podría significarle la pérdida total de Mountolive. No se puede escribir más que una docena de cartas de amor sin encontrarse falto de tema. La más rica de las experiencias es también la más limitada en su campo de expresión. Las palabras matan el amor como matan todo lo demás. Leila ya había planeado trasladar su comunicación a otro plano más rico; pero Mountolive era todavía demasiado joven para saber aprovechar lo que ella podría ofrecerle: los tesoros de la imaginación. Tendría que darle tiempo a crecer. Se daba cuenta muy bien de que lo quería mucho, y sin embargo podía resignarse a no verlo nunca más. Su amor ya había envuelto y dominado la desaparición del objeto: su propia muerte. Este pensamiento, definido con tanta claridad en su mente, le daba una ventaja enorme sobre él... Porque él seguía chapaleando en el mar picado de sus propias emociones, ilógicas y enredadas: el deseo, la consideración de sí mismo y todas las otras dificultades infantiles, propias de un amor que está echando los dientes, mientras que ella ya estaba sacando fuerza y seguridad de la propia irremediabilidad del caso.

Su orgullo de espíritu e inteligencia le prestaban una fuerza insospechada. Y aunque sentía, con una parte de su mente, ver que se iba tan pronto, aunque se alegraba de verlo sufrir y se preparaba a no verle regresar más, ya se sabía por entero dueña de él, y, paradójicamente, decirle adiós le resultaba fácil.

Se dijeron adiós en el ferry y los cuatro se abrazaron largamente. Era una hermosa mañana vibrante, con nieblas bajas perturbando los perfiles del gran lago. Nessim había llamado un automóvil que estaba parado debajo de una distante palmera, como un punto negro, tembloroso. Mountolive echó una violenta mirada a su alrededor al subir al barco, como si quisiera poblar su memoria para siempre con los detalles de esta tierra, de estas tres caras sonrientes que le deseaban buen viaje en el idioma de él y en el propio.

-Volveré -gritó. Pero en su tono ella percibía toda su ansiedad y dolor. Naruz levantó un brazo encogido y sonrió su encogida sonrisa; mientras Nessim pasaba el brazo por el hombro de Leila y saludaba con la otra mano, con plena conciencia de lo que sentía ella, aunque le habría sido imposible hallar palabras para sentimientos tan equívocos y tan verdaderos.

El barco desatracó. Aquello había terminado. Punto final.

II

Su designación llegó en las postrimerías del otoño. Le sorprendió un tanto verse destinado a la misión en Praga, pues le habían dado a entender que, después de su larga práctica del árabe, podría esperar un puesto en el servicio consular de Levante, donde su conocimiento especial resultaría útil. A pesar de su desaliento del primer momento, aceptó la suerte con buena voluntad y se incorporó al complicado juego de «sillas musicales» que el Foreign Office practica con tan elocuente impersonalidad. El único consuelo, magro por cierto, fue comprobar que en su primera misión todos conocían tan poco como él el idioma y la política del país. Su cancillería constaba de dos peritos en Japón y tres especialistas en asuntos latinoamericanos. Todos torcían la cara melancólicamente, al unísono, comentando los caprichos del idioma checo y contemplaban desde las ventanas de la oficina los paisajes iluminados por la nieve, llenos de un solemne preanuncio eslavo. Estaba ahora en el servicio diplomático.

Sólo había conseguido ver media docena de veces a Leila en Alejandría; entrevistas que resultaban más inquietantes e incoherentes que arrobadoras, por el forzoso secreto que las rodeaba. Debería haberse sentido como un cachorro. pero en realidad se sentía como un patán. Sólo volvió a los campos de Hosnani por una breve licencia de tres días; y allí, naturalmente, el viejo embrujo malévolo de las circunstancias y el lugar le asió de nuevo; pero tan brevemente como un fugitivo resplandor, después del incendio de la primavera anterior. Parecía que Leila, en cierto modo, se desvanecía, retrocediendo en la curvatura de un mundo que se movía en el

tiempo, desprendiéndose de los recuerdos que él tenía de ella. En el primer plano de su nueva vida se amontonaban los caros juguetes de color propios de su vida profesional: banquetes y aniversarios y formas de comportamiento nuevas para él. Su concentración se estaba dispersando.

Para Leila, empero, la cuestión era diferente. Ya estaba tan empeñada en volver a crearse a sí misma para el nuevo papel que había planeado, que todos los días lo

ensayaba a solas, en la intimidad de su mente; y advirtió, sorprendida, que estaba esperando con verdadera impaciencia que la separación se hiciera definitiva, que se zafaran los últimos eslabones de la cadena. A semeianza de una actriz, insegura de su papel, que espera con febril ansiedad que le toque recitar su parte, ansiaba lo que más temía: la palabra adiós.

Pero cuando llegó la primera, triste carta de él, desde Praga, sintió nacer en su interior algo así como un nuevo entusiasmo, porque ahora, al fin, sería libre de sentirse dueña de Mountolive como ella quería: ávidamente, en su espíritu. La diferencia de edad -que se ensanchaba como las grietas que se abren en el mar de hielo- los alejaba rápidamente, impidiendo que se alcanzaran, que se tocaran. La carne, con su lenguaje de promesas y ternuras limitadas por una belleza que va no se hallaba en su primer florecimiento, no había dejado huellas permanentes. Pero Leila calculaoa que sus poderes interiores serían lo bastante fuertes para conservar a Mountolive en el único sentido especial que es más caro a la madurez, con tal que tuviera el coraje de reemplazar el corazón por el espíritu. Tampoco se equivocaba al comprender que si hubieran sido libres de entregarse a su pasión, sus relaciones no habrían durado más de un año. Pero la distancia y la necesidad de trasladar su comercio a nuevo plano tuvo por efecto refrescar la imagen del uno para el otro. Para él, la de Leila no se disolvió, sino que tuvo una nueva y fascinadora mutación al tomar forma en el papel. Leila mantuvo un ritmo acorde con la manera en que él crecía, en aquellas largas cartas bien escritas y ardientes que solamente revelaban una sed tan punzante como cualquier cosa que la carne esté llamada a curar: la sed de amistad, el temor de ser olvidado.

Desde Praga, Oslo, Berna, la correspondencia fluía de un lado a otro con cartas que aumentaban o disminuían de tamaño, pero siempre permanecían fieles a la mente que las enviaba: la mente viva, consagrada, de Leila. Mountolive, que crecía, encontraba que estas largas misivas, en cálido inglés o conciso francés, ayudaban el proceso, lo provocaban. Ella plantaba ideas a su lado, en el blando terreno de una vida profesional que no exigía mucho, fuera de simpatía y discreción, así como un ,jardinero pone tutores para sostener una planta trepadora de guisantes de olor. Si moría un amor, otro crecía en su lugar. Leila se convirtió en su único mentor y confidente, su única fuente de aliento; y para responder a sus exigencias Mountolive se propuso aprender a escribir bien en inglés y francés. Se enseñó a sí mismo a apreciar cosas que normalmente

habrían estado fuera de la órbita de su interés: pintura y música. Se informaba para informarla a ella.

«Dices que estarás en Zagreb el mes próximo. Ve a ver tal cosa y cuéntame después.. . » le escribía, por ejemplo; o bien: «¡Qué suerte vas a tener de pasar por Amsterdam! Allí hay una retrospectiva de Klee que ha obtenido formidable publicidad en la prensa francesa. Por favor visítala y descríbeme tus impresiones francamente aunque sean desfavorables. Yo nunca he visto un original.» Esta era la parodia de amor de Leila, un flirteo de espíritus en que los papeles estaban ahora invertidos: porque ella estaba privada de las riquezas de Europa y devoraba las largas cartas y paquetes de libros que le enviaba él con uncí doble glotonería. El joven se esforzaba hasta el máximo por responder a esas demandas, y de pronto se encontró con que los mundos de la pintura, la arquitectura, la música y la literatura, hasta entonces cerrados para él, se abrían por todas partes a su alrededor. Así ella le proporcionó una educación casi gratuita sobre el mundo, que él nunca habría podido obtener por sí solo. Y donde naufragaba lentamente el elemento del que antes dependía su adolescencia, surgía otro nuevo. Mountolive, en el sentido estricto de la palabra, había encontrado por fin la mujer de su corazón.

El viejo amor se fue metamorfoseando en admiración, así como el ansia física, tan enconada al principio, se transformaba en una ternura despersonalizada y consumidora que se alimentaba, en lugar de morir, con la ausencia. A los pocos años Leila pudo confesar: «Me siento, no sé por qué, más cerca de ti en el papel que antes de separarnos. ¿Cómo es esto?» Pero lo sabía de sobra, y añadía en seguida, por sinceridad: «¿Será este sentimiento, acaso, un poco insalubre? A los extraños hasta podría parecerles un poquito patético o burlesco... ¿Quién lo sabrá?, y estas cartas largas, largas, David... ¿son lo agridulce de un comercio de Severina con un sobrino Fabricio? Con frecuencia me pregunto si eran amantes: tan estrecha y ardiente era su intimidad... Stendhal nunca lo dice expresamente. Me gustaría haber conocido Italia. Tu amante ¿se ha vuelto tía en su edad avanzada? No contestes aunque sepas la verdad. Sin embargo es una suerte, en cierto modo, que seamos los dos seres solitarios, con anchas zonas en blanco en el corazón -¿como los antiguos mapas de África?- y nos necesitemos uno a otro todavía. Quiero decir, tú eres como un hijo único que sólo puede pensar en su madre; y yo, naturalmente, tengo muchas preocupaciones, pero vivo en una jaula muy estrecha. Tu descripción de la bailarina y de tu amorío fue entretenida y conmovedora; gracias por contármelo. Ten cuidado, querido amigo, no te vayas a lastimar.»

Como medida del entendimiento que había surgido entre ellos Mountolive era ahora capaz de confiarle sin reservas detalles de las pocas historias personales que lo ocupaban: el amorío con Grishkin, que casi lo enredó en prematuro casamiento; su desdichada pasión por la amante de un embajador, que lo expuso a un duelo y quizás a la vergüenza. Si eso le dolía, ella lo ocultaba bien, escribiéndole para aconsejarle y consolarle con el calor de una aparente falta de celos.

Eran francos el uno con el otro, y algunas veces las cosas que ella decía casi le chocaban a él porque se referían al autoexamen que la gente sólo transfiere al papel cuando no hay nadie con quien conversar. Por ejemplo cuando le escribía: «Quiero decir que fue un golpe para mí ver súbitamente el cuerpo de Nessim flotando en el espejo con la delgada espalda blanca, tan parecida a la tuya, y las caderas. Me senté, y, para sorpresa mía, me eché a llorar porque me pregunté bruscamente si mi apego por ti no estaba alojado aquí, de algún modo, entre los endebles deseos incestuosos del corazón interior. Tan poco es lo que sé de los penetrales del sexo que los médicos están explorando tan laboriosamente. Lo que ellos descubren me llena de desconfianza. Después me pregunté también si no hay un rasgo del vampiro en mí, siempre prendida a ti por tanto tiempo, tirando de tu manga cuando a estas horas ya habrás crecido dejándome enteramente atrás. ¿Qué opinas? Escríbeme y tranquilízame, David, aun cuando estés besando a la pequeña Grishkin, ¿quieres? Mira, te envío una foto reciente para que puedas juzgar cuánto he envejecido. Muéstrasela y dile que nada temo tanto como sus celos infundados. Con una mirada se le tranquilizará el corazón. No quiero olvidarme de agradecerte el telegrama del día de mi cumpleaños; me dio una súbita imagen de ti, sentado en el balcón hablando con Nessim. Ahora él es tan rico e independiente que ni se molesta en visitar el campo. Está demasiado ocupado con los grandes negocios en la ciudad. Sin embargo... siente mi ausencia como yo quisiera que la sintieses tú; más que si estuviéramos viviendo uno en el regazo del otro. Nos escribimos a mentido y largamente. Nuestros espíritus se sostienen uno a otro, pero dejamos los corazones libres de amar, de creer. Por él espero que algún día los coptos recuperaremos nuestro lugar en Egipto... Pero dejemos esto ahora.» Con mente clara, dueña de sí y animada, corría su palabra en la alta escritura fluida, sobre papeles de diferente color, cartas que él abría afanosamente en el jardín de alguna remota legación, leyéndolas con una respuesta semiformulada ya en su mente, que tendría que escribir y ensobrar a tiempo para alcanzar la valija postal, a punto de salir. Había llegado a depender de esta amistad, que aún le dictaba como por fórmula las palabras «Mi queridísimo amor» al encabezar cartas que sólo trataban, por ejemplo, de arte o de amor (el amor de él) o de la vida (la vida de él).

Y por su parte él era escrupulosamente franco en sus cartas, como por ejemplo cuando le escribía sobre su bailarina: «Es verdad que una vez hasta llegué a pensar en casarme con ella. Estaba muy enamorado. Pero ella me curó a tiempo. Claro, como yo no conocía su idioma, no me daba cuenta de lo ordinaria que era. Felizmente una o dos veces se tomó una familiaridad en público que me dejó helado. Una vez, cuando todo el ballet estaba invitado a una recepción, conseguí sentarme al lado de ella, creyendo que se iba a portar con discreción, puesto que ninguno de mis colegas estaba enterado de nuestro liaison. Imagínate cómo se divirtieron ellos y me horroricé yo, cuando de repente, estando sentados a la mesa, me pasó la mano por la nuca para desarreglarme el cabello en un ademán de grosero cariño. Me estuvo bien empleado. Pero descubrí la verdad a tiempo. Y hasta su maldita preñez, cuando vino, pareció una astucia demasiado transparente. Yo estaba curado.»

Cuando al final se separaron, Grishkin le reprochó: -No eres más que un diplomático. No tienes política ni religión.

Pero fue a Leila a quien recurrió él para que le explicara este cargo grave.
Y fue Leila quien lo discutió con él, empleando la ternura gozosa y disciplinada de una antigua amante.

Así, a su modo hábil, ella le retuvo año tras año hasta que su juvenil torpeza cedió lugar a una madurez que rivalizaba con la de ella. Si bien no hablaban más que un dialecto de amor, lo que hablaban le bastaba a ella y lo absorbía a él, quien, sin embargo, nunca podía clasificarlo ni analizarlo.

Y puntualmente ahora, a medida que los años se sucedían a los años, a medida que cambiaban cartas, la imagen de Leila fue tomando para él los colores y experiencia de los países que pasaban como ficciones ante sus ojos: el Japón, estrellado de cerezas; Lima, la de la nariz aguileña; y Portugal adormecido y la Helsinki cercada por la nieve. Pero nunca Egipto, a pesar de lo mucho que él pedía vacantes que se habían producido o estaban a punto de producirse. Parecía que el Foreign Office nunca le iba a perdonar el haber aprendido árabe y hasta que elegía deliberadamente puestos desde los cuales fuera difícil o imposible tomarse la licencia en Egipto. Pero el vínculo subsistía. Dos veces se encontró con Nessim en París. Y nada más. Quedaron encantados el uno con el otro, y contentos de sentirse tan conocedores del mundo.

Con el tiempo, su fastidio se transformó en resignación. Su profesión, que sólo da valor al juicio, la frialdad y la reserva, le había enseñado la lección más dura y la que más derrenga a un hombre: no expresar nunca en alta voz una idea desfavorable. Le dio también algo como un largo adiestramiento jesuítico en el autoengaño, que le permitía presentar al mundo un exterior cada vez más pulido, sin profundizar su experiencia humana. Si no se le diluyó del todo la personalidad ello se debió solamente a Leila, porque vivía rodeado de sus colegas, ambiciosos y sicofantes, que sólo le enseñaban a sobresalir en las maneras de hablar y las detalladas amabilidades que, al agradar, allanan el camino de ascenso. Su vida real se convirtió en una corriente subterránea que rara vez emergía a ese mundo artificial en que vive el diplomático, sofocándose lentamente, como un gato en una máquina neumática. ¿Era feliz o desdichado? Ya ni lo sabía. Estaba solo y eso era todo. Varias veces, animado por Leila, trató de aliviar su concentración solitaria (que se estaba convirtiendo en egoísmo) por medio de un casamiento. Pero, curiosamente, aunque estaba rodeado de jóvenes muy apropiadas para ello, veía que sólo le gustaban las que ya eran casadas o las mucho mayores que él. Las extranjeras estaban excluidas porque ya en aquel tiempo los casamientos mixtos se consideraban como un serio obstáculo al progreso en la carrera. Existe en la diplomacia, como en todo lo demás, un tipo de matrimonio que está bien y otro que está mal. Pero al deslizarse los años, se encontró trepando la

lenta escalera de caracol -a fuerza de transar, de aprovechar ocasiones y de trabajar duramente- que conduce a la estrecha antesala del poder diplomático: el rango de consejero o de ministro. Después, un día, todo el brillante espejismo que yacía enterrado y olvidado resucitó, reemergió, sustancial y resplandeciente, desde el pasado. En la plenitud de sus facultades se despertó un día para enterarse de que la codiciada «K» era suya, y algo todavía más deseable: la embajada en Egipto, que tan largamente se le había negado...

Pero Leila no habría sido mujer si no hubiera tenido un momento de debilidad, que estuvo a punto de estropear el molde único de sus relaciones. Ocurrió con la muerte de su marido. Pero le siguió pronto un castigo romántico, que la empujó todavía más a esa soledad que, durante un momento desesperado, había soñado abandonar. Mejor así, quizá, porque todo podría haberse perdido.

Hubo un gran silencio después del telegrama que ella le envió anunciando la muerte de Faltaus, y después una carta diferente de cuantas había escrito hasta entonces, tan llena de vacilaciones y ambigüedades estaba. «Mi indecisión, para sorpresa mía, se ha convertido en una gran agonía. Verdaderamente estoy trastornada. Quiero que pienses con mucho cuidado la propuesta que te voy a hacer. Analízala y, si te surge en la mente la menor traza de desagrado, la menor reserva, la desterraremos y nunca volveremos a hablar de ella. ¡David! Hoy, cuando me miré al espejo, con toda crítica y crueldad, me encontré acariciando una idea que durante años he tenido rigurosamente excluida. La idea de volver a *verte.* Sólo que, por mucho que hiciera, no podía adivinar las condiciones y circunstancias de semejante entrevista. Cubría mi visión una oscura nube de duda. Ahora mi vida se ha escapado de mí. No tengo sino la que compartía contigo: una vida en el papel. Crudamente, hemos sido como personas que a la deriva se van alejando una de otra en edad a cada año que pasa. Inconscientemente yo debo de haber estado esperando la muerte de Faltaus, aunque nunca la deseé, pues de otro modo, ¿cómo iba a venirme ahora, de repente, esta esperanza, esta ilusión? Se me ocurrió anoche y aún podrían quedarnos seis meses o un año para pasarlos juntos, antes de que el vínculo se zafe para siempre en el antiguo sentido. ¿Son paparruchas todo esto? ¡Sí! ¿Te molestaría, te embarazaría que yo llegara bruscamente a París, como planeo hacerlo dentro de dos meses? Por amor de Dios, escríbeme en seguida disuadiéndome de mis falsas esperanzas, de semejante locura..., porque reconozco que es una locura. Pero gozar tu compañía por unos cuantos meses antes de volver aquí a asumir esta vida... ¡qué duro es abandonar esta esperanza! Mátala en seguida, por favor, de modo que cuando yo llegue allí estaré tranquila, mirándote simplemente (que es lo que he hecho todos estos años) como algo más que mi amigo más íntimo.»

Sabía que era injusto ponerle en esa posición, pero no podía evitarlo. ¿Fue una suerte, pues, que el destino le impidiera tan difícil decisión, porque la carta llegó a su escritorio en el mismo correo que

un largo telegrama de Nessim anunciándole que ella había caído enferma?. Y mientras vacilaba todavía entre varias respuestas que elegir, llegó una postal escrita por ella con nueva letra, penosamente estirada, que le libró finalmente con estas palabras: «No me escribas de nuevo hasta que pueda leerte. Estoy vendada de la cabeza a los pies. Ha ocurrido algo muy malo, muy definitivo.»

Durante todo ese caluroso verano, la viruela negra -inventada quizá como el remedio más cruel para la vanidad humana- se fue arrastrando, y fundiendo lo que quedaba de su belleza, otrora celebrada. Inútil pretender, ni siquiera para sí misma, que ello no iba a alterar toda su vida. Pero ¿cómo? Mountolive esperaba, en una agonía de indecisión, hasta poder renovar la correspondencia con ella, escribiendo ora a.Nessim, ora a Naruz. Un vacío se había abierto a sus pies.

Y luego: «Es una extraña experiencia verse las propias facciones llenas de pozos y deslizamientos- de tierra, como un paisaje familiar que hubiera volado bajo una bomba. Temo que tendré que habituarme a esta nueva sensación de ser una bruja. Pero con mis propias fuerzas. Naturalmente eso puede reforzar otros aspectos de mi carácter -como pueden los ácidos- he perdido la metáfora... ¡Ah, qué sofistería es esta, porque no hay solución! ¡Y con qué amargura me arrepiento de las propuestas contenidas en mi última larga carta! Ésta no es cara para exhibir por Europa, y una no se atrevería a avergonzarte haciendo que la vean cerca de ti, como amiga tuya. Hoy mandé comprar una docena de velos negros, como los que usan todavía las mujeres pobres de nuestra religión. Pero me pareció tan triste que, al mismo tiempo, hice venir al joyero a que me tomara las medidas para hacerme unas pulseras y anillos nuevos. ¡He enflaquecido tanto últimamente! Era un premio a la valentía, también, como cuando a los chicos se les da un caramelo para que tomen un remedio muy feo. ¡Pobrecito Hakim! Lloraba al mostrarme las alhajas. Sus lágrimas me caían en los dedos. Pero no sé cómo pude reír. Hasta la voz se me ha cambiado. Estaba tan harta de yacer acostada en una pieza a oscuras... Los velos me van a liberar. Sí, y, naturalmente, estuve pensando en el suicidio. ¿Quién no lo hace en tal ocasión? No, pero si sigo viviendo no va a ser para compadecerme a mí misma. ¿O tal vez la vanidad de la mujer no es como creemos una cuestión mortal, un asunto que mata? Debo ser confiada y fuerte. Por favor, no te pongas solemne ni me mires con lástima. Cuando me escribas, que sean tus cartas alegres como siempre.»

Pero después vino un largo silencio antes de que su correspondencia se reanudara normalmente, y las cartas de ella tomaron otro carácter: el de la amarga resignación. Se había retirado -le escribió- nuevamente al campo, donde vivía sola con Naruz. «Su suave primitivismo hace de él un compañero ideal. Además hay veces que tengo perturbado el espíritu, que no estoy del todo *compos men*-tis, y entonces me retiro varios días a la casita veraniega, ¿te acuerdas?, al extremo del jardín. Allí leo y escribo sin más compañía que mi serpiente: porque el genio de la casa, en estos días, es una

gran cobra polvorienta, mansa como un gato. Es compañía suficiente. Además tengo otros cuidados, ahora, otros planes. ¡Desierto fuera y desierto dentro!

»El velo es un lugar hermoso y privado,
»pero creo que allí nadie se abraza.

»Si te escribo tonterías cuando el *alreet* me ha embrujado el espíritu (como dicen los criados), no me contestes. Estos ataques no duran más que un día o dos, a lo sumo.»

Así empezó la nueva época. Durante largos años no se movió, como una reclusa excéntrica y velada, de Karm Abu Girg, escribiendo esas largas cartas maravillosas, con la mente vagando todavía libremente por los perdidos mundos de Europa, donde aún se veía viajando. Pero no había tantos imperativos del viejo estilo suyo, afanoso. Raras veces miraba hacia afuera, buscando nuevas experiencias, sino hacia atrás, al pasado, . como alguien que necesita refrescar la memoria de muchas pequeñas cosas. ¿Se puede oír a las cigarras en la *Tour Magne?* ¿Tiene el Sena su color verde maíz en Bougibal? En el Pallio de Siena, ¿son de seda los vestidos? Los cerezos de Navarra... quería verificar el pasado, mirar hacia atrás, por encima- del hombro, y Mountolive, pacientemente, se encargaba de darle esas seguridades en cada viaje. El monito de Rembrandt... ¿lo había ella visto o sólo imaginado en sus telas? No, existe, le decía él, tristemente. Muy de vez en cuando le venía un pedido respecto a algo nuevo.

«Se me ha despertado el interés por unos singulares poemas que Ludwig Pursewarden firma en « Values" (sept.) Algo nuevo y áspero aquí. Como vas a Londres la semana próxima, averíguame algo de él. ¿Es alemán? ¿Es el autor que esbribió esas dos novelas raras sobre África? Lleva el mismo nombre.»

Fue este pedido lo que condujo directamente a Mountolive a su primer encuentro con el poeta que más tarde había de desempeñar un papel de cierta importancia en su vida. A despecho de la devoción casi francesa que (imitando a Leila) sentía por los artistas, Pursewarden le pareció un nombre raro, casi cómico, para escribirlo en una postal que le dirigió por intermedio de sus editores. Pasó un mes sin que supiera nada, pero, como estaba en Londres haciendo un curso de tres meses de. instrucción, podía permitirse ser paciente. Cuando llegó la respuesta, le sorprendió verla en el acostumbrado papel de cartas del Foreign Office: ¡parece que tenía un puesto de novicio en el departamento cultural! Le telefoneó en seguida y le agradó su voz amable y sobria. Casi había esperado que fuera un hombre agresivamente falto de educación y le alivió oír una nota civilizada de contenido humorismo en la voz de Pursewarden. Convinieron en tomar una copa esa tarde en los «Compasses», cerca del puente de Westminster, y Mountolive ansiaba la entrevista, tanto por Leila como por sí mismo, pues se proponía escribirle una crónica de ella describiéndole cuidadosamente a su artista.

Nevaba con leve persistencia y la nieve se fundía al tocar el suelo, pero se quedaba más tiempo en los cuellos de los abrigos y en los sombreros. (Un copo de nieve en las pestañas hacía estallar repentinamente el mundo en los brillantes colores que descompone el prisma.) Mountolive inclinó la cabeza y dobló la esquina justo a tiempo para ver a una pareja de juvenil aspecto que entraba en el bar de los «Compasses». Una chica, que se volvió a decir algo sobre el hombro a su compañero cuando se abría la puerta, vestía un brillante chal escocés, con un gran broche blanco. La cálida luz de los faroles le bañaba la pálida y ancha faz, con su casco de rizado cabello oscuro. Era notablemente linda, con una hermosura cuya placidez, un poco chocante, le costó a Mountolive un segundo entero analizar. Después vio que era ciega, con la faz levemente alzada hacia la del compañero, a la manera de todos aquellos cuya expresión nunca alcanza del todo su destino: los ojos de otro Ella se quedó así un segundo entero antes de que el acompañante dijera algo, risueñamente, y la empujara adentro del bar. Mountolive entró, siguiéndoles los talones, y se encontró en seguida estrechando la mano cálida y firme de Pursewarden. La muchacha ciega, al parecer, era su hermana. Siguieron unos momentos de embarazo, mientras se acomodaban al lado del fuego de carbón de coque, que llameaba en la chimenea, y pedían las bebidas.

Pursewarden, aunque de ningún modo era un tipo notable, parecía agradablemente normal. De talla mediana, de color algo pálido, con un bigote recortado que le formaba un acento circunflejo, apenas perceptible, sobre una boca bien formada. Pero tan diferente de su hermana en el color, que Mountolive dedujo que tal vez el magnífico cabello oscuro de la chica ciega fuera teñido, aunque parecía bastante natural. Y sus delgadas cejas también eran oscuras. Solamente los ojos podrían haber dado una pista para descubrir el secreto de esta pigmentación mediterránea, pero los ojos, desde luego, estaban espectacularmente ausentes. Era la cabeza de una medusa, su ceguera la de una estatua griega, ¿ceguera quizá provocada por la intensa concentración, a través de los siglos, sobre la luz del sol y el agua azul? Pero no ostentaba una expresión magistral sino tierna y atrayente. Los largos dedos sedosos eran curvos y blandos en las puntas; como los dedos de una pianista, se movían blandamente sobre la mesa de roble, como si tocara, confirmara, certificara... vacilando en atribuir cualidades a la voz de Mountolive. A veces los labios se le movían suavemente, como si repitiera para sí las palabras que ellos decían, a fin de recapturar su resonancia y significado: entonces parecía alguien que sigue la música con su propia partitura.

-¿Liza querida? -preguntó el poeta.

-Brandy con soda -replicó ella con su plácida inexpresividad, en una voz a la vez clara y melodiosa, voz que podría haber prestado un buen acorde a palabras como «miel y néctar». Permanecieron un poco embarazados mientras servían las bebidas. Hermano y hermana se habían sentado lado a lado, cosa que les daba cierto aspecto defensivo. La chica ciega puso una mano en el bolsillo de su

hermano. Así empezó, un poco a tropezones, la conversación que los retuvo largamente, hasta la noche, y que más tarde él transcribió a Leila con tanta exactitud, gracias a su formidable memoria.

«Estaba un poco tímido al principio y se refugiaba en una grata desconfianza. Supe con sorpresa que estaba señalado para un puesto en El Cairo, el año próximo, y le hablé un poco de mis amigos de allí, ofreciendo darle unas cartas de presentación, sobre todo para Nessim. Tal vez estaba un poco intimidado por mi rango, pero esto pasó pronto. No tiene cabeza muy fuerte para beber y a la segunda copa empezó a charlar de un modo muy divertido y cortante. Surgió entonces una persona más bien diferente -rara y equívoca como uno espera que lo sea un artista- pero con pronunciadas opiniones sobre diversos temas, no todas ellas de mi gusto. Pero aun las que no me gustaban tenían un sabor extrañamente personal. Uno siente que le han salido de la experiencia y no las ha elaborado simplemente para épater. Por ejemplo, sus puntos de vista son más bien los de un reaccionario anticuado, y es por lo tanto un poco mal vu por sus colegas, que le sospechan simpatías fascistas; le repugna en realidad la intemperancia predominante del pensamiento izquierdista, de todo extremismo, pero expresa sus opiniones con humorismo y sin calor. Por ejemplo, no pude hacerlo enojar con la cuestión de España (-¡Todos esos tipejos *Mies* formando tropas para morir por el Club del Libro Izquierdista!-).»

A Mountolive en realidad le habían chocado un poco opiniones tan precisas como cortantes, porque en aquel tiempo compartía las tendencias igualitarias que prevalecían entonces... aunque al modo anodino, liberalizado, que era corriente en el ministerio. Los olímpicos desprecios de Pursewarden hacían de él una persona más bien temible. «Confieso», escribía Mountolive, «que no tuve la impresión de haberlo clasificado exactamente en ninguna categoría. Pero expresaba opiniones más bien que actitudes y debo decir que tuvo varias salidas notables, que te voy a referir, como: -La obra del artista es la única relación satisfactoria que puede tener con la gente, puesto que busca sus verdaderos amigos entre los muertos y los que no han nacido. Por eso no se puede meter en política; no es su oficio. Él tiene que dedicarse a los valores, no a las maneras de obrar. Hoy todo esto me parece a mí un necio juego de sombras, porque mandar es un arte, no una ciencia, así como la sociedad es un organismo, no un sistema. Su unidad más pequeña es la familia, y de veras la monarquía es la estructura que le conviene. Porque una Familia Real es un espejo de la familia humana, una idolatría legítima. Quiero decir, para nosotros los británicos, con nuestro temperamento quijotesco y nuestra pereza mental; no sé de los demás. En cuanto al capitalismo, sus errores e injusticias son todos remediables mediante justos impuestos. No deberíamos andar a la caza de una igualdad imaginaria entre los hombres, sino tan sólo de una decente equidad. Pero para eso los reyes tendrían que estar fabricando una especie de filosofía como hacían en China; para nosotros no hay esperanzas ya de una monarquía absoluta, porque la filosofía de la realeza se encuentra en bajamar. En cuanto al comunismo, me doy cuenta que también es sin

esperanza. El análisis del hombre en términos de comportamiento económico le quita a la vida toda su gracia, y. además, despojarlo de una psique personal es una locura. -Y así sucesivamente. Ha visitado Rusia durante un mes, con una delegación cultural, y no le gustó lo que sentía allí. Otras *boutades-:* Tristes judíos en cuya cara se podía leer toda la melancolía de una secreta aritmética; le pregunté a un viejo en Kiev si Rusia era un lugar feliz. Respiró fuerte y después de mirar a su alrededor me contó que allí decían que una vez Lucifer tuvo buenas intenciones; deseaba cambiar. Decidió realizar una buena obra, una sola. Así nació el infierno en la tierra, que por nombre le pusieron Rusia.

»En todo esto su hermana no intervino. Permanecía sentada, en silencio elocuente, tocando blandamente la mesa con los dedos rizados como sarmientos de vida, sonriendo ante aquellos aforismos como si fueran una malicia privada. Solamente una vez, cuando él se había ido por un momento, se volvió hacia mí y me dijo: -Él no debería preocuparse por estas cosas. Su única tarea es aprender a someterse a la desesperación-. Me sorprendió esta frase de Oráculo, que le salió de los labios con tanta naturalidad, y no supe qué contestarle. Él regresó y volvió a sentarse y reanudó en seguida la conversación como si hubiera estado pensando en ella todo el tiempo. Dijo: -No, son una necesidad biológica los reyes. ¿Será que reflejan la constitución misma de la psique? Hemos hecho una transacción tan admirable con el asunto de su origen divino que me repugnaría verlos reemplazados por un dictador o por un consejo de obreros y un piquete de fusilamiento-. Yo tuve que protestar por esta opinión tan extemporánea, pero él hablaba con toda seriedad. -Yo le aseguro que a eso tiende el ala izquierda; su objeto es la guerra civil, aunque no se dé cuenta... gracias a la astucia con que los puritanos sin savia, como Shaw y compañía, han expuesto sus argumentos. El marxismo es la venganza de los irlandeses y de los judíos-. Tuve que reírme de esto y, para hacerle justicia, diré que lo mismo hizo él. -Pero por lo menos eso le explicará por qué yo soy mal vu -dijo-, y por qué siempre me alegro tanto de salir de Inglaterra para ir a países donde no siento responsabilidad moral ni deseo de elaborar tan deprimentes formulaciones. Al fin y al cabo, ¡qué diablos!, soy un escritor.

»Por entonces ya se había tomado varias copas y estaba muy cómodo. -Dejemos este campo estéril -dijo-. ¡Oh, cuánto deseo irme a ciudades que han sido creadas por sus mujeres: París o Roma, levantadas para responder a caprichos femeninos! Nunca puedo ver la vieja forma de Nelson, cubierta de hollín en la plaza Trafalgar, sin pensar: ¡Pobre Emma! Tuvo que irse hasta Nápoles para afirmar el derecho de ser bonita, ingeniosa como una pluma y *d'une splendeur* en el lecho. ¿Qué estoy, Pursewarden, haciendo aquí, entre gente que vive en una locura de conducta adecuada? Yo tengo que ir adonde la gente haya llegado a entenderse con su propia obscenidad humana, a salvo bajo el manto de invisibilidad del poeta. No quiero aprender a respetar nada, aunque tampoco a despreciar nada... Sinuoso es el camino de los iniciados.

»-Querido, estás achispado -exclamó Liza encantada.

»-Achispado y triste. Triste y achispado. Pero alegre, alegre.

»Debo decir que esta vena nueva y divertida en su carácter parecía acercarme mucho más al hombre mismo.

»-¿Por qué las emociones estilizadas? ¿Por qué temer y temblar? Esos tétricos cuartos de baño, con mujeres policías vestidas de impermeable, vigilando a ver si uno hace pis derecho o no. ¡Piense en todo el apasionado acicalamiento del reino! No pisar el césped: no es de extrañar que yo, distraído, tome siempre por la puerta que dice "Para extranjeros solamente" cada vez que vuelvo.

»-Estás achispado -le observó Liza de nuevo.

»-No; soy feliz -dijo seriamente- y la felicidad no se gana a la fuerza. Hay que esperar a tenderle una emboscada cgmo, a una codorniz o a una muchacha con las alas cansadas. Entre el arte y la maquinación o artificio existe un abismo.

»Y siguió lanzado de cabeza en esta nueva corriente. Confieso que me impresionó mucho el juego sin esfuerzo de una cabeza que ya no era consciente de sí misma. Na turalmente aquí y allí tropezaba yo con una grosería de expresión que resultaba fastidiosa, y miraba ansiosamente a su hermana, pero ella se limitaba a sonreír con su sonrisa ciega, indulgente y sin crítica.

»Era tarde cuando volvimos caminando hacia la plaza Trafalgar, bajo la nieve que caía. Había pocas personas alrededor y los copos de nieve acallaban los pasos. En la plaza misma tu poeta se detuvo para apostrofar a Nelson Estilita, de un modo verdaderamente rudo. No recuerdo exactamente lo que dijo, pero me hizo reír con ganas. Después cambió súbitamente el humor y volviéndose a su hermana manifestó:

»-¿Sabes lo que me ha tenido fuera de mis casillas todo el día, Liza? Que hoy era el cumpleaños de Blake. Piensa en ello: cumpleaños del chiflado Blake. Creí que debería ver algunos signos en el semblante nacional: Anduve mirando en torno afanosamente todo el día. Pero nada. Liza, querida, ¿vamos a celebrar el cumpleaños del viejo Blake? Tú y yo y David Mountolive que está aquí... Como si fuésemos franceses o italianos, como si ello significara algo.

»La nieve caía rápidamente, las últimas hojas secas formaban montañitas en las calles, las palomas emitían sus ruidos guturales y engrumecidos.

»-Vamos, Liza.

»Una mancha de un rosa brillante apareció en cada una de las mejillas de Liza. Sus labios se entreabrieron. Copos de nieve como joyas que se fundían en el cabello oscuro.

»-¿Cómo? -dijo-. Pero, ¿cómo?

»-Bailaremos por Blake -contestó Pursewarden con un cómico aspecto de seriedad en la cara, y tomándola del talle empezó a danzar un vals, canturreando la tonada del *Danubio azul.* Sobre su hombro, por entre los copos de nieve que caían, dijo: Eso es por Will y Kate Blake.

»No sé por qué me sorprendió y casi me conmovió esto. Se movían a perfecto compás, aumentando gradualmente la velocidad, hasta que al final estaban deslizándose a través de toda la plaza, bajo los leones de bronce, y parecían tan livianos como los chorros que salían de la fuente. Como guijarros lanzados a saltitos a través de un lago liso o piedras sobre un charco helado... Extraño espectáculo. Olvidé que se me helaban las manos y que la nieve se me derretía en el cuello mientras los miraba. Así anduvieron completando una larga elipse gradual a través del espacio abierto, dispersando hojas y palomas en el aire nocturno. Después, suavemente, sin esfuerzo, vinie. ron dando vueltas, trazando un arco hacia mí... hacia donde yo estaba, de pie, con un policía al lado, que los miraba con mucha desconfianza. Era bastante divertido.

»-¿Qué es lo que pasa acá? -preguntó el hombre mirándonos con admiración desconfiada.

»Hacían un vals tan perfecto, que yo creo que hasta él estaba impresionado, y siguieron y siguieron en magnífico acuerdo, flotando el cabello de la chica, con su rostro sin vista vuelto hacia arriba, hacia el viejo almirante en su poste, cubierto de hollín.

-Están celebrando el cumpleaños de Blake -expliqué con cara un poco avergonzada. Y el agente pareció un poquito más aliviado mientras los contemplaba con ojos admirativos.

»--Bueno, no estará borracho si baila en esa forma, ¿eh? ¡Las cosas que hace la gente en su cumpleaños!

»A las cansadas volvieron, riendo y jadeando y besándose. El buen humor de Pursewarden parecía estar completamente restablecido ya, y me deseó las más cálidas buenas noches cuando los puse a los dos en un taxi y le di la dirección al chófer. ¡Muy bien! Mi querida Leila, no sé qué sacarás de todo esto. No he sabido nada de su situación privada ni de sus antecedentes, pero yo podré examinarle y tú conocerle el año próximo, cuando vaya a Egipto. Te envío una pequeña colección impresa de sus últimos versos, que él me dio. Todavía no se han publicado en ninguna parte.»

Al calor de la calefacción central del dormitorio del club volvió las páginas del librito, más bien como una obligación que por gusto. No

solamente lo aburrían los versos modernos, sino todos los versos. No podía captar la longitud de onda, por decirlo así, aunque se esforzaba mucho. Reducía las palabras a paráfrasis en su propia mente, de modo que interrumpían su danza. Esta incapacidad suya (Leila le había enseñado a mirarla como tal) le exasperaba. Sin embargo, al ir hojeando el librito, le interesó de pronto un poema que le golpeó la memoria, dándole un súbito y receloso escalofrío. Estaba dedicado a la hermana del poeta y era inconfundiblemente un poema de amor «a una muchacha ciega que tiene los cabellos teñidos de negro». En seguida vio la blanca faz serena de Liza Pursewarden alzándose desde el texto:

Estatuas griegas con sus boquetes de balas en vez de ojos,
cegadas como Eros por sorpresa,
disfrazan los secretos del corazón expósito,
amante y amada...

Tenía una especie de torpeza primitiva y deliberada en lo exterior, pero era la clase de poemas que podría haber escrito un moderno Cátulo. Lo dejó extremadamente pensativo. Tragando saliva lo volvió a leer. Encerraba la simple belleza de la desvergüenza.

Miró gravemente la pared durante largo tiempo, antes de deslizar el libro en un sobre y remitírselo a Leila.

No hubo otras entrevistas en ese entonces, aunque una o dos veces Mountolive trató de telefonear a Pursewarden a su oficina. Pero siempre estaba ausente, con vacaciones o en alguna oscura misión, en el norte de Inglaterra. Sin embargo consiguió rastrear a la hermana y la llevó varias veces a comer. Le resultó una compañía encantadora y que en cierto modo le conmovía.

Leila le escribió, a su debido tiempo, agradeciéndole la información. Añadía, característicamente: «Los poemas son espléndidos. Pero naturalmente no me gustaría encontrarme con un artista al que admiro. La obra no tiene relación con el hombre, me parece. Y me alegro de que venga a Egipto. Tal vez Nessim pueda ayudarle... ¿Tal vez él pueda ayudar a Nessim? Veremos.»

Mountolive no sabía qué significaba la penúltima frase. Sin embargo, al verano siguiente sus vacaciones coincidieron con una visita que Nessim hizo a París y los dos amigos se encontraron para gozar de las galerías y planear un veraneo de pintura en Bretaña. Los dos habían empezado hacía poco a probar la mano en la pintura y estaban llenos del fervor de los amateurs en un nuevo medio. Fue allí, en París, cuando tropezaron con Pursewarden, que estaba disfrutando de un mes de licencia antes de asumir su cargo en El Cairo. Fue un feliz incidente, porque ahora podría irse con Nessim, y a Mountolive le encantó tener ocasión de allanarle el camino con esa afortunada presentación. El propio Pursewarden aparecía enteramente transfigurado y del mejor humor, y a Nessim, al parecer, le gustó muchísimo.

Durante casi tres semanas fueron inseparables y cuando llegó el momento de decir adiós, Mountolive estaba convencido de que se había establecido y cimentado una amistad, con tanto comer bien y vivir alegremente. Los despidió en la estación y esa misma noche le escribió a Leila, en el papel de carta de su café favorito:

«Fue un verdadero pesar ponerlos en el tren y pensar que la semana próxima estaré de vuelta en Rusia. El corazón se me cae al pensarlo. Pero he llegado a estimar mucho a P., a comprenderle mejor. Me inclino a atribuir sus robustos modos recriminatorios no a grosería como antes, sino a una timidez profundamente oculta, casi un sentimiento de culpa. Su conversación esta vez era cautivadora. Pregúntale a Nessim. Creo que simpatizó con él todavía más que yo. Y luego... ¿qué? Un espacio vacío, un largo viaje helado y tres años de fatiga para el alma en perspectiva. ¡Ah, mi querida Leila, cuánto te extraño, a ti y a lo que representas! ¿Cuándo volveremos a encontrarnos, me pregunto? Si tengo dinero suficiente en mi próxima licencia tal vez me vaya en avión a visitarte... »

No sabía que antes de transcurridos los tres años se hallaría de nuevo en viaje a Egipto... el amado país al que la distancia y el exilio le prestaban un brillo encantado, como de tapiz. ¿Puede engañarnos algo tan rico como la memoria? Nunca se hizo la pregunta.

III

La calefacción central en el salón de baile de la embajada despedía un calor espeso, de abrigo de pieles, que le daba al aire un sabor de cosa usada; pero el calor en sí formaba un grato contraste con los frígidos paisajes, estrellados de pinos, que se veían a través de las altas ventanas, donde la nieve caía de continuo, no sólo sobre Rusia, al parecer, sino sobre el mundo entero. Durante largas semanas estuvo cayendo. El sordo adormecimiento del invierno soviético los había envuelto a todos. Parecía haber tan poco movimiento, tan poco ruido en el mundo exterior, más allá de los muros... El taconeo de las botas militares, entre las desvencijadas garitas de los centinelas, fuera de los portones de hierro, había expirado ya en el silencio invernal. En los jardines las ramas de los árboles se inclinaban más y más, bajo el peso blanco, hasta que una por una saltaban volviendo .a su posición anterior, descargando sus paquetes de nieve, en explosiones sin ruido de chispeantes cristales; después empezaba de nuevo todo el proceso, sobre las ramas se amontonaba la carga tierna y blanca de los copos de nieve, que caían unos sobre otros, oprimiendo de nuevo de rama hacia abajo como un resorte, hasta que el peso se hacía inaguantable.

Hoy le tocaba a Mountolive leer la lección. Alzando la vista del atril, de tiempo en tiempo, veía asomar las caras de su personal y sus colegas secretarios en la sombría tristeza del salón de baile, mientras ellos seguían sus palabras; caras que relucían de blanco, faltas de sol: le pareció de pronto verlas a todas flotando panza arriba en un

lago de nieve como los cuerpos de ranas atrapadas, que miraban hacia arriba a través del espejo de hielo. Tosió con la mano en la boca y hubo un borboteo de toses que expiró de nuevo en aquel silencio exánime sólo cortado por el susurro de los tubos del órgano. Hoy todos parcelan malhumorados y enfermos. Los seis guardias de la cancillería resultaban absurdamente piadosos, llevando torpemente su mejor traje, con los mechones de cabello pegados a la frente. Todos eran ex soldados de infantería de marina y mostraban visibles trazas de los efectos del vodka. Mountolive suspiró interiormente, dejando que su tranquila voz melodiosa enunciara los esplendores -para ellos incomprensibles- del pasaje del evangelio de san Juan que indicaba el señalador. El águila olía al alcanfor -por qué, vaya a saberlo-. Como de costumbre, el embajador se había quedado en cama; durante el último año se había hecho muy descuidado en el cumplimiento de sus obligaciones y se inclinaba a depender de Mountolive, que felizmente siempre estaba allí para cumplirlas con buen ánimo y lucidez. Sir Louis había abandonado hasta la ficción de preocuparse por el bienestar físico o espiritual de su pequeña grey. ¿Por qué no? Dentro de tres meses se habría retirado para siempre.

Era arduo reemplazarle en estas ocasiones públicas, pero también útil, pensaba Mountolive. Le despejaba el campo permitiéndole explotar sus propios talentos de administrador. Ya estaba prácticamente dirigiendo toda la embajada; la tenía en sus manos. No obstante... Observó que Cowdell, jefe de la cancillería, trataba de atraer su mirada. Terminó la lección sin aflojar; colocó de nuevo el señalador en el libro y se dirigió lentamente a su asiento. El capellán emitió una breve sentencia catarral, y, entre un susurro de hojas de libros, se encontraron frente al texto trivial del «Adelante, soldados cristianos», en la undécima edición del Himnario del Servicio Diplomático. El armonio, en el rincón, empezó a jadear como un gordo que corre el ómnibus; después encontró su voz y emitió una lenta versión nasal de las primeras dos frases, en tonos de tal aspereza, a través del ventoso chistido, que parecía como si le arrancasen a alguien las entrañas. Mountolive reprimió un estremecimiento esperando que el instrumento se calmara en la dominante, como hacía siempre... como si estuviera a punto de estallar en sollozos demasiado humanos.

Desordenadamente alzaron la voz para atestiguar... ¿qué? Mountolive se lo preguntó a sí mismo. Era un enclave cristiano en un país hostil, que se había convertido en un gran campo de concentración debido a una simple falla de la razón humana. Cowdell le estaba tocando el codo, y él se lo tocó a su vez, para indicar que estaba dispuesto a recibir una comunicación urgente, no estrictamente sobre asuntos religiosos. El jefe de la cancillería cantaba:

Hoy es día de suerte para algunos
marchando para la guerra (fortissimo, con piedad).
Cifras tiene un urgente

yendo adelante (fortissimo, con piedad).

Le fastidió esto a Mountolive. Generalmente había poco que hacer en domingo, pero la oficina de Cifras permanecía abierta con un esqueleto de personal. ¿Por qué no habían, de acuerdo con la costumbre, telefoneado a la villa para llamarlo? Tal vez había algo sobre las nuevas liquidaciones.

Empezó quejosamente cl verso que seguía.

Alguno debió decírmelo
¿cómo lo iba a adivinar?
¿quién es la empleada de guardia en Cifras?

Cowdell sacudió la cabeza y frunció el ceño, mientras añadía la línea: «Está todavía trabajan-fan-fan-j ando.» Dieron vuelta a la esquina, por decirlo así, y respiraron colectivamente mientras la música reanudaba su marcha. Este respiro permitió a Cowdell explicar con voz gruesa:

-No, es un urgente *personal.* Grupos corrompidos todavía.

Aclararon el rostro y la conciencia por el resto del himno, mientras Mountolive luchaba con su perplejidad. Cuando se arrodillaron en los incómodos escabeles pol vorientos y ocultaron la cara entre las manos, Cowdell continuó, diciendo entre los dedos.

-Lo han marcado a usted para una «K» y una misión. Quiero ser el primero en felicitarlo, etc.

-¡Cristo! -exclamó Mountolive en un cuchicheo de sorpresa, más para sí que para su Hacedor. Añadió-: Gracias.

Le flaquearon las rodillas. Por una vez tuvo que esforzarse por mantener su aire de imperturbabilidad. ¿Seguramente sería muy joven aún? Los murmullos del capellán, que parecía un pez espada, le causaron algo más que la impaciencia habitual. Apretó los dientes. Dentro de su mente se oyó a sí mismo repitiendo las palabras: «Salir de Rusia», con admiración creciente. Le saltaba el corazón.

Por fin terminó el oficio y se arrastraron dolorosamente desde el salón de baile, a través de los lustrados pisos de la residencia, tosiendo y murmurando. Consiguió fingir una manera de caminar lenta, piadosa, aunque no concordaba con el paso de carrera de su espíritu. Pero una vez en la cancillería, empujó lentamente tras sí la puerta acolchada, sintiendo que ella succionaba despacio el aire en su valva y luego, respirando hondo, bajó saltando los tres tramos de escalera hasta la puerta de molinillo que marcaba la entrada de los Archivos. Allí, un empleado de guardia servía el té a un par de correos con botas que se estaban sacudiendo la nieve de los guantes y los abrigos. Las sacas de lona estaban tendidas por todas partes en el suelo, esperando que las cargaran de cartas y sujetas con cadenas.

Unos roncos buenos días le siguieron hasta el salón de Cifras, cuya puerta golpeó fuertemente, y esperó a que Miss Steele lo dejara entrar. Ella sonrió sombríamente.

-Ya sé lo que quiere -le dijo-. Está en la bandeja; la copia para la cancillería. Hice que la pusieran en la bandeja de usted y dieran una copia al secretario para Su Excelencia.

Inclinó nuevamente la pálida cabeza sobre sus códigos. Allí estaba, la fina membrana rosada de papel, con su mensaje, limpiamente escrito a máquina. Se sentó en una silla y lo leyó lentamente, dos veces. Prendió un cigarrillo. Miss Steele alzó la cabeza:

-¿Puedo felicitarlo, señor?

-Gracias --contestó él vagamente. Acercó las manos a la estufa eléctrica, a fin de calentarse los dedos, mientras meditaba profundamente. Empezaba a sentirse como una persona muy diferente y esta sensación le causaba gracia.

Después de un rato subió lenta y pensativamente la escalera, hasta su oficina, sumergido aún en este sueño nuevo y voluptuoso. Las cortinas estaban descorridas, señal de que había entrado su secretaria. Permaneció un rato observando los centinelas que cruzaban y volvían a cruzar la entrada iluminada por la nieve del portón principal, cuya reja estaba pesadamente cargada de hielo. Mientras permanecía allí parado, con los ojos fijos en un mundo imaginario que yacía en alguna parte, detrás de ese enorme paisaje de nieve, llegó la secretaria. Sonreía de júbilo.

-Vino por fin -exclamó.

Mountolive sonrió lentamente.

-Sí. Me pregunto si Su Excelencia se opondrá. -No, de ninguna manera -contestó ella enfáticamente-. ¿Por qué habría de hacerlo?

Mountolive se sentó de nuevo en su escritorio y se frotó el mentón.

-El mismo estará retirado dentro de tres meses, más o menos -dijo la chica. Lo miró curiosamente, casi con enojo, porque no podía leer ninguna satisfacción, ninguna autocomplacencia en la sobria expresión. Ni la buena suerte podía atravesar aquella reserva cuidadosamente establecida.

-Bueno -repuso él, lentamente, porque aún se sentía impedido por su propio asombro, el sueño voluptuoso de un éxito inmerecido-; veremos. -Ahora le poseía otro pensamiento nuevo y más vertiginoso. Miró por la ventana con los ojos muy abiertos y fijos. ¿Seguramente ahora, por fin, sería libre para obrar? ¿Al fin la larga disciplina de borrarse a sí mismo, de ser perpetuamente un delegado habría concluido? Era algo aterrador, pero también excitante. Pensaba que

su personalidad verdadera podría al fin expresarse libremente en actos; y henchido todavía por esta ilusión absorbente, se levantó y le sonrió a la chica diciéndole-: De todos modos, tengo que pedir la aprobación de Su Excelencia antes de contestar. No está «en cubierta» esta mañana, de modo que cierre, no más. Esperaremos a mañana.

Ella vaciló un momento ante él, decepcionada, y después recogió la bandeja y sacó la llave de la caja fuerte privada de Mountolive.

-Muy bien -contestó.

-No hay prisa -señaló Mountolive. Le parecía ver su vida extendiéndose ahora delante de él; como si fuera a nacer de nuevo-. No creo que mi exequatur venga antes de, digamos junio. Y así lo demás. -Pero su mente estaba corriendo por una pista paralela: «En julio toda la embajada se muda a Alejandría, su residencia de verano. Si yo pudiera hacer coincidir mi llegada...»

Y luego, junto a esta sensación de entusiasmo, sintió una puntada de mezquindad característica. Mountolive, como casi todas las personas que no tienen en quien derramar su afecto, tendía a la mezquindad en asuntos de dinero. Por irrazonable que fuera, sintió de pronto un acceso de desaliento al pensar en lo que le iba a costar el traje de uniforme que reclamaría su nueva posición. No hacía una semana todavía que había visto un catálogo de lo de Skinners, mostrando una escala de precios muy aumentados para los uniformes del servicio diplomático.

Se levantó y se fue a la oficina de al lado a ver al secretario privado. Estaba vacía. Brillaba el fuego de una estufa eléctrica. Un cigarrillo encendido humeaba en el cenicero, al lado de los dos timbres marcados respectivamente «His *Ex», «Her Ex»* (*«Su* Excelencia, el embajador» y «Su Excelencia, la embajadora». En el bloc, al lado de ellos, la secretaria había escrito con su letra redonda, femenina: «No despertar antes de las once.» Esto, evidentemente, se refería a «His Ex». En cuanto a *«Her Ex»,* sólo había conseguido durar seis meses en Moscú antes de retirarse a las amenidades de Niza, donde esperaba a que él se jubilara. Mountolive apretó el cigarrillo, apagándolo.

Sería inútil ver al jefe antes de mediodía porque la mañana en Rusia lo agobiaba a Sir Louis con una apatía atrabiliaria que le hacía incapaz de reaccionar ante las ideas; y aunque en conciencia no podía hacer nada para denigrar la buena fortuna de Mountolive, fácilmente podría mostrarse picado por el hecho de que el secretario privado principal no lo hubiera consultado, como es costumbre. Fuera como fuese, Mountolive se retiró a su oficina, que ahora estaba vacía, y se sumergió en el último número de *The Times* esperando, con mal disimulada impaciencia, que el reloj de la cancillería, con sus ruidosos zumbidos y jadeos, anunciara el mediodía. Entonces se fue de nuevo escaleras abajo y se introdujo en la cancillería por la puerta acolchada, marchando con su rápido paso renqueante sobre los pisos

lustrados, con sus blandos archipiélagos de alfombritas neutrales. Todo olía a falta de uso y a cera Mansion; en las cortinas se sentía un olor a humo de cigarro. En cada ventana, una pantalla de copos que golpeteaban.

Merritt, el valet, empezaba a subir la escalera con una bandeja que contenía una coctelera llena de Martini y un solo vaso. Era un hombre pálido, de maciza contextura que cultivaba la gravedad de un sacristán mientras andaba en sus tareas de residenciá. Se paró cuando Mountolive estuvo a su altura y dijo con voz ronca:

-Se acaba de levantar y se está vistiendo para un almuerzo.

Mountolive asintió con la cabeza y pasó a su lado. El criado se volvió para la despensa, a buscar otro vaso que añadir a la bandeja.

Sir Louis estaba silbando desanimadamente ante su propia imagen en el gran espejo, mientras se vestía. -¡Ah, muchacho! -dijo vagamente, cuando Mountolive apareció detrás de él-. Vistiéndome, no más. Ya lo sé, ya lo sé. Es mi día de mala suerte. Cancillería me llamó a las once. De modo que se salió con la suya. Felicitaciones.

Mountolive se sentó a los pies de la cama, aliviado al ver que la noticia se tomaba tan a la ligera. Su jefe siguió peleando con una corbata y un cuello almidonado, mientras decía:

-Supongo que se querrá ir en seguida ¿no? Es un pérdida para nosotros.

-Sería conveniente -confesó Mountolive, despacio

-Una lástima. Yo estaba esperando que usted iba a despedirme. Pero de todos modos -hizo un gesto ampuloso con una mano suelta- se salió con la suya. Del tricornio y la daga al bicornio y la espada... la apoteosis final -anduvo tanteando en busca de los gemelos y agregó, pensativamente-: Por supuesto podría quedarse un poco; llevará tiempo obtener el *agrément.* Después tendrá que ir al palacio, al besamanos y todo lo demás, ¿eh?

-Es que me deben una barbaridad de licencia -dijo Mountolive, con un finisímo dejo de firmeza debajo de su tono tímido. Sir Louis se retiró al cuarto de baño y se
puso a lavar los dientes postizos bajo el chorro del grifo.

-Y la próxima lista de honores -le gritó al espejito que estaba en la pared- ¿la va a esperar?

-Creo que sí.

Entró Merrit con la bandeja y el viejo le gritó: -Póngala en cualquier parte. Un vaso extra.

-Sí, señor.

Cuando el sirviente se retiró, cerrando suavemente tras sí, Mountolive se levantó para servir el coctel. Sir Louis hablaba consigo mismo, refunfuñando.

-Es un maldito golpe para la misión. Bueno, de todos modos, David, apuesto que la primera reacción ante la noticia fue: «Ahora puedo obrar libremente.» -Cloqueó como una gallina y volvió al tocador, de muy buen humor. Su subordinado, que estaba sirviendo, se interrumpió, sorprendido por tanta penetración le preguntó frunciendo el ceño -cómo diablos sabe eso? Sir Louis emitió otro cloqueo de satisfacción. -Todos lo decimos. Todos lo decimos. La última ilusión: tendrá que pasar por ella, como los demás, ¿sabe?, es un momento engañoso. Uno se cree que ahora va a decidir las cosas a su gusto y peca contra el Espíritu Santo en cuanto se descuida.

-¿Qué es eso?

-En diplomacia, significa tratar de edificar una política sobre la opinión de una minoría. El lado flaco de todos. Mire cuántas veces, aquí, tenemos la tentación de construir algo sobre la derecha. ¿Eh? No anda. Las minorías no sirven, a menos que estén dispuestas a pelear. Ésa es la cosa.

-Tomó el vaso con sus viejos dedos rosados, observando con aprobación el aliento del rocío sobre el frío cristal. Brindaron el uno por el otro y se sonrieron con afecto. En los dos últimos años habían intimado mucho-. Lo voy a extrañar -continuó-.

Pero hay que ver que dentro de tres meses yo mismo voy a estar fuera de este... *lugar* -se expresó con ira no disimulada-. ¡Basta de tonterías sobre la objetividad! El Departamento del Este puede encontrar unos lindos productos imparciales, de la escuela de economía de Londres, para hacer sus informes. -Recientemente el Foreign Office se había quejado de que los despachos de la misión carecían de equilibrio. Esto había enfurecido a Sir Louis. Estallaba al recuerdo más fugitivo de la ofensa. Dejando el vaso vacío, fue a mirarse al espejo-: ¡Equilibrio! Si el F. O. manda una misión a Polinesia seguramente querrá que los despachos empiecen diciendo (hizo una voz chillona y gemebunda para anunciarlo): «Aunque es verdad que los habitantes se comen unos a otros, el consumo de comida por cabeza es sin embargo notablemente elevado.» -Se interrumpió bruscamente y, sentándose para atarse los zapatos, exclamó-: ¡Oh, David, muchacho! ¿A quién demonios podré hablarle cuando no esté? ¿Eh? Estará caminando por ahí con uniforme ridículo, con una pluma de águila rompehuesos en el sombrero, que parecerá el plumaje que echa un pájaro indio para hacer el amor y yo, yo... iré trotando al Kremlin para ir a ver a estos brutos aburridos.

Los cocteles estaban bastante fuertes. Empezaron el segundo y Mountolive dijo:

-En realidad vine preguntándome si podría comprarle su viejo uniforme, con tal que no sea alquilado. Yo podría hacerlo arreglar.

-¿Uniforme? -preguntó Sir Louis-. No había pensado en eso.

-Están horrorosamente caros.

-Ya lo sé. Y han subido. Pero el mío lo tendrá que mandar al taxidermista para que lo arregle del todo. Y nunca caen bien en el cuello. Todo ese montón de cordoncillos. Tengo uno o dos sueltos, creo. Gracias a Dios que esto no es una monarquía. Lo único bueno que tiene. La levita y nada más. ¿No? Bueno, no sé.

Permanecieron sentados meditando la cuestión un largo rato. Después Sir Louis dijo:

-Y ¿cuánto me ofrece?

Su ojos se achicaron. Mountolive deliberó unos momentos antes de contestar «Treinta libras» en un tono inusitadamente enérgico y terminante. Sir Louis echó arriba las manos, simulando estar desconcertado.

-¿Nada más que treinta? A mí me costó...

-Ya lo sé ---contestó Mountolive.

-Treinta libras -meditó su jefe, casi al borde del enojo--; me parece, querido muchacho, que...

-La espada está un poquito torcida -arguyó Mountolive obstinadamente.

-No mucho -contestó Sir Louis-, el rey de Siam la agarró con la puerta de su automóvil privado. Es una abolladura honrosa.

Sonrió de nuevo y siguió vistiéndose, canturreando entre dientes. Le daba un gusto absurdo este regateo. De pronto se volvió.

-Estírese hasta cincuenta -dijo.

Mountolive meneó la cabeza pensativamente. -Es mucho, señor.

-Cuarenta y cinco.

Mountolive se levantó y dio una vuelta por el salón, divertido al ver lo que el viejo se deleitaba con esta batalla de caprichos.

-Le doy cuarenta -declaró al fin y se sentó de nuevo con premeditación. Sir Louis se peinó furiosamente el cabello plateado con los pesados cepillos de carey.

-¿Tiene alguna bebida en la bodega? -preguntó.

-A decir verdad, sí, tengo.

-Bueno, entonces se lo dejo en cuarenta, si añade un par de cajones de... ¿Qué tiene? ¿Un champaña decente?

-Sí.

-Muy bien. Dos... no, *tres* cajones del mismo.

Los dos se echaron a reír, mientras Mountolive decía: -Es temible para regatear usted.

Sir Louis quedó encantado por el cumplido. Se dieron la mano y el embajador se disponía a volver a la bandeja del coctel cuando su subordinado le dijo:

-Perdone, señor, va a ser el tercero.

-¿Y? -contestó el viejo diplomático con un sobresalto bien disimulado y aire de perplejidad-. ¿Qué hay con eso?

Él lo sabía de sobra. Mountolive se mordió el labio. -Usted mismo me pidió que le avisara. o dijo en tono de reproche. Sir Louis se echó más atrás aún, simulando mayor sorpresa.

-Qué tiene de malo un trago fuerte antes de almorzar, ¿eh?

-Va a zumbar -dijo Mountolive, sombríamente.

-Oh, vamos, muchacho -contestó Sir Louis.

-Lo va a hacer, señor.

En el último año y en vísperas de su retiro, el embajador había empezado a.beber un poco fuerte, aunque nunca llegando a perder el tino. En el mismo período le había nacido un tic nuevo y un poco sorprendente. Animado por un coctel de más, empezaba a emitir un ruido bajo y continuo, de zumbido, en las recepciones, que le había ganado una notoriedad más bien discutible. Pero él mismo no se daba cuenta de la costumbre y al principio la negó con indignación. Vio con sorpresa que había tomado el hábito de zumbar, en basso *profundo,* un pasaje de la Marcha de los Muertos de Saúl. Con eso resumía apropiadamente una vida entera de agudo fastidio pasada en compañía de funcionarios que no eran amigos y de dignatarios huecos. En cierto modo respondía quizás a una situación que subconscientemente había reconocido como intolerable desde hacía varios años; y estaba agradecido a Mountolive por haber tenido el coraje de hacérselo notar y ayudarle a superarlo. Sin embargo siempre se sentía obligado a protestar, a despecho de sí mismo, cuando el subordinado se lo recordaba.

-Zumbar -repitió ahora barbotando con indignación-, nunca he oído semejante estupidez -pero dejó el vaso y se volvió al espejo para darle el último toque a su aseo-. Bueno, de todos modos -dijo- ya es la hora. Apretó un timbre y apareció Merritt con una gardenia en un plato. Sir Louis era puntilloso respecto a las flores y siempre se empeñaba en llevar su favorita en el ojal cuando estaba en *tenue de ville. Su* mujer le enviaba por avión cajas de gardenias desde Niza y Merritt las guardaba en la heladera de la despensa rociándolas religiosamente.

-Bueno, David -dijo palmeándole el brazo con afecto-. Le debo muchos favores. No habrá zumbido hoy, por mucho que lo necesite.

Caminaron lentamente, bajando la escalera en espiral hasta el vestíbulo, donde Mountolive ayudó a su jefe a ponerse los guantes y el abrigo antes de llamar el automóvil oficial por el teléfono de la casa.

-Y ¿cuándo quiere irse? -La vieja voz temblaba con auténtico pesar.

-Para el primero del mes próximo, señor. Eso da tiempo para arreglar las cosas y despedirse..

-¿No se va a quedar hasta que yo me vaya?

-Si usted me lo manda, sí, señor.

-Sabe que yo no haría eso -contestó meneando la blanca cabeza, aunque había hecho cosas peores-. Nunca. Se estrecharon calurosamente las manos mientras Merritt pasaba al lado de ellos para abrir la pesada puerta del frente, porque su oído había captado el raspado y chasquido de las cadenas de los neumáticos sobre la avenida escarchada. Un golpe de nieve y viento los azotó. Las alfombras se levantaron de los pisos por un momento. El embajador se puso el gran yelmo de pieles y metió las manos en el *carmuff.*

Después, agachándose, se lanzó afuera, al gris invernal. Mountolive suspiró y oyó que el reloj de la residencia se despejaba, con cuidado, la garganta polvorienta, antes de dar la una.

Rusia quedaba atrás.

Berlín también estaba en las garras de la nieve, pero allí, en vez del desamparo malhumorado y azuzado de Rusia, había una euforia maliciosa, casi tan desalentadora como aquél. En el aire se sentía el acento de la tristeza y la incertidumbre. A la luz gris verde de los faroles de la embajada escuchó pensativamente las últimas evaluaciones del nuevo Atila y un valioso resumen de las mesuradas predicciones que desde hacía meses habían ennegrecido los papeles de notas del Departamento Alemán y las columnas de los impresos de P. E. (Evaluaciones Políticas). ¿Era, realmente, tan obvio a estas

horas que este ejercicio de amplitud nacional en el diabolismo político terminaría por hundir a Europa en un baño de sangre? Los argumentos parecían abrumadores. Pero había una esperanza: que Atila pudiese volverse hacia el Este y dejar al doblegado Oeste que se fuera deshaciendo por sí solo, en paz. Si los dos ángeles negros que rondaban sobre el subconsciente de Europa pudieran pelearse y destruirse mutuamente... Había cierta esperanza.

-La única esperanza, señor -manifestó el joven *attaché* tranquilamente y no sin cierto gusto, tan grato es, a una parte del espíritu, la perspectiva de la destrucción total, como único remedio para el clásico *ennui* del hombre moderno-. La única esperanza -repitió. Opiniones extremas, pensó Mountolive frunciendo el ceño. Se le había enseñado a evitarlas. Ya se había vuelto segunda naturaleza el no comprometerse mentalmente.

Esa noche lo llevó a comer, con un poco de derroche, el joven encargado de negocios, pues el embajador estaba ausente, en funciones; y después de comer lo llevaron al «Tanzfest», cabaret muy de moda. La red de sótanos iluminados a vela con las paredes tapizadas de damasco azul, estaba cargada con el brillo de cien cigarrillos, que parpadeaban como luciérnagas, fuera del radio de luces blancas, donde un enorme hermafrodita, con la cara de un narval, dirigía los compases de la Fox *Macabre Totentanz.* Bañado en el sudor perlado de los saxofonistas negros, el estribillo corva con su cola histérica:

Berlín, dein Tanzer ist der Tod!
Berlin, du wuhlst mit Lust im Kot!
Halt ein! Lass sein! Und denk ein bisschen nach:
Du tanzt dir doch vom Liebe nicht die Schmach.
Denn du boxt, und du jazzt, und du foxt aus dem Pulver
[fass!

Era un admirable comentario de las deliberaciones de la tarde, y, por debajo de la frenética licencia y fervor del canto, le parecía captar el paso de viejas reminiscencias -pasajes de Tácito quizás- o francachelas de guerreros consagrados a la nnierte que se encaminan al Walhalla. En* cierto modo tenía pegado el olor del matadero. A pesar del oropel y de las banderitas, Mountolive, meditabundo, permanecía sentado sobre los remolinos de humo blanco de los cigarros y observaba los crudos movimientos peristálticos del Black Bottom. Las palabras se repetían en su mente una y otra vez. «No conseguirás sacarte la vergüenza de la panza a fuerza de bailar), se decía mirando a los bailarines dispersarse y las luces cambiar de verde y oro a violeta.

De repente se levantó diciendo: -¡Dios mío!

Había divisado un rostro conocido en un lejano rincón del subsuelo: el de Nessim. Estaba sentado a una mesa, entre un grupo de hombres de edad, en *smoking,* fumando un cigarrito flaco y

asintiendo de vez en cuando con la cabeza. No observaba mayormente el cabaret. Un *magnum* de champaña estaba en medio de la mesa. Era demasiado lejos para valerse de señas, y Mountolive le envió su tarjeta y esperó hasta que Nessim siguió el dedo del mozo, que lo señalaba a él, y luego sonrió y levantó una mano. Los dos se pusieron en pie y Nessim acudió en seguida a la mesa, con su cálida sonrisa tímida, para expresar las habituales exclamaciones de sorpresa y satisfacción. Dijo que estaba en Berlín en visita de negocios por dos días.

-Tratando de comerciar tungsteno -añadió, discreto. A la madrugada tenía que volver a Egipto en avión. Mountolive lo presentó a su anfitrión y lo convenció de que pasara unos momentos en su mesa.

-Es un placer tan raro... y justamente ahora.

Pero Nessim ya había oído el rumor de que estaban a punto de nombrarlo embajador.

-Sé que no está confirmado aún, pero lo mismo se ha filtrado. Huelga decirlo, por vía de Pursewarden. Puede imaginarse la satisfacción que nos dio, después de tanto tiempo.

Siguieron conversando un rato, sonriendo Nessim al contestar a las preguntas de Mountolive. Pero a Leila no la mencionaron al principio. Después de un tiempo, el rostro de Nessim tomó una curiosa expresión, una especie de sobria astucia, y dijo sin vacilar:

-Me gustaría hacerle una pequeña confidencia: espero casarme.

Se apoyó en el respaldo y chupó lentamente su cigarro. Mountolive le expresó sus felicitaciones, sin poder disimular un leve tinte de pesar, pues uno siempre teme el casamiento de un amigo, que envuelve el posible peligro de ser excluido de su amistad por la nueva situación doméstica.

-Ah, muy buena noticia -repitió expresivamente, tratando de acallar sus dudas. Por fin podía mencionarla a Leila-: Leila va a estar encantada.

Nessim le echó una mirada fugitiva por debajo de sus largas pestañas y rápidamente miró a otra parte.

-Eso no es seguro -dijo-, todavía.

Mountolive adoptó una actitud de cortés interrogación.

-La muchacha en cuestión -continuó Nessim con fría rabia- en primer lugar es judía... y usted sabe el absurdo terror de los coptos a los judíos. Hasta tenemos el proverbio: «Si dejas entrar en tu viña al zorro judío te comerá vivo.»

-Lo sé -contestó Mountolive-, pero seguramente los Hosnani...

-Después, no pertenece a la sociedad. Finalmente es divorciada.

Nessim enunciaba estos puntos con creciente frialdad. Apretó el cigarro contra el cenicero, apagándolo, y le echó otra mirada equívoca a Mountolive.

-Pero si usted la ama... -expresó el amigo, apaciblemente. Y entonces, para sorpresa suya, Nessim tuvo una breve y fea sonrisa, como para denigrarse a sí mismo y se frotó el mentón con la manga.

-Amar... -contestó despacio y pensativo, como para sí mismo-. Bueno, sí, creo que la amo. -Pero de repente se levantó y miró ansiosamente hacia atrás, a la mesa de donde venía-. Tengo que irme -dijo--; por favor, trate el asunto con absoluta reserva, ¿no?

Hablaron de la perspectiva de encontrarse en Inglaterra antes de que Mountolive tomara el avión para su nuevo puesto. Nessim se mostraba vago, inseguro en sus movimientos. Tendría que esperar los acontecimientos. Pero ya el compañero de Mountolive había vuelto del guardarropa, hecho que les impidió completamente seguir hablando de cosas privadas. Se dijeron adiós con buen ánimo y Nessim regresó a su mesa, caminando lentamente.

-Su amigo ¿está en el negocio de armamentos? -preguntó el otro cuando partían. Mountolive meneó la cabeza.

-Es banquero. A no ser que el tungsteno desempeñe un papel en los armamentos. Realmente no lo sé.

-No tiene importancia, pura curiosidad. Usted sabe, la gente que estaba en su mesa son todos de los Krupp, y por eso se me ocurrió la idea. Nada más.

IV

A Londres volvía siempre con el trémulo afán de un amante que ha estado largamente separado de su querida. Volvía como con un interrogante: ¿había cambiado la vida, cambiado algo? ¿Había la nación por fin despertado y empezado a vivir? La fina llovizna oscura sobre la plaza Trafalgar, las cornisas, cubiertas de una cáscara de hollín de Whitehall, todo el susurro de los neumáticos rodando sobre el macadán, la inquietante voz conspiradora de un río de tráfico detrás de los velos de niebla: todo era una seguridad y una amenaza. Le gustaba inarticuladamente esa melancolía, aunque en el fondo sabía que ya nunca podría vivir allí permanentemente porque su profesión le había convertido en un expatriado. Caminó bajo la suave lluvia resonante hacia Downing Street, embozado en su pesado abrigo, comparándose de tiempo en tiempo, no sin cierta

complacencia, con el histriónico gran duque que le sonreía desde uno que otro letrero de propaganda de los cigarrillos «De Reszke».

Sonrió para sí al recordar algunas de las agrias críticas de Pursewarden sobre su capital nativa, repitiéndoselas con gusto, casi como cumplimientos. Pursewarden, llevando la mano de su hermana de un codo al otro, para completar un vago ademán hacia la figura de Nelson que parecía carbonizada detrás de copiosas tropas de palomas, llenas de su pelusa contra el frío brutal... «Ah, Mountolive, mira todo eso. Lugar de los excéntricos y de los sexualmente desarmados. ¡Londres! Tu comida tan apetitosa como un plato de bario, tus saboreadas incomodidades, tus causas que no se pierden sino que se mueren antes... » Mountolive había protestado risueñamente: «No importa. Es nuestra y es más grande que la suma de sus defectos.» Pero su acompañante no compartió esos sentimientos. Sonreía ahora, al acordarse del sardónico ataque del escritor a la lobreguez, la incomodidad y la nativa barbarie de Londres. En cuanto a Mountolive, la lobreguez le alimentaba; sentía algo así como el amor del zorro a la tierra. Lo oyó con una cómoda sonrisa de indulgencia, mientras él peroraba con fingida cólera ante la imagen de su isla natal, diciendo: «Ah, Inglaterra, Inglaterra, donde los miembros de la Real Sociedad de Prevención de la Crueldad contra los Animales comen carne dos veces por día y el nudista devora en la nieve fruta importada. El único país que se avergüenza de la pobreza.»

El Big Ben emitió su nota que cayó a pique. Los faroles habían empezado a arrojar sus líneas de luz prismática. Hasta en la lluvia se veía el acostumbrado racimo de turistas y ociosos frente a las puertas del Número Diez. Dio media vuelta, bruscamente, y entró por las silenciosas arcadas del Foreign Office, dirigiendo sus pasos discordantes a la sala de valijas, casi desierta; dio su nombre y dijo dónde deberían enviarle la correspondencia y dejó una orden para que le hicieran tarjetas nuevas y más lujosas.

Luego, en ánimo más bien pensativo, y con un paso cansado que hacía juego con él, trepó la fría escalera que olía a telarañas, y 11egó a las entradas del gran vestíbulo, donde patrullaban porteros en uniforme. Era tarde y la mayoría de los habitantes de lo que Pursewarden siempre llamaba «Palomar Central» habían entregado sus llaves y placas numeradas y se habían marchado. Aquí y allí, en el gran edificio, había pequeños oasis de luz detrás de enrejadas ventanas. El tintineo de las tazas de té venía de algún punto invisible. Alguien se cayó sobre una pila de escarlatas cajas de despacho, en un corredor. Mountolive sonrió con un placer familiar. Había elegido a propósito las horas de la tardecita para las pocas entrevistas que tenía que realizar; primero,, sabiendo que tenía que verlo a Kenilworth, y... no estaba muy seguro al respecto; pero tal vez podría expiar su antipatía al hombre llevándolo a su club a tomar una copa. Pues en algún punto, a lo largo de la línea, lo había hecho su enemigo; no podía saber cómo, pues nunca hubo una disidencia abierta. Pero allí estaba eso, cómo un nudo en la madera.

Habían sido casi contemporáneos en el bachillerato y en la universidad, pero nunca amigos. Mientras él, Mountolive, subía sin tropiezos y sin faltas por la escalera de los ascensos, el otro se había extraviado de algún modo; por alguna razón siempre le había errado al peldaño; había derivado por entre secciones de poca importancia, recibiendo los honores de rutina pero sin entrar nunca en una corriente favorable. La inteligencia y actividad del hombre eran innegables. ¿Por qué no había triunfado? Mountolive se lo preguntaba con ira, con indignación. ¿Suerte? En todo caso aquí estaba Kenilworth ahora como jefe del nuevo departamento de personal, innocuo sin duda; su fracaso lo dejaba perplejo a Mountolive. Para un hombre de sus dotes era realmente una vergüenza estar meramente a cargo de una de esas huecas invenciones administrativas, que no ofrecen acceso ninguno al mundo de la política. Un callejón sin salida. Y si no podía desarrollarse positivamente, no tardaría en desarrollar las facultades negativas que siempre se derivan de la sensación del fracaso.

En esto pensaba al trepar lentamente al tercer piso, a fin de informar de su presencia a Granier, moviéndose a través del crepúsculo violeta hacia las altas puertas color crema, detrás de las cuales el subsecretario estaba sentado en una burbuja congelada de luz verde, trazando dibujos en su rosado papel secante con un cortaplumas. Las felicitaciones pesaban algo allí, porque iban condimentadas con envidia profesional. Granier era un hombre listo, agudo y de buen genio, con algo de la agilidad mental y el empuje de una abuela francesa. Fácilmente se le tomaba simpatía. Hablaba con rapidez y confianza, marcando las frases con pequeños movimientos del pisapapeles de marfil. A Mountolive le atraía naturalmente el encanto de su habla, el inglés de la gente bien nacida y pulida, que lleva sus invisibles marcas diacríticas, la expresión de su casta.

-¿Estuvo en la misión berlinesa, entiendo? Bien. De todos modos, si ha seguido las P. E., habrá visto el cariz que están tomando las cosas y podrá juzgar la extensión de nuestras preocupaciones por su designación, ¿eh? -No le gustaba usar la palabra «guerra». Le parecía teatral-. Si resulta lo peor, no necesitamos subrayar nuestro interés por Suez y, a decir verdad, por todo el complejo de Estados árabes. Pero como usted ha servido allí, no pretendo darle una conferencia. Vamos a estar esperando con impaciencia sus informes. Y, además, como usted sabe árabe...

-Oh, a mi árabe se lo ha llevado el moho.

-Chist -dijo Granier-, que no lo oigan. Usted debe su designación en gran parte al árabe. ¿No lo podrá refrescar pronto?

-Sí, si me dan la licencia que he pedido.

-Ni qué decir. Además, ahora que la Comisión se ha disuelto, tendremos que obtener el *agrément* y demás. Y, desde luego, el secretario de Estado querrá conferenciar cuando vuelva de Washington. Y también ¿qué hay de la investigación, el besamanos y

todo eso? Aunque miramos toda designación de esta clase como urgente... Bien, usted conoce tan bien como yo la tranquilidad mandarinesca de los movimientos del F. O. -Sonrió con su sonrisa hábil e indulgente, prendiendo un cigarrillo turco-; y tal vez no sea mala filosofía tampoco -continuó-, por lo menos, como una tendencia política. Al fin y al cabo siempre estamos haciendo frente a lo inevitable, lo irremediable; ¡más prisa más barro! Más pánico y menos confianza. En diplomacia uno no puede más que proponer; nunca disponer. Eso depende de Dios, ¿no es cierto? -Granier era uno de esos católicos mundanos que miran a Dios como un simpático socio de club, cuyos móviles están por encima de toda discusión. Suspiró y permaneció callado un momento. Después dijo-: No, tendremos que prepararle a usted debidamente el tablero. No son muchos los que considerarían Egipto como una ganga. Tanto mejor para usted.

Mountolive estaba desplegando mentalmente un mapa de Egipto, con su gran espinazo central limitado por desiertos, y con las grandes anomalías de sus pueblos y credos; y después lo veía desvanecerse en tres direcciones, como desierto incoherente y tierra de pasto verde. Al norte, Suez, como una sección cesárea por donde el oriente estaba prematuramente desgarrado; después, nuevamente, el sinuoso complejo de montañas y granito muerto, plantíos y llanuras que estaban geográficamente distribuidos por el mapa, al azar, con los límites marcados por puntos... La metáfora del ajedrez era adecuada. El Cairo yacía en el centro de esta telaraña. Suspiró y se despidió, preparando una nueva cara para saludar al descontento Kenilworth.

Cuando caminaba pensativamente hacia los porteros del primer piso, observó con alarma que ya estaba atrasado diez minutos para su segunda entrevista, y rogó mentalmente que no se considerara eso como una ofensa deliberada.

-El señor Kenilworth ha telefoneado dos veces, señor. Yo le dije dónde estaba usted.

Mountolive respiró más tranquilo y se dirigió de nuevo a la escalera,, sólo para volver a la derecha esta vez y seguir dando vueltas por varios corredores fríos pero sin olor, hasta donde lo esperaba Kenilworth, golpeando sus lentes contra un pulgar grande y bien formado. Se saludaron mutuamente con una grotesca efusión que cubría eficazmente el mutuo desagrado. «Querido *David...»* Mountolive se preguntó si era simplemente la antipatía a un tipo físico: Kenilworth tenía un aspecto grande y porcino: más de doscientas libras de «snob» de la comida y la cultura. «Mi querido David.» Se abrazaron cálidamente. Toda la gordura del gran cuerpo de Kenilworth quedó colgando cuando se puso en pie. Tenía la carne tejida con hilo muy grueso.

-*Mi querido* Kenny --contestó Mountolive con aprensión y repugnancia de sí mismo.

-¡Qué noticia espléndida! Le lisonjeo -y Kenilworth puso una expresión de astucia- de haber tenido un poquito que ver con ello, una nada. El hecho de saber árabe tuvo peso para el secretario de Estado. Y fui yo el que se lo recordó. Un memorial largo. Mucho papel.

Rió confuso y se sentó, indicándole a Mountolive una silla. Hablaron de generalidades un rato y después Kenilworth juntó los dedos en un gesto que recordaba vagamente a un abadejo, y dijo:

-Pero volvamos a nuestros moutons, querido muchacho. He reunido todos los documentos personales para que los vaya viendo. Todo está en orden. Verá que es una misión buena, muy buena. Tengo confinza en su jefe de cancillería, Errol. Naturalmente, lo que' recomiende tendrá peso. Usted mirará la estructura del personal y me lo hará saber. Piense también en un edecán, ¿eh? Y no sé qué le parecerá un P. A., a menos que pueda servirse del «pool» de las dactilógrafas. Pero como soltero va a necesitar algo para el lado social, ¿no es cierto? No. creo que su tercer secretario servirá de mucho.

-Pero esto yo lo podré hacer en el lugar, ¿no? -Desde luego. Es qup yo deseaba verlo instalado lo más cómodamente posible.

-Muchas gracias.

-Solamente hay un cambio que yo estaba contemplando por mi parte. Era Pursewarden como primer político. -¿Purserwarden? -preguntó Mountolive con sorpresa. .

-Lo voy a trasladar. Ha cumplido el tiempo reglamentario y no está contento en realidad.

-¿Lo ha dicho él?

-No exactamente de ese modo...

A Mountolive se le cayó el corazón. Sacó la boquilla, que solamente usaba en momentos de perplejidad, le puso un cigarrillo tomado de la caja de plata que había sobre el escritorio y se apoyó en el respaldo de la pesada silla anticuada.

-¿Hay alguna otra razón? -preguntó discretamente-. Porque, personalmente, me gustaría mantenerlo, al menos por un tiempo.

Los ojos de Kenilworth se achicaron. Su pesado cuello se hinchó por el sonrojo de fastidio que procuraba subirle a la cara.

-Para serle franco, sí -dijo brevemente.

-Dígamela.

-Usted va a encontrar un largo informe sobre él, hecho por Errol, entre los papeles que he juntado. No creo que sea hombre del todo adecuado. Pero, además, los funcionarios contratados nunca han sido tan de fiar como los de carrera. En términos generales, ya lo sé. No voy a decir que nuestro amigo no sea fiel a la firma: lejos de ello. Pero sí diré que es cabezón y difícil. Bien, soitl Es escritor, ¿no? -Kenilworth se congració con la imagen de Pursewarden mediante una breve sonrisa de inconsciente desprecio-. Ha habido rozamientos sin término con 13rrol, Usted ve: desde que se disolvió gradualmente la Alta Comisión, desde la firma del Tratado, se produjo una gran laguna, un hiato; todos los organismos surgidos desde 1918 y que trabaja!ian para la Comisión han sido amputados, ahora que el cuerpo paterno ha dado lugar a una embajada. Usted tendrá que tomar varias decisiones de gran importancia. Todo está en estado fluido. La animación en suspenso ha sido la nota dominante desde hace un año y medio... y hostilidades no suspendidas entre una embajada, carente de jefe, y todos estos cuerpos sin padre forcejeando para que no los supriman. ¿Lo ve? Ahora bien, Pursewarden podrá ser un talento, pero ha provocado un montón de desavenencias, no solamente en la misión: gentes como Maskelyne, por ejemplo, que dirige la rama I.C. del Ministerio de Guerra y la ha dirigido todos estos cinco años. Los dos se tiran a muerte ahora.

-Pero ¿qué tiene que ver con nosotros una rama I?

-Exactamente, nada. Pero la sección política del alto comisionado dependía, de lbs informes de espionaje de Maskelyne. El I.C., cotejo de informes de espionaje, era el organismo central para los archivos centrales del Medio Oriente y toda esa clase de cosas.

-Y ¿dónde está la pelea?

-Purserwarden, como secretario político, opina que la embajada también ha heredado en cierto modo, de la Comisión, el departamento de Maskelyne. Maskelyne se niega a reconocer esto. Exige paridad y aun completa libertad para su negocio. Al fin y al cabo es militar.

-Y entonces pónganlo bajo un agregado militar por el momento.

-Sí, pero Maskelyne se niega a formar parte de su misión de usted, porque tiene más antigüedad que su agregado designado.

-Pero ¿qué charla es ésta? ¿Cuál es su grado? -General de brigada. Usted ve, desde que terminó la función del 18, El Cairo ha sido el puesto superior de toda la red de espionaje. De modo que toda la información secreta pasaba por Maskelyne. Ahora Pursewarden trata de apropiárselo, de ponérselo a sus talones. Batalla regia, por supuesto. El pobre Errol que, yo lo reconozco, es un poco flojo en algún sentido, está flameando entre ellos como una vela suelta. Por ese pensé que a usted se le facilitaría la tarea sacándolo a Pursewwarden.

-O a Maskelyne.

-Bueno, pero él es un cuerpo del Ministerio de Guerra. Usted no lo puede sacar. De todos modos, está deseando que usted llegue y sea árbitro. Está seguro de que usted va a establecer su completa autonomía.

-Pero yo no puedo tolerar un organismo autónomo del Ministerio de Guerra en un territorio ante el cual estoy acreditado, ¿verdad?

-Comprendo, comprendo, querido amigo. -¿Qué dice el Ministerio de Guerra?

-Usted conoce a los militares. Se van a atener a cualquier decisión que usted quiera tomar. Están obligados. Pero ya hace tres años que están metidos allí. Tienen su propio personal y su transmisor allá, en Alejandría. Creo que les gustaría quedarse.

-Pero no con independencia. ¿Cómo podría yo...?

-Exactamente. Eso es lo que sostiene Pursewarden. Bien, pero alguien tendrá que irse, en interés de la armopía. No podemos tener todo este juego de alfilerazos. -¿Qué alfilerazos?

-Y, Maskelyne reteniendo informes y viéndose obligado a arrojarlos a la rama política. Después Pursewarden criticando la exactitud de esos informes y poniendo en duda el valor de la rama I.C. Es una de fuegos artificiales, se lo aseguro. No es chiste. Mejor desprenderse del tipo. Y, además, usted sabe, es un poco... tiene raras compañías. Errol está inquieto por su seguridad. Fíjese, no hay nada contra Pursewarden. Simplemente, que él es un poco... un poco vulgar; como diríamos. No sé cómo calificarlo. Es el documento de Errol.

-Seguramente no es más que la diferencia entre, digamos, Eton y Worthing, ¿no?

Se miraron uno a otro. A ninguno de los dos le pareció gracioso lo dicho. Kenilworth se encogió de hombros evidentemente picado.

-Querido muchacho -dijo-, si se propone plantear la cuestión ante el secretario de Estado, no puedo impedirlo; conseguirá que desechen mis propuestas. Pero mis opiniones ya han quedado registradas. Me permitirá que las deje como están, a modo de comentario a los informes de Errol. Al fin y al cabo, él es quien ha estado dirigiendo la función.

-Ya lo sé.

-Y no sería justo con él.

Moviéndose vagamente en su subconsciencia. Mountolive sintió de nuevo las insinuaciones del poder, que ahora estaba a su disposición;

el poder de tomar decisiones en circunstancias como éstas, que hasta entonces se habían dejado al destino o al dictado casual de voluntades intermedias; asuntos por los que no había valido la pena de afrontar los resquemores y dudas aue habría engendrado su resolución sumaria por un acto de pensamiento. Pero si alguna vez iba a reclamar el mundo de la acción como su herencia propia, tenía que empezar en alguna parte. Un jefe de misión tiene el derecho de proponer y patrocinar el personal de su elección. ¿Por qué habría de sufrir Pursewarden estas pequeñas complicaciones administrativas y soportar la incomodidad de un nuevo destino en algún sitio que no fuera de su gusto?

-Me temo que el F. O. lo va a perder del todo si andamos jugando con él -dijo sin convicción; en seguida, como para comvrensar una proposición tan traída de los cabellos, agregó rápidamente-: En todo caso pienso mantenerlo por un rato.

Kenilworth sonreía con una sonrisa en la que sus ojos no tomaban parte. Mountolive sintió que el silencio se cerraba sobre ellos como la tapa de una bóveda. No había nada que hacer para evitarlo. Se levantó con exasperada deliberación y metió la colilla en el feo cenicero mientras decía:

-Por lo menos yo lo siento así, y si veo que no me sirve, lo puedo mandar a hacer las valijas en cualquier momento.

Kenilworth tragaba saliva lentamente, como un sapo bajo una piedra, con sus ojos sin expresión, fijos en el papel vulgar de la pared. El rumor del tránsito londinense subió como una ola entre ellos.

-Tengo que irme --dijo Mountolive, que ya estaba empezando a sentirse disgustado de sí mismo-. Estoy juntando todos los archivos para llevármelos al campo mañana a la noche. Entre hoy y mañana voy a despachar unas cuantas entrevistas de rutina, y después... un poco de vacacióncs, supongo. Adiós, Kenny.

-Adiós.

-Pero Kenilworth no se movió de su escritorio; solamente saludó sonriendo, con la cabeza a la puerta, mientras Mountolive la cerraba; después se volvió con un suspiro a los memoranda prolijamente escritos de Errol, que habían estado reunidos en la carpeta gris llamada: *Atención, embajador designado.* Leyó unas líneas, y luego miró para arriba, cansadamente, a la oscura ventana, antes de cruzar el salón para ir a correr las cortinas y levantar el auricular.

-Con Archivo, por favor.

Sería más sensato por el momento no insistir en su opinión.

Este insignificante distanciamiento, empero, tuvo por efecto que Mountolive desechara su plan de llevarse consigo a Kenilworth a su

club. En este sentido fue un alivio. En cambio llamó por teléfono a Liza Pursewarden y la llevó a comer.

No eran más que dos horas de viaje hasta Dewford Mallows, pero una vez fuera de Londres, notó que todo el campo se hallaba cubierto por la nieve. Tuvieron que disminuir la marcha hasta un paso de tortuga, que encantaba a Mountolive pero enfurecía al chófer del automóvil oficial. -Llegaremos para Navidad, señor -decía-, si es que llegamos.

Aldeas de la edad de hielo, con sus galpones y *cotiages* de techo de paja, perfeccionados por la blancura harinosa de la nieve, brillando cómo si estuvieran en el escaparate_ de un experto confitero; prados blancos, curvos, donde los pájaros o las nutrias habían estampado la escritura cuneiforme de sus pequeñas huellas, o con manchones de ganado. Los vidrios del automóvil bien cerrados, pegados por la escarcha. No llevaban cadenas ni calefacción. A tres millas de la aldea, tropezaron con un camión descompuesto, un par de aldeanos y unos hombres de la Fuerza Antiaérea que estaban allí ociosos, soplándose los dedos muertos. Los postes de telégrafo estaban caídos por allí. Un ave muerta yacía sobre el hielo gris chispeante del estanque de Newton: un halcón. Nunca llegarían a pasar el puente del Párroco, y Mountolive tuvo lástima de su chófer y lo hizo volver al camino real, por el puente de peatones.

-Vivo del otro lado del cerro -expresó-. No necesitaré más que veinticinco minutos para hacerlo a pie.

El hombre estaba contento de volver y no quería aceptar la propina que le ofrecía Mountolive. Después dio vuelta lentamente y dirigió el auto hacia el norte, mientras
su pasajero se introducía caminando en e. resplandor del campo, con el aliento condensándose delante de él en columna de vapor.

Siguió el sendero conocido a través de los campos que subían cada vez más hacia un horizonte invisible, describiendo (su memoria tenía que hacer las funciones de la vista) algo tan perfecto en su sencillez como un primer plano de Cavendish. Un paisaje ritual, que se hacía aún más abrumadoramente misterioso por la luz de un sol invisible, que se movía en alguna parte, detrás de la pantalla opaca de niebla baja que se desplazaba delante de él, retirándose y cerrándose. Era una caminata henchida de recuerdos, pero, a falta de visibilidad, estaba obligado a imaginarse los dos villorrios de la cumbre del monte, las espesas arboledas de hayas, las ruinas de un castillo normando. Sus zapatos arrancaban una trémula masa de gotas de lluvia de la hierba lujuriosa, a cada paso que daba como golpe de guadaña, hasta que se le empaparon las botamangas de los pantalones y los tobillos se le convirtieron en hielo.

De lo invisible salió una fila de robles sombríos, y súbitamente vino un rumoreo y tableteo como si les castañetearan los dientes de

frío: la nieve, al derretirse, goteaba sobre la alfombra de hojas muertas, desde las ramas altas.

Una vez en la cumbre, el espacio se abrió. Los conejos se escabullían blandamente desde todas partes. El hielo había almidonado la alta hierba emplumada, transformándola en picas. Aquí y allí se vislumbraba un pálido sol, cuyo fulgor afelpado cruzaba la niebla como un manto de gas que ardiera brillantemente pero sin dar calor. Y entonces oyó el clic de sus propios zapatos sobre el pavimento del camino de segunda clase, cuando apresuraba el paso hacia el alto portón de la casa. Por allí los robles aparecían tachonados de brillantes; al pasar, dos gordas palomas salieron espantadas de ellos y desaparecieron con el fuerte aleteo de mil libros que se cierran. Le sobresaltaron y luego divirtieron. Había la «forma» de una liebre en el césped, muy cerca de la casa. Dedos de hielo caían a tierra entre los árboles con un repiqueteo desigual, el de ni¡¡ vasos de vino al romperse. Tanteó buscando la vieja llave «Yale» y sonrió de nuevo al sentir que giraba, admitiéndolo a un calor inolvidado que olía a albaricoques y libros viejos, a lustre de pisos y a flores, todos los recuerdos que lo llevaban infaliblemente de vuelta a Piers Plowman, el petiso, la caña de pescar, el álbum de sellos. Se detuvo en el vestíbulo y la llamó quedo por su nombre.

Su madre estaba sentada al lado del fuego, tal como la había dejado la última vez, con un libro abierto en las rodillas, sonriendo. Se había vuelto convención entre ellos no atender a desapariciones y regresos: portarse como si no se hubieran ausentado más que por unos momentos de este agradable aposento, donde ella pasaba la vida, leyendo o pintando o tejiendo ante la gran estufa.

Sonreía ahora, con la misma sonrisa... destinada a fundir espacio y tiempo y aniquilar la soledad que la acosaba mientras él estaba ausente. Mountolive dejó su pesado portafolio e hizo un gracioso gesto involuntario al caminar hacia ella.

-¡Querida! --exclamó--. Me doy cuenta por tu cara que ya lo sabes. Quería sorprenderte con mis noticias.

A los dos les dolía el hecho; y cuando lo besó, ella dijo:

-Los Garnier estuvieron a tomar el té la semana última. ¡Oh David, cuánto lo siento! Quería que me sorprendieras. Pero no sé fingir.

Mountolive sintió la absurda tentación de echarse a llorar, de puro despecho: había forjado toda la escena en su mente, inventando las preguntas y respuestas. Era como rasgar una comedia en que uno ha puesto mucha imaginación y trabajo duro.

-¡Caramba! --exclamó- ¡Qué irreflexivos! --Querían darme una alegría... y por cierto que lo consiguieron. Te imaginarás cuánto, ¿verdad"?

Pero desde éste punto él pasó de nuevo, con facilidad y ligereza, a la corriente de recuerdos que la casa evocaba alrededor de la anciana y que lo conducía de vuelta casi hasta su undécimo cumpleaños: una sensación de bienestar y plenitud a medida que el calor del fuego se adelantaba para saludarle.

-Se alegrará tu padre -dijo ella` después, con otra voz, más aguda por estar llena de unos celos no realizados, marcas dejadas por la marea de una pasión que estaba desde largo tiempo refundida en una aquiescencia de mala gana-. Puse todo tu correo en su estudio.

«Su» estudio, el estudio que su padre nunca había visto, nunca habitado. La defección del padre se alzaba siempre entre los dos como su lazo más estrecho, del que rara vez hablaban, pero que siempre estaba allí: el peso invisible de su existencia privada, aparte de ellos dos, en otro rincón del mundo. ¿Feliz, desgraciado? ¡Quién sabe! «Para los que estamos en las márgenes del mundo, todavía no solicitados por ningún Dios, la única verdad es que el trabajo mismo es amor.» ¡Extraña frase, notable en el viejo Para estamparla en un prefacio erudito a un texto Pali Mountolive había vuelto el volumen verde una y otra ve: en las manos, debatiendo el significado de las palabras y midiéndolas contra el recuerdo de su padre: la flaca figur¿ parda, con la avara estructura ósea de un ave marina hambrienta, con un casco de corcho poco llamativo. Ahora, al parecer, vestía las ropas de un fakir... ¿Debía uno sonreírse? No había visto a su padre desde que partió para la India, cuando él cumplía quince años; era como si se hubiera transformado en alguien condenado in *absentia* por un delito... que no podía formularse. Una amistosa retirada al mundo de la erudición oriental, en que tenía puesto el corazón por tantos años. Algo desconcertante.

Mountolive padre había pertenecido a la India desvanecida, a la compañía de sus amos, cuya devoción común al cargo los convirtió en una casta; pero una casta más orgullosa de un rehén dado a la erudición budista que de cualquiera concedido a la Lista de Honores. Tales devociones desinteresadas solían terminar en una apasionada autoidentificción con el objeto que las inspiraba: este despatarrado subcontinente, con sus castas y credos, sus monumentos, y fes, y ruinas. Al principio no había sido más que un juez en el Servicio, pero a los pocos años se destacó en sabiduría hindú como editor e intérprete de textos raros y desdeñados. El joven Mountolive y su madre permanecieron cómodamente instalados en Inglaterra, entendiendo que él se les uniría cuando se retirara. Con este fin habían llenado la agradable casa con los trofeos, cuadros y libros de una larga carrera de trabajo. Si ahora tenía algo de museo, ello se debía a que su verdadero autor la había abandonado, decidiendo quedarse en la India para concluir los estudios que (los dos se daban cuenta ahora) iban a durar tanto como su vida. Y no era un fenómeno desacostumbrado entre los funcionarios del cuerpo ya desvanecido y disuelto. Pero se produjo gradualmente. El lo rumió durante años, antes de llegar a decidirse, de modo que la carta que le escribió a ella, anunciándoselo, tuvo todo el tono de un documento largamente

meditado. Era en realidad la última carta que iban a recibir de él. De tiempo en tiempo sin embargo, algún transeúnte que lo había visitado en el Pabellón budista cerca de Madrás, adonde se había retirado, traía algún amable mensaje de su parte. Desde luego los libros llegaban puntualmente uno tras otro, resplandecientes en sus ricos «uniformes», y llevando los grandiosos sellos de las imprentas universitarias. Los libros eran en cierto sentido su pretexto y su disculpa.

La madre Mountolive había respetado esta decisión, y ya casi nunca hablaba de ello. Sólo de vez en cuando el invisible autor de aquella vida en común, allí, en esa isla nevada, emergía en alguna referencia a «su» estudio, o en alguna otra observación como ésa, que, sin ser comentada, se evaporaba volviendo al misterio (misterio para ellos) de una vida que representaba un factor desconocido, no resuelto. Mountolive nunca podía ver debajo de la superficie del orgullo de su madre, para juzgar cuánto podría haberla ofendido ese abandono. Pero una timidez común y apasionada había surgido entre los dos respecto a ese tema; cada uno de ellos creía secretamente que el otro estaba herido.

Antes de vestirse para comer esa noche, Mountolive fue al estudio, forrado de libros, que era también un salón de escopetas, y tomó posesión formal del escritorio de «su padre» que él empleaba siempre que estaba en casa. Abrió cuidadosamente las carpetas y distribuyó su correspondencia. Entre las cartas y tarjetas se hallaba un abultado sobre, con una estampilla de Chipre, dirigida a él con la letra inconfundible de Pursewarden. Parecía un manuscrito, y Mountolive rompió el sello con el dedo, un poco perplejo. «Mi querido David -decía-: Te asombrará recibir una carta tan larga de mí; no lo dudo. Pero la noticia de tu designación sólo me llegó muy tarde, bajo la forma de rumor; y hay muchas cosas que debes saber, sobre el estado de los asuntos aquí, cosas que yo no podría escribirte oficialmente como Embajador Designado. (¡Ejem!)»

Habrá tiempo de sobra, suspiró Mountolive, para atender toda esta acumulación de memoranda. Y abrió de nuevo el escritorio para poner la carta con los demás papeles. Se sentó al gran escritorio por un rato en medio del silencio, calmado por las asociaciones de ideas que le inspiraba el salón con su *bric-á-brac:* las pinturas *mandala* de algún santuario birmano, las banderas Lepcha, los cuadritos con los dibujos de la primera edición del *Libro de las selvas;* la caía de noctuelas del Emperador; los objetos votivos dejados en algún templo abandonado. Después los libros y folletos raros, los primeros Kipling con el sello de Thacker y Spink, Calcuta, fascículos Edwards Thompson, Younghusband, Mallows Derby... Algún museo se alegraría de tenerlos algún día. Bajo un sello de imprenta, volverían al anonimato.

Tomó la vieja rueda de oración, del Tibet, que estaba sobre el escritorio, y la hizo girar una o dos veces escuchando el suave rasguido del tambor que daba vueltas, tolavía relleno con los fragmentos amarillentos de papel, en os cuales plumas devotas habían garabateado

largo tiempo antes la clásica invocación: Om *mani Padme Hum.* Éste había sido un regalo accidental de despedida. Antes de que saliera el barco, él había imnortunado a su padre pidiéndole un aeroplano de celuloide, y juntos revisaron el bazar sin encontrarlo. De pronto su padre se detuvo delante del puesto de un buhonero y compró la rueda, por unas pocas rupias. metiéndosela entre sus dedos reacios, como sustitutivo. Tenían que salir corriendo. Los adioses fueron someros.

Y después de eso, ¿qué? Una tostada desembocadura de río, bajo un sol de bronce; el brillo iridiscente del calor velando los rostros; el humo de los *ghats* ardientes; los cadáveres de hombres azules e hinchados flotando aguas abaio en cl estuario... Más allá no llegaba su memoria. Dejó la pesada rueda y suspiró. El viento sacudió las ventanas, revolviendo la nieve contra ellas como para recordarle donde estaba. Sacó su paquete de cartillas árabes y cl gran diccionario. Tendría que tenerlos a su cabecera durante los próximos meses.

Esa noche le sobrevino otra vez el mal inexplicable con que siempre celebraba su regreso a casa. Un dolor de oídos abrumador que lo redujo pronto a un torturado fantasma de sí mismo. Era un misterio, pues ningún médico había podido aliviar, ni siquiera diagnosticar satisfactoriamente, esta acometida del Petil Mal. Nunca lo atacaba sino cuando estaba en su casa. Como siempre, la madre oyó sus gemidos, y por vieja experiencia, supo lo que eran; se materializó en la oscuridad al lado de su cama trayendo el consuelo de la antigua familiaridad con ese dolor y el único remedio que desde la infancia había empleado para combatir la enfermedad. Siempre lo tenía a mano, en la cómoda, al lado de su cama. Aceite de mesa calentado en una cuchara sobre una vela.

Sintió que el calor del aceite penetraba y le embalsamaba el cerebro, mientras la voz materna, en la oscuridad, lo calmaba con sus promesas de alivio. En un ratito bajó la marea de agonía, dejándole lavado, por decirlo así, sobre las playas del sueño, un sueño agitado vagamente por esos consoladores recuerdos de enfermedades infantiles que siempre había compartido su madre. Caían enfermos al mismo tiempo, como por simpatía. ¿Ocurría eso para que pudieran estar acostados en piezas contiguas, hablándose el uno al otro, leyéndose, compartiendo el lujo de una convalecencia en común? Lo ignoraba.

Se durmió. Pasó una semana antes de volver a dedicarse a sus papeles oficiales y leer la carta de Pursewarden.

V

Mi querido David:

Te asombrará recibir una carta tan larga de mí, no lo dudo. Pero la noticia de tu designación sólo me llegó muy tarde, bajo la forma de rumor, y muchas cosas que debes saber sobre el estado de los asuntos aquí., cosas que yo no podría escribirte oficialmente como Embajador Designado. (i Ejem!)

¡Uf! ¡Qué aburrimiento! Aborrezco escribir cartas, como bien sabes. Y sin embargo... Es casi seguro que ya me habré ido cuando tú llegues, porque he dado pasos para que me trasladen. Después de una larga serie de malas acciones deliberadas, he conseguido, al fin, convencer al pobre Errol de que no sirvo para la misión que he adornado los dos últimos años. ¡Dos años! Una vida. Y el mismo Errol es tan bueno, tan honesto, tan digno; una curiosa criatura caprina que da, empero, la sensación de ser un hortera. Con la mayor repugnancia ha informado contra mí. *Por favor, no hagas nada para impedir el traslado que va a resultar,* porque coincide con mis propios deseos particulares. Te lo imploro.

El factor decisivo ha sido mi abandono del puesto por las cinco semanas últimas, que causó grave fastidio y finalmente lo decidió a Errol. Te explicaré todo. ¿Recuerdas, me pregunto, al joven gordito, diplomático francés de la *Rue du Bac?* ¿Que Nessim nos llevó a dar una vuelta para tomar una copa? ¿Pombal de nombre? Bueno: me he refugiado con él. Está prestando servicio aquí. Realmente es- muy alegre *chez lui.* Pasado el verano, la embajada acéfala se retiró con la corte a El Cairo, pero esta vez sin este tu seguro servidor. Pasé a la vida subterránea. Hoy nos levantamos a las once, despedimos a las chicas y después de un baño caliente jugamos al chaquete hasta el desayuno; después, un *arak,* en el Café Al Akthar, con Balthazar y Amaril (que envían cariños) y almorzamos en el Bar Unión. Después, tal vez visitemos a Clea, para ver qué está pintando, o iremos a un cine. Pombal lo hace todo esto legítimamente; está en licencia local. Yo estoy en *retraite.* De vez en cuando, el exasperado Errol me hace una llamada de larga distancia, intentando seguirme el rastro, y yo le contesto con la voz de una poule del Midi. Le suena mal, porque adivina que soy yo, pero no esté del todo seguro. (La cuestión para un Wykehamista como él, es que no puede arriesgarse a ofender.) Mantenemos lindas, lindísimas conversaciones. Ayer le dije que yo, Pursewarden, estaba bajo tratamiento por un estado glandular en manos del profesor Pombal y fuera de peligro ya.

¡Pobre Errol! Algún día le pediré disculpas por todo el trabajo que le he dado. Ahora no. No hasta que consiga mi traslado a Siam o a Santos.

Todo esto está muy mal, de mi parte, pero... ¡El tedio de esta cancillería, con toda esta gente subdesarrollada! Los Errol son formidablemente británicos. Por ejemplo son los dos economistas. ¿Por qué los dos, me pregunto? Uno de ellos debe sentirse siempre redundante. Sólo hacen el amor a decimales, a centésimas. Sus hijos tienen todo el aire de vulgares quebrados.

Bueno. Los únicos simpáticos son los Donkin. El, alegre y listo, ella un poco vulgar y descuidada, con mucho *rouge.* Pero... Pobre alma. está compensando con eso el hecho de que a su marido le ha crecido barba y se ha hecho musulmán. Se sienta, con un duro aire agresivo, en el escritorio de él, balanceando la pierna y fumando rápidamente. La boca demasiado roja. ¿No del todo una dama, y por tanto

insegura? Su marido es un chico listo, pero demasiado serio. No me atrevo a preguntarle si se propone solicitar la asignación extra de esposa a que tiene derecho.

Pero déjame contarte, a mi modo laborioso, lo que se oculta detrás de toda esta charla sin sentido. Me enviaron aquí, como sabes, con contrato, y cumplí fielmente mi tarea original: testigo el gigantesco rollo de papel titulado (con una letra habitualmente reservada para las lápidas): *«Instrumentos para un pacto cultural entre los gobiernos de Su Majestad Británica».* etc. Embotados instrumentos, en verdad, pues ¿qué puede tener la cultura cristiana en común con una musulmana o marxista? Nuestras premisas se oponen irremediablemente. ¡No importa! Me dijeron que lo hiciera y lo hice. Y por mucho que amo lo que hin logrado aquí no entiendo qué relación puede haber con un sistema educativo basado en el ábaco y una teología que san Agustín y Santo Tomás va dejaron atrás. Personalmente creo que ambas partes hemos hecho un barro con ello y no tengo. *parti pris* en la materia. Y así sucesivamente. Simplemente no veo qué tiene que ofrecer D. H. Lawrence a un bajá con diecisiete esposas.... aunque creo saber cuál de ellas es la más dichosa... Sin embargo, lo hice; el pacto, digo.

Hecho esto, me encontré rápidamente enviado al tope bajo la forma de «político» y esto me permitió estudiar papeles y evaluar todo el complejo del Medio Oriente como un todo coherente, como una aventura de política a seguir. Bueno, diré que, después de prolongado estudio, he llegado de mala gana a la conclusión de que no es coherente ni siquiera una política, al menos una política capaz de resistir las presiones que se están acumulando aquí.

Estos malditos países, por atrasados y venales que sean, requieren que se medite seriamente sobre ellos; no se los puede mantener unidos con sólo alentar lo que tienen de más flojo y corrupto, como parece que estamos haciendo. Este modo de abordar el problema presupondría que vamos a tener otros cincuenta años de paz y ningún problema de extremismo en casa. Pero, dada la tendencia que prevalece, ¿puede Inglaterra ser tan miope como esto? Tal vez. No lo sé. No es mi oficio saber estas cosas, como artista que soy. Como «político», estoy lleno de recelos. Fomentar la unidad árabe y al mismo tiempo perder la facultad de usar la copa de veneno me parece algo muy dudoso; no es una política, sino una locura. Y añadir la unidad árabe a todas las otras corrientes que están fluyendo contra nosotros me parece una locura comprometedora. ¿Todavía nos acechan los viejos sueños engañosos de las *Mil y una noches,* que nos han legado, como padres, tres generaciones de victorianos sexualmente desorientados, cuyo subconsciente reaccionaba de buena gana a la idea de tener más de una esposa legal? ¿O la romántica fiebre beduína de los Bell y los Lawrence? Tal vez. Pero los victorianos que engendraron en nosotros este sueño eran gente que creía en el pelear por el valor de su signo monetario; sabían que el mundo de la política es una selva. Hoy, el Foreign Office parece creer que el mejor modo de tratar con la selva es convertirse en nudista y conquistar a la fiera mostrándole su desnudez. Ya te oigo

suspirar: «¡Por qué no será más preciso este Pursewarden! ¡Con todas estas *boutades! »*

Muy bien. He hablado de las presiones. ¿Dividámoslas en internas y externas, te parece, al modo de Errol? Mis opiniones resultan un tanto heréticas, pero aquí están.

Primero, el abismo que separa a los ricos de los pobres: es positivamente hindú. En el Egipto de hoy, por ejemplo, el seis por ciento de la gente es dueña de más de tres cuartos de la tierra, dejando menos de un *feddan* por cabeza para que vivan todos los demás. Bueno. Después, esta población se duplica cada dos generaciones ¿o serán tres? Pero cualquier reseña económica te dará este dato. Entretanto, está el firme crecimiento de una clase media, culta y vocinglera, con los hijos adiestrados en Oxford, entre nuestro cómodo liberalismo... que no encuentran trabajo cuando vuelven aquí. El *babu* está aumentando de poder y la aburrida historia se repite aquí como dondequiera: *«Coolies* intelectuales del mundo, ¡uníos!»

A estas presiones internas las aumentamos generosamente, fomentando nosotros mismos el rigor de un nacionalismo basado en una religión fanática. Personalmente la admiro, pero nunca me olvido de que es una religión combatiente, sin metafísica, solamente una ética. La Unión Árabe, etc... Querido amigo, ¿para qué andamos meditando estas absurdas construcciones con que aumentar nuestras dificultades, sobre todo siendo claro para mí que hemos perdido el poder básico de obrar, único capaz de asegurarnos que nuestra influencia iba a seguir siendo predominante aquí? Este tambaleante feudalismo, de aspecto atrasado, sólo podría ser defendido por las armas contra estos elementos desintegradores que hoy son inherentes a la naturaleza misma de las cosas; mas para emplear las armas, «predicar con la espada», como decía Lawrence, uno tiene que creer en su propio *elhos,* en su propia mística de la vida. ¿Qué es lo que cree el Foreign Office? Simplemente, lo ignoro. En Egipto, por ejemplo, muy poco se ha hecho fuera de mantener la paz; la Alta Comisión se está desvaneciendo, después de un mando de... ¿desde 1888? v no vamos a dejar detrás ni siquiera los vestigios de un servicio administrativo adiestrado para estabilizar esta cosa grotesca, llena de chusma, que aparentemente miramos ahora como Estado soberano. ¿Cuánto tiempo prevalecerán las lindas palabras y los sentimientos corteses contra los descontentos fundamentales que experimenta esta gente? Uno puede confiar en un rey nacido de un tratado, sólo mientras él pueda confiar en su pueblo. ¿Cuánto tiempo falta para llegar al punto de ignición? No lo sé y, para ser franco, no me importa mucho. Pero debo decir que cualquier presión externa, imprevista, como puede ser una guerra, dará por tierra de un soplido con las razones generales que me hacen desear un cambio. Creo que debemos orientar de nuevo la política y meter al judaísmo en cl poder entre bastidores aquí. Y pronto.

Ahora. las razones particulares. Muy temprano en mi vida Política choqué contra un departamento del Ministerio de Guerra que se especializaba en el servicio de información secreta en general,

mandado por un general de brinada a quien le dolía pensar oue su oficina tuviera que doblar la rodilla ante nosotros. Una cuestión de categoría, o ele asignaciones, o no sé qué otra sandez; bajo la Comisión le habían dado más o menos mano libre. Dicho sea de paso, éstos son los restos de la antigua Oficina Árabe, que quedaron desde 1918. y que han estado viviendo callados como un sapo bajo una piedra. Es evidente que en' la realineación general, su tienda tiene que (me parecía) incorporarse a alguna parte. Y entonces no había más que un embrión de embajada en Egipto. Como había trabajado antes para la Rama Política de la Alta Comisión, pensé que debería trabajar para mí; y, por cierto, después de una serie de rudas batallas, lo doblé, si no lo quebré. Maskelvne se llama el tipo. Es tan característico que resulta más bien interesante y he tomado largas notas sobre él para escribir un libro, a mi modo. (Uno escribe para recobrar una inocencia perdida.)

Bien, desde que el ejército descubrió que la imaginación es un factor importante para producir cobardía, han adiestrado a la raza Maskelvne en las virtudes antiimaginativas. Una especie de amnesia aue es casi turca. El desprecio a la muerte se ha transformado en un desprecio a la vida, y este tipo de hombre sólo acepta la vida bajo sus propias condiciones. Sólo un cerebro congélado lo capacita para seguir una rutina de excepcional aburrimiento. Es muy flaco, muy alto, y el servicio en la India le ha curtido la piel con el color del pellejo de una víbora ahumada, o de una costra pintada de yodo. Sus dientes perfectos descansan con la levedad de una pluma sobre el canuto de su pipa. Tiene un modo peculiar... -quien pudiera describirlo, tanto me jnteresa- de sacarse la pipa lentamente antes de hablar, nivelando sus ojitos oscuros en dirección a uno, y casi cuchicheando: «¡Oh, ¿de veras lo cree usted así?» Y las vocales se estiran interminablemente en la laxitud, el aburrimiento del silencio que lo rodea. Lo carcome la perfección circunscrita de una crianza que le hace incómodo en ropas civiles, y, a decir verdad, camina en su bien cortada guerrera de caballería con un aire de No¡¡ *me tangere.* (Criad buscando tipo y siempre obtendréis anomalía en la conducta.) Lo sigue adonde quiera su magnífico *pointer* Nell (¿por el nombre de su mujer?), que duerme a sus pies mientras él trabaja en sus expedientes, ya acostado, a la noche. Ocupa una pieza en un hotel donde no hay nada personal: ni libros, ni fotografías, ni diarios. Solamente un juego de cepillos con lomo de plata, una botella de whisky y un diario. (Me lo imagino a veces cepillándose para sacarse la furia silen. ciosa del cuero cabelludo, cepillando su oscuro cabello lustroso hacia atrás desde las sienes, más y más ligero cada vez. ¡Ah, va mejor, va mejor!).

Llega a su oficina a las ocho, habiendo comprado su edición atrasada del *Daily Telegraph.* Nunca le he visto leer otra cosa. Se sienta a su enorme escritorio devorado por un lento desprecio oscuro hacia la venalidad de los seres humanos que le rodean, tal vez la raza humana en conjunto; imperturbablemente examina y clasifica las diferentes corrupciones, las enfermedades, y las bosqueja en el papel jaspeado, que siempre firma con su lapicito de plata y con una letra

pequeña y dificultosa, de mosca. La corriente de asco le fluye lenta y espesa como el Nilo en las inundaciones. Bueno, ya ves qué numéro es. Vive puramente en la imaginación militar, porque nunca ve ni conoce a las personas de quienes trata en casi todos sus documentos; la información que recoge proviene de empleados subordinados, o valets descontentos o sirvientes acorralados. No importa mucho. Se enorgullece de leerlos, de sus A.I. (Análisis de las Informaciones), como un astrólogo que trabaja con mapas pertenecientes a objetos nunca vistos y desconocidos. Es sentencioso, orgulloso como el Califa, inflexible. Lo admiro mucho.

Maskelyne ha establecido dos marcas ,ntre las cuales (como entre signos de graduación de un termómetro calibrado) se permite moverse a las temperaturas de su aprobación o desaprobación, expresadas con las frases: «Buen espectáculo para el Raj», y «No tan buen espectáculo para el Raj». Claro que es demasiado unilateral, siendo completamente incapaz de imaginarse un espectáculo realmente malo para el maldito Raj. Semejante hombre pare:-e incapaz de ver el mundo a su alrededor en espacios abiertos; pero hay que considerar que su profesión y la necesidad de reserva le hacen inexperto en los modos del mundo sobre el que se sienta como juez... Bueno, me siento tentado a seguir y ponerle marco al retrato de nuestro cazaespías, pero desistiré. Lee la quinta de mis próximas novelas; tendría que incluir también un bosquejo de Telford, que es el Número 2 de Maskelyne: un gran civil lleno de ronchas, simpático, con mal ajustados dientes postizos, que consigue llamarlo a uno «viejo» cien veces por segundo entre estremecimientos nerviosos. Es admirable ver cómo rinde culto al frío militar serpentesco: «Sí, mi general; no, mi general», llevándose una silla por delante en su afán de servir; uno diría que está enamorado del patrón. Maskelyyne se sienta y contempla fríamente su confusión, mientras el pardo mentón con el oscuro hoyuelo le sale para adelante como una flecha. O bien se apoya en el respaldo del sillón giratorio y golpea suavemente la puerta de la gran caja fuerte que tiene detrás, con el aire levemente insatisfecho de un *gourmet* que se da golpecitos en la panza diciendo: «¿No me cree? Lo tengo todo aquí dentro.» Esos archivos, uno se imagina, a juzgar por su gesto superlativo que todo lo abarca, deben contener material suficiente para acusar al mundo entero. Y tal vez sea así.

Bueno, esto es lo que ocurrió: un día encontré en m¡ escritorio un documento de Maskelyne titulado Nessint *Hosnani;* y subÚtulado *Conspiración entre los* coptos, el cual me alarmó un tanto. Según el documento, nuestro Nessim estaba trabajando en un vasto y complicado complot contra la casa real egipcia. Casi todos los datos eran más bien dudosos, pensé, conociéndolo a Nessim, pero todo el documento me puso en estado de incertidumbre, porque contenía la suave recomendación de que la embajada ¡transmitiera los detalles al Ministerio de Relaciones Exteriores de Egipto! Te oigo respirar fuerte. Aun suponiendo que fuera cierto, semejante acto pondría la vida de Nessim en grave peligro. ~He explicado que una de las mayores características del nacionalismo egipcio es la envidia y odio crecientes a los «extranjeros», el millón y medio más o menos de no musulmanes que hay aquí? ¿Y que en cuanto se declaró la plena soberanía egipcia, los musulmanes empezaron a

perseguirlos y expropiarles los bienes? El seso en Egipto, como sabes, lo tiene su colectividad extranjera. El capital, que fluyó al país mientras estaba seguro bajo nuestra dirección, se halla ahora a merced de estos panzones bajás. Los armenios, griegos, coptos, judíos: todos están sintiendo el filo de este odio que se agudiza; muchos, cuerdamente, se marchan, pero la mayoría no pueden. Estas grandes inversiones de capital en algodón, etc., no se pueden abandonar de la noche a la mañana. Las comunidades extranjeras viven de plegaria en plegaria y de soborno en soborno. Tratan de salvar sus industrias, la obra de su vida, de la ivivasión gradual de los bajás. Los hemos arrojado, literalmente, a los leones.

Bueno. Leí y releí ese documento, como digo, con gran inquietud. Sabía que si se lo entregaba a Errol, iba a ir balando como un cordero a mostrárselo al rey. De modo que me puse en acción inmediatamente para probar los puntos débiles -gracias a Dios que no era de los mejores papeles de Maskelyne- y conseguí arrojar la duda sobre muchas de sus afirmaciones. Pero lo que lo puso furioso es que yo realmente suspendí el documento; tenía que hacerlo para quitarlo de las manos de la cancillería. Mi sentido del deber se violentaba mucho, pero no quedaba alternativa: ¿qué habrían hecho esos tontos escolares de la puerta de al lado? Si Nessim fuera realmente culpable de la clase de conspiración que Maskelyne suponía, santo y buene; se le podría tratar más tarde de acuerdo con sus merecimientos. Pero... tú conoces a Nessim. Pensé que era mi deber para él estar seguro antes de pasar el papel arriba.

Naturalmente, Maskelyne se puso hecho una furia, aunque tuvo la bondad de no mostrarlo. Estábamos sentados en su oficina, con la temperatura conversacional bien bajo cero, y todavía descendiendo, mientras él me mostraba las pruebas que había acumulado y los informes de sus agentes. En su mayor parte no eran tan sólidos como yo había temido.

-Tengo sobornado a este tipo Selim -graznaba de continuo Maskelyne- y estoy convencido de que su propio secretario no puede estar equivocado. Hay esta pequeña sociedad secreta, con las reuniones regulares: Selim tiene que esperar, con el auto, y llevarlos de vuelta a casa. Después está este curioso criptograma que recorre todo el Medio Oriente, desde la clínica de Balthazar; y luego las visitas a las fábricas de armamento en Suecia y Alemania...

Créeme que la cabeza me daba vueltas. Veía a todos nuestros amigos lindamente tendidos en una mesa de mármol por la policía secreta de Egipto, que les tomaba la medida para la mortaja.

Diré también que, circunstancialmente, las deducciones que sacaba Maskelyne parecían andar. Todo ofrecía un aspecto más bien siniestro; pero, por fortuna, unos cuantos puntos básicos no resistían al análisis: como el pretendido código de lenguaje secreto que mi amigo Balthazar disparaba, cada dos meses, a destinatarios escogidos en grandes ciudades del Medio Oriente. Maskelyne trataba todavía de

seguirlos. Pero los datos estaban lejos de ser completos y esto se lo recalqué lo más fuertemente que pude, con gran desagrado de Telford, aunque Maskelyne es un ave de presa demasiado fría para turbarse fácilmente. Sin embargo conseguí que aceptara suspender el documento hasta que llegara algo más sustancial para ensanchar la base de la doctrina. Me odiaba, pero se lo tragaba, de modo que comprendía haber ganado, al menos, un respiro temporal. El problema estaba en qué hacer ahora, cómo aprovechar más ventajosamente el tiempo. Yo estaba convencido, naturalmente, de que Nessim es inocente de estas grotescas imputaciones. Pero reconozco que no podía presentar explicaciones tan convincentes como las de Maskelyne. Vamos, no podía dejar de preguntarme qué buscaban en realidad. Si quería desinflar a Maskelyne, tenía que averiguarlo por mí mismo. Gran fastidio y por cierto profesionalmente impropio,. pero, *que faire*? Luisito tiene que convertirse en pesquisante privado, un Sexton Blake, para realizar la obra. Pero, ¿dónde empezar?

La única pista directa de Maskelyne hacia Nessim venía del secretario sobornado, Selim; por él había acumulado un montón de datos llamativos, aunque no intrínsecamente alarmantes, sobre las inversiones de los Hosnani en varios dominios: los campos, la línea naviera, las fábricas algodoneras, y otros. Lo demás era principalmente rumor y chismorreo, en parte dañoso pero en ningún caso más que circunstancial. Amontonado todo, le daba a nuestro amable Nessim un aspecto más bien siniestro. Sentí que debía analizarlo. Sobre todo porque en gran parte se refería y rodeaba a su casamiento: el chismorreo agrio de los perezosos y envidiosos, tan típico de Alejandría, o de cualquier otra parte, si a eso vamos. En esto, por supuesto, los juicios morales inconscientes de los anglosajones estaban bien en primer plano, quiero decir, las valoraciones de Maskelyne. En cuanto a Tustine... bueno, la conozco un poco v debo confesar gtie más bien admiraba su hosca magnificencia. Nessim la persiguió algún tiempo, antes de lograr que ella consintiera, según me dicen; no puedo afirmar exactamente que yo tuviera mis recelos pero... aún hoy su vida de casados me parece, en ciertos curiosos sentidos, mal soldada. Constituyen una pareja perfecta, pero parecería que nunca se tocan uno a otro; a decir verdad, una vez la vi a ella encogerse levemente cuando él le quitaba un hilo del abrigo. Probablemente, imaginación. ¿Hay tal vez un trueno que se oculta detrás de esa esposa de ojos satinados? Llena de nervios, por cierto. Llena de histeria. Llena de judaica melancolía. Uno la reconoce vagamente como la amiga del hombre cuya cabeza fue presentada en una bandeja... ¿qué quiero decir?

Bueno, Maskelyne pronuncia, con seco desprecio: «En cuanto se casa, empieza un lío con otro hombre, y extranjero, con toda seguridad.» Este, naturalmente, es Darley, la criatura vagamente amable, de anteojos, que habita el salón de box de Pombal en ocasiones. Da lecciones para ganarse la vida y escribe novelas. Posee esa linda nuca redonda de nene, que uno encuentra en tipos culturales; ligeramente icclinade, cabello rubio y la timidez que acom-

paña a las Grandes Emociones imperfectamente mantenidas bajo control. ¡Cita de un colega de romanticismo! Cuando se le mira fijo, empieza a tartamudear. Pero es un buen tino, suave y resignado... Confieso que parece un material improbable para que trabaje con él alguien tan impetuoso como la mujer de Nessim. ¿Puede ser benevolencia en ella, o simplemente un gusto pervertido por la inocencia? Hay un pequeño misterio aquí. De todos modos, fueron Darley y Pombal quienes me presentaron el corriente *livre de chevet* de Alejandría, que es una novela francesa llamada *Moeurs* (un abrumador estudio, en el gran estilo, de la ninfomanía y la impotencia psíquica, escrito por el último marido de Justine). Habiéndolo escrito, cuerdamente se divorció de ella y se escapó, pero popularmente se cree que ella es el tema central de la obra y en sociedad la miran con grave condolencia. Diré que, cuando uno piensa que todo el mundo aquí es polimorfo y pervertido, parece mala suerte que lo señalen a alguien como el personaje central en un *roman vache.* De todos modos, esto queda en el pasado, y ahora Nessim la ha metido en las filas del *monde,* donde ella se desempeña con una gracia y violencia netamente definidas. Hacen juego su buen parecer y los esplendores morenos pero sencillos del propio Nessim. ¿Es feliz él? Pero aguarda, preguntémoslo de otro modo: ¿ha sida alguna vez feliz? ¿Es más désdichado ahora que antes? ¡Hum! Creo que podría pasarlo mucho peor, porque la chica no es demasiado inocente ni demasiado falta de inteligencia. Toca el piano muy bien, aunque con énfasis ceñudo, y lee ampliamente. A decir verdad, las novelas de Tu Sincero Servidor son muy admiradas, con una buena voluntad que desarma. (¡Atrapado! Sí, por eso estoy bien dispuesto hacia ella.)

Por otra parte, no puedo saber qué le ha visto a Darley. El pobre tipo se agita como una lisa sobre una losa cuando ella se acerca; él y Nessim, sin embargo, se ven mucho, grandes amigos. Estos modestos tipos británicos... ¿todos ellos resultan ser turcos secretamente? Darley, en todo caso, debe tener algún atractivo, porque se ha enredado regiamente con una bailarinita de cabaret bastante linda, llamada Melissa. Nunca creerías, al verlo, de que fuera capaz de manejar un tandem: tan poco dominio de sí parece tener. ¿Víctima de su propia finura de sentimientos? Se retuerce las manos, los anteojos se le empañan cuando menciona uno u otro nombre. Pobre Darley. Yo gozo en irritarle citándole el poema de su tocayo menor:

¡Oh bienaventurado, no imaginado Árbol del Incienso
que arde en la gloriosa Arabia
embalsamando el aire con esencia roja,
hasta que la vida terrestre se vuelve elísea aquí!

Arguye conmigo, sonrojándose, -para que me calle, aunque no puedo decir por cuál Darley se sonroja. Continúo en tono magistral:

Semienterrada en su llameante seno,
en este árbol brillante ella hace su nido.
¡Fénix cien veces pasado por el sol! ¡Tendrá
que deshacerse al fin en polvo blanquecino!

No es una mala alusión a la propia Justine. ¡Alto!, me grita siempre.

¡Su espléndido lecho de muerte! ¡Su rica pira!
¡Que arda con fuego aromático!
¡Su urna, en alto lejos de la vista de hombres corruptores!
¡Su lugar natal, cuando vuelva a nacer!

-Por favor, basta.

-¿Qué tiene de malo? ¿No es tan feo poema, no?

Y concluyo con Melissa, disfrazada como una pastora china de Dresden, en el siglo xvin:

Entre los verdes salvajes sin montaña,
aquí termina ella su canto sin eco,
¡con lágrimas de ánibar y suspiros olorosos,
llorada por el desierto donde muere!

Y basta de Darley. Pero en cuanto al papel de Justine en el asunto, no puedo encontrar rima ni razón, a menos que aceptemos uno de los epigramas de Pombal, al pie de la letra. Pombal dice, con gorda seriedad: *«Les femmes sont fidéles au fond tu sais? Elles ne trompent que les autres femmes!»* Pero me parece que no hay verdadera razón para que Justine quiera *tromper* a la pálida rival Melissa. Esto sería rebajarse para una mujer de sii posición en sociedad. ¿Ves lo que quiero decir?

Bueno, es sobre Darley sobre quien fija Maskelyne sus ojillos de hurón; según parece, Selim nos dice que toda la información real sobre Nessim se guarda en una pequeña caja fuerte, en la pared de la casa y no de la oficina. No hay más que una llave de esta caja, que Nessim siempre lleva encima. La caja privada, dice Selim, está llena de papeles. Pero habla con vaguedad de lo que pueden ser los papeles. ¿Cartas de amor? Hum. En todo caso, Selim ha hecho uno o dos intentos de llegar a la caja, pero sin éxito. Un día, el audar Maskelyne en persona decidió examinarla de cerca y tomar, si necesario fuese, un molde en cera. Selim lo hizo entrar y subió las escaleras del fondo... y ¡casi cayó encima de Darley, nuestro chichisvco, con Justine en el dormitorio! Los oyó hablar apenas a tiempo. Nunca me digas, después de esto, que los ingleses son puritanos. Algún tiempo después vi un cuento, que Darley publicó, donde uno de los personajes exclama: «En los brazos de él yo me sentía mordida, masticada, con mi tapado de piel empapado de saliva, como entre las zarpas de un gatazo.» Yo me mareaba al leerlo: «¡Canastos!» pensé. «Esto es justamente lo que Justine le está haciendo al pobre bobo: comiéndoselo vivo.»

Diré que me hizo reír a carcajadas. Darley es tan típico de mis compatriotas: snob y casero al mismo tiempo. ¡Y tan *bueno!* Le falta

malicia. (Gracias a Dios por elirlandés y el judío que escupieron en mi sangre.) Bien, ¿para qué voy a tomar este tono elevado y potente? Justine debe ser algo muy bueno para dormir con ella, debe besar como un arco iris y sacar grandes chispas... sí. Pero ¿y Darley? Esto no anda. Sin embargo, esta «podrida criatura», como la llama Maskelyne, le absorbe toda la atención, o se la absorbía, la última vez que estuve allí. ¿Por qué?

Todos estos factores me caían, tropezando unos con otros, en el cerebro, cuando iba en auto a Alejandría, habiéndome asegurado un largo fin de semana de trabajo, que hasta el buen Errol encontró imposible de objetar. Ni soñaba entonces que, en menos de un año, tú te ibas a encontrar enredado por estos misterios. Solamente sabía que yo quería, si posible fuera, demoler la tesis de Maskelyne y parar la mano de la cancillería en el asunto de Nessim. Pero, aparte de esto, me sentía un poco desconcertado. No soy un espía, al fin y al cabo; ¿me iba a andar arrastrando por Alejandría con una budinera de peluca, con auriculares ocultos, tratando de limpiar el nombre de nuestro amigo? Ni podía muy bien presentarme a Nessim, y carraspeando un poco, decirle con negligencia:

-Bueno, sobre esta red de espionaje que tienes aquí... Sin embargo, manejaba firme y pensativamente el auto. Egipto, chato y sin senos, fluía detrás y a lo lejos a cada lado. El verde se transformó en azul; el azul, en ojo de pavo real; en pardo gacela, en negro pantera. El desierto era como un beso seco, un aleteo de pestañas contra la mente. ¡Ejem! La noche se enastó de estrellas como las ramas de un almendro florecido. Entré farfullando en la ciudad, después de tomar una copa o dos, bajo una luna nueva que parecía sacar la mitad de su brillo del mar abierto. Todo tornaba a tener buen color. La banda de hierro que El Cairo le pone a uno alrededor de la cabeza (¿la conciencia de estar completamente rodeado por el desierto ardiente?) se disolvió, se aflojó, cedió lugar a la espera de un mar abierto, de un abierto camino que llevara el espíritu de uno nuevamente a Europa. Lo siento: me salí del tema.

Telefoneé a la casa, pero los dos estaban fuera, en una recepción. Sintiéndome un poco aliviado, me fui al Café Al Akthar, en la esperanza de hallar compañía simpática, y la encontré: solamente nuestro amigo Darley. Me gusta. Me gusta sobre todo la manera en que se sienta sobre las manos, excitado, cuando habla de arte, lo que insiste en hacer con Tu Sincero, ¿por qué? Respondo lo mejór que puedo y bebo mi *arak.* Pero esta clase de conversación general me saca de mi humor. Para el artista, pienso, o para el público, no existe esa cosa que se llama arte. Solamente existe para los críticos y para los que viven en el precerebro. Artista y público no hacen más que registrar, como un sismógrafo, una carga electromagnética que no puede racionalizarse. Uno sólo sabe que se produce una transmisión de algo, verdadera o falsa, con buen o mal éxito, según el azar. Pero querer analizar, descomponer los elementos y pasarles por encima la nariz... no se llega a ninguna parte. (Sospecho que este punto de vista sobre el arte es común a todos los que no pueden

rendirse a él.) Paradoja. De todos modos Darley está en buena voz esta noche y le oigo con placer refunfuñante. Es realmente un buen tipo, y sensible. Pero me entero con alivio de que Pombal va a aparecer poco después de una visita al cine con una joven a la que está sitiando. Espero que me ofrecerá alojamiento, porque los hoteles son caros y así podré gastar el viático en bebidas. Bueno, al fin aparece el viejo P., habiendo recibido en la cara una cachetada de la madre de la chica, que los pescó en el *foyer.* Pasamos una noche espléndida, y me quedé en su casa, como había esperado. A la mañana siguiente me levanté a tiempo, aunque no habla decidido nada y toda la cuestión me tenía la mente como endemoniada. Sin embargo, pensé que al menos podría visitar a Nessim en su oficina como tantas veces lo- había hecho, para pasar las horas del día y tomarme un café. Cuchicheando en el gran ascensor de vidrio, tan parecido a un sarcófago bizantino, me sentía confuso. No había preparado conversación sobre el tema. Empleados y dactilógrafas parecían todos encantados y me llevaron directamente al salón con cúpula donde él estaba sentado... Ahora viene la cosa rara. Que no sólo parecía estar esperándome, sino haber adivinado mis razones para visitarlo. Parecía encantado, aliviado y lleno de una demoníaca especie de serenidad.

-Hace meses que esperaba -me dijo bailándole los ojos-, preguntándome cuándo te decidirías a venir y agarrarme de la barba y hacer las preguntas. Por fin. ¡Qué alivio!

Todo se derritió entre nosotros después de esto y sentí que podía jugar a cartas vistas. Nada podía superar el calor y sinceridad de sus réplicas. Encerraban convicción inmediata para mí.

La llamada sociedad secreta, me dijo, era una logia estudiantil de la Cábala, dedicada al acostumbrado fantaseo del misticismo de salón. Hasta Clea tiene su horóscopo, que se le hace de nuevo cada mañana. Las sectas abundan. Había algo raro en que Balthazar manejara semejante grupito de pretendidos herméticos... ¿un grupo de estudio? En cuanto al criptograma, era una especie de cálculo místico -el antiguo *boustrophedon,* nada menos- con avuda del cual los maestros de logia de todo el Medio Oriente podían mantenerse en contacto. Sin duda. ¿no más misterioso que un informe de Bolsa o un cortés intercambio de cartas entre matemáticos que trabajan en el mismo problema? Nessim sacó uno y me explicó en líneas generales cómo se utilizaba. Añadió que todo esto podía comprobarse eficazmente consultando a Darley, que se había puesto a visitar estas reuniones con justine para chupar sabiduría hermética. Él se alegraría de decir cuán subversivos eran. Basta aquí bien.

-Pero no puedo ocultarte -continuó- la existencia de otro movimiento, puramente político, con el cual estoy directamente vinculado. Este es puramente copto y destinado tan sólo a reunir a los coptos, no a rebelarse contra nadie (¿cómo podríamos hacerlo?), sino sencillamente a soldarnos todos; reforzar los lazos religiosos y políticos a fin de que la colectividad vuelva a encontrar su puesto al sol. Ahora que Egipto está

libre de los británicos que odiaban a los coptos, nos sentimos más libres para buscar altos cargos para nuestra gente, para conseguir que se elijan entre nosotros algunos miembros del parlamento, etc. No hay nada en todo esto que pueda inquietar a un musulmán inteligente. No buscamos nada ilegítimo ni dañoso. Tan sólo nuestro legítimo lugar en el país, como la colectividad más inteligente y capaz de Egipto.

Hubo mucha conversación más sobre la historia de la colectividad copta y sus quejas; no te voy a aburrir con ello, porque probablemente lo sabes todo. Pero hablaba con una furia tierna y tímida que me interesaba por ser tan diferente del plácido Nessim a quien ambos conocimos. Más tarde, cuando me encontré con su madre, me di cuenta. Ella es la fuerza impulsora en este sueño particular de minorías, o así lo creo yo. Nessim prosiguió:

-Y tampoco Francia y Gran Bretaña han de temer nada de nosotros. Las queremos a las dos. La cultura moderna que poseemos está modelada sobre la de ellas. No pedimos ayuda, ni dinero. Nos consideramos patriotas egipcios, peros sabiendo cuán estúpido y retrógrado es el elemento nacional árabe y cuán fanático, no pensamos que pase mucho tiempo sin que estallen violentas diferencias entre los egipcios y ustedes. ya están flirteando con Hitler. En caso de guerra... ¿quién puede saber? El Medio Oriente se les está escapando de las manos a Inglaterra y a Francia, día tras día. Nosotros las minorías nos vemos en peligro a medida que el proceso avanza. Nuestra única esperanza es que haya algún respiro, como una guerra, que les permita a ustedes volver y recobrar el terreno perdido. De otro modo nos expropiarán, nos esclavizarán. Pero aún colocamos nuestra fe en ustedes dos. Ahora, desde este punto de vista, un grupito acaudalado de banqueros y hombres de negocios coptos podría ejercer una influencia muy superior a su número. Nosotros somos la quinta columna de ustedes en Egipto, correligionarios como cristianos. En un año o dos, cuando el movimiento esté perfeccionado, podríamos hacer inmediatamente presión sobre la vida industrial y económica del país... si ello sirviera para imponer una política que ustedes considerasen necesaria. Por eso me moría por contarte todo esto, pues Inglaterra debe ver en nosotros una cabecera de puente para el Oriente, un enclave amistoso en una zona cada vez más hostil.

Se echó hacia atrás en su asiento, agotado, pero sonriendo.

-Naturalmente me doy cuenta -continuó- de que ésto te concierne como funcionario. Hazme el favor de tratar el asunto como un secreto, por amistad. Los egipcios verían con gusto cualquier ocasión de expropiarnos a nosotros, los coptos, confiscar los millones que controlamos: y hasta matar a algunos de los nuestros. No tienen que saber nada. Por eso nos reunimos secretamente y venimos formando el movimiento con tanta lentitud, con tal reserva. No tiene que haber filtraciones, tú sabes. Ahora, mi querido Pursewarden, me doy cuenta muy bien de que no se puede pretender que aceptes sin pruebas todo lo que te he dicho. Así, voy a dar un paso más bien inusitado. Pasado mañana es Sitna Damiana y vamos a tener una reunión en el desierto.

Me gustaría que vinieras conmigo, para que lo veas todo, escuches la sesión y te hagas una idea bien clara sobre nuestra composición e intenciones. Más tarde podremos prestar la mayor utilidad a Gran Bretaña. ¿Vendrás

¡Y cómo no iba a ir!

Fui. Una experiencia realmente grande, que me hizo comprender cómo casi no había visto a Egipto, el verdadero Egipto oculto debajo de las ciudades sin aire, atormentadas por las moscas, las salas de comercio, las villas de banqueros azotadas por el mar, la Bolsa, el Yacht Club, la Mezquita... Pero aguarda.

Partimos en medio del amanecer color malva y bajamos un poco por el camino de Abukir antes de dar vuelta hacia tierra adentro; de ahí, cruzamos caminos de tierra y calzadas desiertas, y seguimos a lo largo de canales, y de senderos abandonados que habían construido los bajás de antaño para llegar a sus cotos de caza en el lago. Al final tuvimos que abandonar el auto; y allí el otro hermano estaba esperándonos con caballos, el troglodita de la *gueule casée,* Naruz el de la cara rota. ¡Qué contraste, el de este campesino negro con Nessim! ¡Y qué fuerza! Me impresionó mucho. Acariciaba un látigo hecho de un formidable espinazo de hipopótamo, el clásico *kurbash.* Con él le vi alcanzar alguaciles, sacándolos de las flores, a quince pasos; más tarde, en el desierto, tropezó con un perro salvaje y lo cortó todo con un par de latigazos. La pobre criatura quedó virtualmente desmembrada de dos golpes con ese juguete. Bueno, cabalgamos sombríamente hasta la casa. Tú estuviste allí hace un siglo, ¿no? Tuve una larga sesión con la madre, un extraño paquete imperioso de mujer, vestida de negro, con espeso velo, que hablaba un inglés llamativo con una voz reseca, donde se sentía el filo de la histeria. Simpática, en cierto modo, pero rara y un poco destemplada: ¿voz de un padre o hermana del desierto? No lo sé. Los dos hijos iban a llevarme a través del desierto hasta el monasterio. Al parecer tenía que hablar Naruz. Era su discurso virgen, su primer ensayo. Confieso que no me parecía capaz este salvaje hirsuto. Quijadas que trabajan todo el tiempo apretando los músculos de las sienes. Este, pensé yo, se debe de moler los dientes en sueños. Pero en cierto modo también los tímidos ojos azules de una niña. Nessim lo miraba con devoción. Y, Dios, ¡qué jinete!

A la mañana siguiente partimos, con una tropilla de árabes, que ellos montaban lindamente, y un convoy de camellos, de arrastrados pies, que eran un regalo de Naruz para el populacho. Los iban a carnear y devorar. Fue una larga y agotadora travesía, con grandes espejismos que le destrozaban a uno la mente y la vista, y con el agua tibia y horrible en las pieles, y Tu Sincero sintiéndose mal y cansado. ¡El sol en la sesera! Los sesos se me freían dentro del cráneo cuando llegamos a la primera avanzada de palmeras: la imagen saltante y zumbante de un monasterio desierto, donde a la pobre Damiana le quitaron de los hombros su diocleciana cabeza, para gloria de nuestro Señor.

Cuando llegamos ya había caído la oscuridad y allí uno entraba en un grabado de brillantes colores que podría haber ilustrado... ¿qué? *¡Vathek!* Un gran campamento de casillas y casas había crecido allí para el festival. Debe de haber habido seis mil peregrinos acampados en torno, alojados en casas de zarzos y de papel, de género y alfombra. Toda una ciudad había crecido, con su propiá iluminación y desagües rudimentarios, pero una ciudad completa, comprendiendo inclusive un barrio para prostíbulos, pequeño pero bien elegido. Los camellos golpeaban por dondequiera en la oscuridad. Los faroles y las antorchas aleteaban y despedían humo. Nuestra gente nos alzó una tienda al lado mismo de una arcada derruida, donde charlaban dos barbudos derviches, bajo estandartes plegados como brillantes alas de pájaros, y a la luz de un gran farol de papel cubierto de inscripciones. Densa oscuridad ahora, pero había espectáculos secundarios brillantemente iluminados, con toda la alegría de la feria. Yo ardía por echar una mirada alrededor, y esto les vino bien a ellos, porque tenían que arreglar cosas dentro de la iglesia, de modo que Nessim me dio cita en la tienda central para una hora y media después. Casi se quedó sin mí, tanto me arrobaba esta ciudad de fantasía con sus calles de barro y largas avenidas de chispeantes puestos: comida de todas clases, melones, huevos, bananas, dulces, todo exhibido bajo esa luz no terrestre. Cuanto buhonero deambula por Alejandría debe de haber hecho toda la travesía del desierto para vender a los peregrinos. En tos rincones oscuros los chicos jugaban y chillaban como ratones, mientras sus padres cocinaban en chozas y tiendas, iluminadas por velitas humeantes. Los espectáculos funcionaban a toda marcha con sus juegos de azar. En una casilla, una linda prostituta cantaba dé un modo que partía el corazón, lanzaba en astillas tonos en cuarto y emitía llorosas notas de cabeza, al dar vueltas dentro de su vaina de cequíes en. espiral. Tenía su precio a la puerta. No era excesivo, pensé yo, que soy un débil mental, y empecé a maldecir de mis obligaciones sociales. En otro rincón un relator de cuentos se lamentaba con el romance en sonsonete de El Zahur. Bebedores de refrescos, de canela, estaban extendidos cómodamente en los asientos de unos cafés improvisados en esas avenidas abanderadas y alumbradas. Desde dentro de las paredes del monasterio venía el sonido de los cánticos sacerdotales. De fuera el inconfundible tableteo de hombres que juegan al bastón, con el rugido de la muchedumbre que aclamaba toda maniobra en gran estilo. Tumbas llenas de *flores,* sandías que emitían una luz mantecosa, bandejas de carne perfumando el aire, salchichas y costillas y entrañas crepitando en los asadores. Todo se fundía en un cuadro vivamente dibujado de luz y ruido en mi mente. La luna subía como rodando por el cielo.

En las casillas bulliciosas había grupos de absortos sudaneses, color malva brillante, que bailaban a la extraña música del armonio de teclas verticales y las gaitas de calabazas pintadas; pero el compás lo marcaba un negro barbudo, que golpeaba con un hierro en un pedazo de riel colgado del poste de la carpa. Allí tropecé con uno de los sirvientes de Cervoni que se alegró mucho al verme y me urgió a tomar un poco de la curiosa cerveza sudanesa que llaman *merissa.* Me senté y observé esta forma de danza intensa, casi maniática; las

lentas evoluciones en torno a un centro y los raros pasos, como aplastando cucarachas, hundiendo el pie en la tierra y haciéndolo girar. Me despertó el redoble de los tambores y vi a un derviche que pasaba sosteniendo uno de esos grandes tambores de camello, un resplandeciente hemisferio de cobre. Era negro -un Rifiya- y como nunca los había visto caminar sobre el fuego y devorar escorpiones creí que podría seguirle y verlo esta noche. (Conmovía escuchar a los musulmanes entonar cantos religiosos de Damiana, santa cristiana; yo oía voces que ululaban las palabras «Ya Sitt Ya Bint El Wali» una y otra vez. ¿No es curioso? ¡Oh señora, señora del Virrey!) A través de la oscuridad seguí el rastro de un grupo de derviches hasta un rincón iluminado, entre dos grandes troneras. Era el fin de una danza y estaban convirtiendo a uno de los suyos en candelero humano, cubierto de velas encendidas, cayéndole todo encima la cera caliente. Mostraba una mirada vaga, como en trance. Al fin viene un viejo y le traspasa las dos mejillas con un gran puñal. En cada punta del puñal iza un candelero con una rama de velas encendidas. Traspasado así, el muchacho se alza lentamente sobre la punta de los pies y se revuelve en una danza, como un árbol en llamas. Después de la danza le quitaron sencillamente la hoja de la cara y el viejo le tocó las heridas con un dedo mojado en saliva. Un segundo después estaba en pie, son riendo de nuevo, sin haber recibido nada por su sufrimiento. Pero ahora parecía despierto.

Fuera de todo esto... el desierto blanco estaba transformándose, bajo la luna, en un gran campo de cráneos y piedras de moler. Sonaban trompetas y tambores y llegó el ruido impetuoso de unos jinetes con sombrero cónico, blandiendo espadas de madera y chillando en alta voz, como mujeres. Iban a empezar las carreras de camellos y caballos. Bueno, pensé, voy a echar una ojeada a eso. Pero caminando distraído tropecé con una escena grotesca que de buen grado habría evitado si hubiera podido. Estaban carneando los camellos de Naruz para la fiesta. Pobres bestias, se arrodillaban allí pacíficamente, con las manos plegadas debajo de sí, como gatos, mientras una horda de hombres los atacaban con hachas a la luz de la luna. La sangre se me heló en las venas, pero no podía arrancarme de este extraordinario espectáculo. Los animales no hacían ningún movimiento para evitar los golpes, no emitían grito alguno al ser desmembrados. Las hachas mordían en ellos como si sus grandes cuerpos estuviesen hechos de corcho, hundiéndose profundamente a cada herida. Miembros enteros salían, cortados sin dolor, al parecer, como cuando se poda un árbol. Los chicos bailaban por ahí a la luz de la luna, recogiendo los fragmentos y corriendo con ellos hacia la ciudad iluminada, grandes bocados de carne sangrienta. Los camellos miraban fijamente a la luna y no decían nada. Salieron las patas, salieron las entrañas, por último las cabezas se derrumbaban bajo el hacha como si fueran de estatuas y se quedaban en la arena con los ojos abiertos. Los que hachaban gritaban y bromeaban. Una gran alfombra blanda, de sangre negra, se extendía hacia las dunas, alrededor del grupo, y los chicos descalzos llevaban su huella a la ciudad. Me sentía espantosamente enfermo de repente, y me retiré al barrio iluminado para tomar algo; y sentado en un banco observé el

desfile que pasaba, un rato, hasta recobrar los nervios. Allí por fin me encontró Nessim y juntos caminamos muros adentro, pasando junto a las celdas agrupadas llamadas «panales». (¿Sabías que todas las religiones primitivas se edificaron sobre un modelo de panal, imitando quién sabe qué ley biológica? ...) Así llegamos al fin a la iglesia.

Un cancel de santuario admirablemente pintado, y antiguos cirios con barba de cera, ardiendo sobre el dorado facistol, la luz, alterada ahora, tomando color de polen por el incienso; y las profundas voces fluyendo como un río sobre la Liturgia, con fondo de arena gruesa, de San Basilio. Mudándose suavemente de un engranaje a otro, haciendo una pausa y empezando otra vez, más bajo en la escala sólo para ser urgidas hacia arriba, entrando en las gargantas y en las mentes de esta gente de negro lustroso. El coro pasó más allá de nosotros, como una bandada de cisnes, haciéndonos contener el aliento, con sus altos yelmos escarlatas y blancos vestidos cruzados de cintas igualmente escarlatas. ¡La luz sobre sus negros rizos brillantes y rostros sudorosos! Enormes ojos pintados en un fresco, brillándoles el blanco. Era precristiano esto; cada uno de estos jóvenes, con su birrete escarlata, se había convertido en Ramsés II. Los grandes candelabros parpadeaban y humeaban, y de ellos se alzaban bocanadas de incienso. Fuera, uno podía oír las voces de la muchedumbre en la carrera de camellos; dentro, solamente el murmullo de la Palabra. De los largos faroles colgantes pendían huevos de avestruz. (Esto siempre me ha llamado la atención como cosa digna de investigarse.)

Pensé que éste era nuestro punto de destino, pero bordeamos a la multitud y bajamos por unos escalones a una cripta. Y allí estaba, por fin. Una larga serie de aposentos de colmena, blanqueados a la cal y sin mácula. En uno de ellos, a la luz de las velas, estaba sentado un grupo de unas cien personas, sobre bancos desvencijados, esperándonos. Nessim me apretó el brazo y me empujó hasta un asiento, bien al fondo, entre varios hombres de edad que me hicieron sitio.

-Primero les voy a hablar yo -me cuchicheó- y después Naruz les ha de hacer un discurso... por primera vez.

No se veían signos del otro hermano todavía. Los hombres que estaban a mi lado llevaban túnica, pero algunos tenían el traje europeo debajo. Algunos con la cabeza envuelta en tocas. A juzgar por las manos y uñas bien cuidadas, ninguno era obrero. Hablaban árabe en tono bajo. Nadie fumaba.

Entonces se levantó el buen Nessim y les habló con la fría eficiencia de alguien que inicia una reunión común de directorio. Hablaba tranquilamente y, por lo que pude ver, se contentaba con darles detalles de los recientes sucesos, la elección de algunas personas para diversas comisiones, los arreglos para disponer de los fondos confiados, etc. Era como si estuviera hablando a accionistas. Le escuchaban gravemente. Se le hicieron unas cuantas preguntas tranquilas, que él contestó concisamente. Después dijo:

-Pero no es esto todo, estos detalles. Querrán ustedes oír algo sobre nuestra nación y nuestra fe, algo que aún nuestros sacerdotes no pueden decirles. Mi hermano Naruz, a quien ustedes conocen, les va a hablar un poco. ¿Qué diablos podía tener el cinocéfalo de Naruz que decirles?, me pregunté. Era muy interesante. Y entonces, desde la oscuridad exterior de la celda que estaba al lado, llegó Naruz, vestido con manto blanco y pálido como la ceniza. Se había untado el cabello sobre la frente en un flequillo aceitoso, como un minero en su día franco. No, parecía un curita aterrorizado, con una sobrepelliz mal planchada; manazas juntas sobre el pecho, apretadas, con los nudillos blancos. Ocupó su lugar ante una especie de facistol de madera, sobre el que ardía una vela, y miró, con evidente terror, a su auditorio, apretando los músculos por todas partes, en brazos y hombros. Pensé que se iba a caer. Abrió las mandíbulas, pero no salió nada. Parecía paralizado.

Hubo un movimiento y un cuchicheo, y vi que Nessim lo miraba con un poco de ansiedad, como si su hermano pudiera necesitar ayuda. Pero Naruz se mantenía rígido como una lanza, mirando rectamente a través de nosotros, como si estuviera ocurriendo una escena horrible detrás de las paredes blancas a nuestra espalda. El suspenso nos tenía a todos incómodos. Después hizo un raro movimiento con la boca, como si tuviera la lengua hinchada o tragara subrepticiamente un paladar postizo, y se le escapó un grito ronco: *«Meded! Meded!»* Era la invocación de fuerza divina que a veces se oye emitir a los predicadores en el desierto antes de caer en trance, los derviches. Movía los músculos de la cara. Y vino el cambio; repentinamente, como si una corriente eléctrica le entrara en el cuerpo, en los músculos, en los riñones. Aflojó los músculos, y lentamente, jadeando, empezó a hablar, haciendo rodar esos ojos asombrosos como si el poder mismo de hablar fuera semiinvoluntario y le costara soportarlo... Fue una terrible representación, y, por un momento o dos, no pude entender palabra: tan mal articulaba. Después irrumpió a través de aquel velo, su voz adquirió fuerza, vibrando a la luz de la vela como un instrumento musical.

-Nuestro Egipto, nuestra amada patria -arrastrando las palabras como una masa de caramelo, casi cantándolas. Evidentemente no tenía nada preparado que decir. No era un discurso. Era una invocación y expresada ex tempore, como uno las ha oído a veces: los brillantes discursos espontáneos de los borrachos, de los cantores de baladas o de esas plañideras profesionales que siguen los cortejos fúnebres con sus alaridos de poesía que divinizan la muerte. El poder y la tensión fluían de él e invadían la sala. Todos estábamos electrizados, yo mismo, que tan mal hablo el árabe. El tono, el alcance y la embotellada ferocidad y ternura de sus palabras nos golpeaban, nos derribaban como una música. No parecía importar que las entendiéramos o no. Ni siquiera ahora. A decir verdad, habría sido imposible parafrasear el asunto.

-El Nilo... el verde río fluyendo en nuestro corazón oye a sus hijos. Volverán a su madre. Descendientes de los faraones, hijos de Ra, prole de san Marcos. Encontrarán el lugar donde nace la luz.

Y así sucesivamente. A veces el orador cerraba los ojos dejando que el torrente de sus palabras pasara sin trabas. Una vez echó la cabeza hacia atrás, sonriendo como un perro, todavía con los ojos cerrados, hasta que la luz brilló sobre sus muelas. ¡Esa voz! Siguió autónomamente, elevándose hasta ser un rugido, descendiendo hasta ser un cuchicheo, temblando y canturreando y gimiendo. De pronto disparaba palabras como una ametralladora, o las hacía rodar suavemente, como miel. Estábamos absolutamente cautivados todos. Pero era algo cómico ver la admiración e inquietud de Nessim. No había esperado nada semejante, al parecer, pues temblaba como una hoja y estaba blanco. De vez en cuando a él también lo arrastraba la ola de retórica, y vi que se enjugaba una lágrima casi con impaciencia.

Siguió esto así durante unos tres cuartos de hora y de pronto, sin explicación, se cortó la corriente, el orador quedó mudo. Ahí estaba Naruz ante nosotros, jadeando como un pescado, como si la marea de la música interior lo hubiera lanzado a una playa extraña. Fue tan brusco como una cortina metálica que baja, un silencio imposible de reparar. Las manos se le anudaron otra vez. Emitió un gemido de sobresalto y salió corriendo del lugar, con su divertido movimiento desordenado. Cayó un formidable silencio, el silencio que sigue al gran desempeño de un actor o una orquesta, el silencio germinal en que uno puede oír hasta las semillas que se mueven en la humana psique, tratando de salir a la luz del autorreconocimiento. Me sentía hondamente conmovido y completamente exhausto. ¡Fecundado!

Por fin se levantó Nessim e hizo un gesto indefinido. El también estaba exhausto y caminaba como un viejo; me tomó la mano y me condujo arriba, a la iglesia, donde había estallado un violento ulular de címbalos y campanas. Caminamos por entre las grandes bocanadas de incienso que ahora parecía soplar desde el centro de la tierra: los espacios habitados por ángeles y demonios debajo del mundo de los hombres. A la luz de la luna seguía repitiendo:

-Nunca me imaginé, nunca sospeché esto de Naruz. Es un *predicador. Yo* solamente le pedía que hablara de nuestra historia... pero él hizo... -No encontraba palabras. Al parecer nadie sospechaba que hubiera entre ellos este encantador, ¡el hombre del látigo! «Sería capaz de dirigir un gran movimiento religioso», me dije.

Nessim caminó cansado y pensativo, a mi lado, entre las palmeras.

-Es un predicador, de veras -repitió con asombro-. Por eso va a ver a Taor.

Me explicó que Naruz se iba frecuentemente a caballo por el desierto a visitar a una famosa santa (de la que dicen, entre

paréntesis, que tiene tres tetas), que vive en una cuevita cerca de Wadi Natrum; es famosa por sus curas milagrosas, pero no quiere salir de la oscuridad. -Cuando él está ausente -agregó Nessim- es porque se ha ido a la isla a pescar con su nueva escopeta marina o a ver a Taor. O lo uno o lo otro.

Cuando volvimos a la tienda el nuevo predicador estaba tendido, envuelto en su frazada, y sollozando con áspera voz como un camello herido. Se detuvo cuando entramos, aunque siguió sacudiéndose un rato. Turbados, no decíamos nada y convertimos aquella noche en un pesado silencio. ¡Importante experiencia, a decir verdad!

No pude dormir durante largo rato, pues lo repasaba todo en la mente. Al día siguiente estábamos levantados al amanecer (un frío maldito, para ser mayo, la tienda rígida de escarcha) y a caballo a las primeras luces. Naruz era otra vez él mismo. Enroscaba el látigo y jugaba con los mayordomos de muy buen humor. Nessim, más bien pensativo y reservado, pensé. La larga cabalgata nos abatía el espíritu y fue un alivio ver que aparecían de nuevo las crestadas palmeras. Descansamos y pasamos la noche en Karm Abu Girg. La madre no apareció al principio, y nos dijeron que la viéramos a la noche. Allí se produjo una extraña escena, para la que Nessim parecía estar tan poco preparado como yo. Cuando los tres avanzábamos a través del rosedal hacia la pequeña casa de verano, vino ella a la puerta, con una linterna en la mano y nos dijo:

-Bueno, hijos, ¿cómo anduvo todo?

Al oír esto, Naruz cayó de rodillas, tendiéndole los brazos. Nessim y yo quedamos muy confundidos. Ella avanzó y abrazó a aquel campesino resoplante y sollozante, haciéndonos seña de que nos fuéramos. Diré que me alivió cuando Nessim se deslizó al rosedal y me alegré de seguirle.

-Este es un nuevo Naruz -repetía suavemente, con auténtica ilusión-. No le conocía esas facultades.

Más tarde Naruz volvió a la casa en el mejor humor y todos jugamos a los naipes y bebimos arak. Me mostró, con infinito orgullo, una escopeta que había hecho hacer en Munich. Dispara una pesada jabalina bajo el agua y funciona por aire comprimido. Me habló mucho de este nuevo método de pesca bajo el agua.

Daba la impresión de ser una diversión estremecedora, y me invitó a visitar la isla pesquera con él, un fin de semana, para comer una cazuela. El predicador se había desvanecido por entero ya; había vuelto el hijo menor, de mente simple.

¡Uf! Estoy tratando de poner todos los detalles salientes, porque tal vez te sirvan más tarde, cuando yo me haya ido. Lo siendo si te resulta un opio. En el camino de vuelta a la ciudad hablé largamente con Nessim y me aclaré mentalmente todos los hechos. Me pareció

que, desde el punto de vista de la conducta a seguir, el grupo copto podría sernos de lo más útil; y estaba seguro de que esta interpretación de las cosas sería digerida si se le explicara debidamente a Maskelyne. ¡Qué ilusiones!

Así, manejé alegremente el auto de vuelta a El Cairo, para armar de nuevo el tablero de ajedrez. Fui a verlo a Maskelyne y le di las buenas noticias. Con gran sorpresa vi que sé ponía blanco de rabia, arrugando la nariz, echando las orejas hacia atrás, más o menos una pulgada, como un galgo. La voz y los ojos seguían inalterables.

-¿Pretende usted decirme que ha tratado de complementar un documento del servicio secreto consultando a la persona objeto del mismo? Es contrario a las reglas más elementales del espionaje. ¿Y cómo va a creer una palabra de una historia tan evidentemente ficticia? Nunca he oído hablar de semejante cosa. Usted suspende a propósito un documento del Ministerio de Guerra, echa el desprestigio sobre mi organización investigadora, pretende que no sabemos trabajar, etc...

Te imaginarás el resto del discurso. Yo empezaba a calentarme. Él repetía secamente:

-Hace quince años que estoy haciendo esto. Le digo que huele a pólvora, a subversión. Usted no quiere creer mi A.I. y yo creo que el suyo es ridículo. ¿Por qué no pasar el documento a los egipcios y. dejarles que lo averigüen por sí mismos?

Claro que yo no podía admitir esto, y él lo sabía. En seguida me dijo que había pedido al Ministerio de Guerra que protestara en Londres e iba a escribir a Errol pidiendo una «reparación». Todo esto, naturalmente, era de esperar. Pero entoces yo lo agarré por otro lado.

-Mire -le dije-. He visto todas sus fuentes de información. Son todos árabes y como tales indignos de confianza. ¿Qué le parece un acuerdo de caballeros? No hay prisa. Podemos investigar con toda comodidad a los Hosmani. Pero, ¿qué le parece elegir un nuevo conjunto de informantes, informantes ingleses? Si la interpretación concuerda, le prometo renunciar y hacer una plena retractación. De otro modo voy a pelear el asunto hasta el fin. -¿Qué clase de fuentes son las que tiene en vista? -Bueno, hay varios ingleses en la policía egipcia, que hablan árabe y conocen a la gente de que se trata. ¿Por qué no utilizar a algunos de ellos?

Me miró un largo rato.

-Son tan corrompidos como los árabes. Nimrod ven*de* su información a la prensa. El Globo le paga una propina de veinte libras al mes por información confidencial.

-Habrá otros.

-¡Cristo, los hay! ¡Si usted los viera!

-Y después está Darley, que al parecer asiste a estas reuniones que tanto le preocupan a usted. ¿Por qué no le pide que ayude?

-No voy a comprometer mi red introduciendo personajes como ése. No lo vale. No es seguro.

-Entonces, ¿por qué no hacer una red separada? Que Telford la organice. Sobre todo para este grupo, no para ningún otro. Y que no tenga acceso a su principal organización de usted. Usted podría hacerlo, ¿no?

Me miró despacio, gota a gota.

-Podría si quisiera -admitió- y si creyera que nos iba a llevar a alguna parte. Pero no es así.

-En todo caso, ¿por qué no probar? Su propia posición aquí es un poco equívoca, hasta que venga un embajador a definirla y hacer de árbitro entre nosotros. Su póngase que yo paso este documento y nos barren a todo ese grupo.

-Bueno, ¿y qué?

-Suponiendo que sea, como yo lo creo, un movimiento que podría ayudar a la política británica en esta zona, usted no recibirá muchas gracias por haber dejado que los egipcios lo cortaran en pimpollo. Y en verdad, si resultara así encontrará usted que...

-Lo pensaré.

No quería hacerlo, comprendí, pero no tenía otro remedio. Cambió la idea. Al otro día me llamó, diciendo que iba a hacer lo que yo le sugería, aunque «sin prejuicios»; la guerra seguía entre nosotros. Tal vez se había enterado de tu nombramiento y sabía que somos amigos. No sé.

¡Uf! Esto es más o menos todo lo que puedo decirte. En cuanto al resto, el país está todavía aquí... todo cuanto hay de heteróclito, desviado, polimorfo, tortuoso, equívoco, opaco, ambiguo, de muchas ramas, o simplemente chocho. Deseo que lo saborees cuando yo esté bien lejos. Sé que harás de tu primera misión un éxito resonante. Tal vez no lamentes estos pedacitos de información de

Tu sincero
Earwig van Beetfield.

Mountolive estudió este documento con gran cuidado. El tono le molestaba y la información lo inquietaba levemente. Pero no hay misión diplomática que no esté desgarrada por luchas facciosas; disgustos personales, opiniones divergentes siempre salen a primer

plano. Por un momento se preguntó si no sería más sensato consentirle a Pursewarden el traslado que deseaba; pero reprimió la idea permitiéndo que otra se le superpusiera. Si iba a obrar, no tendría que mostrar irresolución en esta etapa, ni aun con Kenilworth. Marchó por ese paisaje ventoso, esperando que los sucesos tomaran forma definida en torno a su futuro. Por último compuso una tarda nota para Pursewarden, fruto de mucho tachar y reflexionar, que despachó por intermedio de la sala de valijas.

Mi querido P.:

Te agradezco la carta, con sus interesantes datos. No puedo tomar decisiones antes de llegar allí: no quiero prejuzgar las cuestiones. Sin embargo, he decidido mantenerte en la misión por otro año. Pediré mayor disciplina de la que parece tener tu cancillería; y sé que no me fallarás, por desagradable que te sea la perspectiva, al parecer. Hay mucho que hacer de este lado y mucho que decidir antes de que me vaya.

Tuyo sinceramente,

David Mountolive.

Esperaba que esa carta expresara la justa medida de aliento y censura. Pero, naturalmente, Pursewarden no habría escrito con esa frivolidad si hubiera contemplado la posibilidad de servir a sus órdenes. Con todo, si su carrera iba a tomar la debida forma, ¿tendría que empezar por el principio?

En su interior ya había planeado el conseguir que a Maskelyne lo trasladaran y a Pursewarden lo ascendieran como su principal asesor político. No obstante, le quedaba un dejo de intranquilidad. No pudo dejar de sonreír cuando recibió una tarjeta del incorregible. «Estimado embajador -decía-, su información me ha inquietado. ¡Tiene usted tantos grandes etonianos campanudos para elegir...! Sin embargo, a su servicio.»

VI

El aeroplano se inclinó y comenzó a deslizarse lentamente hacia la tierra, en la noche azulada. El desierto pardo con su monotonía de médanos labrados por el viento, cedía ahora el sitio a un recordado mapa en relieve del delta. Las lentas curvas y tangentes del oscuro río yacían directamente debajo, y había pequeñas embarcaciones derivando sobre él como semillas. Estuarios y barreras de arena abandonados... las zonas vacías de población que hay en el *hinterland,* donde peces y aves se congregaban en secreto. Aquí y allí, el río se partía como un bambú, para doblarse y retorcerse en torno a alguna isla con higueras, un minarete, algunas palmeras moribundas. La blandura de pluma de las palmeras abría surcos en cl chato paisaje exhausto, con sus aires y espejismos cálidos y sus Húmedos silencios. Cuadrados de cultivo lo bordeaban laboriosamente aquí y allí como un tartán gastado, entre segmentos de pantano bituminoso, abrazados por lentos contornos de

agua parda. Aquí y allí, también, se alzaban nudillos de piedra caliza, rosada.

Hacía un calor espantoso en la pequeña cabina del aeroplano. Mountolive luchaba de un modo atormentado y poco firme contra su uniforme. Los sastres habían hecho maravillas con él; le caía como un guante. Pero se estaba asando. Sentía que el sudor le corría por el pecho, haciéndole cosquillas. La mezcla de entusiasmo y alarma se traducía en náuseas. ¿Iba a marearse... y por primera vez en su vida? Esperaba que no. Sería terrible marearse dentro de ese impresionante sombrero retocado. «Cinco minutos para tocar tierra», palabras garabateadas en una hoja de papel arrancada del anotador de datos de funcionamiento. Bueno. Bueno. Asintió maquinalmente y se encontró abanicándose la cara con ese objeto de opereta, el sombrero. En todo caso, le quedaba bien. Se había sorprendido al ver lo buen mozo que parecía en el espejo.

Dieron vuelta lentamente para bajar, y la oscuridad color malva se levantó para recibirlos. Era como si todo Egipto se estuviera alojando suavemente en un pozo de tinta. Después, floreciendo entre los remolinos de oro que enviaban las ráfagas perdidas de polvo, atisbó los minaretes con sus tetillas y las torres de las tumbas famosas. Los montes de Moquattam eran rosados y nacarados, como uñas.

En el aeródromo se agrupaban los dignatarios destacados para recibirle oficialmente. Los flanqueaban miembros de su propio personal, con sus esposas, vistiendo todas sombreros de *garden party y* guantes como si estuvieran en el *paddock* de Longchamps. Todos, empero, transpiraban libremente, a mares en verdad. Mountolive sintió la *terra firma* bajo sus lustrados zapatos de gala, y suspiró aliviado. El suelo estaba casi más caliente que el aeroplano, pero las náuseas habían desaparecido. Avanzó tanteando para estrechar manos, y advirtió que al ponerse el uniforme todo había cambiado. Una súbita soledad lo golpeó, porque se dio cuenta de que ahora, como embajador, tenía que renunciar para siempre a la amistad de seres ordinarios, a cambio de su respeto. El uniforme lo encasillaba como una armadura de mallas. Le aislaba del mundo ordinario del humano comercio. «Dios -pensó-, siempre estaré solicitando una normal reacción humana de gentes que están obligadas a respetar mi rango. Me volveré como ese espantoso párroco de Sussex, que jura por lo bajo para probar que es realmente un ser humano como cualquier otro, a pesar de su collar de perro.»

Pero el momentáneo espasmo de soledad se perdió en la alegría de sentir un nuevo dominio de sí. Nada le quedaba ahora más que explotar al máximo su simpatía; ser buen mozo, ser capaz; seguramente, ¿tiene uno el derecho de gozar la conciencia de estas cosas sin echárselo en cara? Se probó en el círculo exterior de funcionarios egipcios a quienes saludó en excelente árabe. Las sonrisas se abrían por todas partes, fundiéndose en seguida en una confluencia de miradas de autofelicitación. Sabía también cómo presentarse de medio perfil ante el súbito relámpago del magnesio

mientras pronunciaba su primer discurso, un tejido de lugares comunes que caldeaban el corazón, pronunciados con encantadora cautela árabe y que le ganó murmullos de alegría y excitación entre el animado círculo de periodistas.

Rompió a tocar descompasadamente una banda, en un desafinado gemido; y bajo las quejosas repeticiones de una melodía europea que se tocaba, no se sabe por qué, en cuartos de tono, reconoció su propio himno nacional. Le sorprendió y tuvo que esforzarse para no sonreír. La misión policial había adiestrado con diligencia a la banda egipcia en el uso del trombón de vara. Pero toda la éjecución tenía un aire descuidado y de improvisación, como si alguna rara forma de música antigua (¿Palestrina?) se estuviera interpretando en un conjunto de hierros de estufa. Se mantuvo rígidamente atento. Un Bimbashi de edad, con ojo de vidrio, estaba en pie delante de la banda, también atento, aunque un poco tembloroso. Al fin, la música terminó.

-Siento lo de la banda -dijo Nimrod Bajá, por lo bajo-. Usted ve, señor, es un equipo improvisado. Casi todos los músicos están enfermos. -Mountolive asintió con gravedad, comprensivamente, y se volvió a su próxima tarea. Caminó con profusa prolijidad, ida y vuelta, delante de una guardia de honor para inspeccionar su presentación. Los Hombres olían fuertemente a aceite de sésamo y sudor, y uno o dos sonreían afablemente. Era delicioso. Reprimió el impulso de corresponderles riendo. Después, volviéndose, completó sus deberes para con la sección Protocolo, cálida y oliente también bajo sus brillantes feces como rojas macetas. Aquí las sonrisas rodaban, se dispersaban por todo el lugar, como tajadas de sandía verde. ¡Un embajador que hablaba árabe! Adoptó el aire de sonriente timidez que, sabía, era el que más deleitaba a los otros. Lo había aprendido. Su sonrisa torcida era atrayente; Hasta su propio personal estaba cautivado, a ojos vista, y lo comprobó con orgullo; pero sobre todo a las esposas. Ellas aflojaban la tensión y volvían la cara a él como flores cazamoscas. Tuvo unas palabras para cada secretaria.

Por fin el gran automóvil lo llevó suavemente hacia la residencia a orillas del Nilo. Errol lo acompañó para mostrarle el sitio y hacer las necesarias presentaciones del personal doméstico. El tamaño y la elegancia del edificio le encantaban, pero lo intimidaban también un poco. Tener todas estas piezas a la disposición de uno bastaba para asustar a cualquier soltero.

-Sin embargo, para recibir gente -dijo casi con pena- supongo que serán necesarias.

Pero el lugar levantaba ecos alrededor de él cuando caminaba por el magnífico salón de baile, por los invernaderos y las terrazas, mirando cómo se extendían los verdes jardines hasta el borde del

agua del Nilo, color de cacao. Fuera, surtidores con cuello de ganso giraban y chistaban día y noche, refrescando el seco pasto esmeralda. Oía sus suspiros al desvestirse y darse una ducha fría en el hermoso cuarto de baño con sus transparentes ampollas de cristal. Despidió pronto a Errol, con una invitación para que volviera después de comer a trazar planes proyectos.

-Estoy cansado -le dijo, sinceramente-. Quiero comer solo y en silencio. Este calor... debería haberme acordado, pero lo había olvidado.

El Nilo crecía, llenando el aire con la tétrica humedad veraniega de sus inundaciones anuales, trepando el murallón de piedra en el fondo del jardín de la embajada, pulgada tras viscosa pulgada. Permaneció tendido en su cama media hora y escuchó el rumor de automóviles que se estacionaban ante la entrada de la cancillería y el sonido de voces y pasos en el vestíbulo. Su personal estaba muy ocupado autografiando el hermoso libro rojo de los visitantes, encuadernado en marroquí de mucho precio. Solamente Pursewarden no había aparecido. ¿Estaría escondido aún? Mountolive se propuso darle una zamarreada en la primera oportunidad; no era posible tolerar extravagancias que podían colocarle en posición difícil ante el resto de los empleados. Esperaba que su amigo no lo obligaría a volverse autoritario y desagradable, se encogía al pensarlo. Pero...

Después de descansar comió solo en un rincón de la larga terraza, vestido solamente con pantalones y camisa, los pies calzados con sandalias. Luego se descalzó y echó a caminar por los canteros inundados de luz, bajando hacia el río, sintiendo la hierba brillante que le picaba los pies desnudos. Era una variedad ordinaria, africana, con las raíces polvorientas, aun a pesar del riego, como si sufrieran de caspa. Había tres pavos reales caminando por las sombras, con sus brillantes colas de ojos de Argos. El blando cielo negro estaba espolvoreado de estrellas. Bueno. Había llegado... en todo el sentido de la palabra. Recordó una frase de un libro de Pursewarden: «El escritor, el más solitario de los animales...» El vaso de whisky le helaba la mano. Se tendió en esa oscuridad sin aire, sobre la hierba, y miró derecho hacia arriba, al cielo, casi sin pensamientos, sólo dejando que la modorra se le deslizara gradualmente encima, pulgada por pulgada, como la marea creciente de las aguas del río, al extremo del jardín. ¿Por qué había de sentir tal tristeza en el corazón de las cosas, cuando tanto confiaba en sus poderes, y se sentía tan resuelto? No lo sabía.

Errol volvió debidamente, después de comer de prisa, y se quedó encantado al encontrar a su jefe estirado como una estrella de mar en el elegante cantero, casi dormido. Estas faltas a la etiqueta constituían signos excelentes.

-Llame para que traigan bebidas -le dijo Mountolive benévolamente- y venga a sentarse aquí; está más o menos fresco. Hay un soplo de viento que viene del río.

Errol obedeció y vino a sentarse tímidamente sobre la hierba. Hablaron del lineamiento general de las cosas. -Ya sé -expresó Mountolive- que todo el personal está temblando de gusto al pensar en la mudanza de verano a Alejandría. Yo también temblaba cuando era un empleado nuevo en la Comisión. Bueno, saldremos de este ahogadero en cuanto haya presentado mis credenciales. El rey ¿estará en Diván dentro de tres días? Sí, según le entendí a Abel Latif, en el aeródromo. Bueno. Entonces mañana quiero invitar a tomar el té a todos los secretarios y sus esposas, y a la noche, al personal menor, para un coctel. Todo. lo demás puede esperar hasta que ustedes arreglen lo del tren especial y carguen las cajas de despacho. ¿Qué tal Alejandría?

Errol sonrió nebulosamente.

-Todo bien, señor. Ha habido el habitual forcejeo con las misiones nuevas; pero los egipcios se han portado muy bien. Protocolo ha encontrado ya una excelente residencia, con buena cancillería de verano y otras oficinas que podríamos utilizar. Todo espléndido. Usted necesitará solamente un par de salas para personal de cancillería, aparte de la casa; he fijado un horario de trabajo para que todos tengamos oportunidad de pasar tres semanas allí, en rotación. El personal de la casa puede ir ya. Usted dará algunas recepciones, supongo. La corte partirá dentro de otra quincena. No hay problemas.

¡No hay problemas! Frase alentadora. Mountolive suspiró y guardó silencio. Sobre la oscuridad, del otro lado de la jofaina de agua del río, surgió un ruido leve, como de un enjambre de abejas; risa y cantos mezclados con el estrépito áspero y estremecedor del Bistro.

-Me había olvidado -dijo con una puntada en el corazón-. ¡Las lágrimas de Isis! Es la Noche de la Gota, ¿verdad?

-Sí, señor -asintió Errol.

El río se iba a poner animado con las delgadas felucas de bonitas formas, ruidos de guitarras y voces. Isis-Diana resplandecería en los cielos, pero aquí, los canteros iluminados creaban un cono de luz blanca que oscurecía el cielo nocturno. Miró vagamente a su alrededor, buscando las constelaciones.

-Bueno, nada más -dijo, y Errol se levantó. Se aclaró la garganta y dijo:

-Pursewarden no vino por estar con gripe.

A Mountolive le pareció de buen agüero esta lealtad. -No -contestó sonriendo-. Ya sé que le está dando trabajo. Voy a cuidar de que termine eso.

Errol lo miró con agradable sorpresa. -Gracias, señor.

Mountolive lo acompañó lentamente hasta la casa. -También quiero comer con Maskelyne. Mañana a la noche, si le conviene.

Errol asintió lentamente. -Estaba en el aeródromo, señor.

-Pues no lo noté. Dígale a mi secretario que le mande una tarjeta para mañana a la noche, pero primero háblele y, si no le es cómodo, hágamelo saber. Para las ocho y quince, corbata negra.

-Lo haré, señor.

-Quiero hablarle, sobre todo, porque estamos tomando algunas nuevas disposiciones y quisiera su cooperación. Me han dicho que es un oficial capaz.

Errol parecía dubitativo.

-Ha tenido algunos encuentros bastante duros con Pursewarden. A decir verdad, esta última semana casi nos ha tenido sitiados. Es capaz, pero tal vez un poco terco.

Errol hablaba a tientas, como no queriendo ir dema siado lejos.

-Bueno -contestó Mountolive-. Le hablaré y ya veré. Creo que los nuevos arreglos les van a convenir a todos, inclusive al joven señor Pursewarden.

Se despidieron.

El día siguiente estaba lleno de tareas rutinarias y familiares para Mountolive, pero conducidas, por decirlo así, desde un nuevo ángulo, el ángulo desconocido de una posición que traía la gente de inmediato a sus pies. Era emocionante y perturbador al mismo tiempo. Hasta llegar al rango de consejero se había arreglado para mantener una relación cómoda con el personal menor, en todos los niveles. Hasta los toscos infantes de marina que desempeñaban la sección de guardias de cancillería, se mostraban amistosos y ecuánimes para con él, con ganas de conversar alegremente. Ahora se encogían en posturas de reserva, casi de defensa. Éstos eran los amargos frutos del poder, reflexionó, aceptando su nuevo papel con resignación.

Sin embargo, los pasos iniciales se desarrollaron sin tropiezos; y aun su fiesta con el personal, a la tarde, transcurrió tan bien que la gente parecía reacia a marcharse. Se atrasó en el cambio de traje para su comida, y ya lo habían introducido a Maskelyne en la anodina sala cuando apareció él, bañado y vestido de nuevo.

-¡Ah, Mountolive! -dijo el militar, levantándose y tendiendo la mano con seca tranquilidad, sin expresión-. Esperaba su llegada con cierta ansiedad.

Mountolive se sintió picado al ver que este personaje le apeaba el tratamiento, después de todas las atenciones que le habían demostrado durante el día. (« ¡Cielos! -pensó-. ¿Seré realmente un provinciano de corazón?»)

-Mi querido general...

Como resultado, las frases iniciales de Mountolive tuvieron una leve, pero perceptible frialdad. ¿Tal vez el militar sólo había pretendido dejar sentado que era un miembro del Ministerio de Guerra y no del Foreign Office? Una manera torpe de hacerlo. Sin embargo, y un poco para fastidio suyo, Mountolive se sintió más bien atraído hacia esta figura flaca y de aspecto solitario, con sus ojos cansados y su voz sin brillo. Su fealdad poseía cierta decidida elegancia. El viejo traje de cena no estaba muy bien planchado ni cepillado, pero la calidad del género y el corte eran excelentes. Maskelyne sorbía lentamente y con calma la bebida, bajando su hocico de galgo con circunspección hacia el vaso. Escrutaba a Mountolive con la mayor frialdad. Cambiaron las cortesías formales entre anfitrión e invitado durante un tiempo, y otra vez, para disgusto suyo, se encontró Mountolive simpatizando con él, a pesar de sus modos secos y arriesgados. Parecióle ver a alguien que, como él, había vacilado en atribuir algún sentido particular a la vida.

La presencia de los criados excluía todo tema, menos los más generales, durante la comida que compartieron, afuera, sobre el césped, y Maskelyne parecía contento de esperar su momento. Sólo una vez surgió el nombre de Pursewarden, y Maskelyne dijo con su aire despreocupado:

-Sí, apenas lo conozco, naturalmente, como no sea oficialmente. Lo curioso es que su padre (seguramente el nombre es muy poco común para que sea otro) estaba en mi compañía durante la guerra mundial. Obtuvo una Cruz Militar. En realidad, yo mismo compuse la citación que le hizo candidato; y, naturalmente, tuve las ingratas tareas del patrocinante. El hijo debía de ser un chico entonces. Claro, puedo estar equivocado... No importa mucho.

Mountolive se sintió intrigado.

-A decir verdad -contesté-, creo que usted está en lo cierto: porque él me mencionó algo una vez. ¿Nunca le ha hablado de eso usted?

-¡Por Dios, no! ¿Para qué? -Maskelyne parecía levemente escandalizado-. El hijo no es, realmente, de mi tipo -agregó, serenamente, sin animosidad, como quien señala un hecho-. Él y yo..., bueno, una vez leí un libro de él.

Se detuvo bruscamente, como si todo estuviera dicho, como si hubiera despachado el tema para siempre. -Debe de haber sido un hombre valiente -expresó Mountolive después de una pausa.

-Sí, o... tal vez no -replicó su huésped, pensativamente. Hizo una pausa-. Uno se pregunta... No era un verdadero soldado. Uno veía eso muy a menudo en el frente. A veces los actos de valor provienen de la cobardía tanto como del coraje; es curioso. Su acción, sobre todo, quiero decir, era enteramente extraña a un militar.

-Pero... -protestó Mountolive.

-Déjeme explicarme. Hay una diferencia entre un acto de valor necesario y uno que no es necesario. Si él hubiera recordado su instrucción militar, no habría hecho lo que hizo. Puede parecer sofistería. Perdió la cabeza, completamente, y obró sin pensar. Lo admiro enormemente como hombre, pero no como militar. Nuestra vida es mucho más exigente. Es una ciencia, usted sabe, o debiera serlo.

Hablaba reflexivamente, a su modo seco, enunciando claramente las cosas. Se veía que era, para él, un tema debatido muchas veces consigo mismo.

-Extraño... -expresó Mountolive.

-Puedo estar equivocado -admitió el general.

Los criados, de silenciosos pies, se habían retirado al fin, dejándolos con su vino y cigarros, y Maskelyne se sintió libre de tocar el verdadero tema de su visita.

-Espero que usted habrá estudiado todas las diferencias que han surgido entre nosotros y su rama política. Han sido muy fuertes y todos estamos esperando a que usted las resuelva.

Mountolive asintió.

-Todas están resueltas, en lo que a mí concierne -manifestó con levísimo dejo de fastidio (no le gustaba que lo apurasen)-. Mantuve una conferencia con su Oficina General, el martes, y establecí una nueva agrupación, que creo le agradará. Usted recibirá esta semana un telegrama de confirmación, ordenándole trasladar todo su personal a Jerusalén, que se va a convertir en el puesto superior y cuartel general. Esto obviará las cuestiones de rango y precedencia. Puede dejar aquí un puesto de contacto, al mando de Telford, que es un civil, pero, naturalmente, un puesto menor. Por comodidad puede trabajar para nosotros y servir de *liaison* con nuestros departamentos de servicio.

Se produjo un silencio. Maskelyne estudió la ceniza de su cigarro, mientras una leve traza de sonrisa le rondaba los bordes de la boca.

-De modo que gana Pursewarden -dijo, tranquilo-. Bien, bien.

Mountolive se sintió sorprendido y ofendido por su sonrisa, aunque en verdad parecía enteramente falta de malicia.

-Pursewarden -contestó despacio- ha sido reprendido por suspender un documento del Ministerio de Guerra; por otra parte, ocurre que conozco bastante bien al objeto del documento y convengo en que debe usted completarlo antes de pedirnos que obremos.

-Estamos procurando hacerlo, en verdad. Telford está tendiendo una red en torno a este hombre Hosnani, pero... algunos de los candidatos propuestos por Pursewarden parecen ser más bien... bueno, perjudiciales, para decirlo suavemente. Telford, sin embargo, procura seguirle el humor, contratándolos. Pero... bueno, hay uno que vende información a la Prensa, y uno que actualmente está ocupado en consolar a la dama Hosnani. Después hay otro, Scobie, que se pasa el tiempo vestido de mujer, caminando por el puerto en Alejandría... sería una caridad suponer que anda buscando información policial. En total, me alegraré de confiar la red a Telford y pescar algo un poco más serio. ¡Qué gente!

-Como no conozco las circunstancias aún -expresó con calma Mountolive-, no puedo hacer comentarios. Pero examinaré el asunto.

-Le daré un ejemplo -expuso Maskelyne- de su eficiencia general. La semana última Telford destacó a este policía llamado Scobie para una misión de rutina. Cuando los sirios quieren ser listos no emplean un correo diplomático; confían su bolsa a una dama, la sobrina del vicecónsul, que se la lleva a El Cairo por tren. Queríamos el contenido de un bolso particular: detalle de envíos de armas, según creíamos. Le dimos a Scobie unos chocolates, y le marcamos claramente el que tenía un narcótico. Su misión consistía en hacer dormir a la dama un par de horas y marcharse con su bolso. ¿Sabe qué ocurrió? Lo encontraron drogado a él en el tren, cuando llegó a El Cairo, y no pudieron despertarle por cerca de veinticuatro horas. Tuvimos que ponerlo en el Hospital Norteamericano. Parece que se había sentado en el compartimiento de la dama; el tren dio un sacudón y todos los chocolates se dieron vuelta en su envoltorio. El que nosotros habíamos marcado con tanto cuidado estaba ahora cabeza abajo. No podía acordarse de cuál era. Asustado, se lo comió él mismo. Ahora yo le pregunto... Los ojos sin humorismo de Maskelyne brillaron al relatar esa historia. -En esa gente no se puede confiar -añadió, con acritud.

-Le prometo investigar la aptitud de cualquiera que proponga Pursewarden; también le prometo que si usted me envía algún papel no habrá trabas ni se repetirá esa conducta no autorizada.

-Gracias. -Maskelyne parecía auténticamente agradecido cuando se levantó para despedirse. Despachó con un ademán el automóvil oficial embanderado que estaba a la puerta, murmurando algo sobre «una noche de paseo», y se marchó caminando por la avenida; poniéndose un ligero abrigo sobre el *smoking.* Mountolive, desde la puerta de entrada, contempló su alta y delgada figura que entraba en los charcos amarillos de la luz de los faroles, y salía de ellos, absurdamente alargada por la distancia. Suspiró aliviado y cansado. Había sido una dura jornada.

-Basta de Maskelyne.

Se volvió a los canteros desiertos, para tomar una última copa en silencio antes de irse a la cama. En conjunto, el trabajo realizado ese día no era insatisfactorio. Había despachado una docena de ingratos deberes, de los cuales el más difícil había sido quizás el de contarle a Maskelyne lo que le esperaba. Ahora podía descansar.

Pero antes de subir la escalera caminó un rato por la casa silenciosa, yendo de sala en sala, pensando, acariciando el conocimiento de su llegada al poder con el secreta orgullo de una mujer que se ha descubierto encinta.

VII

Una vez cumplidos a satisfacción sus deberes oficiales en la capital, Mountolive se sintió libre de anticiparse a la corte, trasladando su centro a la segunda capital, Alejandría. Hasta entonces todo había ido muy bien. Había sido elogiado por el propio rey por la fluidez de su árabe y había ganado la distinción inusitada de ser simpático a los diarios por su juicioso empleo del idioma en público. En todos los diarios se veían esos días retratos suyos, siempre con esa sonrisa contenida, desconfiada. Revisando el montoncito de recortes, se encontró pensando:

-¡Dios mío! ¿Me estoy volviendo poco a poco irresistible a mí mismo?

Eran excelentes fotos, sin duda, de un hombre bien parecido, de sienes ya algo grises y rasgos netamente cortados.

-Pero el mero hábito de la cultura no es bastante para defenderlo a uno de su propio encanto. Me enterrarán vivo entre estas arideces blandas y fáciles de una práctica social que ni siquiera me gusta -y pensó, con el mentón en la muñeca-: ¿Por qué no escribe Leila? Quizá cuando esté en Alejandría la semana próxima recibiré unas líneas.

Pero por lo menos pudo dejar El Cairo con un buen viento de popa. Las otras misiones extranjeras estaban furiosas de envidia por su éxito.

Se terminó la mudanza con ejemplar prontitud, gracias al diligente Errol y al personal de la residencia. El, por su parte, pudo permitirse llegar tarde, cuando ya estaba cargado el tren especial con toda la impedimenta diplomática que les permitiría hacer un simulacro de trabajo mientras estuvieran ausentes: valijas y cestos y cajas de despacho color escarlata, con sus monogramas de oro. El Cairo, para esta época, ya se había puesto intolerablemente cálido. Pero tenían el corazón liviano cuando el tren avanzaba a través del desierto hacia la costa.

Era la mejor época del año para mudarse, porque ya habían pasado los feos *khamseens* de invierno y la ciudad se había puesto su traje de verano: los toldos de color a lo largo de la Gran Cornisa, y las filas de coloridas naves isleñas, dispuestas, como en estantes, bajo las negras torrecillas de los acorazados, enmarcando el puerto del Yacht Club, reluciente de velas. También había empezado la temporada de fiestas veraniegas, y Nessim pudo dar por fin la recepción prometida en honor del amigo que volvía. Fue un despliegue barbárico, en que toda Alejandría salió a rendir honor a Mountolive; como si festejaran nada menos que el retorno del hijo prodigo. En realidad, conocía a poca gente, aparte de Nessim y su familia, pero le alegró renovar su amistad con Balthazar y Amaril, los dos médicos que siempre estaban juntos, siempre haciéndose bromas, y con Clea, a quien había visto una vez en Europa. La luz del sol, al desvanecerse sobre el mar del atardecer, llameaba sobre las grandes ventanas de marco de bronce, convirtiéndolas en diamantes fundidos, antes de fundirse ella misma y ablandarse en el aguamarina del anochecer egipcio. Se corrieron las cortinas y entonces el aliento de cien velas brilló suavemente sobre la blanca mantelería de las largas mesas, parpadeando entre los delgados tallos de las copas. Era la temporada de descanso; ya habían empezado las reuniones de bailes, de cabalgatas y de natación, o ya se estaban planeando. Los vientos frescos del Mediterráneo mantenían baja la temperatura y el aire era fresco y vigorizador.

Mountolive se sumergió de nuevo en el molde acostumbrado de las cosas, con un sentido de seguridad, casi de beatitud. Nessim, por decirlo así, había vuelto a ocupar su lugar, como un cuadro en -el sitio que le habían destinado, y la compañía de su Justine -esta belleza regia, de negras cejas- ensalzaba, más bien que perturbaba, sus relaciones con el mundo exterior. Mountolive la quería. le gustaba sentir la mirada de aquellos ojos negros, alumbrados por una especie de apasionada curiosidad mezclada de admiración. Ella y Nessim formaban una espléndida pareja, pensó, casi con un dejo de envidia, como gentes acostumbradas a trabajar juntas desde la infancia, respon diendo instintivamente a los deseos y necesidades no ex-presadas de uno y otro, y procediendo sin vacilar a apoyarse con sus sonrisas. Aunque ella era hermosa y reservada, y parecía hablar poco, Mountolive creía descubrir una simpática sinceridad, que quería brotar de continuo entre sus frases, como de algún oculto resorte de calor secreto. ¿Le gustaría encontrar a alguien que valorara a su marido tanto como ella? La fría presión, sin culpa, de sus dedos, lo

sugería así, como su voz estremecedora, cuando le decía: «Hace tanto tiempo que lo conozco como "David", que me será difícil llamarlo de otro modo.» En cuanto a Nessim, no había perdido nada durante el tiempo de separación; había conservado todas sus gracias, aumentándolas tan sólo con el peso de un juicio mundano, que le hacía parecer notablemente europeo en ese ambiente provincial. Su tacto, por ejemplo, en no mencionar jamás un tema que pudiera tener relación oficial con Mountolive, inspiraba profundo cariño, y esto a pesar de que muy a menudo montaban a caballo, cazaban, nadaban o andaban en yate y pintaban juntos. La información de asuntos políticos que tuviera que transmitir se la hacía llegar siempre por intermedio de Pursewarden. Nunca comprometía su amistad mezclando trabajo con placer u obligándolo a Mountolive a luchar entre el afecto y el deber.

Lo mejor de todo es que el mismo Pursewarden había reaccionado muy bien ante su nueva posición de eminencia y llevaba lo que él llamaba «su nueva hoja». Un par de notas bruscas, escritas en la terrible tinta roja -cuyo empleo es prerrogativa tan sólo de los jefes de misión- lo habían refrenado, arrancándole la promesa de «presentar una nueva hoja de parra», lo que había hecho fielmente. En realidad, respondió de corazón, y Mountolive estaba a la vez aliviado y agradecido al sentir que por fin podía contrar en un juicio decidido a no excederse a sí mismo ni dejarse zozobrar entre fáciles seguridades y dudas. ¿Qué más? Ah, sí: la nueva residencia de verano era deliciosa, situada en medio de un parque fresco, lleno de pinos, más arriba de Rushdi. Había dos excelentes canchas de tenis, de piso duro, que resonaban todo el día con el campaneo de los raquetazos. El personal parecía contento de su nuevo jefe de misión. Sólo... el silencio de Leila seguía siendo un enigma. Por fin, una noche, Nessim le entregó un sobre en que reconoció la letra. Lo puso en el bolsillo para leerlo cuando estuviera solo.

«Tu vuelta a Egipto -¿tal vez lo has adivinado?- me ha trastornado un poco: me ha volcado, como se dice, el carro de manzanas. Miro por todo el lugar y no puedo recoger aún todas las que se han caído. Me desconcierto, lo confieso. He vivido tanto tiempo contigo en la imaginación, completamente sola, allí, que ahora casi tengo que volver a inventarte para retrotraerte a la vida. Tal vez te estuve deformando todos estos años, pintando tu imagen para mí... Quizá ahora seas simplemente una ficción, en lugar de un dignatorio de carne y hueso, que se mueve entre la gente y las luces y la política. No encuentro valor para comparar la verdad con la realidad aún; pero estoy asustada. Ten paciencia con una mujer necia y testaruda, que nunca sabe, al parecer, lo que quiere. Desde luego, deberíamos habernos encontrado mucho antes..., pero yo me encogía como un caracol. Ten paciencia. En algún punto, dentro de mí, debo esperar que la marea dé vuelta. Me enojé tanto al enterarme de que venías, que lloré de pura rabia. ¿O era de pánico? Tal vez, de veras había conseguido olvidar... mi propia cara, todos estos años. De pronto la sentí encima como una Máscara de Hierro. Bah, pronto me volverá el coraje, no

temas. Tarde o temprano hemos de encontrarnos y chocarnos uno a otro. ¿Cuándo? Aún no lo sé. No lo sé.»

Leyendo desconsoladamente estas palabras, sentado en la terraza al oscurecer, pensaba: «No alcanzo a dar a mis sentimientos bastante coherencia como para responderle de un modo inteligente. ¿Qué voy a decirle o haüér? Nada.»

Pero las palabras sonaban a hueco. «Paciencia», se dijo suavemente, volviendo la palabra de un lado a otro en su mente, para examinarla mejor. Más tarde, en el baile de lo de Cervoni, entre las luces azules y el tiro de las serpentinas, le pareció fácil volver a tener paciencia. Una vez más entraba en un mundo alegre, donde ya no se sentía aislado de la gente: un mundo lleno de amigos donde podía saborear el recuerdo de las largas cabalgatas con Nessim, conversaciones con Amaril o el placer perturbador de bailar con la rubia Clea. Sí, podía tener paciencia aquí, tan cerca. El tiempo, el lugar, las circunstancias... todo era un premio a la paciencia. No veía alzarse ningún presagio en el futuro sin nubes, y hasta el presentimiento de la guerra que se acercaba lentamente era algo que podía compartir públicamente con los otros.

-¿Es verdad que estos bombarderos pueden arrasar capitales enteras? -preguntaba Clea, por lo bajo-. Siempre hemos creído que nuestros inventos reflejan nuestros deseos secretos y que deseamos el fin del hombre de ciudad, ¿no es verdad? ¿Todos nosotros? Pero ¡qué difícil entregar Londres y París! ¿Qué piensa usted?

¿Qué pensaba? Mountolive arrugó las finas cejas y sacudió la cabeza. Estaba pensando en Leila, envuelta en un velo oscuro como una monja, sentada en su polvorienta casa de verano en Karm Abu Girg, entre las espléndidas rosas, con sólo una serpiente por compañía...

Así el verano, sin preocupaciones y sin prisa, marchaba firmemente hacia... agosto y septiembre, y Mountolive encontraba poco que lo asustara profesionalmente en una ciudad tan ansiosa de amistad, tan vulnerable a la menor cortesía, tan experta en divertirse. Día tras día las velas de color aleteaban y holgazaneaban sobre el espejo del puerto, entre las fortalezas de acero, y las mágicas olas blancas se movían con perfecta puntuación sobre playas desiertas, blanqueadas a fuego por los soles africanos. De noche, sentado en un jardín que resplandecía de luciérnagas, escuchaba el sumergido zumbido de las hélices cuando los vapores de Oriente se internaban en las aguas profundas, más allá de la rada, hacia los puertos del otro lado del mundo. En el desierto exploraban oasis de verdor, que los espejismos de agua hacían trémulos e insustanciales como sueños, o bien caminaban por los nudillos de los riscos de piedra arenisca alrededor de la ciudad, sobre caballos que, a pesar de toda su ligereza, cargaban comida y bebida para calmar a sus habladores jinetes.

Visitó Petra y cl extraño delta de coral a lo largo de la costa del mar Rojo, con su fauna pululante de peces tropicales, color arco iris.

En los largos balcones frescos de la residencia veraniega se oían los ecos, noche tras noche, del tintineo del hielo en vasos altos, y el de las trivialidades y lugares comunes, que le resultaban arrobadores en aquel tiempo y aquel lugar, pues armonizaban con una ciudad que no ignoraba oue sólo el placer da valor a la actividad; sobre estos balcones, colgando sobre el azul litoral de la costa histórica, cálidamente alumbrados a vela, florecían estas amistades fragmentarias y tomaban forma en nuevos afectos, cuya sinceridad ya no le hacía sentir que sus nuevos poderes lo separasen de, la gente. Era simpático y pronto podía ser querido. Hasta la morbosa laxitud y licencia espiritual de la ciudad le resultaban deliciosas a quien, seguro de sus ingresos, podía permitirse vivir fuera de ella. Alejandría se le antojaba como un acantonamiento de verano muy deseable, accesible a todo afecto y amante de los extraños, en el sentido griego de la palabra. Pero ¿por qué no había de sentirse en casa?

Los propios alejandrinos eran extranjeros y expatriados para Egipto, el país que existía bajo la luciente superficie de sus sueños, bordeado por los cálidos desiertos y abanicado por la desolación de una fe que renunciaba al placer mundano: el Egipto de los andrajos y las llagas, de la belleza y la desesperación. Alejandría seguía siendo Europa, la capital ele la Europa asiática, si puede haber tal cosa. Nunca podría ser como El Cairo, donde toda la vida tenía un toque egipcio, donde él hablaba ampliamente el árabe. Aquí, el francés, el italiano y cl griego dominaban la escena. El ambiente, los modos sociales, todo era muy diferente y estaba fundido en un molde europeo donde hasta los camellos y las palmeras y los nativos sólo existían como un friso de vivos colores, un fondo escénico para una vida dividida en sus orígenes.

Vino el otoño y sus deberes le llevaron de nuevo a la capital de invierno, aunque intrigado y en realidad un poco afligido por el silencio de Leila; pero de vuelta a los intereses absorbentes de una vida profesional que estaba lejos de serle desagradable. Había documentos que elaborar, informes varios, económico-sociales y militares, que preparar. Su personal había descansado bien, y trabajaba con diligencia y buena voluntad. Hasta Pursewarden daba lo mejor de sí. La enemistad de Errol, que nunca había sido muy honda, estaba bien neutralizada bajo la forma de una tregua a largo plazo. Tenía razones para sentirse contento de sí mismo.

Después, en carnaval, llegó un mensaje donde se decía que Leila había resuelto por fin encontrarse con él.

Pero ambos, se entiende, llevarían el dominó negro corriente en la temporada, la máscara con que se divertían los alejandrinos. Comprendió la ansiedad de Leila. No obstante, estaba encantado y le habló cálidamente a Nessim por teléfono para aceptar la invitación. Proyectaba trasladar toda la cancillería a Alejandría para el carnaval, a fin de que aprovecharan la ocasión con él. Y cuando se mudó, halló la ciudad gozando bajo vivos cielos invernales, azules como un huevo de pájaro, y apenas alcanzados de noche por las heladas del desierto.

Pero allí le esperaba otra decepción; porque cuando, en medio del bullicio del baile de los Cervoni, Justine le tomó la mano y lo guió por el jardín hasta el lugar de la cita, entre los altos setos, lo único que hallaron fue una cartera de seda, sobre una silla de mármol vacía, con una nota garabateada en lápiz labial, que decía: «A último momento me ha faltado coraje. Perdona.»

Trató de ocultar su pesar y derrota a Justine. Esta misma parecía casi incrédula, y repetía:

-Pero vino desde Karm Abu Girg especialmente para esto. No lo comprendo. Ha pasado todo el día con Nesssim

El sintió la simpatía de Justine en la cálida presión de la mano de ella en su codo, cuando volvían, abatidos, del lugar, rozando con impaciencia a las figuras rientes y enmascaradas del jardín.

Al lado del estanque, divisó a Amaril, que estaba sentado, con la capucha quitada, delante de una figura delgada, de disfraz, hablándole en tono bajo, suplicante, y de vez en cuando inclinándose para abrazarla. Una punzada de envidia le hirió, aunque Dios sabe que, en su deseo de ver a Leila, no había nada ya de pasional. Paradójicamente, el propio Egipto no podía cobrar su plena vida para él hasta que hubiera visto a Leila, porque ella representaba algo como una segunda, casi mítica imagen, de la realidad que él experimentaba, expropiaba día tras día. Era como un hombre que busca unir las dos imágenes gemelas en el periscopio de una cámara para enfocar sus lentes. Sin haber pasado por la experiencia de verla de nuevo, sentíase vagamente desamparado, incapaz de confirmar sus propios recuerdos' de este mágico paisaje y verificar plenamente sus últimas impresiones. Pero aceptaba el destino con una calma filosófica. Al fin y al cabo, no había verdadera causa para alarmarse. Paciencia. Quedaba amplio sitio para la paciencia ahora, para esperar que a ella le volviera el coraje.

Además, otras amistades habían madurado ya, para llenar la brecha: amistades con Balthazar, quien iba a menudo a comer y jugar al ajedrez, Amaril, Pierre Balbz, la familia Cervoni. Clea, además, había empezado entonces a hacerle un lento retrato. Su madre le había suplicado que se hiciera un retrato al óleo para ella; ahora podía posar, en el esplendente uniforme que tan bondadosamente le había vendido Sir Louis. El cuadro, pensó, será un regalo sorpresa en Navidad; y le agradaba dejar a Clea juguetear con él, reconstruyendo las proporciones que le desagradaban. Por ella (porque le gustaba hablar cuando trabajaba, a fin de mantener vivo el rostro del retratado) aprendió mucho, durante ese verano, sobre la vida y preocupaciones de los alejandrinos, la fantástica poesía y grotesco drama de la vida, tal como la vivían estos expatriados circunstanciales; cuentos de estos modernos pobladores lacustres, habitantes de los rascacielos de piedra que miraban desde elas ruinas del Faro hacia Europa.

Un cuento de ésos le tocó la imaginación: la historia de amor de Amaril (el elegante y muy querido médico), por quien había llegado a sentir un afecto particular. El propio nombre, en los labios de Clea, revelaba el mismo afecto hacia este hombre desconfiado y gracioso, que con tanta seguridad había jurado que nunca iba a tener la suerte de ser amado por una mujer.

-Pobre Amaril -decía Clea suspirando y sonriendo, mientras pintaba-. ¿Le cuento su historia? Es bastante característica. Ha alegrado a todos sus amigos, porque siempre nos inclinamos a pensar que había dejado demasiado tiempo la cuestión amor, en este mundo. Que había perdido el ómnibus.

-Pero Amaril se va a Inglaterra -dijo Mountolive-. Nos ha pedido el visado. ¿Debo suponer que tiene partido el corazón? ¿Y quién es la Semira? Dígamelo.

-La virtuosa Semira. -Clea volvió a sonreír tiernamente, y haciendo una pausa en su labor, puso un portafolio en las manos de Mountolive. El volvió las páginas.

-Todas narices -dijo con sorpresa, y ella asintió.

-Sí, narices. Amaril me ha tenido ocupada por casi tres meses, trabajando de un lado a otro y coleccionando narices para que ella eligiera; narices de vivos y muertos, narices del Yacht Club, de la Étoile, de frescos del museo, de monedas... Ha sido duro trabajo el reunirlas para un estudio comparativo. Finalmente ha elegido la nariz de un soldado que hay en un fresco de Tebas.

Mountolive estaba intrigado.

-Cuéntame la historia, Clea, por favor.

-¿Me promete quedarse sentado y no moverse?

-Lo prometo.

-Muy bien. Usted ya conoce de sobra a Amaril. Bueno, esta criatura romántica, mimosa, tan fiel amigo y tan buen médico, ha sido nuestra desesperación durante años. Me parecía que nunca, nunca se iba a enamorar. Lo sentíamos por él; usted sabe que, a pesar de la dura superficie, los alejandrinos somos gente sentimental y queremos que nuestros amigos gocen la vida. No es que fuera infortunado -y de vez en cuando tenía amantes-, pero nunca *une amie,* en nuestro sentido especial. Él mismo se lamentaba con frecuencia del hecho, creo que no del todo para provocar piedad o divertirse, sino para tranquilizarse, como diciendo que nada andaba mal, que era simpático y atrayente para la raza de las mujeres. El año último, en carnaval, ocurrió el milagro. Se encontró con un esbelto dominó, con máscara. Se em:moraron locameante; en realidad, fueron más lejos de

lo que acostumbra un amante tan prudente como Amaril. La experiencia lo transformó completamente, pero... la chica desapareció, enmascarada todavía, sin decirle su nombre. Un par de manos blancas y un anillo con piedra amarilla era lo único que conocía de ella... Porque, a pesar de su pasión, se había negado a desenmascararse, de modo que no le había dado ni siquiera un beso, pero sí... otros favores. Cielos, estoy chismorreando. No haga caso.

»Desde entonces, Amaril se puso insoportable. Confieso que el frenesí romántico le sentaba bien, porque es romántico hasta la punta de los dedos. Anduvo todo el año por la ciudad a caza de esas manos; las buscaba dondequiera; suplicaba a sus amigos que lo ayudaran; descuidaba su profesión; se convirtió casi en un objeto de risa. Nos divertía y nos conmovía su aflicción, pero ¿qué podíamos hacer? ¿Cómo rastrearla? Esperó el carnaval de este año, muerto de impaciencia, porque ella había prometido volver al sitio de la cita. Ahora viene lo lindo. Ella reapareció, en efecto, y renovaron sus juramentos de amor; pero esta vez Amaril estaba resuelto a no dejarla escapar... porque le contestaba con evasivas respecto al nombre y dirección. Se puso desesperado y audaz; se negó a separarse de ella, lo que la asustó mucho, en verdad (todo esto me contó él mismo, porque apareció en mi departamento al día siguiente, caminando como un borracho, y con los cabellos erizados, exaltado y un poco asustado).

»La muchacha intentó varias veces escurrirse, pero él se le mantuvo pegado e insistió en llevarla a su casa en uno de esos viejos coches de punto. Ella estaba casi fuera de sí, en verdad, y cuando llegaron al barrio oriental de la ciudad, un poco andrajoso y despoblado, con grandes propiedades abandonadas y jardines decaídos, ella se le escapó. Loco de furor romántico, Amaril persiguió a la ninfa y la alcanzó cuando se estaba escabullendo en ur patio oscuro. En su afán, le tiró un manotón a la capuch, y entonces la criatura; con la cara descubierta al fin, se dejó caer llorando en el umbral de la puerta. Como lo contaba Amaril, causaba un poco de miedo. Allí estaba ella, estremecida por una especie de convulsión y gimiendo, y cubriéndose la cara con las manos. No *tenía nariz.* Durante un momento, Amaril tuvo un susto espantoso, porque es el hombre más supersticioso del mundo y conoce todas las creencias sobre los vampiros que aparecen en carnaval. Pero hizo el signo de la cruz, tocó el diente de ajo que llevaba en el bolsillo, y ella no desapareció. Entonces volvió a primer plano el médico que hay en él, y llevándola al patio (ella estaba medio desmayada de mortificación y de miedo) la examinó de cerca. Me dice que escuchaba su propio cerebro percutiendo posibles diagnósticos con toda claridad y atención, mientras sentía que el corazón le había cesado de latir y se estaba sofocando.

»... En un relámpago revisó las posibles causas de semejante anomalía, repitiéndose con terror palabras como sífilis, lepra, lupus, y volviéndole la carita desfigurada a un lado y a otro. Gritó enojado:

"¿Cómo te llamas?" Y ella tartamudeó: "Semira, la Virtuosa Semira." Él estaba tan enervado que soltó la carcajada.

»Bueno, esto es una rareza. Semira es hija de un padre muy viejo y sordo. Otrora la familia era rica y famosa, bajo los kedives, y descienden de otomanos. Pero la abrumaron los infortunios y la locura progresiva de los hijos, de modo que hoy se ve tan decaída que está prácticamente olvidada. Golpeada por la pobreza, además. El viejo padre, medio loco, encerró a Semira en esa casona, manteniéndola velada casi sien.pre. Vagamente, en sociedad, uno oía cuentos de ella, de una hija que había tomado el velo y pasaba la vida en ora, ion, que nunca había estado fuera de las puertas de la casa, que era una mística, o que era sordomuda y estaba postrada en cama. Pero aunque aún se oía el vago eco de esta Semira la Virtuosa, era, en realidad, completamente desconocida para nosotros y teníamos olvidada a su familia. Ahora bien: parece que en carnaval su curiosidad por el mundo exterior la vencía y se metía en las fiestas con su dominó.

»Pero me olvido de Amaril. El rumor de los pasos había hecho bajar a un viejo sirviente con una vela. Amaril pidió ver al dueño de la casa. Ya había tomado una decisión. El viejo padre dormía en una cama anticuada, de cuatro columnas, en una pieza cubierta de rastros de murciélagos, en lo alto de la casa. Semira, para entonces, estaba prácticamente insensible. Pero Amaril había tomado una gran decisión. Con la vela en una mano y llevando a la pequeña Semira bajo el brazo, anduvo todo el camino hasta la azotea y abrió la puerta del dormitorio de un puntapié. Debió de haber sido una escena extraña y desusada para el anciano, cuando éste se sentó en la cama ¡y Amaril la describe con toda la conmovedora aparatosidad del romántico, hasta derramando lágrimas al contarlo! Está impresionado por la magnificencia de su propia fantasía, me imagino. Diré que, como lo quiero tanto, a mí también se me caían las lágrimas cuando me contó cómo había puesto la vela al lado de la cama, y arrodillándose con Semira dijo: "Quiero casarme con su hija y traerla de nuevo al mundo." El terror e incomprensión del viejo ante esa visita inesperada tardó algún tiempo en desaparecer, y por un rato costó trabajo hacerle entender. Luego comenzó a temblar y preguntarse qué significaba ese fantasma de buen mozo, arrodillado ante su cama, sosteniendo a la hija desqarigada con el brazo y proponiéndole lo imposible con tanto orgullo y pasión.

»"Pero -protestó el viejo-, nadie la querrá porque no tiene nariz". Salió de la cama en un camisón con manchas y caminó, dando la vuelta en torno a Amaril, que permanecía arrodillado, y estudiándolo como un espécimen entomológico. (Cito lo que él dijo.) Después lo tocó con el pie desnudo como para ver si era de carne y hueso, y repetía: "¿Quién es usted para tomar una mujer sin nariz?" Amaril respondió: "Soy un médico de Europa y le voy a ' dar una nueva nariz." Porque la idea, la fantástica idea, había estado aclarándose lentamente en su espíritu. A esas palabras, Semira exhaló un sollozo y volvió la hermosa y horrible cara y Amaril le dijo con voz de trueno: "Semira, ¿quieres ser mi mujer?" Ella apenas pudo articular la res-

puesta y parecía casi tan dudosa como su padre. Amaril se quedó y les habló, convenciéndolos.

»Al día siguiente, cuando volvió, lo recibieron con el mensaje de que no podía ver a Semira y que lo que él proponía era imposible. Pero Amaril no iba a dejarse detener y de nuevo forzó el paso y lo asustó al padre.

»Ésta, pues, es la fantasía que él ha estado viviendo. Pues Semira, tan amante y ansiosa como siempre, no puede volver al mundo hasta que él cumpla su promesa. El le ofreció casarse en seguida, pero el receloso viejo quiere estar seguro de la nariz. ¿Y qué nariz? Primero se llamó a Balthazar y examinaron juntos a Semira, comprobando que el mal no se debía a lepra ni sífilis, sino a una rara forma de lupus, una peculiar tuberculosis de la piel, de tipo raro, que se ha registrado muchas veces en la región de Damietta. La habían dejado sin tratamiento muchos años y al final le hizo caer la nariz. Debo decir que es horrible: una ranura como las agallas de los peces. Porque yo también estuve participando en las deliberaciones de los médicos y he ido regularmente a leerle a Semira en los cuartos oscurecidos donde ha pasado la mayor parte de su vida. Tiene unos maravillosos ojos negros, como una odalisca, y una boca bien formada y un lindo mentón: y después las agallas de pescado. Una injusticia. Y ha costado un siglo convencerla de que la cirugía puede remediar su caso. En esto también Amaril ha sido brillante, interesándola en su restablecimiento, venciendo su repugnancia, permitiéndole elegir la nariz de esa carpeta, discutir todo el asunto con él. Le ha dejado elegir la nariz como quien le da a elegir a su querida un brazalete de Pierantoni. Era lo que debía hacer; porque ahora ella está empezando a vencer la vergüenza, a sentirse casi orgullosa de elegir este don valioso, el rasgo más preciado del rostro de una mujer, que dirige toda mirada y altera todo significado: y sin el que buenos ojos y dientes y cabellos son en verdad inútiles tesoros.

»Pero ahora han caído en otra dificultad, porque la restauración de la nariz requiere técnicas de cirugía muy nuevas todavía; y Amaril, aunque es cirujano, no quiere equivocarse. Usted ve, quiere crear una mujer según su propia fantasía. Trabaja en el proyecto como si toda su vida dependiera de él, como en cierto modo depende.

»La operación tendrá que hacerse en etapas y durará por lo menos un siglo. Les he oído hablar de ella una y otra vez, con tanto detalle que pienso que hasta yo podría hacerla. Primero se corta una tira del cartílago costal, aquí, donde la costilla se une al esternón, y se hace un injerto. Después se corta una solapa triangular de piel, de la frente, y se tira hacia abajo hasta cubrir la nariz -técnica india, según la llama Balthazar-, pero todavía están discutiendo si convendrá más tomar una parte de carne y piel de la parte interior del muslo... Usted se imagina lo fascinador que es todo esto para un pintor y escultor. Pero entretanto Amaril se va a Inglaterra, a perfeccionar la técnica operativa con los mejores maestros. De ahí su pedido de visación. Cuántos meses estará ausente no lo sabemos,

pero sale con todo el aire de un caballero en busca del Santo Grial. Porque se propone concluir él mismo la operación. Entretanto Semira lo va a esperar aquí y yo le he prometido visitarla con frecuencia y mantenerla interesada y entretenida si puedo. No es difícil, porque el mundo real fuera de las cuatro paredes de su casa le suena extraño y cruel y romántico. Aparte de un breve atisbo que ha tenido de él en el carnaval, poco sabe de nuestra vida. Para ella, Alejandría ofrece colores. tan brillantes como un cuento de hadas. Pasará algún tiempo antes de que la vea como realmente es, con sus ásperos contornos limitados, y sus malos moradores, amantes de placer y nada románticos. Pero no se mueva.»

Mountolive pidió disculpas y contestó:

-Lo que usted dijo de «nada romántico» me sobresaltó, porque yo estaba pensando qué romántico le parece todo a un recién venido.

-Amaril es una excepción, querida excepción. Pocos son tan generosos y altruistas como él. En cuanto a Semira, no sé qué le reserva el futuro, fuera del idilio.

Clea suspiró, sonrió y prendió un cigarrillo.

-*Espérons* -dijo, por lo bajo.

VIII

-Cien veces te he pedido que no me uses la navaja -se quejó Pombal- y lo haces de nuevo. Te consta que tengo miedo a la sífilis. ¿Quién sabe qué lugares, cuando uno los corta, empiezan a filtrar?

-*Mon cher collégue* -declaró rígidamente Pursewarden (se estaba afeitando el labio) y con una mueca destinada a expresar dignidad ofendida-, ¿qué pretende usted? ¿Soy un británico, sí o no?

Se detuvo, y marcando el compás con la degolladera de Pombal, declamó solemnemente:

Los británicos que perfeccionaron el coche sin caballos trabajan fuerte ahora en el matrimonio sin sexo. Pronto la única comunión permitida
lo será por acuerdo con el sindicato a que uno pertenece.

-Se te puede infectar la sangre -dijo su amigo entre gruñidos, mientras atendía a una liga rota, mostrando la gorda pantorrilla sobre el bidet-. Al fin y al cabo nunca se puede saber.

-Soy un escritor -contestó Pursewarden con dignidad más honda todavía- y por lo tanto lo sé. No hay sangre en mis venas. Plasma -agregó sombríamente, secándose la punta de la oreja-, eso es lo que lluye en mis venas. De otro modo ¿podría efectuar todo el trabajo que hago? Piénsalo. En el *Spectator* soy Ubicuo*;* en el *New*

Statesman soy Mens Sana. En el *Daily Worker* me firmo Corpore Sano. Soy también Paralysis Agitans en *The Thimes* y Ejaculatio Praecox en *New Verse. Soy...* -Pero aquí le falló la inventiva.

-Trabajar, nunca te veo -contestó Pombal.

-Trabajando poco, gano menos. Si mi trabajo me diese más de cien libras por año no podría refugiarme en ser incomprendido.

Emitió un sollozo ahogado.

-*Compris.* Estuviste bebiendo. Vi la botella en la mesa del vestíbulo, cuando entré. ¿Por qué tan temprano?

-Quería serte completamente franco al respecto. Es vino tuyo, al fin y al cabo. No quería ocultar nada. He bebido un dedalito, más o menos.

-¿Celebrando algo?

-Sí, que esta noche, mi querido Georges, voy a hacer algo más bien indigno de mí mismo. He despachado a un peligroso enemigo y mejorado mucho mi propia posición. En nuestro servicio esto sería visto como algo para graznar de contento. Me daré una comida de autofelicitación.

-¿Y quién pagará?

-Yo pediré y yo pagaré.

-Eso no es muy bueno.

Pursewarden hizo una cara de impaciencia en el espejo.

-Al contrario -replicó-. Una noche tranquila es lo que más necesito. Compondré unos cuantos fragmentos de mi autobiografía, sobre las buenas ostras de Diamandaki.

-¿Qué título tiene?

-«Buscando por la espesura». Las palabras iniciales son: «Me encontré con Henry lames por primera vez en un prostíbulo de Argel. Tenía una hurí desnuda en cada rodilla.

-Henry James sería un gatito, supongo. Pursewarden abrió al máximo el grifo de la ducha y se metió bajo ella gritando.

-¡Basta de crítica literaria de los franceses, por favor!

Pombal aventuró un peine en su negro cabello, con laboriosa impaciencia, y después consultó el reloj. -*Merde!* -exclamó-. Voy a quedarme retardado. Pursewarden dio un grito de alegría. Los dos se

metían libremente el uno en el idioma del otro, regocijándose como escolares de los errores que saltaban en su conversación. Cada equivocación se recibía con un alarido y se transformaba en grito de guerra. Pursewarden saltaba de contento y gritaba por encima del ruido del agua. -¿Por qué no quedarse y gozar una pequeña *emisión nocturna* en cabello corto? -(Pombal había descrito así una transmisión de radio, el día antes, y Pursewarden no permitía que la olvidase.) Puso una cara redonda para expresar fingido enojo.

-Yo no dije eso.

-Por el diablo, que lo dijiste.

-Yo no dije «cabello corto», sino «ondas cortas», o sea *des ondes courtes.*

-Igualmente espantoso. Ustedes, gente del Quai d'Orsay, me escandalizan. Mi francés podrá no ser perfecto, pero nunca ha hecho una...

-Si empiezo con tus errores... ija, ja!

Pursewarden bailaba de un lado a otro en el cuarto de baño gritando «emisiones nocturnas en cabello corto». Pombal le tiró una toalla arrollada y saltó del cuarto de baño antes de que le pudiera replicar debidamente.

Siguieron su injuriosa conversación mientras el francés hacía otros ajustes a su vestimenta en el espejo del dormitorio.

-¿Quieres ir más tarde al Etoile para ver el espectáculo en el piso bajo?

-Ya lo creo que iré -contestó Pursewarden-. Bailaré un Fox Macabre con la amiga de Darley o Sveva. Varios Fox Macabre, en realidad. Después, como un explorador que se ha quedado sin provisiones, puramente por buscar el calor corporal, elegiré alguna y la llevaré al Monte del Buitre. Para afilarme allí las garras en su carne.

Hizo lo que para él era el ruido de un buitre comiendo carne: un graznar suave, de garganta. Pombal se estremeció.

-Monstruo -le dijo-. Me voy. Adiós.

-Adiós. *Toujours la maladresse!*

-Toujours.

Era el grito de guerra para ellos.

Solo, Pursewarden silbó suavemente mientras se secaba en la desgarrada toalla de baño y concluía su aseo. Las irregularidades del

sistema de agua en el hotel del Monte del Buitre solían hacerle cruzar la plaza, al departamento de Pombal, buscando un baño cómodo y una buena afeitada. De tiempo en tiempo, cuando Pombal se iba de licencia, alquilaba el departamento y lo compartía, un poco intranquilamente, con Darley, que llevaba una vida furtiva propia, en el otro extremo. Era bueno, de cuando en cuando, escapar de la soledad de su hotel y del vasto montón de papel confuso que se estaba formando alrededor de su próxima novela. Escapar... siempre escapar... El deseo de un escritor de estar solo consigo mismo -el escritor, el más solitario de los animales humanos-. «Cito yo mismo al gran Pursewarden», le dijo a su imagen reflejada en el espejo mientras luchaba con su corbata. Esta noche comería tranquilo, regalándose ¡solo! Había rehusado amablemente una interesante invitación a comer, de Errol, que -bien lo sabía- iba a envolverle en una de esas noches torpes, inquietantes, gastadas en jugar imbéciles juegos o bridge,

-Dios mío -había dicho Pombal-. ¡Los métodos de tus compatriotas para pasar el tiempo! ¡Esos salones que llenan con su sentido de culpabilidad! Donde expresar una sola idea es parar en seco una comida y provocar un momento *embarazoso,* un *silencio...* Hago lo posible, pero siempre me doy cuenta de que he metido la pata. Así, automáticamente, al día siguiente mando flores a la dueña de casa... ¡Qué nación son ustedes! ¡Cuán desconcertante para nosotros los franceses esa tan *repelente* manera de vivir!

¡Pobre David Mountolive! Pursewarden pensaba en él con afecto y compasión. ¡Qué precio ha de pagar el diplomático de carrera por los frutos del poder! Sus sueños han de lavarse siempre con los recuerdos de las fatuidades soportadas... soportadas a propósito, para beneficio de lo que es más sagrado en la profesión: el deseo de agradar, la determinación de cautivar, para influir. ¡Bueno! Hace falta toda clase de gentes para hacer un mundo.

Peinándose hacia atrás el cabello, se encontró pensando en Maskelyne que en ese momento debería estar sentado en el expreso a Terusalén, sacudiéndose rígidamente, de un modo que resultaba sedante, a través de las dunas de arena y los naranjales, chupando una larga pipa, en un vagón caldeado; exteriormente atormentado por las moscas, e interiormente por el orgullo corporativo de una tradición que moría... ¿Por qué dejarla morir? Maskelyne, lleno del fracaso, de la ignominia de un puesto nuevo, que llevaba consigo un ascenso. La embestida final y cruel. (Esta idea le dio un poco de remordimiento, porque no menospreciaba el carácter de aquel militar que no pensaba en sí mismo.) Estrecho, ácido, desecado como ser humano, y sin embargo el escritor, de algún modo, lo apreciaba, aunque el hombre lo condenara. (A decir verdad, había tomado largas notas de él, hecho que habría sorprendido a Maskelyne de haberlo sabido.) Su modo de sostener la pipa, de llevar la nariz en alto, su reserva... Era, sencillamente, que quizá querría utilizarlo algún día. «¿Será que los seres humanos reales se están convirtiendo simplemente en humores extendidos, capaces de uso, y

que esto los aísla un poco de nosotros? Sí, porque la observación tiende un campo en torno a la persona u objeto observados. Sí. Hace más difícil la respuesta incondicional. el responder a los comunes lazos, afectos, amor, etc. Pero éste no es solamente problema del escritor: es cl problema de todos. Crecer significa separarse, en beneficio de tina misión mejor y más lúcida... ¡Bah!» Pudo consolarse contra esta furtiva simpatía con Maskelyne recordando algunas de sus estupideces. ¡Su arrogancia! «Mi querido amigo: cuando usted haya estado en esto tanto tiempo como yo, tendrá usted intuición. Podrá ver las cosas a una milla de dis tancia.» La idea de que alguien como Maskelyne llegara a tener intuición era encantadora. Pursewarden cacareó una larga risa y tomó la chaqueta.

Bajó rápidamente por la escalera a la calle polvorienta, contando su dinero y sonriendo. Era la mejor hora del día en Alejandría: las calles tomando lentamente el color azul metálico del papel carbónico, pero todavía despidiendo el calor del sol. No todas las luces estaban prendidas en la ciudad, y grandes paquetes malva, de oscuridad, se trasladaban, aquí y allí, borroneando los contornos de todas las cosas, volviendo a pintar en humo los duros perfiles de los edificios y los seres humanos. Cafés adormecidos despertaban al son de los bandolines, que se ahogaban en el chillido de los recalentados neumáticos sobre el macadán alquitranado de las calles, ahora repletas de vida, con figuras vestidas de blanco y los puntos escarlata de los *tarbushes.* Los huecos de las ventanas le enviaban un penetrante olor de tierra húmeda y orina. Las grandes limusinas se remontaban desde la Bolsa, con suaves bocinazos gimientes, como pulidas bandadas de. gansos. Estar semicegado por la oscuridad malva, moverse con ligereza, pacíficamente, rozando hombros con la multitud, en ese aire seco, fortificante... Estos eran los raros momentos de dicha con que tropezaba por casualidad, por accidente. Los pavimentos retenían aún el calor, como las sandías cuando uno las corta al oscurecer; un calor húmedo que lentamente se filtraba por las suelas finas de los zapatos. Los vientos marinos entraban para envolver la ciudad alta con su húmeda frescura, pero aún no se sentían sino espasmódicamente. Uno avanzaba a través del aire seco, henchido de electricidad (el raspado del peine en su cabello) como quien nada en un tibio mar estival, lleno de corrientes frías que se deslizaban subrepticiamente. Caminó lentamente hacia Baudrot, a través de pequeños remiendos de olor, aislados -el perfume despedido por una mujer que pasa o el aroma de jazmines desde un zaguán oscuro- sabiendo que el húmedo aire marino pronto iba a borrarlos. Era el momento perfecto para un *apéritif* a media luz.

En los largos balcones exteriores de madera, adornados por filas de macetas que exhalaban el perfume crepuscular de la tierra regada, se apretaban ya unos seres humanos, que la luz semidiluía en caricaturas fugitivas de gestos. Los toldos de colores temblaban levemente sobre los velos azules que se deslizaban inquietamente en los pasajes de creciente oscuridad, como los nervios de los propios amantes que rondaban por allí, ocupados con sus citas, con gestos que chispeaban como mariposas llenas de las promesas nocturnas de Alejandría. Pronto la niebla se desvanecería y las luces lanzarían fulgores sobre la vajilla y los blancos

manteles, los aros y las alhajas resplandecientes, sobre bruñidas cabezas aceitadas cuya oscuridad hacía brillantes las sonrisas, pieles morenas azotadas por dientes blancos. Después los automóviles volverían a deslizarse bajando de la ciudad alta, con su elegante y precaria carga de gente que va a comer y a bailar...

Era el mejor momento del día. Sentado allí, con la espalda contra un enrejado de madera, podía mirar adormecidamente la calle abierta, sin que lo reconocieran ni lo saludaran. Hasta las figuras de la mesa inmediata eran irreconocibles, mero bosquejo de seres humanos. Sus voces le llegaban perezosamente en la penumbra, las crepusculares voces, veladas de malva, de los alejandrinos, que recitaban cotizaciones de ganado o los perezosos versos de poemas de amor árabes... ¿quién sabe?'

¡Qué bien caía el Dubonnet, con una *zeste de citron,* trayendo su concreto recuerdo de una Europa abandonada hacía tiempo, pero que aún vivía, inolvidada, bajo la superficie de aquella existencia insustancial en la andrajosa ciudad de Alejandro! Probándolo, pensaba envidiosamente en Pombal, en la granja de Normandía, adonde su amigo esperaba volver un día con el corazón alegre. ¡Qué maravilloso sería sentir las mismas seguras relaciones con su patria, la misma certeza de regresar! Pero se le hacía un nudo en la garganta al pensarlo; y al mismo tiempo sentía el dolor y el pesar de que fuera así. (Ella dijo: «He leído los libros tan despacio -no porque no pueda leer ligero todavía en Braille sino porque quería rendirme al poder de cada palabra, aun de las crueldades y debilida. des, para llegar al grano del pensamiento.») ¡El grano! La frase le sonaba en el oído como el zumbido de una bala , que pasa demasiado cerca. La veía... la blancura marmórea de una diosa marina en la cara, el cabello peinado hacia atrás sobre los hombros, mirando a través del parque donde las muertas hojas y ramas de otoño ardían y humeaban; una medusa entre las nieves, vestida con su viejo chal escocés. Los ciegos pasaban todo el día en esa sombría biblioteca subterránea, con sus charcos de sombra y luz, moviéndose sus dedos como hormigas a través de las superficies perforadas de libros grabados para ellos por una máquina («Tanto que yo quería entender, pero no podía.»). ¡Bueno, aquí es donde uno empieza a sudar frío, donde uno se vuelve a través de trescientos sesenta grados, una tierra humana, para ocultar la cara en la almohada, o gimiendo! (Las luces estaban viniendo ahora, los velos se corrían hacia arriba, hacia la noche, evaporándose. La cara de los seres humanos...) Los miraba intensamente, casi con lujuria, como para sorprenderles las más íntimas intenciones, qué propósitos los habían llevado allí, ociosos como luciérnagas.

Entraban en los bares de luz amarilla y salían, un dedo chispeante de anillos, una oreja relampagueante, un diente de oro colocado firmemente en medio de una sonrisa amorosa:

-Mozo, *kam wahed,* otro, por favor.

Y las ideas semiformuladas empezaban a flotarle de nuevo en la mente (inocente, depurada por la oscuridad y el alcohol); ideas que más tarde podría vestir, disfrazar de versos... Visitantes de otras vidas.

Sí, haría otro año... otro año entero, simplemente, por afecto a Mountolive. Lo haría bien, inclusive. Luego un traslado... pero apartaba la mente, porque podría resultar en un desastre. ¿Ceilán? ¿Santos? Algo en este Egipto, con sus ardientes espacios sin aire y sus irrealizadas vastedades... los grotescos monumentos de granito a los faraones muertos, las tumbas que se convertían en ciudades: algo en todo esto lo sofocaba. No era sitio para el recuerdo, y la estridente y sumaria realidad del mundo cotidiano era algo más de lo que puede soportar un ser humano. Llagas abiertas, sexo, perfumes y dinero... Estaban voceando los diarios vespertinos en una sopa de idiomas hondamente emocionante: griego, árabe, francés, eran los ingredientes básicos. Los muchachos corrían aullando por las avenidas, como los alados mensajeros del mundo subterráneo, proclamando... ¿la caída de Bizancio? Sus túnicas blancas estaban recogidas hasta las rodillas. Gritaban quejosamente, como muertos de hambre. Se inclinó desde su pórtico de madera y compró un diario de la tarde para acompañar su comida solitaria. Leer mientras comía era otro regalo que no podía negarse a sí mismo.

Después caminó despacio entre las arcadas y a lo largo de la calle de los cafés, pasando una mezquita malva (flotante en el cielo), una bibioteca, un templo (en una reja: «Aquí yació un tiempo el cuerpo del gran Alejandro»); y así descendiendo las largas pendientes curvas de la calle que llevaban a la costa del mar. Las corrientes frescas asomaban todavía por allí, tentando las mejillas.

De repente chocó con una figura vestida de impermeable y reconoció tardíamente a Darley. Cambiaron confusas bromas, entorpecidas por un mutuo embarazo. La cortesía los pegó uno a otro, por decirlo así, los pegó a la calle como si ésta se hubiera convertido en papel matamoscas. Al fin Darley consiguió soltarse y volver a bajar la calle diciendo:

-Bueno, no lo voy a demorar. Yo mismo estoy muerto de cansancio. Me voy a casa a bañarme.

Pursewarden permaneció quieto un momento, mirándolo, muy desconcertado por su propia confusión y herido por el recuerdo de las húmedas toallas que había dejado tiradas en el cuarto de baño de Pombal y por el borde de grisáceo jabón de afeitar en el lavatorio... ¡Pobre Darley! Pero, ¿cómo era que, queriendo y respetando al hombre, no podía sentirse cómodo en su presencia? En seguida adoptaba un tono cordial, poco natural en él, sólo por nerviosidad. Esto debería resultar grosero y despectivo. El vivo tono cordial de un médico de campo que tranquiliza a un paciente... ¡Caramba! Alguna vez tendría que llevarlo al hotel a tomar una copa solitaria y tratar de conocerio un poco. Y sin embargo, varias veces había intentado conocerlo en esas caminatas de invierno. Racionalizó su desagrado diciéndose:

-Pero al pobre bastardo aún le interesa la *literatura.* Le volvió el buen humor cuando llegó a la pequeña hostería de ostras griegas, al lado del mar, cuyas paredes estaban cubiertas de toneles y barriles de todos los tamaños y de cuyas cocinas venían grandes bocanadas de humo y el olor de los boquerones y pulpos que freían en aceite de oliva. Allí se sentó, entre los andrajosos boteros y tripulantes de goletas del Levante, para comer sus ostras y sumergirse en el diario, mientras la noche empezaba a componerse cómodamente alrededor de él, sin que lo molestaran el pensamiento ni las exigencias de una conversación, con sus inicuas trivialidades cotidianas. Más tarde podría llevar de nuevo sus ideas al libro que trataba de concluir tan lenta, penosamente, y en los momentos duramente robados a una hueca vida profesional, robados hasta a las circunstancias que él construía en torno a sí mismo por obra de la pereza y del instinto gregario. («¿Gusta de una copa?» - «Disculpe si acepto.» ¡Cuántas tardes perdidas así!)

¿Y los diarios? Se detenía principalmente en los *Faits Divers,* esas pequeñas anomalías de la conducta humana que reflejan el verdadero estado del hombre, que sigue viviendo detrás de las abstracciones más verbosas, clamando por lo cómico y lo milagroso en vidas que la autoridad de la pelada razón ha insensibilizado.

Al lado de un título a toda página, que al otro día tendría que interpretar en un despacho cifrado para Mountolive -UNIÓN ÁRABE APELA DE NUEVO- podía encontrar las duraderas flaquezas humanas en GRAN JEFE RELIGIOSO ATRAPADO EN EL ASCENSOR O UN LUNÁTICO HACE SALTAR LA BANCA DE MONTECARLO, que reflejaban la macabra sinrazón del destino y las circunstancias.

Después, bajo la influencia del excelente menú del *Coin de France,* empezó a fumarse su noche con más gusto aun, como una pipa de opio. El mundo íntimo, con sus tensiones, devanaba sus ovillos dentro de él: haciéndolos fluir afuera y alejarse en líneas de pensamiento que temblequeaban intermitentemente en su conciencia, como un alfabeto morse. Como si se hubiera convertido en un verdadero aparato receptor... ¡en estos, raros momentos de buen dictado!

A las diez anotó al dorso de una carta de su Banco unas cuantas frases gnómicas que pertenecían a su libro, como «Diez. Ningún ataque del hipogrifo esta semana. ¿Algunos discursos para Old Parr?» Y después, -debajo, inarticuladamente, palabras que, condensándose ahora en la mente como rocío, podrían más tarde pulirse y reformarse en el montaje de las acciones de sus personajes.

a) A cada avance de lo conocido a lo desconocido, aumenta el misterio.
b) Aquí estoy, caminando en dos piernas con un nombre: toda la historia intelectual de Europa, de Rabelais a Sade.
c) El hombre será feliz cuando sus dioses se perfeccionen.
d) Aun el santo muere con todas sus imperfecciones en la cabeza.
e) Alguien que pudiera estar por encima del reproche divino y del humano desprecio.
f) Poseer un corazón humano: enfermedad sin remedio.

g) Todos los grandes libros son excursiones en la piedad.
h) El amarillo sueño del mijo es el modo de ser de todos.

Más tarde estos pensamientos oraculares serían cepillados suavemente dentro del carácter de Old Parr, del sensualista Tiresias de su novela, aunque, al brotar así, al azar, no podía saberse en qué orden aparecerían finalmente.

Bostezó. Sentíase agradablemente achispado después del segundo Armagnac.

Fuera de los toldos grises, la ciudad había asumido nuevamente la verdadera pigmentación de la noche. Negras caras se fundían ahora en la oscuridad; uno veía trajes vacíos al parecer, que iban caminando, como en El *hombre invisible.* Rojas cajas de píldoras montadas sobre rostros cancelados, la oscuridad de la oscuridad. Silbando bajito, pagó la cuenta y descendió, a paso ligero hacia la Cornisa, hasta el punto en que ardía y saludaba la gran burbuja del Etoile en la esquina de una estrecha calle: se sumergió en la escalera, angosta como un cuello de botella, para emerger en ten sofocado salón de baile, semicegado va por la luz fuerte como la de una carnicería, y haciendo una pausa tan sólo para permitir que Zoltan se llevara su impermeable al guardarropa. Por una vez no le molestaba el temor de sus copas no pagadas, porque había sacado un anticipo sustancial de su nuevo sueldo.

-Hay dos chicas nuevas -le dijo el pequeño mozo, con voz ronca, al oído-. Las dos de Hungría. Se lamió los labios y sonrió. Parecía como si lo hubieran frito lentamente en aceite de oliva hasta darle un opulento color pardo oscuro.

El local estaba repleto, y el espectáculo casi terminado. No se veían caras conocidas, gracias a Dios. Las luces se apagaron, se volvieron azules, negras... y después, con un estremecimiento de panderetas y el redoble de los tambpres, se lanzó a la última artista dentro de una mancha de plata, enceguedora. Los cequíes se le prendieron fuego cuando ella se volvía, ardiendo como un barco vikingo, para alejarse con ruido de cascabeles por el perfumado corredor hacia los camarines.

Raras veces había hablado a Melissa desde su entrevista inicial, meses antes, y las visitas que ella hacía al piso de Pombal rara vez o nunca epincidían con las de el. Darley también se mostraba penosamente reservado, tal vez por celos, o vergüenza, ¿quién sabe? Se sonreían y saludaban en la calle cuando se cruzaban, y nada más. La miró reflexivamente ahora, mientras bebía un par de whiskies, y lentamente sintió que las luces empezaban a brillar más dentro de él, que sus pies hacían eco al sordo golpe azucarado de la jazz negra. Le gustaba bailar, le gustaba el cómodo sacudimiento del compás de cuatro tiempos, el ritmo que empapaba el suelo bajo los pies. ¿Bailaría? llevando a Melissa en Pero bailaba demasiado bien, y sus brazos apenas se preocupó de hacer algo más que moverse suave y

levemente por el piso, tarareando la tonada de f *amais de la vie.* Ella le sonreía y parecía contenta de ver una cara familiar del mundo exterior. Pursewarden sentía la estrecha mano, con la delgada muñeca, apoyada en su hombro, y los dedos que le tomaban la chaqueta como la garra de un gorrión.

-Estás *en forme* -dijo ella.

-Estoy *en forme* -contestó él.

Cambiaban bromas sin sentido, adecuadas al momento y lugar. A Pursewarden le interesaba y atraía el execrable francés que hablaba Melissa. Más tarde ella fue a su mesa, y el le sirvió un par de *coupes de champagne,* el gasto reglamentario que imponía la casa por conversaciones privadas. Ella estaba de servicio esa noche, y cada baile le costaba una suma al bailador; por lo tanto, este interludio le ganaba la gratitud de la joven, porque ya le dolían los pies. Melissa hablaba gravemente, con la barbilla en la mano; y mirándola, él la encontraba bastante hermosa, en un estilo descolorido. Ojos buenos, tímidos, ¿que recordaban quizá los choques que obtiene de la vida una excesiva honestidad? Pero parecía enferma, y evidentemente lo estaba. Él se tragó las palabras: «El suave florecimiento de la tisis.» El whisky le había mejorado el gruñón mal humor y sus pocos chistes recibían el premio de urea risa no forzada que, para sorpresa suya, le resultaba encantadora. Comenzó a comprender vagamente lo que debía ver en ella Darley: la atracción *gamine* de la ciudad, de la esbeltez y pulcritud: la rápida reacción del árabe, del árabe de la calle ante un mundo duro. Bailando de nuevo, le dijo, con ironía de borracho:

-Melissa, *comment vous défendez-voces contre la solitude?*

La respuesta, por alguna razón curiosa, le penetró hasta el corazón. Ella le echó una mirada con toda la sinceridad de la experiencia y contestó suavemente: *Monsieur, je suis devenue la solitude meme:*

En la melancolía de aquel rostro sonriente no había piedad hacia sí misma.

Melissa hizo un pequeño ademán, como señalando todo un mundo, y agregó:

-Mira.

Las andrajosas voluntades y ansias de los clientes del Etoile, vestidas en forma corpórea, se extendían. alrededor, en aquel sótano sin aire.

Comprendió y se sintió con ganas de disculparse por no haberla tratado nunca en serio. Estaba furioso por su propia complacencia.

De golpe oprimió su mejilla contra la de ella, afectuosamente, como un hermano. Ella era completamente *natural.*

Una barrera humana se disolvió de pronto y descubrieron que podían hablarse francamente, como viejos amigos. Al consumirse la noche, Pursewarden observó que estaba bailando cada vez más con ella. Parecía gustarle a la muchacha, aunque en la pista de baile él danzaba ya en silencio, abandonado y contento. No hacía gestos de intimidad, pero en cierto modo se sentía aceptado por ella. Después, a eso de la medianoche, un gordo y pródigo banquero sirio llegó y empezó a competir seriamente con él, solicitando la compañía de Melissa. Con gran fastidio, Pursewarden sintió que su ansiedad aumentaba y se le transformaba casi en celos de propietario. Juró entre dientes. Pero se mudó a una mesa más próxima a la pista, para poder reclamarla mejor en cuanto empezara la música. La propia Melissa parecía ignorar esta fiera rivalidad. Estaba cansada. Al final, él le preguntó:

-¿Qué vas a hacer cuando salgas de aquí? ¿Vas a lo de Darley esta noche?

Ella sonrió al oír el nombre y meneó la cabeza, con cansancio.

-Necesito algún dinero para... No importa para qué -expresó suavemente, y de pronto estalló, como si temiese que no la creyesen sincera-: Para. mi abrigo de invierno. ¡Tenemos tan poco dinero! En este oficio una tiene que vestirse, ¿comprendes?

-¿Pero no con ese horrible sirio? -preguntó Pursewarden.

¡Dinero! Pensó en él con angustia. Ella lo miró con aire de divertida resignación. Dijo en voz baja, pero sin énfasis, sin vergüenza:

-Me ha ofrecido quinientas piastras para ir a su casa. Ahora le digo que no, pero más tarde... creo que tendré que ir.

Se encogió de hombros.

Pursewarden pronunció unas palabrotas en voz baja.

-No. Vente conmigo. Te daré mil si las necesitas.

A Melissa se le agrandaron los ojos al oír esa suma. El se la imaginó contándola, moneda por moneda, con los dedos, como si fuera en un ábaco, distribuyéndola en comida, alquiler y ropa.

-Lo digo en serio -agregó enérgicamente. Y casi en seguida-: ¿Darley sabe?

-Oh; sí -contestó ella, despacio-. ¿Sabes?, es tan bueno. Ntiestra vida es una lucha, pero él me conoce. Confía en mí. Nunca pide

detalles. Sabe que un día, cuando tengamos dinero bastante para irnos, yo voy a concluir con esto. No tiene importancia para nosotros.

Sonaba de un modo curioso, como una espantosa blasfemia en boca de un chico. Pursewarden se rió:

Vente ahora -exclamó. Se moría, repentinamente, por poseerla y aniquilarla con los repugnantes besos de la falsa compasión.

-Ven ahora, Melissa, querida -agregó, pero ella dio un respingo y empalideció al oírlo y él comprendió que había cometido un error porque toda transacción sexual debía hacerse estrictamente fuera de los límites del afecto personal que ella le tenía a Darley. Se sintió asqueado de sí mismo y sin embargo incapaz de obrar de otro modo-. Voy a decirte una cosa -manifestó-. Le voy a dar a Darley un montón de dinero más tarde, este mes, lo bastante para que te lleve…

Ella no parecía escuchar.

-Me pongo el abrigo -dijo con vocecita maquinal y te aguardo fuera, en el vestíbulo.

Se fue a arreglarse con el gerente, y Pursewarden la esperó con una impaciencia agónica. Había dado con el modo perfecto de curar esos tirones de una conciencia puritana que lo acechaban debajo de la aparente despreocupación de una vida amoral.

Varias semanas antes, por intermedio de Nessim, había recibido una breve nota de Leila, escrita con letra exquisita, que decía así:

«Estimado Sr. Pursewarden:

»Le escribo para pedirle que me haga un servicio poco usual. Un tío favorito se me ha muerto. Era un gran enamorado de Inglaterra y del idioma inglés, que conocía casi mejor que el suyo. En su testamento dejó instrucciones para que le pusieran un epitafio en la tumba, en prosa y en verso, y si posible fuera, original. Ansío honrar su memoria de este modo, el más adecuado, y ejecutar sus últimos deseos, y por eso le escribo para decirle si podría usted encargarse de ello, cosa fácil para los poetas en la antigua China, pero poco común hoy. Me alegraré de asignarle la suma de quinientas libras esterlinas por ese trabajo. »

El epitafio se había entregado debidamente y el dinero depositado en su banco, pero con gran sorpresa se sintió incapaz de tocarlo. Alguna extraña supertición lo dominaba. Nunca había escrito poesía por encargo hasta entonces y menos un epitafio. Olió algo de mala suerte en suma tan grande. Allí se había quedado, en el banco, intacta. Ahora, súbitamente, se le ocurrió que tenía que dársela a

Darley. Entre otras cosas, ello le haría expiar su habitual menosprecio por sus cualidades, su torpe timidez.

Ella volvió al hotel caminando con él, arrimada a su muslo, como la vaina de una espada: la manera profesional de caminar en una mujer de la calle. Apenas hablaban. Las calles estaban vacías.

El viejo ascensor sucio, con los asientos festoneados de polvoriento cordoncillo pardo, y los espejos con cortinas de encaje casi deshechas, los llevó, con lentos tirones, hasta una oscuridad de telarañas. Pursewarden pensó de pronto que iba a caer por la trampa de la horca, con los pies adelante, los brazos agarrados por brazos, los labios por labios hasta sentir que el dogal le apretaba la garganta y las estrellas estallaban detrás de los globos de los ojos. Desahogo, olvido, ¿qué otra cosa busca uno en el cuerpo de una mujer desconocida?

Delante de la puerta la besó lenta y deliberadamente, oprimiendo el cono blando de sus labios fruncidos hasta que se encontraron los dientes con un ligero clic y un chirrido. Ella ni respondía ni se sustraía, presentándole la carita sin expresión (sin vista en la tiniebla) como una ventana de vidrio escarchado. No había excitación en ella. Sólo un profundo y consumidor cansancio del mundo. Tenía las manos frías. Él se las tomó en las suyas y sintió melancolía. ¿Lo iban a dejar nuevamente a solas consigo? En seguida se refugió en una cómica ebriedad que bien sabía él cómo simular y que erigiría un andamiaje de palabras sobre la realidad, para desordenarla y destemplarla.

-*Viens, viens!* -exclamó vivamente, volviendo casi a la falsa payasería que asumía con Darley y empezando a sentirse otra vez bastante ebrio, de veras-. *Le maltre vous invite.*

Sin sonreír, confiada como un cordero, Melissa cruzó el umbral entrando en la pieza, mirando a su alrededor. Él buscó a tientas la lámpara de la cama. No andaba. Prendió una vela que había en un platillo en la mesa de luz y volvióse hacia ella con las negras sombras bailándole en las ventanas de la nariz y en las órbitas de los oios. Se miraron uno a otro mientras él mantenía una furiosa charla mercenaria para ocultar su intranquilidad. Después se detuvo, viéndola demasiado fatigada para sonreír. Entonces, todavía sin hablar ni sonreír, Melissa empezó a desvestirse, prenda por prenda, dejándolas caer a su alrededor. sobre la raída alfombra.

Durante largo tiempo permaneció tendido sin hacer nada, explorando el delgado cuerpo de costillas oblicuas (estructura de helechos) y los pequeños senos, inmaturos pero firmes. Inquieta por su silencio, ella suspiró y dijo algo inaudible.

-*Laissez. Laissez parler les doigts... comme fa* -*cu*chicheó él para hacerla callar.

Le habría gustado decir alguna palabra sencilla y concreta. En el silencio sintió que ella empezaba a luchar contra la sensual oscuridad y los crecientes poderes del deseo de él, esforzándose por confinar sus sentimientos, por mantenerlos aparte, entre las meras transacciones de la existencia. «Un compartimiento separado -pensó él-, ¿está marcado con el nombre de Muerte?» Estaba resuelto a explorar las debilidades de ella, la ternura que sentía subir y bajar en aquellas venas, pero su propia fuerza moral disminuía de pronto y borbotaba. Palideció, quedando con los ojos brillantes y febriles vueltos hacia el techo ruinoso, mirando hacia atrás en el tiempo. Un reloj tocó roncamente en alguna parte y el sonido de las horas despertó a Melissa, alejando su laxitud y reemplazándola de nuevo por ansiedad, por un deseo de concluir, de ser vertida de nuevo al sueño contra el que luchaba.

Jugaban uno con otro fingiendo una pasión ocasional que se burlaba de sus propios orígenes y no podía encenderse ni extinguirse. (Puedes quedarte con los labios abiertos, las piernas abiertas, por eternidades innumerables, diciéndote que es algo que has olvidado, que lo tienes en la punta de la lengua, en el borde de la mente. En toda tu vida no podrás recordar qué es, el nombre, la ciudad, el día, la hora... la memoria biológica falla.) Ella resolló levemente, como si estuviera llorando, sosteniéndolo con aquellos dedos pálidos, cuidadosos, tiernamente, como se podría sostener un pichón caído del nido. Expresiones de duda y ansiedad pasaban por su rostro, como si ella también fuera culpable de la falla de la corriente, de la rota comunicación. Después gimoteó... y él se dio cuenta de que pensaba en el dinero. ¡Suma tan grande! Su imprevisión nunca iba a repetirla otro hombre. Y ahora su cruda solicitud, su rudeza, empezó a enojarlo.

-Chéri.

Sus abrazos eran como la seca conjunción de maniquíes de cera, de figuras modeladas en *gesso* para alguna tumba clásica. Las manos de ella se movían ahora acariciándolo desanimadamente, sobre la bóveda de barril de sus costillas, sus riñones, su garganta, su mejilla; los dedos apretaban aquí y allí en la oscuridad, dedos de ciego que buscan un panel secreto en una pared, una llave olvidada que girase e iluminara otro mundo, fuera del tiempo. Inútil, parecía. Melissa miró violentamente a su alrededor. Estaban tendidos bajo una ventana de pesadilla, llena de luz de mar, donde sólo se movía una cortina, suavemente, como vela de barco, recordándole a Melissa la cama de Darley. En el cuarto había un olor de rancio incienso chino, de manuscritos en descomposición y de manzanas que él comía trabajando. Las sábanas estaban sucias.

Como de costumbre, en un nivel muy por debajo de las sensaciones de autorrepugnancia o humillación, estaba escribiendo rápida y fácilmente, sin tropiezos, en su clara mente. Tantos años

hacía ya que se dedicaba a escribir interiormente su vida, que vivir y escribir eran para él algo simultáneo. Trasladaba el instante, en cuerpo, al papel, tal como lo vivía, caliente como salido del horno, desnudo y a la vista...

-Ahora -dijo ella enojada, resuelta a no perder las '' piastras que en su imaginación ya se había gastado y ya debía también-, ahora te voy a hacer *La Veuve.*

Y él contuvo el aliento con un estremecimiento de exultación literaria al oír de nuevo esta maravillosa expresión de *argot,* tomada del viejo sobrenombre de la guillotina, con su espantosa sugestión de dientes reflejada en la oculta metáfora del complejo de castración. *La Veuve!* Los mares del amor, infestados de tiburones, que se cerraban sobre la cabeza del marinero condenado, produciendo una parálisis, sin voz, de sueño, el sueno del profundo mar que a uno lo arrastraba lentamente hacia abajo, desmembrado y desmembrando... hasta que, con un vulgar chasquido, caía la cuchilla, y la cabeza que pensaba tontamente caía debidamente en la cesta desangrándose y sacudiéndose como un pescado.

-*Mon coeur* -dijo él con voz ronca-, *mon ange* -simplemente para gustar la más vulgar de las metáforas, persiguiendo a través de ella una ternura perdida, desgarrada, echada a un lado entre las nieves-. *Mon ange*.

De repente ella gritó exasperada:

-¡Oh, Dios! Pero, ¿qué pasa? ¿No quieres? -Su voz terminó casi en un gemido. Puso la mano de él, blanda, un poco femenina, sobre su propia rodilla y la extendió abierta como un libro, inclinando sobre ella una curiosa faz desesperada. Movió la vela para estudiar mejor las líneas, recogiendo las finas piernas. El cabello le cayó sobre la cara. El le tocó la luz rosada del hombro y dijo burlonamente:

-¿Dices la buenaventura?

Pero ella no lo miró. Respondió brevemente.

-Todo el mundo la dice en la ciudad.

Se quedaron así, como un cuadro, un largo momento. «El caput mortumm de una escena de amor», se dijo. Después Melissa suspiró, como aliviada, y alzó la cabeza.

-Ahora veo -dijo, bajo-. Estás todo encerrado, tu corazón está cerrado, completamente, así. -Juntó índice con índice, pulgar con pulgar, en un ademán como el que uno podría hacer para estrangular a un conejo. Los ojos le brillaron de comprensión-. Tu vida está muerta, cerrada. No como la de Darley. La suya es ancha..., muy ancha..., abierta. -Exendió los brazos un momento antes de dejarlos

caer a su rodilla de nuevo, y añadió con una formidable fuerza inconsciente de veracidad-: el todavía puede amar.

Pursewarden sintió como una bofetada en la boca. La vela parpadeó.

-Mira de nuevo -expresó, enojado-. Dime algo más. Pero ella no se dio cuenta en lo más mínimo del pesar y el enojo que había en la voz y se inclinó de nuevo sobre esa enigmática mano blanca.

-¿Debo decírtelo todo? --cuchicheó, y por un minuto se le detuvo el aliento.

-Sí -contestó él lacónicamente. Melissa sonrió con sonrisa extraña, íntima.

-No soy muy buena -dijo suavemente-. Sólo te diré lo que veo. -Después volvió a él sus sinceros ojos y añadió-: Veo la muerte muy próxima.

Pursewarden sonrió sombríamente.

-Bueno -dijo. Melissa se echó el cabello hacia atrás, sobre la oreja, con un dedo, y se inclinó de nuevo sobre la mano.

-Sí, muy próxima. Oirás de ella dentro de unas horas. ¡Oh, qué de tonterías! -exclamó riendo. Y después, con gran sorpresa de él, se puso a describirle su hermana-: La ciega, no tu esposa. -Cerró los ojos y extendió ante sí los brazos que lo rechazaban, como una sonámbula.

-Sí -contestó Pursewarden-, esa es ella. Es mi hermana.

-¿Tu hermana? -Melissa estaba asombrada. Dejó caer la mano de él. Nunca, jugando ese juego, había hecho una predicción acertada. Pursewarden le dijo gravemente:

-Ella y yo éramos amantes. Nunca podremos amar a otra gente.

Y entonces, habiendo empezado el recitado, le pareció fácil contar todo lo demás. Era completamente dueño de sí y ella lo miraba con piedad y ternura. ¿Sería fácil porque hablaban en francés? En francés la verdad de la pasión se levantaba fría y cruelmente ofreciéndose al examen de la humana experiencia. Como lo decía él mismo, con frase curiosa, siempre lo había calificado de «un idioma imburlable». ¿O sería sencillamente porque la fugitiva comprensión de Melissa le hacía fácil el hablar de estos sucesos? Ella misma no juzgaba nada; todo se había conocido, todo se había experimentado. Asentía gravemente cuando él hablaba de su amor y de su deliberado abandono del mismo, de su intento de matrimonio, de su fracaso.

Entre piedad y admiración se besaron, pero apasionadamente ahora, unidos por los lazos de la recordada experiencia humana, por la sensación de haber compartido algo.

-Lo vi en la mano -dijo ella-, en tu mano. -Estaba un poco asustada por la imprevista exactitud de sus facultades. ¿Y él? Siempre había querido tener alguien a quien pudiera hablarle francamente... *¡pero tenía* que ser alguien que no entendiera *del todo!* La vela titiló. En el espejo, con jabón de afeitar, había escrito los versos burlescos para Justine, que empezaban:

¡Oh, espantosa es la comprobación!
intensa la agonía,
cuando el oído empieza a oír,
y el ojo empieza a ver.

Se los repitió bajito, para sí, en la intimidad de su mente, pensando en las facciones morenas y compuestas ` que había visto aquí, a la luz de la vela: el cuerpo moreno sentado precisamente en la postura que adoptaba ahora Melissa, observándolo con el mentón en la rodilla, teniéndole la mano comprensivamente. Y a medida que seguía hablando en voz baja de su hermana, de cómo siempre andaba buscando satisfacciones que fueran mejores que las que podía recordar y que había abandonado a propósito, otros versos le flotaban en la mente; los comentarios caóticos que habían brotado no sólo de sus lecturas sino también de sus experiencias. Aun cuando vio de nuevo la cara de blanco marmóreo, con el rizado cabello oscuro echado hacia atrás sobre la nuca de un cuello delgado, la punta de las orejas, el mentón con hoyuelo -una cara que volvía a llevarle siempre a aquellas grandes órbitas vacías-, oía a su mente interior repetir:

Amors par force vos demeine!
Combien durra vostre folie?
Trop avez mene ceste vie.

Se oía a sí mismo decir cosas que correspondían a otro lugar. Con amarga risa, por ejemplo, «Los anglosajones inventaron la palabra "fornicación" porque no podían creer en la variedad amor.» Y Melissa, asintiendo con tanta gravedad y simpatía, empezaba a parecer más importante: porque allí había un hombre que al fin le confiaba cosas que no podía entender, tesoros de ese misterioso mundo masculino que siempre oscilaba entre estúpido sentimentalismo y brutal violencia. «En mi país, casi todas las cosas realmente encantadoras que se le pueden hacer a una mujer son delitos penados, motivos para divorcio.» A ella le asustaba su risa fuerte, crujiente. De pronto parecía tan feo. Después bajó de nuevo la voz y continuó, apretando suavemente la mano de ella contra su mejilla, suavemente, como se oprime una lastimadura. Y por dentro el inaudible comentario proseguía:

¿Qué entiende el Cielo con estas leyes diversas?
¿Eros, Ágape, causa de autodivisión?

¡Encerrados allí en el castillo encantado, entre besos aterrados e intimidades que ya nunca se recobrarían, habían estudiado *La Lioba!* ¡Qué demencia! ¿Se atreverían alguna vez a entrar en la justa contra otros amantes? *jurata fornicatio...* Aquellos versos que se alejaban bailoteando en la mente; y el cuerpo de ella, según Rudel, *gras, delgat et gen.* Suspiró apartando los recuerdos como quien se aparta una telaraña y diciéndose: «Más tarde, en busca de una *askesis,* siguió a los padres del desierto a Alejandría, a un sitio situado entre dos desiertos, entre los dos senos de Melissa. O *morosa, delectatio. Y* ocultó la cara allí, entre las dunas, cubierta por su vivaz cabello.»

Después calló, mirándola con sus ojos claros, mientras los labios temblorosos se le cerraban por primera vez ante sentimientos ahora encendidos, ahora verdaderamente apasionados. Ella se estremeció de pronto, segura de que no se iba a escapar ya, de que tendría que sometérsele plenamente.

-Melissa -dijo él, triunfante.

Se gozaron uno a otro, sabia y tiernamente, como amigos que largamente se han buscado y encontrado entre las muchedumbres vulgares que llenan la ciudad llena de ecos. Y allí estaba una Melissa tal como él había proyectado: ojos cerrados, cálida boca abierta respirando, arrancada del sueño con un beso a la rosada luz de la vela. «Es tiempo de irse.» Pero ella se apretaba más y más a su cuerpo, gimoteando de cansancio. Él la miraba gratamente mientras la sostenía en el brazo doblado.

-¿Y él resto de tu profecía? -le dijo alegremente.

-Tonterías, puras tonterías -contestó ella, somnolienta-. A veces puedo ver un carácter en la mano. Pero ¿el futuro? No soy tan lista.

El alba rompía detrás de la ventana. Con un súbito impulso, él se fue al cuarto de baño y abrió el grifo. Salió el agua casi hirviendo, borbotando adentro de la bañera con un chistido de vapor. ¡Tenía que ser el hotel del Monte del Buitre para que hubiera agua caliente a esa hora y no a otra alguna! Excitado como un chico, la llamó:

-Melissa, ven a empaparte para sacarte el cansancio de los huesos, o si no, no te llevo a casa.

Pensaba cómo entregar las quinientas libras a Darley y disfrazar el origen del regalo. Nunca debería saber que provenía del epitafio hecho por un rival a la tumba de un copto,

-Melissa -llamó de nuevo. Pero ella estaba dormida.

Entonces la tomó en brazos y la llevó al cuarto de baño. Al ser tendida en el baño caliente, Melissa despertó sin agitarse, como una de esas maravillosas flores de papel japonesas que se abren en el agua. Se echaba lujuriosamente la tibieza del agua sobre los menudos pechos y

los muslos que empezaban a ponérsele rosados. Pursewarden se sentó sobre el bidet, con una mano en cl agua caliente, y le hablaba mientras despertaba.

-No tardes mucho -le dijo- o Darley se va a enojar. -¡Darley! ¡Bah! Anoche salió de nuevo con Justine. Se sentó y empezó a jabonarse los senos, respirando en el lujo del jabón y el agua como quien prueba un vino raro. Había pronunciado el nombre de la rival con un pequeño chirrido de repugnancia, que parecía fuera de lugar. Pursewarden estaba desconcertado.

-Esa gente... Los Hosnani -agregó ella con desprecio-. Y el pobre Darley cree en ellos, en ella. No hace más que aprovecharlo. Es demasiado bueno, ¡demasiado bobo!

-¿Aprovecharlo?

Melissa abrió el grifo de la ducha y, embriagándose en las nubes de vapor, asintió mirándole, con una carita apretada.

-De ellos lo sé todo.

-¿Qué es lo que sabes?

Sintió dentro de sí el súbito movimiento de una incomodidad tan pronunciada que no tenía nombre. Ella se disponía a derribarle el mundo como quien golpea inadvertidamente un tintero o una pecera. Sonriendo con amorosa sonrisa todo el tiempo. En pie, allí, entre las nubes de vapor como un ángel que emerge del cielo en un grabado del siglo xvii.

-¿Qué es lo que sabes? -repitió él.

Melissa examinó las caries de sus dientes en un espejo, de mano, con el cuerpo todavía mojado y resplandeciente.

-Te lo diré. Yo solía ser la querida de un hombre muy importante, Cohen, muy importante y muy rico. -Había algo patético en la jactancia-. Trabajaba con Nessim Hosnani y me contó cosas. Además hablaba en sueños. Ahora está muerto. Creo que lo envenenaron porque sabía demasiado. Ayudaba a introducir armas en el Medio Oriente, en Palestina, para Nessim Hosnani. Grandes cantidades. Solía decir: *«Pour faire sauter les An*glaisl» -Barbotó vengativamente las palabras y de pronto, después de pensarlo un instante, añadió-: Siempre hacía así - era grotesca su imitación de Cohen juntando los dedos en un haz para besarlos y después agitándolos en un ademán al mismo tiempo que decía: *«Tout á toi, John Bull1»* La cara se le arrugaba y retorcía en una *imi*tación de la malicia del muerto.

-Vístete ahora -murmuró Pursewarden, con floja voz. Marchó al otro cuarto y permaneció un rato mirando distraídamente a la pared, encima

de la estantería. Era como si toda la ciudad se hubiera derrumbado junto a él.

-Por *eso* no me gustan los Hosnani -gritó Melissa desde el cuarto de baño, con voz nueva, broncínea, de mujer de pescador-. Odian en secreto a los británicos.

-Vístete -exclamó él bruscamente, como quien habla a un caballo-. Y andando.

Apaciguada de pronto, se secó y salió en puntas de pie del cuarto de baño diciendo:

-En seguida estoy lista.

Pursewarden seguía inmóvil, mirando todavía la pared con una expresión fija y desconcertada... Como si hubiera caído desde otro planeta. Tan quieto estaba que su cuerpo parecía una estatua fundida en algún pesado metal. Melissa le echaba pequeñas miradas mientras se vestía.

-¿Qué pasa? -le preguntó. Él no contestó. Pensaba furiosamente.

Cuando estuvo vestida, se tomó de su brazo y juntos bajaron en silencio la escalera, hasta la calle. Amanecía. Aún había luces prendidas y aún echaban sombra. Melissa lo miraba de vez en cuando a la cara, pero no había en ella ninguna expresión. Puntualmente, al acercarse a cada farol, las sombras se alargaban, se estrechaban y deformaban, sólo para desaparecer en la media luz, antes de formarse. Pursewarden caminaba lentamente, con un tranco cansado, deliberado, teniéndola aún del brazo. En cada una de esas alargadas sombras barloteantes veía ahora claramente la silueta del derrotado Maskelyne.

En la esquina de la plaza se detuvo y, con la misma expresión abstraída, le dijo:

-*Tiens!* Me olvidaba. Aquí están las mil que te prometí.

La besó en la mejilla y volvió hacia el hotel sin una palabra.

IX

Mountolive estaba ausente en gira oficial a las desmotadoras de algodón, en el Delta, cuando Telford le dio por teléfono la noticia. Entre dudoso y escandalizado, apenas podía creer a sus oídos. Telford hablaba dándose importancia, con la curiosa voz siseante que le confería su mal ajustada dentadura; la muerte era un asunto de cierta importancia en su oficio. ¡Pero la muerte de un enemigo! Tenía que esforzarse mucho para mantener su tono sombrío, grave, condolido; para impedir que se le notara la alegría. Hablaba como un juez de instrucción de comando.

-Pensé que le gustaría saberlo, señor, por eso me tomé la libertad de interrumpir su visita. Nimrod Bajá me telefoneó en plena noche y yo fui. La policía había ya clausurado el lugar para la investigación; el doctor Balthazar estaba allí. Eché una mirada alrededor, mientras él extendía el certificado de defunción. Me permitieron llevarme un montón de papeles personales pertenecientes al... difunto. Nada de mucho interés. Manuscrito de una novela. Todo el asunto cayó como una sorpresa absoluta. Había estado bebiendo mucho... como de costumbre, me temo. Sí.

-Pero... -expresó débilmente Mountolive, mezclándose la rabia y la incredulidad en su mente como el agua y el aceite-. ¿Qué demonios?... -Sentía que le flaqueaban las piernas. Trajo una silla y se sentó al teléfono, gimoteando-: Sí, sí, Telford, siga. Cuénteme todo lo que pueda.

Telford se despejó la garganta, viendo el interés que estaba creando su noticia y trató de ordenar los hechos en su revuelto cerebro.

-Bueno, señor. Hemos seguido el rastro de sus movimientos. Vino aquí, sin afeitarse y muy caído (según me cuenta Errol) y preguntó por usted. Pero usted acababa de salir. Dice su secretario que se sentó a su escritorio de usted y escribió algo -le llevó algún tiempo- que dijo debían entregarle personalmente. Insistió en ponerle «Secreto» y sellarlo con cera. Ahora está en su caja fuerte. Después parece que se fue a..., bueno, una juerga. Se pasó todo el día en una pequeña taberna en la costa del mar, cerca de Montaza, que visitaba a menudo. No es más que una cabaña que hay allí, al lado de la orilla, unas cuantas tablas y un techo de hojas de palma, que atiende un griego. Pasó todo el día allí, escribiendo y bebiendo. Bebió muchísimo *zibib,* según cuenta el propietario. Tenía una mesa puesta abajo, al lado mismo de la orilla, en la arena. Había mucho viento y el hombre le sugirió que estaría '' mejor bajo techo. Pero no. Allí se quedó, al lado del agua. Avanzada la tarde, se comió un sandwich y tomó el tranvía para volver al centro. Me visitó a mí.

-Bueno, bien. Telford vaciló y jadeó.

-Vino a la oficina. Aunque no se había afeitado, parecía de muy buen humor. Hizo unos cuantos chistes. Pero me pidió una pastilla de cianuro. Usted las conoce. Yo no diría más. Esta línea no es muy segura. Usted me entenderá, señor.

-Sí, sí -gritó Mountolive-. Siga, hombre. Tranquilizado, Telford continuó sin respirar. -Dijo que quería envenenar a un perro enfermo. Parecía bastante razonable, de modo que le di una. Eso es, probablemente, lo que usó, según el doctor Balthazar. Espero, señor, que usted no crea que yo, de ningún modo...

Mountolive sólo sentía una indignación creciente ante la idea de que alguien en su misión causara semejante fastidio con un acto tan flagrante. No, esto era tonto. «Es estúpido», se cuchicheó a sí mismo. Pero no pudo dejar de sentir que Pursewarden había sido culpable

de algo. Maldición, era una falta de consideración y buena crianza, además de un misterio. El rostro de Kenilworth flotó delante de él por un momento. Sacudió el receptor para obtener contacto claro y gritó:

-Pero, ¿qué significa todo esto?

-No lo sé -contestó Telford, desamparado-. Es bastante misterioso.

Un pálido Mountolive se volvió y murmuró disculpas al grupito de bajás que estaba cerca del teléfono en aquella espantosa oficina. Inmediatamente los hombres ten dieron manos que se humillaban, como una bandada de tórtolas que levantan vuelo. No había inconveniente. Era lógico que un embaiador se viera arrastrado en grandes acontecimientos. Podían esperar.

-Telford -expresó, con brusquedad, enojado.

-Sí, señor.

-Dígame qué otra cosa sabe.

Telford carraspeó y continuó con su voz siseante: -Bueno, no hav nada de importancia excepcional, en mi opinión. La última persona que lo vio vivo fue ese hombre Darley, el maestro de escuela. Probablemente usted no lo conoce, scrior. Bien, lo encontró cuando volvía al hotel. Invitó a Darley para una copa y permanecieron conversando un tiempo considerable y bebiendo ginebra. En el hotel. El difunto no dijo nada de interés especial, y por cierto nada que sugiriera lo que proyectaba. Al contrario, manifestó que iba a tomar el tren de la noche para ir a Gaza a pasar vacaciones. Le mostró a Darley las pruebas de su última novela, en un paquete con dirección, y un impermeable lleno de cosas que podría necesitar para el viaie: pijamas, dentífrico..¿Qué le hizo cambiar de idea? No lo sé, señor, pero la respuesta debe de estar en su caja de hierro. Por eso lo llamé.

-Comprendo -contestó Mountolive. Extraño. Ya empezaba a acostumbrarse a la idea de que Pursewarden había desaparecido de la escena. El choque disminuía, cedía. Solamente quedaba el misterio. Telford seguía barboteando en el teléfono.

-Sí, sí -agregó dominándose-. Sí...

Pasaron unos momentos antes que Mountolive recobrara su seria pose oficial y se reorientara para tomar un benévolo interés en las fábricas y los golpeteos de su maquinaria. Se esforzó mucho para no parecer demasiado distraído sino debidamente impresionado por lo que le mostraban. Trató de analizar lo absurdo de su enojo contra Pursewarden por haber cometido un acto que parecía... ¡un gran solecismo! Qué absurdo. Pero, como acto, era algo típico, por lo

inconsiderado: ¿tal vez debería haberlo previsto? Profunda depresión alternaba con sus sentimientos de cólera.

Volvió en automóvil por la tarde, lleno de urgente expectación e intranquilidad. Era casi como si fuera a interrogar al mismo Pursewarden, a pedirle una explicación, a propinarle una merecida reprimenda. Llegó bajo una espléndida luz del atardecer para encontrar que la cancillería se estaba cerrando en ese momento, aunque el activo Errol seguía trabajando con sus papeles de estado en su oficina. Todo el mundo, hasta los empleados descifradores de mensajes, parecían afligidos por el aire de súbita depresión que confiere siempre una muerte inesperada a los incómodamente vivos. Deliberamente se obligó a caminar con lentitud, sin prisa. La prisa, como la emoción, siempre era deplorable, por sugerir que el impulso o el sentimiento son los amos donde sólo debe reinar la razón. Su secretario ya se había ido, pero él obtuvo, de Archivos, las llaves de su caja de hierro y caminó serenamente subiendo las dos cortas escalinatas hasta su oficina. Los latidos, por suerte, no los oye nadie más que uno.

Sobre su escritorio encontró apilados los «efectos» del muerto (mejor no podría expresarse la poesía de la causalidad que por esa palabra), que parecían curiosamente descorporizados. Un paquete de papeles y manuscritos, un envoltorio dirigido a un editor, un impermeable y varios objetos clasificados por el prolijo Telford en interés de la verdad (aunque tenían poca belleza para Mountolive). Tuvo un formidable sobresalto cuando vio los rasgos sin sangre de Pursewarden mirándole desde su secante -una mascarilla en yeso de París, con una nota de Balthazar que decía: «Me tomé la libertad de sacar una impresión del rostro después de la muerte. Confío en que esto parecerá sensato.» ¡La cara de Pursewarden! Desde algunos ángulos, la muerte puede tener el aspecto de un ataque de malhumor. Mountolive tocó con repugnancia la efigie, con- superstición, moviéndola de este lado y de aquél. La carne se le ponía de gallina, con un leve sentimiento de repugnancia. Comprendió que temía a la muerte.

Después, a la caja de hierro con su sobre, cuyos torpes sellos rompió, temblándole el pulgar mientras se sentaba a su escritorio. Allí, por lo menos, encontraría alguna especie de exégesis racional para esa gran falta a las buenas maneras. Tomó aliento.

«Mi querido David:

»He roto media docena de páginas en que intentaba explicarte esto detalladamente. Vi que sólo estaba haciendo literatura. Hay bastante por ahí. Mi decisión se relaciona con la vida. ¡Paradoja! Lo siento muchísimo, viejo.

»Por pura casualidad tropecé con algo que me dijo que las teorías de Maskelyne sobre Nessim eran verdaderas y las mías equivocadas. No te digo la fuente de mi informa ción y no la diré. Pero ahora me doy cuenta de que Nessim está introduciendo armas en Palestina, y desde hace algún tiempo. Es él, evidentemente, la fuente secreta, pro-

fundamente implicada en las operaciones descritas en el Documento Siete, según recordarás. (Carpeta secreta del Mandato, 341, Servicio de Espionaje.)

»Ocurre que soy sencillamente incapaz de afrontar las consecuencias morales más simples que plantea este descubrimiento. Sé lo que hay que hacer al respecto. El hom bre aparece como mi amigo. Por lo tanto... un *quietus.* (Esto resolverá otros problemas más hondos, también.) ¡Ach! Qué mundo aburrido hemos creado alrededor de nosotros. El barro del complot y contracomplot. Acabo de reconocer que no es mi mundo en modo alguno. (Ya te oigo jurar mientras lees.)

»Me siento en cierto modo como un carnero al sustraerme así a mis responsabilidades, y sin embargo, en verdad sé que no son mías, nunca lo han sido. Pero son *tuyas.* Y bien amargas que las vas a encontrar. Pero... Tú perteneces a la carrera, y tú tienes que obrar donde yo no me siento con fuerzas para hacerlo.

»Sé que fallo en el sentido del deber, pues indirectamente le he hecho saber a Nessim que su juego está a la vista y la información pasada. Naturalmente, de este modo

vago tú también tendrías derecho a suprimirla del todo, olvidándola. Yo no te envidio tus tentaciones. Que son mías, sin embargo, sin que se pueda razonar por qué. Estoy cansado, querido sujeto; muerto de asco, según dicen los que viven.

»Y así...

»Cariños a mi hermana y dile que pensé en ella. »Con afecto, tuyo,

»L. P.»

Mountolive estaba consternado. Sintió que palidecía al leer. Después se sentó largo tiempo contemplando la expresión de la mascarilla.: el característico aire de impertinencia solitaria que siempre tenía el perfil de Pursewarden en reposo; y todavía luchando obstinadamente con la absurda sensación de vergüenza diplomática que jugaba en su mente, vibrando como las llamaradas de un prolongado relámpago lejano.

-Una locura --exclamó en alta voz, exasperado, mientras golpeaba la mesa con la palma de la mano-. Completa locura. Nadie se mata por razones oficiales.

Maldijo en seguida la estupidez de sus propias palabras. Por primera vez se sentía completamente confundido.

Para calmarse, se obligó a leer el informe a máquina de Telford, lenta y cuidadosamente, deletreando las palabras para sí mismo, moviendo los labios como si fuera un ejercicio. Era un relato de los actos de Pursewarden durante las veinticuatro horas previas a su muerte, con declaraciones de las diversas personas que lo habían visto. Algunos informes eran interesantes, sobre todo el de Balthazar, que lo vio durante la mañana en el café Al Aktar, donde Pursewarden bebía arak y comía una medialuna.

Al parecer había recibido esa mañana una carta de su hermana y la estaba leyendo con aire de grave preocupación. La puso bruscamente en

el bolsillo cuando llegó Balthazar. Estaba sin afeitar y tenía mal aspecto. Parece que hubo pocas cosas de interés en la conversación que siguió, excepto una observación (tal vez un chiste) que se quedó grabado a Balthazar. Pursewarden había estado bailando la noche antes con Melissa y dijo algo como que era una persona deseable para casarse. («Esto tiene que haber sido una broma», añadía Balthazar.) También dijo que había empezado otro libro «sobre todas las cosas, menos el amor». Mountolive suspiró mientras pasaba lentamente la vista por la página. ¡Amor! Luego venía una cosa extraña. Había comprado un formulario impreso de testamento y lo había llenado nombrando a su hermana albacea y legando quinientas libras esterlinas al maestro de escuela Darley y su querida. Esto, por alguna razón, lo había fechado con dos meses de anticipación y los testigos habían sido dos empleados de Cifras.

La carta de su hermana también estaba allí, pero Telford, con tacto, la había puesto en sobre aparte y la había sellado. Mountolive la leyó, meneó la cabeza desconcer tado y después se la echó con vergüenza al bolsillo. Se lamió los labios y frunció fuertemente el ceño mirando la pared. ¡Liza!

Errol asomó tímidamente la cabeza y sufrió un golpe al ver lágrimas en las mejillas del jefe. Prudentemente retrocedió y volvió de prisa a su oficina, muy perturbado por una sensación de impropiedad diplomática, algo similar a los sentimientos que el propio Mountolive había experimentado cuando Telford le telefoneó. Errol se sentó a su escritorio con atenta nerviosidad, pensando: «Un buen diplomático nunca debe mostrar sus sentimientos.» Después prendió un cigarrillo con sombría deliberación. Por primera vez advirtió que su embajador tenía pies de arcilla. Esto aumentó un poco su sensación de autorrespeto. Mountolive, al fin y al cabo, no era más que un hombre... Sin embargo, la experiencia lo dejaba desorientado.

Arriba, Mountolive también había prendido un cigarrillo para calmarse los nervios. El acento de su aprehensión se trasladaba lentamente desde el acto escueto de Pursewarden (esta incómoda zambullida en lo anónimo) hacia el sentido central del acto: las noticias que traía consigo. ¡Nessim! Y aquí sintió que su propia alma se contraía y le asaltaba una cólera más honda y menos articulada. ¡El había confiado en Nessim! («¿Por qué?» -le preguntaba la voz interior-. «No era necesario.») Y en seguida, mediante este maligno salto mortal, Pursewarden, en efecto, había pasado todo el peso del problema moral a los hombros del propio Mountolive. Había revuelto el avispero:, ¡el antiguo conflicto entre el deber, la razón y el afecto personal que todo político sabe que es su cruz, la flaqueza central de su vida! Qué puerco, pensaba (casi con admiración), había sido este Pursewarden al transferírselo todo a él con tanta facilidad, la tentadora facilidad de semejante decisión: retirada. Añadió con pesar: «Yo confiaba en Nessim por causa de Leila.» Mortificación sobre mortificación. Fumaba y miraba ahora, viendo en el blanco rostro muerto de yeso (que las amantes manos de Clea habían impreso con el torpe negativo de Balthazar) la

cálida cara viva del hijo de Leila: las facciones oscuras y abstractas de un fresco de Rávena. La cara de su amigo. Y luego, sus propios pensamientos expresados en cuchicheos: «A lo mejor, después de todo, Leila está detrás de todo esto.»

(«Los diplomáticos no tienen verdaderos amigos -había dicho Grishkin enconadamente, tratando de herirle, de enfurecerlo-. Aprovechan a todos.» Quería decir que él había aprovechado su cuerpo y su belleza, y ahora que estaba encinta.. .)

Exhaló lenta y profundamente el humo, vigorizado por el oxígeno cargado de nicotina que daba a sus nervios tiempo de asentarse y a su mente de aclararse. Al levan tarse la niebla advirtió algo como un nuevo panorama que se abría ante él: pues allí había algo que no podía dejar de alterar las disposiciones de la suerte y la amistad, alterar cada fecha del calendario de los afectos que había compilado su mente respecto a su estancia en Egipto: el tenis, la natación y la equitación. Hasta esos simples actos de unirse al mundo ordinario de hábito y placer social, de aliviar el *taedium vitae* de su aislamiento, estaban todos infectados por el nuevo conocimiento. Además, ¿qué iba a hacer con la información que Pursewarden le había echado al regazo tan sin ceremonias? Por supuesto, había que comunicarla. Aquí pudo hacer una pausa. ¿Tenía que comunicarla? Ningún testimonio, ninguna prueba apoyaba los datos de la carta, excepto quizá el abrumador testimonio de una muerte que... Prendió otro cigarrillo y susurró entonces estas palabras: «Alterado el equilibrio de su mente.» ¡Eso, por lo menos, valía una siniestra sonrisa! Al fin y al cabo, el suicidio de un funcionario político no era tan raro; allí estuvo ese jovencito Greaves, enamorado de una muchacha de cabaret en Rusia... En cierto modo se sentía afligido aún por traicionar tan malignamente su amistad con el escritor.

Muy bien. ¿Y si simplemente quemaba la carta, deshaciéndose de toda carga moral? Podría hacerlo fácilmente, en su propia estufa, con ayuda de un fósforo. Podría seguir comportándose como si nunca le hubieran hecho tal revelación... ¡excepto por el hecho de que lo sabía Nessim! No, estaba atrapado.

Y entonces su sentido del deber, como zapatos que ajustan mal, empezó a dolerle a cada paso. Pensó en Justine y en Nessim bailando juntos, ciega, silenciosamente, con las ocuras faces apartadas una de otra, los ojos semicerrados. Habían alcanzado una nueva dimensión a sus ojos: la proyección no sentimental de las figuras en un fresco primitivo. Presumiblemente ellos también luchaban con un sentido del deber y la responsabilidad... ¿para con quién? Para con ellos mismos, quizá, cuchicheó tristemente, meneando la cabeza. Nunca podría volver a mirarse de frente con Nessim.

De repente se le hizo la luz. Hasta entonces sus relaciones personales habían estado libres de todo toque de prejuicio debido al tacto de Nessim... y a la *existencia de Purseivarden.* El escritor, al servir de eslabón oficial, los había liberado en sus vidas personales. Nunca los dos hombres se habían visto obligados a tratar nada ni remo-

tamente vinculado con asuntos oficiales. Ahora no podían volver a encontrarse en este feliz terreno. En tal sentido, Pursewarden le había quitado también su libertad. En cuanto a Leila, allí estaba quizá la clave de su enigmático silencio, de su imposibilidad de encontrarse con él frente a frente.

Suspirando, tocó el timbre llamando a Errol.

-Es mejor que eche una mirada a esto -dijo. Su jefe de cancillería se sentó y empezó a leer ávidamente el documento. De vez en cuando asentía despacio. Mountoli ve se aclaró la garganta-: Me parece bastante incoherente -dijo, despreciándose a sí mismo por tratar de ese modo de influir sobre Errol en una cuestión que, en su interior, era evidente. Errol leyó dos veces el documento, despacio, y se lo pasó a través del escritorio.

-Parece algo extraordinario -expresó precavidamente, con respeto. No le correspondía emitir juicio sobre el mensaje. Tenía que hacerlo, por derecho, su jefe-. Todo parece un poquito fuera de proporciones -añadió ayudando, tanteando el camino.

Mountolive dijo sombríamente:

-Me temo que sea algo típico de Pursewarden. Lamento no haber seguido la recomendación que originalmente me hizo usted sobre él. Yo estaba equivocado, al parecer, y usted tenía razón.

Los ojos de Errol brillaron con modesto triunfo. Pero no dijo nada, y miró a Mountolive.

-Naturalmente -expresó éste-, como usted bien sabe, Hosnani era sospechoso desde hacía algún tiempo.

-Lo sé, señor.

-Pero no hay prueba aquí que apoye lo que dice Pursewarden -golpeó, irritado, dos veces con la carta. Errol se apoyó en el respaldo de la silla.

-No sé -contestó vagamente-, a mí me suena muy concluyente.

-No creo -contestó Mountolive- que esto pudiera apoyar un documento.
Por supuesto, lo vamos a informar a Londres tal como está. Pero me inclino a no darlo al Parquet para ayudarlos en su investigación. ¿Qué le parece a usted?

Errol se hamacó las rodillas. Una lenta sonrisa de asLucia se arrastró en torno a su boca.

-Sería el mejor medio de hacérselo llegar a los egipcios -dijo, despacio-, y tal vez ellos prefieran trabajar en este sentido.

Naturalmente, nos ahorraría la presión diplomática que tendríamos que ejercer si... más tarde, todo el asunto saliera a luz de un modo más concreto. Sé que Hosnani era amigo suyo, señor.

Mountolive sintió que enrojecía levemente.

-En asuntos de negocios, un diplomático no tiene amigos -expresó rígidamente, sintiendo que hablaba con el mismo tono de Poncio Pilato.

-Efectivamente, señor -Errol lo miró con admiración.

-Una vez establecida la culpabilidad de Hosnani tendremos que obrar. Pero sin pruebas, nos hallaríamos en posición débil. Con Memlik Bajá... Usted sabe que no es muy anglófilo. Estoy pensando...

-¿Sí, señor?

Mountolive esperó, bebiendo el aire como un animal salvaje, oliendo que Errol empezaba a aprobar su juicio. Permanecieron silenciosamente sentados en la penumbra un rato, pensando. Después, con un gesto histriónico, el embajador encendió. la luz del escritorio y dijo decisivamente:

-Si usted está de acuerdo, voy a mantener esto fuera de manos egipcias hasta estar mejor documentados. Londres tendrá que recibirlo. Secreto, naturalmente. Pero ninguna persona privada, ni siquiera parientes. Entre paréntesis ¿usted podría encargarse de la correspondencia con los deudos? Le encargo a usted idear algo.

Sintió una punzada de angustia al ver alzarse ante él la cara de Liza Pursewarden.

-Sí. Tengo aquí su expediente. Hay una sola hermana, en el Instituto Imperial para Ciegos, creo, aparte de su esposa.
Errol consultó afanosamente una carpeta, pero Mountolive lo detuvo:

-Ya sé, ya sé, la conozco. Errol se levantó.

-Y creo que, en toda justicia, deberíamos mandarle copia a Maskelyne, en Jerusalén, ¿no le parece?

-Certísimo, señor.

-¿Y por el momento nos atenemos a nuestra opinión?

-Sí, señor.

-Muchas gracias -expresó Mountolive con calor inusitado. De pronto se sentía muy viejo y frágil. Tan débil, en realidad, que apenas lo iban a

sostener las piernas, pensaba, para bajar la escalera e ir a la residencia-. Nada más, por ahora.

Errol se despidió, cerrando la puerta tras sí, con la gravedad de un mudo.

Mountolive telefoneó a la despensa y ordenó que le llevaran un vaso de jugo de carne con galletas. Comió y bebió vorazmente, mirando entretanto la máscara blanca y el manuscrito de la novela. Sentía al mismo tiempo una honda repugnancia y una sensación de enorme pérdida: no podía decir cuál de las dos con más intensidad. Imprevistamente, además, Pursewarden lo había separado de Leila. Sí, eso también, y quizá para siempre.

Esa noche, empero, pronunció su ingenioso discurso (que le había escrito Errol) ante la Cámara de Comercio de Alejandría, encantando a los banqueros reunidos con su fluido francés. El aplauso crecía y se expandía en el augusto salón de banquetes del club Mohamed Alí. Nessim, sentado a la cabecera opuesta de la larga mesa, se encargó de responder y lo hizo con gravedad, en un sereno discurso. Una o dos veces, durante la comida, Mountolive sintió que los oscuros ojos de su amigo buscaban los suyos, interrogándolos, pero él los evitaba. Un abismo se abría ya entre los dos, que ninguno sabía cómo salvar. Después de comer se encontró brevemente con Nessim en el hall, cuando se ponía el abrigo. Sintió el deseo casi irresistible de referirse a la muerte de Pursewarden. El tema se entrometía con tanta fuerza que parecía colgar en el aire entre los dos. Le avergonzaba como una deformidad física, como si su agradable sonrisa estuviera desfigurada por la falta de un diente. Nada dijo, y tampoco Nessim.

Nada de lo que ocurría ahora bajo la superficie se manifestaba en la manera suelta y capaz de los dos hombres altos que fumaban frente a la puerta, esperando que llegara el automóvil. Pero había nacido entre ellos un conocimiento nuevo, obstinado, vigilante. ¡Qué extraño que unas palabras garabateadas en un pedazo de papel los convirtiera en enemigos!

Después, cuando se apoyó en el respaldo de su automóvil embanderado, chupando suavemente un excelente puro, Mountolive sintió que el alma, en lo más profundo, se le volvía tan polvorienta y falta de aire como una tumba egipcia. Curioso, también, que, junto con estas más hondas preocupaciones, subsistieran las más superficiales; le encantaba el gran éxito obtenido al cautivar a los banqueros. Sin duda había estado brillante. Estaba seguro de que al día siguiente los diarios publicarían copias textuales de su discurso, que se habían hecho circular discretamente, ilustradas con una nueva foto suya. ¿Por qué no había pensado nadie en hacer una declaración pública sobre el patrón oro en esta forma indirecta? Trató de mantener su mente en efervescencia, sólidamente fondeada en este nivel de autosatisfacción, pero en vano. Pronto la embajada se mudaría de nuevo a sus cuarteles de invierno. No había visto a Leila. ¿Volvería a verla alguna vez?

En alguna parte, dentro de sí, se había caído una valla, derrumbado un dique. Se había metido en un nuevo conflicto consigo mismo, que le daba otra tensión a sus facciones, otro ritmo, voluntarioso, a su modo de caminar.

Esa noche sufrió un ataque torturante del dolor de oído con que siempre celebraba el regreso a su casa: por primera vez le asaltaba fuera de la estacada de seguridad de su madre, lo cual le alarmó. Trató en vano de curarse solo, con el remedio casero que ella usaba siempre, pero por error calentó demasiado el aceite y se quemó al aplicárselo. Pasó, después de eso, tres inquietos días en cama, leyendo cuentos policiales y haciendo largas pausas para mirar la pared blanqueada de cal. Por lo menos eso le ahorró el asistir a la cremación de Pursewarden, donde seguramente se habría encontrado con Nessim. Entre los muchos mensajes y presentes que empezaron a afluir cuando se conoció la noticia de su indisposición figuraba un magnífico ramo de flores de Nessim y Justine, que le deseaban pronto restablecimiento. Como alejandrinos y amigos, difícilmente podían dejar de hacer menos.

Meditó largamente en ellos, durante esas interminables noches y días sin sueño, y, por primera vez, los vio, a la luz de un nuevo conocimiento, como enigmas. Ahora eran acertijos y hasta la relación moral de la pareja lo perseguía con la sensación de algo que nunca había entendido debidamente, nunca evaluado con precisión. En alguna forma su amistad hacia ellos le había impedido considerarlos como gente que, al igual que él mismo, podría estar viviendo en varios niveles distintos a la vez. Como conspiradores, como amantes, ¿dónde estaba la clave del enigma? No podía saberlo.

Quizá las pistas que buscaba yacieran muy atrás en el pasado, fuera de su alcance, y el de Pursewarden.

Existían muchas cosas en torno a Justine y Nessim que no habían llegado a su conocimiento: algunas críticas para entender el caso. Pero a fin de incluirlas es necesario volver atrás un poco, al período inmediatamente anterior a su casamiento.

X

La oscuridad azul de Alejandría no había caído aún del todo sobre ellos.

-Pero tú... ¿cómo decirlo?... ¿De veras la quieres, Nessim? Sé, desde luego, que la has estado persiguiendo, y ella sabe lo que te propones.

La cabeza dorada de Clea, recostada en la ventana, permanecía firme, su mirada fija en el dibujo de tiza que estaba haciendo. Ya casi concluido; unos cuantos más de esos toques rápidos y fluidos, y podría liberar al objeto de su obra. Nessim se había puesto un pullover de rayas para posar. Estaba en su incómodo sofá pequeño, teniendo una guitarra que no sabía tocar, y frunciendo el ceño.

-¿Cómo se escribe *amor* en Alejandría? -preguntó al fin, suavemente-. Ésa es la cuestión. Falta de sueño, soledad, *bonheur, chagrin...* no quiero lastimarla ni fastidiarla, Clea, pero creo que en alguna forma, alguna vez, tiene que necesitarme a mí como yo la necesito a ella.

-Habla, Clea.

Sabía él mismo que estaba mintiendo. Clea no lo sabía. Meneó la cabeza, dudosa todavía, con la atención puesta en el dibujo, y después se encogió de hombros.

-Queriéndote como te quiero ¿cómo podría desearte algo mejor? Y le he hablado de ti, como me lo pediste, tratando de provocarla, de probarla. Parece irremediable.

¿Era esto verdad. estricta?, pensaba ella. Tenía una tendencia demasiado grande a creer lo que decía la gente.

-¿Falso orgullo? -preguntó él, bruscamente.

-Se ríe sin remedio y... -Clea imitó un gesto de irremediabilidad- así. Creo que se siente como si la hubiesen desnudado en plena calle con ese libro *Moeurs.* Ya no se cree capaz de llevar paz a alguicn. O así lo dice. -Y ¿quién le pide eso?

-Ella cree que tú. Después, naturalmente, está tu posición social. Y, al fin y al cabo, es una judía. Ponte en su lugar. -Clea calló un momento. Después añadió, en el mismo tono abstraído-: Si te necesita en algo es para que tu fortuna le ayude a buscar a la criatura. Y es demasiado orgullosa para eso. Pero... tú has leído *Moeurs.* ¿Para qué repetirme?

-Nunca he leído *Moeurs* -contestó él con calor y ella sabe que nunca lo leeré. Se lo he dicho. ¡Oh Clea, querida! -suspiró. Era otra mentira.

Clea hizo una pausa, sonriendo, para estudiar su morena faz. Después continuó, frotando el rincón del dibujo con el pulgar, mientras decía:
-*Chevalier sans peur,* etcétera. Así eres tú, Nessim. Pero ¿es cuerdo idealizarnos así a las mujeres? Tienes algo de nene todavía, para ser alejandrino.

-No idealizo. Sé perfectamente lo triste, loca o mala que es. ¿Quién no lo sabe? Su pasado y su presente... los conocen todos. Justamente yo creo que ella haría juego perfecto con mi propia...

-Propia ¿qué?

-*Aridez* -contestó él, inesperadamente, dándose vuélta en el sofá, sonriendo y frunciendo el ceño al mismo tiempo-. Sí, a veces pienso

que nunca podré enamorarme debidamente hasta después que muera mi madre... y ella es relativamente joven todavía. Habla, Clea.

La blonda cabeza se sacudió lentamente. Dio una chupada fuerte al cigarrillo que ardía en el cenicero al lado del caballete, y se inclinó de nuevo a la obra que tenía en sus manos.

-Bueno -dijo Nessim-, la veré yo mismo esta noche y haré un intento serio por lograr que comprenda.

-No dices «que ame».

-Y ¿cómo puedo?

-Si ella *no puede* amar, sería deshonroso fingir.

-No sé si puede ya; los dos somos *ames veuves* en un sentido curioso, ¿no ves?
-¡Oh, la la! -exclamó Clea, dudosa, pero todavía sonriendo.

-El amor, por un tiempo, puede estar de incógnito con nosotros -dijo él, frunciendo el ceño ante la pared y fijando su rostro-. Pero allí está. Debo tratar de hacérselo ver. -Se mordió el labio-. ¿Es verdad que yo constituyo tal enigma? -En realidad quería decir: «¿Consigo engañarte?»

-Ahora te has movido -le réprochó ella; después de un momento continuó, despacio-: Sí. Es un enigma. Tu pasión parece tan *voulue.* ¿Una *besoin d'aimer* sin *besoin d'étre aimé?* ¡Vamos!...

-El se había movido de nuevo. Ella se detuvo, fastidiada, y ya iba a reprochárselo cuando su mirada cayó sobre el reloj de la chimenea-. Es hora de irte -expresó-. No la tengas esperando.

-Bueno -contestó él bruscamente y, levantándose, se quitó el pullover y se puso su chaqueta bien cortada, buscando a tientas en el bolsillo las llaves del auto al darse vuelta. Después, recordando, echó hacia atrás el cabello, con impaciencia, ante el espejo, tratando de imaginarse cómo lo vería Justine.

-Ojalá pudiera expresar exactamente lo que quiero decir -manifestó-. ¿No crees en los contratos de amor para aquellos cuya alma no está dispuesta a amar? ¿Una *tendresse* contra un *amour passion,* Clea? Si ella tuviera padres, yo se la hubiese comprado sin vacilar. Si ella estuviera en los trece años no tendría nada que decir ni sentir, ¿eh?

-Trece -exclamó Clea con desagrado. Se estremeció y le tiró de la chaqueta arreglándosela en la espalda.

-A lo mejor -prosiguió él irónicamente- la infelicidad es un *diktat* para mí... ¿Qué opinas?

-Pero entonces creerías en la *passion. Y* no crees.

-Creo... pero...

Mostró su encantadora sonrisa e hizo un tierno ademán de desamparo, parte de resignación, parte de cólera.

-Ah, eres inútil -expresó—. A todos nos falta una educación de mala muerte.

-Anda -respondió ella-. Vete, que estoy harta del tema. Bésame primero.

Se abrazaron y ella le cuchicheó «Buena suerte» mientras Nessim pronunciaba entre dientes:

-Tengo que parar este infantil interrogatorio tuyo. Es absurdo. Debo hacer algo decisivo al respecto, yo mismo. -Dio un doble golpe de puño en la palma de su propia mano y ella se sorprendió de tan inusitada vehemencia en hombre tan reservado.

-Bueno -le contestó, con los azules ojos abiertos de sorpresa-. Esto sí que es nuevo.

Los dos rieron. El le apretó el codo y volviéndose corrió, bajando la escalera, que ya se oscurecía, hasta la calle. El gran automóvil respondió a la destreza de pluma con que tocaba los controles, y avanzó chillando sus advertencias con el claxon, calle abajo por Saad Zaghloul, cruzando las vías del tranvía para bajar la cuesta hacia el mar. Se hablaba a sí mismo suave y rápidamente en árabe. En el escueto vestíbulo del Cecil Hotel ella le estaría esperando, quizá, cruzadas las manos con guantes sobre su bolsa de mano, mirando afuera, por las ventanas, contra las que el mar se arrastraba y estiraba, trepando y bajando, más allá del biombo de palmeras de la pequeña plaza municipal, unas palmeras que aleteaban y sonaban como velas sueltas.

Cuando daba vuelta a la esquina, una procesión emprendía la andrajosa marcha hacia la ciudad alta, con sus brillantes estandartes mojados ya por una lluviecita, mezclada de polvo de espuma, que venía del puerto; todo aleteaba confusamente. El canto y el ruido de los triángulos sonaban a tientas en el aire. Con expresión de fastidio, abandonó el auto, lo cerró, miró ansiosamente su reloj y corrió los últimos cien pasos hasta las puertas giratorias de vidrio que le admitirían en el silencio del gran vestíbulo. Entró sin aliento, pero muy consciente de sí. Este asedio de Justine venía desarrollándose desde hacía meses. ¿Cómo iba a terminar? ¿Victoria o derrota?

Recordó a Clea diciendo: «Tales criturasno son ni siquiera, en modo alguno, seres humanos, creo. Si viven es solamente en cuanto se presentan a sí mismas en forma

humana. Pero hay que ver que cualquiera que posea una sola pasión dominante presenta el mismo cuadro. Para la mayoría de nosotros, la vida es pasatiempo. Ella parece como una representación pictórica tensa y exhaustiva de la naturaleza, en su momento más superficial, más poderoso. Está poseída... y los poseídos no pueden ni aprender ni recibir enseñanza. No es menos encantadora porque la impulse la muerte; pero mi querido Nessim, ¿desde qué punto de vista vas a aceptarla?

Aún lo ignoraba; estaba finteando todavía, hablando idiomas diferentes. Esto podría seguir indefinidamente, pensó desesperado.

Más de una vez se habían encontrado formalmente, casi como socios de un negocio para tratar la cuestión de este matrimonio con la imparcialidad de comisionistas alejandrinos que planean una fusión de empresas algodoneras. Pero éste es el estilo de la ciudad.

Con un gesto que él mismo consideró característico, le había ofrecido una gran suma de dinero diciendo: -Para el caso de que la desigualdad de fortunas te pueda dificultar la decisión, me propongo hacerte un regalo de cumpleaños que te permitirá pensar en ti misma como en una persona completamente independiente, simplemente como una mujer, Justine. ¡Este odioso tema que se arrastra en los pensamientos de todo el mundo en la ciudad, empoza ñándolo todo! Librémonos de eso antes de decidir.

Pero esto no tuvo respuesta, o más bien sólo provocó la pregunta insultante e incomprensiva:

-¿Es que realmente quieres dormir conmigo? Puedes. Oh, yo haría cualquier cosa por ti, Nessim.

Esto le repugnó y encolerizó. Se había extraviado. No parecía haber medio de avanzar por este camino. Después, tras un largo momento de reflexión, vio la verdad como un relámpago. Y se susurró a sí mismo sorprendido: «Pero por eso no me entienden; es que no soy realmente sincero.» Reconoció que, aunque podía haber estado al principio dominado por su pasión, ya no podía pensar un medio de reclamar la atención de ella, como no fuera primero dando dinero (aparentemente para «liberarla» pero en realidad sólo para tratar de atarla a él) y luego, al aumentar su desesperación, advertía no haber hecho nada sino colocarse enteramente a su merced. En un sentido era locura: pero no podía pensar otro modo de crear en ella el sentido de obligación sobre el que había de anudarse todo otro lazo. De este modo, un niño puede ponerse en peligro a veces para provocar la atención y cariño de su madre, que siente que se le están negando.

-Mira -le dijo con otra voz, llena de nuevas vibraciones; y ahora se había puesto muy pálido-. Quiero ser franco. No tengo interés en la vida real -le temblaban los labios junto con la voz-. Estoy contemplando una relación mucho más estrecha, en cierto sentido, que todo cuanto pudiera inventar la pasión: el lazo de una creencia común.

Ella meditó un momento si él tendría alguna religión extraña y si eso era lo que daba a entender. Esperó con interés, divertida pero inquieta al verlo tan conmovido.

-Quiero hacerte una confidencia ahora, que, si me la traicionas, podría traerme daño irreparable, a mí y a mi familia; y, en realidad, a la causa que sirvo. 'Quiero ponerme enteramente en tus manos. Supongamos que los dos estamos muertos para el amor... Quiero pedirte que seas miembro de una peligrosa...

Lo extraño era que, cuando empezó a hablar así, sobre lo que era más próximo a su pensamiento, ella empezó a *interesarse,* a reparar verdaderamente en él como hombre, por primera vez. Por primera vez, él tocaba una cuerda sensible en ella, con una confesión que, paradójicamente, estaba muy lejos de ser una confesión del corazón. Para sorpresa de Justine, para su pesar y su deleite, notó que no le pedían meramente compartir el lecho, sino toda la vida, la monomanía sobre la que estaba construida. Normalmente, sólo el artista puede ofrecer este contrato extraño y no egoísta; pero es un contrato que ninguna mujer digna de su nombre puede rehusar. 131 pedía, no su mano en casamiento (aquí sus mentiras habían creado el equívoco), sino que ella se le asociara en la fidelidad a su *daimon* dominante. Era, en el sentido estricto, el único significado que podía ponerle a la palabra «amor». Lenta y serenamente empezó a hablar, reuniendo con pasión sus ideas ahora que había resuelto decírselo, distribuyendo; ordenando sus palabras, administrándolas:

-Tú sabes, todos sabemos que nuestros días están contados, desde que los franceses y los británicos han perdido el control del Medio Oriente. Nosotros, las colectividades extranjeras, con todo lo que hemos construido, somos gradualmente devorados por la marea árabe, la marea musulmana. Algunos de nosotros tratamos de trabajar contra eso: armenios, coptos, judíos y griegos, aquí en Egipto; mientras otros, en otras partes, se organizan. Gran parte de esta obra yo la he emprendido aquí... Para defendernos, nada más, para defender nuestra vida, defender el derecho de estar aquí. Tú lo sabes, lo saben todos. Pero quiencs ven un poco más lejos en la historia...

Aquí sonrió torcidamente... una sonrisa fea, con un dejo de complacencia en sí mismo.

-Los que van más allá saben que esto no será sino un simulacro de lucha: nunca podremos mantener nuestro lugar en este mundo si no es por virtud de una nación lo bastante fuerte y civilizada para dominar toda la zona. El día de Francia e Inglaterra ha pasado, por mucho que las amemos. ¿Quién, entonces, puede ocupar su lugar? - Respiró hondamente e hizo una pausa, y después juntó las manos entre las rodillas, como si estuviera apretando una esponja, para que saliera de ella el pensamiento inexpresado, lentamente, con deleite. Siguió con un susurro:

-No hay sino una nación que pueda determinar el futuro de todo en el Medio Oriente. Todo... y por una paradoja, hasta el nivel de vida de los mismos miserables musulmanes depende de ella, de su poder y recursos. ¿Me has entendido, Justine? ¿Tengo que decir su nombre? ¿Tal vez no te interesan estas cosas? -Le dirigió una sonrisa reluciente. Se encontraron sus ojos. Sentados, se miraban uno a otro del modo en que sólo pueden mirarse los que están apasionadamente enamorados. Nunca la había visto tan pálida, tan despejada, con toda su inteligencia súbitamente movilizada en sus miradas-. ¿Tengo que decirlo? -agregó, con más vigor; y exhalando súbitamente el aliento en un largo suspiro, ella sacudió la cabeza y susurró: -Palestina.

Hubo un largo silencio, durante el cual él la miró con triunfante júbilo.

-No me engañaba -expresó al fin, y ella se dio cuenta de lo que él quería decir: que no había errado su juicio, largamente formulado, sobre ella-. Sí, Justine. Sólo con que los judíos puedan alcanzar la libertad estaremos todos tranquilos. Es la única esperanza para nosotros... *los extranjeros* desposeídos.

Dijo la palabra con una leve mueca de encono. Ambos prendieron, despacio, cigarrillos, con los dedos temblando, y soplaron los humos uno hacia otro, envueltos en una nueva atmósfera de paz, de comprensión.

-Toda nuestra fortuna ha ido a la lucha que está a punto de estallar allí -manifestó, en un soplo de voz-. De eso depende todo. Aquí, naturalmente, estamos haciendo otras cosas que te voy a explicar. Los británicos y franceses nos ayudan; no ven daño en hacerlo. Lo siento por ellos. Da lástima su situación, porque no tienen ya la voluntad de pelear ni aun de pensar. -Se expresaba con un desprecio feroz pero lleno de piedad controlada-. Con los judíos, en cambio... Hay algo *joven* allí: el reñidero de gallos de Europa en estos podridos pantanos de una raza muriente. -Hizo una pausa y luego expresó con tono violento, resonante-: Justine...

Lenta y reflexivamente, al mismo tiempo se tendieron la mano: sus dedos fríos se cerraron y apretaron con fuerza. Los rostros de los dos expresaban una exultante determinación, casi terror.

La imagen de él se había metamorfoseado. Ahora la iluminaba una nueva y aterradora grandeza. Mientras ella fumaba y lo miraba, vio a alguien diferente en su lugar: un aventurero, un corsario, tratando de la vida y la muerte de los hombres; su poder también, el poder de su dinero, le daba una especie de trágico telón de fondo al proyecto. Advirtió entonces que él no veía a la Justine que reflejaban los pulidos espejos, sepultada en vestidos y adornos caros, sino a alguien más próximo que la compañera de cuarto de una vida pasional.

Era un pacto fáustico lo que le ofrecía. Había algo más sorprendente: por primera vez sentía que el deseo se agitaba en ella,

en las entrañas de ese cuerpo desechado, comprado de antemano, que ella misma miraba solamente como un buscador de placeres, un espejo para servir de referencia a la realidad. Le vino un gusto inesperado por la idea de dormir con él; no, de dormir con sus planes, sus sueños, sus obsesiones, su dinero y su muerte. Era como si solamente ahora entendiese la naturaleza del amor que le ofrecía; era su todo, su único tesoro, ese lamentable designio político, tan larga y atormentadoramente madurado en su corazón, que había desalojado a todo otro impulso o anhelo. Le pareció a Justine como si sus sentimientos hubieran quedado prendidos en alguna gran telaraña, aprisionados por las leyes que yacían debajo del nivel de su voluntad consciente, de sus deseos, del flujo y reflujo autodestructivo de su personalidad humana. Aún tenían entrelazados los dedos, como un acorde en la música, alimentándose de la fuerza que transmitían mutuamente sus cuerpos. Sólo oírle decir: «Ahora mi vida está bajo tu cuidado», le inflamaba a ella el cerebro. El corazón le latía pesadamente en los senos.

-Ahora tengo que irme -expresó con nuevo terror, terror que nunca había experimentado antes-. Realmente tengo que irme.

Sentíase débil e insegura, tocada como estaba por las caricias de un poder más fuerte que toda atracción física.

-Gracias a Dios -volvió a decir él, exhalando el aliento; y de nuevo--: ¡Oh, gracias a Dios!

Todo estaba decidido por fin.

Pero su alivio se mezclaba con miedo. ¿Cómo había conseguido al fin dar vuelta a la llave en la cerradura? Sacrificando en aras de la verdad, poniéndose a merced de Justine. La imprudencia era el único camino que le quedaba abierto. Lo obligaron a tomarlo. Subconscientemente sabía también que la mujer oriental no es sensual en el sentido europeo; que no hay nada semejante en su constitución. Las verdaderas obsesiones, para ella, son el poder, la política y las posesiones, por mucho que lo niegue. El sexo excita la mente, pero sus movimientos se caldean en las cinéticas brutalidades del dinero. En esta respuesta, ante un campo común de acción, Justine se mostraba más fiel a sí misma que nunca, respondiendo como una flor responde a la luz. Y era ahora, cuando se hallaban conversando con serenidad y fríamente, con la cabeza inclinada el uno hacia el otro como flores, cuando pudo ella decir al fin, magníficamente:

-¡Ah, Nessim! Nunca sospeché que iba a aceptar. ¿Cómo supiste que yo sólo existo para quienes creen en mí?

Él la miró estremecido y un poco aterrado, reconociendo en ella la perfecta sumisión femenina que es una de las fuerzas más poderosas del mundo.

Se dirigieron juntos al automóvil, y Justine se sintió de pronto muy débil, como si la hubieran arrastrado muy afuera de sus aguas y abandonado en medio del océano. -No sé qué otra cosa decir.

-Nada. Tienes que empezar a vivir.

Las paradojas del verdadero amor son interminables. Ella sintió como si hubiera recibido una bofetada en la cara. Se llegó al café más próximo y pidió una taza de chocolate. Lo bebió con manos temblorosas. Después se peinó el cabello y se arregló la cara. Sabía que su belleza no era más que un anuncio, y la cuidaba desdeñosamente.

Varias horas después, cuando estaba sentado en su escritorio, Nessim, después de pensar un largo rato, tomó el teléfono y pidió el número de Capodistria.

-Da Capo -dijo, despacio-, ¿te acuerdas de mis planes de casarme con Justine? Todo va bien. Tenemos un nuevo aliado. Quiero que seas el primero en anunciarlo al comité. Creo que ahora no mostrarán más reticencia por el hecho de que yo no soy judío... puesto que me voy a casar con una judía. ¿Qué dices? -Escuchó con impaciencia las irónicas felicitaciones de su amigo-. Es una impertinencia -respondió al fin, fríamente- imaginarse que no me impulsan sentimientos, además de designios. Como viejo amigo te prevengo que no vas tomar ese tono conmigo. Mi vida privada y mis sentimientos privados son míos. Si resulta que concuerdan con otras consideraciones, tanto mejor. Pero no me hagas la injusticia de creerme sin honor. La amo.

Se sintió enfermo al decirlo, enfermo de asco de sí mismo. Pero la palabra era cómpletamente exacta: amor. Volvió a colgar lentamente el teléfono, como si pesara una tonelada, y se sentó mirando su propia imagen en el pulido escritorio. Se decía:

-Todo está en que yo no soy como el hombre que ella cree que podría amar. Si no tuviera tales planes que ofrecerle, podría haberle rogado todo un siglo. ¿Cuál es el significado de esta palabrita de cuatro letras que nos sacudimos del cerebro como dados: amor?

Se sentía casi ahogado por el desprecio de sí mismo. Esa noche ella llegó inesperadamente a la gran casa, justamente cuando los relojes estaban tocando las once. Aún se hallaba levantado y sentado al lado del fuego, arreglando papeles.

-No me telefoneaste -exclamó con deleite, con sorpresa-. ¡Qué espléndido!

Ella se mantuvo en grave silencio, en la puerta, hasta que se retiró el criado que la había introducido. Después dio un paso adelante, dejando que la capa de pieles se le deslizara de los hombros. Se abrazaron apasionada, silenciosamente. Después, volviendo a él la

mirada, a la luz del fuego, esa mirada que parecía a la vez aterrada y jubilosa, ella dijo:

-Ahora, por fin te conozco, Nessim Hosnani.

El amor es toda una conspiración. El poder de las riquezas y la intriga se agitaban en ella, como delegados de la pasión. Su rostro tenía ese resplandor inocente que sólo se alcanza con la conversión a un modo religioso de vida.

-He venido para recibir tus directivas, otras instrucciones más detalladas -manifestó ella. Nessim estaba transfigurado. Corrió escaleras arriba para buscar en su pequeña caja fuerte y trajo las grandes carpetas de correspondencia... como para demostrar que era sincero, que podían verificarse sus palabras y allí mismo, en el terreno. Ahora le revelaba algo que ni su madre ni su hermano conocían: la amplitud de su complicidad en la conspiración de Palestina. Se agazaparon junto al fuego y conversaron hasta casi el amanecer.

-De todo esto verás mis preocupaciones inmediatas. Puedes encargarte de ellas. Primero, las dudas y vacilaciones del comité judío. Quiero que tú les hables. Piensan que hay algo discutible en que un copto los apoye mientras los judíos locales se mantienen aparte, temerosos de perder su buen nombre ante los egipcios. Tenemos que convencerlos, Justine. Se necesitará más de un año por lo menos, para completar la acumulación de armas. Después, todo esto ha de mantenerse fuera del conocimiento de los que nos quieren bien aquí, los franceses y los británicos. Sé que están ocupados tratando de descubrir lo que hago, mis actividades subterráneas. Hasta ahora, no sospechan. Pero entre ellos hay dos personas que nos interesan particularmente. La *liaison* de Darley con la pequeña Melissa es un *point névralgique;* como te dije, ella era la querida del viejo Cohen, que murió este año. Era nuestro principal agente para los envíos de armas y lo sabía todo sobre nosotros. ¿Le habrá contado algo a ella? No lo sé. Otra persona más equívoca todavía es Pursewarden. Evidentemente pertenece a la agencia política de la embajada. Somos grandes amigos y todo lo que se quiera... No estoy seguro de lo que sospecha. Si es necesario, tenemos que tranquilizarlo, tratar de hacerle creer en un movimiento de la colectividad copta. ¿Qué otra cosa sabe o teme, podría saber o temer? Puedes ayudarme en esto. ¡Oh, Justine, yo sabía que ibas a comprender!

La faz morena de la muchacha, de tensas facciones, tan compuestas a la luz del fuego, parecía tener ahora una nueva claridad, una nueva fuerza. Asintió. En su voz grave dijo:

-Gracias, Nessim Hosnani. Veo lo que tengo que hacer.

Después cerraron las altas puertas, pusieron a un lado los papeles, y en el silencio muerto de la noche se acostaron delante del fuego, para hacerse el amor con el despe go ªpasionado de los

súcubos. Por violentos y triunfantes que fueran sus besos, no eran más que lúcida ilustración de su caso humano. Habían descubierto mutuamente sus más profundas flaquezas, el verdadero asiento del amor. Y ahora, al fin, no habría reservas ni inhibiciones en la mente de Justine, y lo que podría parecer lujuria en otras condiciones, era en realidad el poderoso coeficiente de un total abandono al amor mismo, una forma de verdadera identidad que ella nunca había compartido con ningún otro. El secreto que los unía le daba a ella libertad de obrar. Y Nessim, de una femineidad curiosamente suave, casi virginal, se sentía, al naufragar en aquellos brazos, sacudido y golpeado como' una muñeca de trapo. El mordisqueo de los labios de Justine le recordaba la yegua árabe, blanca, de su niñez; confusos recuerdos subían como bandadas de pájaros de colores. Se sentía exhausto hasta las lágrimas y sin embargo irradiaba una formidable gratitud y ternura. En aquellos magníficos besos toda su soledad estaba expurgada. Había encontrado a alguien que compartiera su secreto: una mujer como le gustaba a él. ¡Paradoja dentro de la paradoja!

En cuanto a ella, era como si le hubiera robado el tesoro de su poder espiritual, simbolizado tan curiosamente en sus riquezas materiales: el frío acero de los fusiles, las frías tetillas de las bombas y granadas que habían nacido del tungsteno, la goma arábiga, el yute, las líneas de vapores, los ópalos, hierbas, árboles y sedas.

La tenía encima de él y en la zambullida de las caderas sentía el deseo que experimentaba ella de añadirse a él, de fecundar sus actos; y de fructificar a través de los ominosos instrumentos del poder, de dar vida a los forcejeos cargados de muerte de una mujer verdaderamente estéril. Justine tenía la cara sin expresión de una máscara de Shiva. No era fea ni hermosa, sino desnuda como el poder mismo. Parecía contemporáneo este amor con el fáustico amor de algunos santos, que aprendieron a dominar el helado arte de la interrupción seminal, a fin de reconocerse más claramente a sí mismos; porque los ardores azules no transmitían fuego, sino frío al cuerpo. Pero la voluntad y la mente se quemaban como si se hubieran bañado en cal viva. Era una verdadera sensualidad, que no llevaba nada en sí de los venenos civilizados que la hicieran anodina, aceptable para una humana sociedad construida sobre una romántica idea de la verdad. ¿Era por eso menos amor? Paracelso ha descrito tales relaciones entre los Caballi. En todo esto uno puede ver la austera faz primitiva, sin mente, de Afrodita. Y todo el tiempo él pensaba para sí: «Cuando haya acabado esto, cuando ella haya encontrado su hija perdida... por entonces ya estaremos tan unidos que ni pensará en abandonarme.»

La pasión de sus abrazos nacía de la *complicidad,* de algo más profundo, más malo que las tentaciones desordenadas de la carne o del espíritu. La había conquistado ofreciéndole una vida marital que era una ficción y que sin embargo estaba informada por un propósito capaz de llevarlos a ambos a la *muerte.* Esto era lo único que podía

significar el sexo para ella ahora. ¡Qué estremecedora, sexualmente estremecedora, la expectación de su muerte …

La llevó a su casa a los primeros albores del día; esperó hasta oír que el ascensor subía lentamente, penosamente, hasta el tercer piso y volvía. Se paró con un saltito delante de él y la luz se apagó con un clic. El personaje se había ido, pero el perfume quedaba.

Era un perfume llamado *lamais de la Vie.*

XI

Durante todo el verano y el otoño los conspiradores: habían trabajado juntos para montar diversiones en una escala pocas veces vista en la ciudad. La casona rara vez estaba silenciosa durante horas. Perpetuamente animada con los frescos arabescos, semejantes a helechos, de un cuarteto, o con la zambullida zozobrante de saxofones, que le gritaban a la noche como cuclillos. Las cocinas, otrora cavernosas y desiertas, se hallaban ahora llenas de la agitación resonante de los sirvientes, que se preparaban para una fiesta o limpiaban después de otra recién terminada. En la ciudad decían que Nessim se había propuesto lanzar a Justine en sociedad, como si los provinciales esplendores de Alejandría encerraran promesa o encanto alguno para quien se había convertido de corazón en europeo, como él. No, estos,asaltos planeados a la sociedad de la segunda capital eran a la vez exploratorios y engañosos. Ofrecían un telón de fondo para los conspiradores, quienes así podían moverse con una libertad necesaria para su trabajo. Trabajaban infatigablemente… y sólo cuando la presión de las cosas se hacía demasiado grande robaban breves vacaciones en la pequeña casa de verano que Nessim había bautizado con el nombre de Palacio Estival de Justine. Allí podían leer y escribir y bañarse y gozar de la amistad de los más íntimos: Clea, Amaril y Balthazar.

Pero siempre después de estas largas noches pasadas en una selva de conversación, una espesura de platos y botellas de vino, cerraban las puertas, corrían inclusive los grandes cerrojos y se volvían suspirando a la escalera, dejando a los amodorrados criados que empezaran la tarea de barrer los *débris;* pues la casa tenía que estar completamente lista para la mañana; caminaban despacio, del brazo, haciendo una pausa para quitarse de un puntapié los zapatos en el primer descansillo y sonreírse uno a otro en el gran espejo. Después, para aquietar sus espíritus, recorrían lentamente, de ida y vuelta, toda la galería de cuadros, con su espléndida colección de impresionistas, conversando de temas indiferentes mientras los ávidos ojos de Nessim exploraban las grandes telas, mudo testimonio de la validez de los mundos privados y de los deseos secretos.

Así, por fin, llegaban a aquellas alcobas cálidas y bellamente amuebladas, contiguas, sobre el fresco lado norte de la casa. Siempre era lo mismo. Mientras Nessim se tendía en la cama, vestido del todo, Justine prendía el infiernillo de alcohol para preparar la infusión de

valeriana que él tomaba siempre a fin de calmarse los nervios antes de dormir. Allí también tenían la mesita de juego, al lado de la cama, y juntos jugaban una o dos manos de *cribbage* o de *picquet,* mientras hablaban, con obsesión, de los asuntos que les ocupaban las mentes. En tales momentos sus rostros morenos, apasionados, relumbraban a la blanda luz con una especie de santidad que les confería el secreto, por los apetitos de una voluntad común. Aquella noche fue lo mismo. Cuando ella daba la primera mano, sonó el teléfono al lado de la cama. Nessim tomó el auricular, escuchó un segundo y después se lo pasó a ella sin una palabra. Sonriendo, ella alzó las cejas interrogativamente y su esposo asintió.

-¡Hola! -La voz gruesa fingía sueño, como si la hubieran despertado de la cama-. Sí, querido. Naturalmente. No, estaba despierta. Estoy sola.

Nessim, tranquilo y metódico, desplegaba en abanico su mano de naipes y estudiaba las cartas sin expresión visible. La conversación avanzaba a tropezones y después el que había llamado decía buenas noches y colgaba. Suspirando; Justine volvía a poner el teléfono en su sitio y después hacía un lento gesto, como de alguien que se quita unos guantes manchados, o se desembaraza de una madeja de lana.

-Era el pobre Darley -decía, recogiendo sus cartas. Nessim alzaba los ojos un momento, ponía una carta y hacía una apuesta. Cuando empezaba el juego, ella comenzaba a hablar de nuevo, blandamente, como para sí:

-Está absolutamente fascinado por los diarios. ¿Te acuerdas? Yo solía copiar todas las notas de Arnauti para *Moeurs,* en mi propia letra, cuando él se rompió la muñeca. Las teníamos encuadernadas. Todas las partes que él no usó al final se las he dado al pobre Darley como diario mío. -Deprimió sus mejillas en una triste sonrisa-: Las acepta como mías y dice, no sin naturalidad, ¡que tengo una mente masculina! También dice que mi francés no es muy bueno... Eso le gustaría a Arnauti, ¿no?

-Lo siento por él -contestó Nessim, despacio, tiernamente-. Es tan bueno. Alguna vez seré del todo franco y se lo explicaré.

-Pero no comprendo tu inquietud por la pequeña Melissa -contestó Justine nuevamente, como si estuviera empeñada en un debate privado, más bien que una conversación-. He tratado de sondear a Darley en todo sentido. No sabe nada. Estoy convencida de que ella tampoco sabe nada. Sólo por haber sido la querida de Cohen... No sé. Nessim dejó las cartas y dijo:

-No puedo librarme de la impresión de que ella sabe algo. Cohen era jactancioso y estúpido, y, por cierto, sabía todo lo que había que saber.

-Pero... ¿por qué había de decírselo?

-Es, sencillamente, que después de su muerte, cada vez que me encuentro con ella, me mira de un modo nuevo, como *a* ta *luz de algo* que hubiera oído de mí, un fragmento de información nueva. Es difícil de describir.

Jugaron en silencio hasta que la tetera comenzó a zumbar. Entonces Justine dejó las cartas, y cruzó la pieza para prepararle su valeriana. Mientras sorbía la taza y miraba reflexivamente a la pared, Nessim escuchó el pequeño chasquido de los aros que ella se quitaba y el ruidito de las pastillas somníferas que caían en un vaso. Ella volvió y se sentó a la mesa de juego.

-Entonces, si la temes, ¿por qué no la suprimes de algún modo? -Él miró sobresaltado y ella añadió-: No digo hacerle daño alguno, pero mandarla afuera.

Nessim sonrió.

-Pensaba hacerlo, pero después, cuando Darley se enamoró de ella, le tuve lástima.

-No hay sitio para tales ideas -expresó Justine brevemente, y él le dio la razón, casi humildemente:

-Lo sé.

Justine dio las cartas de nuevo, y de nuevo cada uno miró su mano en silencio.

-Trabajo ahora para enviarla afuera... por obra del propio Darley. Amaril dice que ella está gravemente enferma y ya ha recomendado que se vaya a Jerusalén para un tratamiento especial. Le he ofrecido el dinero a Dárley. Se halla en un estado lastimoso de confusión. Muy inglés. Es una buena persona, Nessim, aunque ahora te tiene mucho miedo e inventa toda clase de fantasmas para asustarse a sí mismo. Me da lástima, ¡es tan indefenso!

-Lo sé.

-Pero Melissa tiene que irse. Se lo he dicho. -Bueno. -Y en un tono enteramente diferente, levantando a ella sus oscuros ojos, Nessim le dijo-: ¿Y qué decimos de Pursewarden?

La pregunta quedó pendiente entre los dos, sobre el aire inmóvil del aposento, temblando como una aguja de brújula. Después el bajó una vez más los ojos a las cartas que tenía en la mano. La faz de Justine tomó una nueva expresión, a la vez enconada y aturdida. Encendió un cigarrillo con mucho cuidado y dijo:

-Como te conté, es alguien que sale completamente de lo común: *c'est un personnage.* Casi imposible sería sacarle un secreto. Difícil de describir.

Lo miró largo rato estudiando ese moreno rostro apartado, con expresión abstraída, y agregó:

-Lo que trato de explicar es esto: la diferencia entre ellos. Darley es tan sentimental y tan fiel que no constituye peligro alguno. Aun cuando entrara en posesión de informaciones que pudieran hacernos daño, no las usaría; las enterraría. No así Pursewarden. -Los ojos le brillaban-. Es, en cierto modo, frío y listo y concentrado en sí mismo. Completamente amoral, como un egipcio. No le importaría que mañana nos muriéramos. Simplemente no puedo llegar a él. Pero potencialmente es un enemigo digno de tenerse en cuenta.

Nessim alzó los ojos hacia ella y se quedaron un largo rato mirándose las mentes. En los ojos de él había ahora una ardiente dulzura apasionada; eran como los ojos de una noble ave de presa. Se humedeció los labios con la lengua, pero no habló. Había estado a punto de decir: «Tengo miedo de que puedas enamorarte de él», pero una curiosa sensación de pudor lo contuvo.

-Nessim.

-Sí.

Ella apretó el cigarrillo apagándolo y, hundida en sus pensamientos, se levantó para caminar de un lado a otro por el cuarto cocí las manos metidas en las axilas. Como siempre cuando cavilaba, se movía de un modo extraño, casi torpe, como vagando, que le recordaba algún animal de rapiña. La mirada de Nessim parecía imprecisa y sin lustre. Arregló maquinalmente las cartas, y luego bajó los ojos y levantó las palmas de las manos hasta sus mejillas ardientes.

En seguida estuvo ella a su lado, con la cálida mano sobre su frente.

-Estás con fiebre otra vez.

-No lo creo -contestó él, rápida, maquinalmente.

-Déjame tomártela.

-No.

Justine se sentó frente a él, inclinándose hacia adelante y le miró de nuevo a los ojos:

-Nessim, ¿qué ha estado ocurriendo? Tu salud, estas fiebres... ¿y no duermes?

Él sonrió cansado y oprimió el dorso de la mano de ella contra su propia mejilla ardiente.

-No es nada -expresó-. Nada más que la tensión, ahora que todo se acerca al fin. Y también el tener que decirle a Leila toda la verdad. Se ha alarmado al comprender el pleno alcance de nuestros planes. Además le ha hecho mucho más difícil su relación con Mountolive. Creo que ésa es la razón de que se negara a verle en la cita de Carnaval, ¿te acuerdas? Yo le había contado todo esa mañana. No hagas caso. Otros seis meses y nuestra labor habrá concluido. El resto les corresponde a ellos. Pero, naturalmente, a Leila no le gusta la idea de irse. Yo sabía que no le iba a gustar. Y además tengo otros serios problemas.

-¿Qué problemas?

Él meneó la cabeza y, levantándose, empezó a desvestirse. Una vez en la cama terminó su valeriana y se tendió manos y pies plegados, como la efigie de un cruzado. Justine apagó la luz y se detuvo callada en el umbral. Al fin dijo:

-Nessim, temo que te esté pasando algo que no entiendo. Estos días... ¿estás enfermo? Por favor, habla. Hubo un largo silencio. Después ella agregó: -¿Cómo va a resultar todo esto?

Él se levantó levemente sobre las almohadas y la miró. -Para otoño, cuando esté listo, tendremos que tomar nuevas disposiciones. Quizá signifique una separación de un año, Justine. Quiero que vayas allá y te quedes mientras pasa todo eso. Leila tiene que irse a la granja de Kenya. Habrá sin duda fuertes reacciones aquí y yo tendré que quedarme a hacerles frente.

-Estás hablando dormido.

-Estoy exhausto -exclamó lacónicamente, enojado.

La silueta inmóvil de Justine no se movió del umbral iluminado.

-¿Y los otros? -preguntó quedo, y él se levantó de nuevo en las almohadas para contestar toscamente:

-El único que nos interesa por ahora es Da Capo. Tendrá que pasar por muerto o desaparecer, porque está muy comprometido. No he elaborado debidamente los otros detalles. Quiere que yo reclame su seguro, de todos modos, pues está completamente arruinado, de modo que su desaparición encajaría bien. De esto hablaremos más tarde. Será relativamente fácil de arreglar.

Ella entró pensativamente en el dormitorio iluminado y comenzó a prepararse para dormir. Podía oír a Nessim suspirando y dándose vueltas de continuo en el cuarto de al lado. En el gran espejo se

estudió la cara, triste y atormentada, despojándola de sus colores y peinándose lujuriosamente los cabellos. Después se deslizó desnuda entre las sábanas y apagó la luz, cayendo levemente, sin esfuerzo, en el sueño, al cabo de unos pocos momentos.

Ya era casi de día cuando Nessim llegó descalzó a su pieza. Ella se despertó y sintió que los brazos de él le rodeaban los hombros. Se había arrodillado al lado de la cama, sacudido por un paroxismo que al principio ella tomó por un ataque de llanto. Pero él estaba temblando como con fiebre y le castañeteaban los dientes.

-¿Qué pasa? -preguntó ella, incoherentemente, y él le puso la mano en la boca para hacerla callar.

-Tengo que decirte, sencillamente, por qué he estado obrando de un modo tan extraño. No puedo soportar más la tensión. Justine, me veo cara a cara con otro problema. Me veo frente a la terrible posibilidad de tener que eliminar a Naruz. Por eso me siento casi loco. Ha perdido completamente la cabeza. Y no sé qué hacer.

Esta conversación se efectuó poco tiempo antes del inesperado suicidio de Pursewarden en el hotel de Monte del Buitre.

XII

Pero no fue solamente para Mountolive para quien se alteró bruscamente toda la posición en el tablero de ajedrez por el solitario acto de cobardía de Pursewarden... y el inesperado descubrimiento que había dado motivo, impulso principal a su muerte. Nessim también, que tan largamente se ilusionó con los mismos sueños de una perfecta acción precisa, libre y despreocupada como los movimientos de una voluntad dirigida, se encontraba ahora, como su amigo, presa de las fuerzas gravitacionales que son inherentes al resorte-tiempo de nuestros actos, que los extiende como una mancha en un cielo raso blanco. En realidad, los amos empezaban a descubrir que ellos eran, al fin y al cabo, los servidores de las mismas fuerzas que habían puesto en juego y que la naturaleza es intrínsecamente ingobernable. A ellos también los iban a arrastrar por caminos que no podían elegir, atrapados en un campo magnético, acaso por las mismas fuerzas que desencadenan las mareas bajo la orden de la luna o que propulsan a las chispeantes tropas de salmones por un río aguas arriba... acciones que se curvan y se hinchan en el futuro, y que las facultades humanas no pueden gobernar o desviar Así lo reconocía Mountolive, vaga e intranquilamente, mientras yacía en cama, observando las espirales de humo que subían desde su cigarro hasta el cielo raso desnudo. Nessim y Justine lo sabían con mayor certeza, tendidos con las frías frentes juntas, los ojos abiertos en la magní faca alcoba oscurecida, cuchicheándole. Lo sabían, más allá de la connivencia de la voluntad, y sentían que los prodigios los rodeaban: paradigmas de facultades desencadenadas, que tendrían que cumplirse. Pero ¿cómo? ¿De qué modo? No era del todo claro aún.

Pursewarden, antes de tenderse en aquella mísera cama. terrenal, junto a las olvidades imágenes susurrantes de Melissa o Justine -y otros recuerdos privados- había telefoneado a Nessim con nueva voz, cargada de áspera resignación, y los esplendores de la muerte próxima:

-Es una cuestión de vida o muerte, como dicen en los libros. Sí, por favor, ven en seguida. Hay un mensaje para ti en un lugar apropiado: el espejo.

Colgó con una risa simple, que asustó al hombre alerta y helado del otro extremo de la línea; en seguida adivinó Nessim que se acercaba un probable desastre. En el espejo de aquel raído cuarto de hotel, entre las citas que pertenecen al taller privado de la vida de un escritor, encontró las siguientes palabras, escritas en letras mayúsculas con una brocha de afeitar:

NESSIM. COHEN PALESTINA, ETC., TODOS DESCUBIERTOS Y DENUNCIADOS.

Este era el mensaje que casi había conseguido borrar, antes de que se oyeran voces en el hall y sonaran furtivamente unos golpes en los paneles de la puerta; antes de que Balthazar y Justine entraran en puntas de pie en el cuarto. Pero las palabras y el recuerdo de esa risita de despedida (como el sonido de un Pan resucitado) le quedaban grabadas a fuego. Mostraba la expresión de una inconsciencia neurálgica, mientras le repetía todos estos hechos a Justine, más tarde, porque la desnudez del acto mismo lo había dejado como aturdido. Le sería imposible dormir, ya empezaba a verlo; era un mensaje que debían tratar in extenso, escudriñar, desembrollar allí mismo, inmóviles como las imágenes de las tumbas de Alejandría, juntos en el cuarto a oscuras, clavándose los ojos abiertos, ciegos como objetos inhumanos, espejos hechos de cuarzo, estrellas muertas. Con las manos juntas, suspiraban y murmuraban, y aun al cuchichear él «Yo te dije que era Melissa... El modo en que siempre me miraba... Yo lo sospechaba», los otros problemas inquietantes se entrometían y superponían en su mente, el problema de Naruz entre ellos.

Se sintió como debiera sentirse un caballero cercado en el silencio de su fortaleza cuando oye súbitamente el sonido de palas y picos, el ruido de los pies de hierro y adivina que los zapadores enemigos están ganando pulgada por pulgada, debajo de las murallas. ¿Qué se sentiría Mountolive *obligado* a hacer ahora, suponiendo que se lo hubieran dicho? (Es extraño cómo la misma frase los seducía a los dos, como si hubieran salido de la órbita de la libre voluntad humana.) Los dos estaban *obligados* ahora, atados como siervos al movimiento de la acción, que no expresaba las predisposiciones personales de ninguno de ellos. Se habían embarcado en el libre ejercicio de la voluntad sólo para encontrarse engrillados, emparedados por el proceso histórico. Y una simple vuelta del caleidoscopio había producido esto.

¡Pursewarden! El escritor que tanto gustaba de decir: «La gente comprenderá un día que solamente el artista es quien hace que ocurran de veras las cosas y por eso la sociedad debe fundarse sobre él.» ¡Un *deus ex machina!* ¡Muriendo los había utilizado a los dos como... una oportunidad pública de demostrar la verdad de su propio aforismo! Pursewarden hubiera podido encontrar sin duda muchas otras salidas sin necesidad de separarlos con el acto de su muerte, de oponerlos comunicándoles un _conocimiento que no podía beneficiar a ninguno de los dos. Ahora todo pendía de un cabello: los términos más frágiles de una nueva probabilidad. Obrar, sí; Mountolive iba a obrar solamente si *debía; y* una sola palabra suya a Memlik Bajá pondría en movimiento nuevas fuerzas, nuevos peligros...

La ciudad, con su ritmo obsesionante de muerte, sonaba alrededor de ellos en la oscuridad: el gemido de los neumáticos sobre plazas vacías, el deslizamiento raudo de los vapores de pasajeros, el penetrante silbido de un remolcador en el puerto interior. Sintió como nunca aquel polvoriento. flotar a la deriva, hacia la muerte, de la ciudad que año tras año se asentaba más firmemente en las estériles dunas del Mareotis. Volvía la mente primero a este lado y después al otro, como un reloj de arena, pero siempre era la misma arena la que se filtraba en él, las mismas preguntas que se seguían unas a otras, sin respuesta al mismo paso pesado. Ante ellos se extendía el potencial de un desastre para el cual -aun cuando hubieran evaluado el riesgo tan plena y objetivamente como lo habían hecho- no habían juntado reservas de fuerza. Era extraño. Sin embargo, Justine, cavilando furiosamente, con las cejas fruncidas y los nudillos contra los dientes, no parecía conmovida.aún; y en su corazón él la admiraba, pues la dignidad de su silencio (los ojos impasibles de la sibila) le daba el coraje de seguir pensando, de pesar el dilema. Tenían que continuar como si nada hubiera cambiado, cuando en realidad había cambiado todo. El conocimiento de que debían, tan sin expresión como caballeros clavados en sus armaduras, seguir un curso predeterminado, constituía a la vez una separación y un nuevo lazo, más hondo; una camaradería más apasionada, como la que sólo gozan los soldados en el campo de batalla, sabiendo que han renunciado a todo pensamiento de continuidad humana en términos de amor, familia, amigos, hogar, convirtiéndose en siervos de una voluntad de hierro que se exhibe en la máscara de mallas del deber.

-Debemos prepararnos para toda eventualidad -dijo él, con los labios secos, pues había fumado demasiado-y mantenernos así hasta que todo haya concluido, alrededor de Navidad, diría yo. Quizá dispongamos de bastante tiempo; a decir verdad, tal vez no pasé nada. Tal vez no se lo hayan dicho a Mountolive. -Y añadió, en voz más baja, con el peso de la comprensión-: Pero si se lo han dicho, lo sabremos. Sus maneras lo demostrarán en seguida. -

Súbitamente podría encontrarse en cualquier esquina frente a un hombre armado de una pistola,, en cualquier esquina oscura de la ciudad; o bien podría envenenarle la comida, algún día, un sirviente sobornado. Contra esas eventualidades podía al menos reaccionar,

estudiándolas, mediante una estrecha y cuidadosa atención a las probabilidades.

Justine permanecía silenciosa, con ojos muy abiertos.

-Y mañana -añadió él- tengo que hablarle a Naruz. Hay que hacerle comprender.

Pocas semanas antes, al entrar en su oficina, había encontrado al grave Serapamoun de cabellos de plata sentado en la silla de los visitantes, fumando serenamente un cigarrillo. Era el más importante de los reyes coptos del algodón y había desempeñado papel decisivo en el sostenimiento del movimiento colectivo iniciado por Nessim. Eran antiguos amigos, aunque el otro pertenecía a una generación anterior. En su serena faz tranquila y su voz baja había la autoridad de una educación y un reposo que hablaban de Europa. Su conversación tenía el rápido pulso de una mente reflexiva.

-Nessim -expresó suavemente-, estoy aquí como representante de nuestro comité, no solamente por mí. Tengo que cumplir una tarea más bien ingrata. ¿Puedo hablarle francamente, sin calor ni rencor? Estamos muy inquietos.

Nessim cerró la puerta y le echó llave, desconectó el teléfono y apretó afectuosamente el hombro de Serapamoun cuando pasaba detrás de la silla de su visitante.

-No pido otra cosa -contestó-. Hable.

-Su hermano, Naruz.

-Bueno, ¿qué pasa con Naruz?

-Nessim, al empezar este movimiento de la colectividad, ustedes no pensaban iniciar una *jehad,* una guerra santa, religiosa, ni hacer nada subversivo que trastornara al gobierno egipcio, ¿verdad? Por supuesto, no. Eso es lo que creíamos, y si nos unimos a ustedes fue por estar convencidos de que los coptos debían unirse y buscar un lugar más amplió en los negocios públicos. -Fumó en silencio por un minuto, perdido en sus pensamientos. Luego prosiguió-: Nuestro patriotismo de colectividad de ningún modo disminuye nuestro patriotismo como egipcios, ¿verdad? Nos alegramos de oír a Naruz predicar las verdades de nuestra religión y raza, sí, nos alegramos mucho, porque esas cosas había que decirlas, había que *sentirlas.* Pero... usted no ha asistido a una reunión desde hace casi tres meses. ¿Sabe qué cambio se ha producido? Naruz se ha dejado arrastrar tanto por sus propias facultades que ahora está diciendo cosas que podrían comprometernos seriamente a todos. Estamos muy alarmados. Ahora se siente henchido por una especie de misión. Su cabeza es un bosque con extraños fragmentos de saber, y cuando predica, le salen toda clase de cosas en un torrente que haría muy mala figura en el papel si se lo leyeran a Memlik Bajá.

Otro largo silencio. Nessim sintió que empalidecía de aprensión; Serapamoun continuó con su voz baja, levemente gastada:

-Decir que los coptos van a encontrar un lugar al sol es una cosa; pero decir que van a barrer con el régimen corrompido de los bajás, que poseen el noventa por ciento de la tierra... Hablar de apoderarse de Egipto y ponerlo a derechas...

-¿Eso dice? -tartamudeó Nessim.

-Sí. Gracias a Dios, nuestras reuniones todavía son secretas. En la última se puso a fantasear como un melboos (poseído) y gritó que si fuera necesario armaría a los beduínos. ¿Se puede decir más?

Nessim se lamió los labios resecos. -No tenía idea --contestó.

-Estamos muy inquietos y preocupados por el destino de todo nuestro movimiento, con semejante prédica. Con usted contamos para que obre de algún modo. Hay que contenerlo, mi querido Nessim; o por lo menos que entienda un poco nuestra misión. Está viendo demasiado a la anciana Taor: siempre allí, en el desierto, con ella. No creo que ella tenga ninguna idea política, pero él sale con fervor religioso de esas reuniones. Hablaba de ella y decía que permanecen juntos arrodillados durante horas en la arena, bajo el sol de fuego, y rezando. «Yo veo sus visiones y ella ve las mías.» Eso es lo que dijo. Además ha empezado a beber muchísimo. Esto es algo que requiere urgente atención.

-Le hablaré en seguida -había dicho Nessim; y ahora, volviéndose otra vez hacia la mirada oscura, impasible, de Justine, a la que sabía mucho más fuerte que él, repitió. blandamente la frase, probándola con su mente como quien prueba la hoja de un cuchillo para verificar el filo. Había diferido la entrevista, con uno u otro pretexto, aun sabiendo que tendría que ocurrir tarde o temprano, que tendría que imponerse a Naruz... a un Naruz diferente del que él siempre había conocido.

Y ahora venía Pursewarden a intervenir torpemente, interpolando su muerte y su traición preocupándolo todavía más con todos aquellos comprometidos asuntos que Naruz no conocía; lanzando su mente afiebrada a correr entre líneas paralelas hacia el infinito... Tenía la sensación de que las cosas se le venían encima, de que empezaba lentamente a sofocarse bajo el peso de los cuidados que él mismo se había inventado. Todo había empezado a ocurrir tan súbitamente... en pocas semanas. El desamparo comenzó a insinuarse en su ánimo, porque ahora cada decisión no parecía ya producto de su voluntad, sino una réplica a presiones acumuladas fuera de él; las exigencias del proceso histórico en que él mismo se hundía como en una arena movediza.

Pero si ya no podía controlar los acontecimientos, era necesario que se controlara a sí mismo, a sus nervios. Ya hacía semanas que

los sedantes tomaban el lugar del auto dominio, aunque no sirvieran más que para exorcizar los cosquilleos de la subconsciencia, temporalmente. La práctica del tiro de pistola, preparación tan inútil e infantil contra el asesinato, ofrecía poco alivio. Le poseían, le asaltaban los sueños de su infancia, que irrumpían ahora sin razón ni consecuencia, casi apoderándose de su vigilia. Consultó a Balthazar, pero naturalmente no podía dejarle conocer las verdaderas preocupaciones que lo abrumaban, de modo que el astuto amigo le sugirió que, cuando pudiera, fijara los sueños por escrito; y también lo hizo. Pero las presiones psíquicas no se alivian a menos que uno las mire de frente y las domine, que pelee con los peligros de una razón temblorosa...

Había aplazado la entrevista con Naruz hasta que se sintiera más fuerte y capaz de soportarla. Afortunadamente, las reuniones del grupo no eran frecuentes. Pero día a día le asustaba más la idea de hacer frente a su hermano, y fue en realidad)ustine quien, con una palabra a tiempo, lo empujó por fin a Karm Abu Girg. Teniéndolo de las solapas de la chaqueta, le dijo lenta y distintamente:

-Iría y lo mataría yo misma si no supiera que eso nos separaría para siempre. Pero si tú has decidido que hay que hacerlo, yo tengo el coraje de dar las órdenes en tu nombre.

No lo decía en serio, desde luego; era una triquiñuela para volverlo a la razón. A Nessim se le despejó en seguida la mente y se le disolvió la niebla de sus dudas. Esas palabras tan terribles y, sin embargo, tan quietamente pronunciadas, sin el orgullo siquiera del tono de la resolución, le despertaron su apasionado amor por ella, de modo que casi le brotaron las lágrimas. La miró como un fanático religioso mira un icono... y en verdad los rasgos de Justine, hoscos e inmóviles, sus ojos que ardían sin llama, eran los de una antigua pintura bizantina.

-Justine -exclamó, con manos temblorosas.

-Nessim --contestó ella, roncamente, lamiéndose los labios secos, pero con una barbárica resolución brillándole en los ojos. Casi con exultación (porque había desaparecido el obstáculo), profirió él:

-Voy a ir esta noche, no temas. Todo quedará arreglado de un modo u otro.

Se sentía de pronto inundado de fuerza, resuelto a traer a su hermano a la razón y desviar el peligro de una segunda orden comprometedora para su gente, los coptos.

No le abandonó el nuevo estado de ánimo, aquella tarde, cuando partió en el gran automóvil, manejando con velocidad y cuidado a lo largo de los polvorientos senderos de los canales, hasta donde estarían esperándole los caballos que había encargado por teléfono. Estaba verdaderamente ansioso de ver a su hermano, de superarlo con su presencia, de rehabilitarse ante sus propios ojos. Allí, el mayordomo le esperaba en el vado, con la acostumbrada cortesía que

parecía confirmarlo oportunamente en su nuevo espíritu de decisión. Al fin y al cabo era el hijo mayor. El hombre había traído el caballo árabe blanco del propio Naruz y galoparon a lo largo del borde de los canales a gran velocidad, con sus imágenes corriendo al lado de ellos en el agua tranquila. Había preguntado tan sólo si su hermano estaba en casa y se le había contestado taciturnamente que sí estaba. No cambiaron otra palabra durante el resto de la cabalgata. La luz violeta del crepúsculo estaba ya en el aire y los vapores de la tierra se alzaban del lago. Los mosquitos se levantaban hacia el círculo del sol agonizante, en corrientes de plata, para almacenar los últimos restos del calor en sus alas. Los murciélagos habían empezado a aletear y aletear lentamente, por los espacios oscuros. ¡Los murciélagos!

La casa de Hosnani ya estaba sumida en una semioscuridad violeta, hallándose cobijada, bajo el hombro de la colina baja, a la sombra de la aldehuela cuyo alto minarete blanco llameaba todavía a la luz del ocaso. Oyó entonces, al desmontar, el hosco chasquido del látigo y divisó fugitivamente al hombre que estaba en el balcón más alto de la casa, mirando intensamente hacia abajo, al charco azul del patio. Era Naruz. Y sin embargo, en cierto modo no era Naruz. ¿Puede un solo gesto de alguien, que nos es familiar, revelar una transformación interna? El hombre del látigo, en pie allí, atisbando tan intensamente el pozo sombrío del patio, registraba en su misma posición una nueva aparatosidad, perturbadora, una autoridad que no correspondía, por decirlo así, al repertorio de sus gestos.

-Está practicando -expresó por lo bajo el mayordomo teniendo el caballo de la brida-. Cada mañana practica ahora con el látigo, contra los vampiros.

Nessim tuvo una sensación de incoherencia.

-¿Los vampiros? -repitió, por lo bajo-. El hombre en el balcón (el Naruz de esta impresión rápidamente provocada) rió bruscamente y exclamó con voz gruesa:

-Trece.

Nessim tiró de las puertas y se detuvo, enmarcado por la luz exterior. Habló hacia arriba, al cielo que se oscurecía, con una voz tranquila, casi de conversación, volviéndola como un ventrílocuo hacia la figura envuelta en un manto que se alzaba en lo alto de la escalera, con el largo látigo arrollado a su lado, en reposo.

-Ya, Naruz -expresó, con el tradicional saludo de su común infancia, afectuoso.

-Ya, Nessim -vino la respuesta, después de una pausa, y luego cayó un largo silencio de marea que baja. Nessim, cuyos ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, vio que el patio estaba lleno de cuerpos de vampiros, como fragmentos de una sombrilla desgarrada, algunos aleteando y arrastrándose en las manchas de su propia sangre, otros

inmóviles y abiertos. Luego ¿esto era lo que hacía Naruz al atardecer, «practicar con los vampiros»? Titubeó un momento, sin saber qué hacer, qué decir. El mayordomo cerró bruscamente, detrás de sí, las grandes puertas, y Nessim se quedó allí, negro contra la oscuridad ahora, mirando hacia arriba, hacia la escalera, donde su hermano desconocido estaba con una especie de vigilante e impenitente conciencia de sí mismo. Un murciélago apareció en la luz y Nessim vio el brazo de Naruz que se balanceaba con movimiento involuntario y luego caía, al costado de nuevo. Desde su puesto en lo alto de la escalera podía disparar, por decirlo así, hacia abajo contra sus blancos. Ninguno dijo nada por un rato. Después una puerta se abrió con un chirrido, arrojando un pantallazo de luz, y el mayordomo salió de la casa con una escoba para barrer los restos de los cuerpos aleteantes de las víctimas de Naruz, que sembraban el piso del patio. Naruz se inclinó un poco hacia adelante, mirándolo intensamente, y cuando el mayordomo ya casi había barrido la pila de cuerpos despedazados hasta la puerta del recinto exterior, dijo con una voz ronca:

-Trece, ¿eh? -Trece.

Su voz le causó a Nessim un sordo estremecimiento neurálgico, pues parecía la voz áspera y autoritaria de quien se ha emborrachado con *hashish,* tal vez, o con opio; la voz de alguien que hace señales desde una nueva órbita, en un universo desconocido. Aspiró lentamente el aire, hasta llenarse los pulmones, y luego volvió a hablar hacia arriba, a la figura que estaba en la escalera.

-Sí, Naruz. He venido a hablarte sobre un asunto de gran urgencia.

-Sube -contestó malhumoradamente Naruz, con la voz de un perro ovejero-. Te espero aquí, Nessim. –La voz le explicó muchas cosas a Nessim, porque nunca hasta entonces el tono de su hermano había estado tan despojado de toda nota de bienvenida, de alegría siquiera. En cualquier otro momento habría bajado corriendo los es. calones, en una torpe bienvenida, de dos en dos, y gritando: «Nessim, qué *bueno* has sido en venir.» Nessim cruzó el patio y puso la mano en la polvorienta baranda de madera.

-Es importante -expresó severamente, con prontitud, como para establecer su propia importancia en este cuadro... el sombrío patio con la figura solitaria, de pie contra el cielo, que sostenía ligeramente el largo látigo, sin esfuerzo, y lo observaba. Naruz repitió la palabra «Sube» en una escala más baja, y súbitamente se sentó, poniendo el látigo a su lado, en el último escalón. Era la primera vez, pensó Nessim, que nadie lo saludaba al volver a Karm Abu Girg. Subió lentamente la escalera, atisbando hacia arriba.

Estaba mucho más claro en el primer piso, y en lo alto del segundo había luz suficiente para ver la cara de su hermano. Naruz permanecía sentado muy quieto, con manto y botas. El látigo yacía ligeramente arrollado sobre la balaustrada, con el mango en sus rodillas. A su lado, sobre el piso de madera polvorienta, había una botella de ginebra medio

vacía. Hundiendo el mentón en el pecho, alzó torvamente los ojos, bajo las peludas cejas, hacia el extraño que se aproximaba, con una expresión en que se combinaba la ferocidad y una tristeza curiosa e irresoluta. Apretaba los negros dientes y los aflojaba, según su vieja costumbre, de modo que los tendones de las sienes se le contraían, como si las venas le latieran allí pesadamente. Miró la lenta subida de su hermano, con ese aire de sombría y dividida incertidumbre, donde flotaba de cuando en cuando el apagado brillo de un enojo reprimido, dominado. Cuando Nessim llegaba al último descansillo y ponía pie en el último tramo, Naruz se movió y lanzó un apagado ladrido, como el sonido que uno podría hacerle a un sabueso, y le tendió la peluda mano. Nessim se detuvo y oyó que él decía:

-Quédate ahí, Nessim -con una voz nueva y autoritaria, pero que no contenía una nota particular de amenaza. Vaciló Nessim, inclinándose hacia delante, con el afán de interpretar lo mejor posible ese gesto poco familiar: la mano cuadrada tendida en una actitud casi de imprecación, los dedos estirados, pero no del todo firmes.

-Has estado emborrachándote -le dijo al fin, tranquilo, pero con una voz de disgusto profunda y resonante-. Naruz, esto es nuevo. -La sombra de una sonrisa, como de autodesprecio, jugó sobre los torcidos labios de su hermano. Se ensanchó luego en una amplia mueca que desplegó hasta el máximo su labio leporino: y luego se desvaneció, fue tragada, como bruscamente llamada atrás por un pensamiento que ella no podía representar. Naruz ostentaba ahora un nuevo aire de poco firme autocongratulación, de orgullo a la vez empalagoso y deslumbrado.

-¿Qué quieres de mí? -preguntó roncamente-. Dilo aquí, Nessim. Estoy practicando.

-Vamos adentro para hablar en secreto.

Naruz sacudió lentamente la cabeza y, después de pensarlo, dijo vivamente:

-Puedes hablar aquí.

-*Naruz* -exclamó Nessim agudamente, herido por esas respuestas desacostumbradas y con la voz que uno utilizaría para despertar a un dormido-. *Por favor.*

El hombre sentado en lo alto de la escalera levantó la mirada con un aire extraño y acalorado, pero pesaroso, y sacudió de nuevo la cabeza.

-Ya he hablado, Nessim -contestó indistintamente. La aguda voz de Nessim pareció quebrarse en el silencio del patio. Dijo, casi con lástima ahora:

-Es que, sencillamente, *tengo* que hablarte, ¿comprendes?

-Habla, sí, aquí. Te escucho.

Éste era en verdad un nuevo e inesperado personaje, el hombre del manto. Nessim sintió que se le encendían las mejillas. Subió unos escalones más y siseó:

-Naruz, vengo de parte de *ellos.* En nombre de Dios ¿qué les has estado diciendo? El comité está asustado de tus palabras... -Se interrumpió y agitó, irresoluto, el memorándum que le había entregado Serapamoun, exclamando-: Este, este papel es de ellos.

Los ojos de Naruz llamearon por un segundo con una triste arrogancia, que el mentón echado hacia adelante y los hombros cuadrados y enormes hacían casi majestuosa.

-¿Mis palabras, Nessim? -gruñó, y luego, asintiendo-: Y las palabras de Taor. Cuando llegue el momento sabremos obrar. Nadie tiene qué temer. No somos soñadores.

-*Soñadores* -gritó Nessim, jadeando, casi fuera de sí por el temor y el disgusto, y mortificado hasta la médula por la falta de maneras convencionales en un hermano menor-. ¡Vosotros sois los soñadores! ¿No te he explicado mil veces lo que queremos hacer, lo que entendemos con todo esto? Campesino bruto que eres...

Pero estas palabras, que en otro tiempo habrían penetrado como aguijones, parecían ahora obtusas, ineficaces. Naruz apretó los labios e hizo un leve movimiento cortante con la palma, cortando el aire de izquierda a derecha delante de su propio cuerpo.

-Palabras -gritó ásperamente-. Te conozco ahora, hermano.

Nessim miró violentamente a su alrededor un momento, como buscando ayuda, como buscando un instrumento lo bastante pesado para meterle en la cabeza al hombre sentado la verdad de lo que tenía que decir. Una histérica furia se había apoderado de él, una rabia contra esa figura estúpida que levantaba tan incomprensivamente la cara ante las argumentaciones. Temblaba. Por cierto que no había previsto nada como esto cuando partió de Alejandría con la resolución brillante y la mente compuesta.

-¿Dónde está Leila? -preguntó bruscamente, como si pudiera invocar su ayuda, y Naruz tuvo una breve risita cloqueante. Levantó el dedo a su sien, gravemente, y murmuró:

-En la casa de verano, como sabes. ¿Por qué no vas a verla, si quieres? -Cloqueó otra vez y después añadió, asintiendo con la cabeza en una expresión absurdamente infantil-: Está enojada contigo ahora. Por una vez es contigo, no conmigo. La has hecho llorar, Nessim.

Le temblaba el labio inferior.

-Borracho -le silbó Nessim, sin saber qué hacer. Los ojos de Naruz relampaguearon. Emitió una sola risa áspera, un breve ladrido, echando la cabeza bien hacia atrás. Después, sin aviso alguno, la sonrisa se desvaneció de pronto y volvió a asumir su expresión vacilante y triste. Se lamió los labios y murmuró: «Ya, Nessim» bajito, como si estuviera recobrando lentamente el sentido de las proporciones. Pero la frustración había puesto a Nessim, blanco de rabia, casi fuera de sí. Subió los últimos escalones y sacudió a Naruz por el hombro, gritándole:

-Demente, nos estás poniendo a todos en peligro. Mira esto, de Serapamoun. El comité se va a disolver si no dejas de charlar de ese modo. ¿Comprendes? Estás enloquecido, Naruz. En nombre de Dios, Naruz, entiende lo que te digo...

Pero la cabezota del hermano parecía desconcertada ahora, preocupada por la fluctuación de expresiones contradictorias, como la cerviz agachada de un toro hostigado y agotado.

-Naruz, *escúchame.*

La cara que se levantó lentamente hacia la de Nessim parecía haberse hecho más grande y ausente, con los ojos más brillantes, pero llenos del dolor de una nueva clase de conocimiento que poco debía a las estériles revoluciones de la razón; llena también de una clase de enojo e incomprensión, confusa y perturbadora, que buscaba expresarse. Se miraron enojados. Nessim estaba blanco hasta los labios y jadeaba, pero su hermano permanecía simplemente sentado, mirándolo, con los labios recogidos sobre sus blancos dientes, como hipnotizado.

-¿Me oyes? ¿Estás sordo? -Nessim lo sacudía, pero con un movimiento de sus anchos hombros, Naruz se quitó la importuna mano de encima, mientras su rostro empezaba a enrojecer. Nessim siguió sin fijarse, arrastrado por las ardientes ansiedades que surgían de él vestidas en un torrente de reproches-. Nos has puesto a todos en peligro, aun a Leila, aun a ti mismo, aun a Mountolive.

¿Por qué la casualidad había de conducirle a mencionar ese nombre fatal? Su sonido pareció electrizar a Naruz y llenarle de una desesperación nueva, casi triunfante.

-¡Mountolive! -Gritó esta palabra con una honda voz gemebunda y rechinó sonoramente los dientes; parecía como si fuera a desencajársele la mandíbula. Pero no se movió, aunque la mano se le iba involuntariamente hacia el palo del gran látigo que yacía en su regazo-. Ese perro británico -barbotó con una vehemencia atronadora,. casi escupiendo las palabras.

-¿Por qué dices eso?

Y entonces se produjo otra transformación, con inesperada rapidez. Porque todo el cuerpo de Naruz se aflojó y entregó; miró hacia arriba con aire astuto, y dijo con una risita, en voz que apenas se elevaba sobre un cuchicheo:

-Tú le vendiste nuestra madre a él, Nessim. Tú sabías que eso iba a causar la muerte de nuestro padre. Esto era demasiado. Nessim cayó sobre él, azotándole con los puños, profiriendo guturales maldiciones en árabe, una tras otra, golpeándolo. Pero sus golpes caían como paja sobre el enorme cuerpo. Naruz no se movía ni hacía intento alguno por evitar o replicar a los golpes de su hermano: aquí al menos, se respetaba la edad de Nessim. No podía decidirse a pegarle a su hermano mayor. Pero sentado, el cuerpo echado hacia atrás y riendo con un cloqueo bajo la fútil lluvia de golpes, repetía envenenadamente una y otra vez:

-¡Tú le vendiste nuestra *madre!*

Nessim le pegó hasta que los nudillos le quedaron lastimados y doloridos. Naruz se inclinó bajo esta febril acometida, soportándola con la misma sonrisa compuesta de lastimoso encono, repitiendo la frase triunfante una y otra vez, en aquel cuchicheo estremecedor. Al fin Nessim gritó: -¡Basta! -y él mismo desistió, cayendo contra la baranda de la escalera y hundiéndose bajo el peso de su propio agotamiento hasta el primer descansillo. Le temblaba todo el cuerpo. Sacudió el puño hacia arriba, hacia la oscura figura sentada y dijo incoherentemente-: Voy a ir yo mismo a Serapamoun. Verás quién manda.

Naruz emitió una risita despectiva, pero no dijo nada. Poniendo en orden las desarregladas ropas, Nessim caminó tambaleándose escaleras abajo hasta el patio ya oscurecido. Su caballo y el de Alí estaban atados al poste de hierro, frente al portón. Al montar, todavía temblando y murmurando, el mayordomo salió de la galería corriendo para descerrojar las grandes puertas exteriores. Naruz estaba de pie ahora, visible solamente contra la luz amarilla del cuarto de estar. Relámpagos de rabia incoherente seguían barriendo la mente de Nessim... y con ellos irresolución, pues se daba cuenta de que la misión que se había propuesto estaba lejos de concluida; en realidad, que había fracasado. Con cierta, idea semiformulada de ofrecer a la figura silenciosa otra oportunidad de abrir una conversación con él y buscar un acercamiento, avanzó a caballo dentro del patio y permaneció allí, mirando hacia arriba en la oscuridad. Naruz se movió.

-Naruz -dijo suavemente-, te lo he dicho de una vez por todas. Ya verás quién manda. Te convendría... Pero la figura oscura lanzó un rebuzno de risa.

-El que manda y el sirviente -gritó, despectivamente--. Sí, Nessim. Lo vamos a ver. Y ahora...

Se inclinó sobre la baranda, y, en la oscuridad, Nessim oyó que el gran látigo se deslizaba a lo largo de las tablas secas como una cobra y después lamía el aire, todavía a media luz, del patio. Hubo un chasquido y un golpe, como el de una gigantesca trampa de ratones al cerrarse, y el haz de papeles que tenía en el brazo le fue arrancado perentoriamente y disperso sobre los adoquines. Naruz se rió de nuevo, en una nota más histérica. Nessim sintió el calor del latigazo sobre su mano, aunque la lonja no le había ni tocado.

-Ahora te vas -gritó Naruz, y una vez más el látigo silbó en el aire para estallar amenazadoramente detrás de la grupa del caballo. Nessim se alzó en los estribos y sacudiendo el puño a su hermano le gritó:

-¡Veremos!

Pero su voz sonaba flaca, ahogada por las imprecaciones que le llenaban la mente. Hundió los talones en el vientre del caballo, y giró de pronto, saliendo del patio bruscamente, a la carrera, sacando chispas del umbral de piedra, inclinado sobre la silla. Cabalgó como un loco en dirección al vado, donde esperaba el auto; tenía la cara desfigurada por el furor, pero con el galope el corazón se le fue calmando, y su cólera se vació por sí sola, transformándose en un repugnante desagrado que le inundaba la mente en lentas serpentinas, como alguna serpiente venenosa. Olas inesperadas de remordimiento lo invadían también, porque algo se había dañado ahora irreparablemente, irreparablemente roto, en la cintura de hierro de las relaciones familiares. Desposeído de la autoridad conferida al hijo mayor por un molde feudal de vida, se sentía de pronto como un hijo pródigo, casi un huérfano. En el corazón de su cólera había culpa también; se sentía impuro, como si se hubiera deshonrado en esta batalla inesperada con uno de su sangre. Condujo lentamente de vuelta a la ciudad, sintiendo las lágrimas lujuriosas de un nuevo agotamiento, una nueva compasión de sí mismo, que le rodaban por las mejillas.

¡Qué extraño era que, en cierto modo, inexplicablemente, hubiera previsto este rompimiento irreparable con su hermano!... Desde las primeras, discretas frases de Serapamoun, lo había adivinado y temido. Se levantaba una vez más el espectro de sus deberes y responsabilidades para con las causas que él mismo había iniciado y ahora tenía que servir. Idealmente, pues, tendría que estar preparado, en tal crisis, a desautorizar a Naruz, a deponer a Naruz, aun, si necesario fuese... a... (Pisó el freno, parando el automóvil y se quedó murmurando. Había puesto censura a su pensamiento por centésima vez. Pero la naturaleza de la empresa debía ser clara de sobra para quienquiera que se hallara en situación semejante. Nunca había comprendido a Naruz, pensaba seriamente. Pero hay que ver que uno no necesita comprender a alguien para quererlo. Su vinculación no había sido en realidad muy honda, fundada en la comprensión: se la habían creado las convenciones familiares a que ambos respondían. Y

ahora el lazo se había soltado bruscamente.) Golpeó el volante del auto con las palmas doloridas y gritó:

-Nunca le haré daño.

Pisó el embrague, repitiendo «Nunca», una y otra vez en su interior. Pero sabía que tal decisión era otra flaqueza, porque con ella el amor se oponía a su ideal del deber. Pero aquí su *aller ego* venía a defenderlo con fórmulas calmantes como «Realmente, no es tan grave. Tendremos, por supuesto, que disolver el movimiento temporalmente. Más tarde le pediré a Serapamoun que inicie algo similar. Podemos aislar y expulsar a este... fanático.» Nunca había comprendido del todo, hasta entonces, cuánto amaba a este odioso hermano, cuya mente se había expandido en sueños de una poesía religiosa, que confería al Egipto de ambos un nuevo, un ideal futuro. «Intentemos dar cuerpo a lo eterno de la naturaleza aquí, en la tierra, en nuestros corazones, en este mismo Egipto nuestro.» Eso había dicho Naruz, entre tantas cosas que se leían en las transcripciones fragmentarias que había ordenado hacer Serapamoun. «Tenemos que combatir aquí, en la tierra, contra la injusticia secular, y en nuestros corazones contra la injusticia de una divinidad que solamente respeta una cosa: la lucha del hombre por poseer su propia alma.» ¿Eran éstas, simplemente, las cavilaciones de Taor, o formaban parte de un sueño compartido, del que había hablado este ignorante fanático? Otras frases, armadas con la magnificencia de la poesía, acudían a su mente: «Mandar es ser mandado; pero el que manda y el mandado deben tener la divina conciencia de su papel, de su herencia en lo Divino. El barro de Egipto se alza para ahogar nuestros pulmones, los pulmones con que gritamos al Dios vivo.»

Tuvo una súbita visión de esa cara contraída, la vocecita jadeante con que Naruz, aquel primer día de su posesión, había invocado el espíritu divino pidiéndole que lo visitara con una abierta verdad: *«heded! Meded!»* Se estremeció. Y lentamente se le ocurrió que, de algún modo paradójico, Naruz tenía razón en su deseo de inflamar la voluntad dormida... Porque veía el mundo, no como un tablero de ajedrez político, sino como un pulso que late dentro de una voluntad mayor, que solamente la poesía de los salmos podía invocar, y sólo ella podía mostrar. Despertar no solamente los impulsos del «antecerebro» con sus limitadas formulaciones, sino la dormida belleza que hay debajo, la conciencia poética que yace, arrollada como un resorte, en el corazón de todos. Este pensamiento lo asustó bastante, pues vio entonces que su hermano podía haber sido un líder religioso si no fuese por las circunstancias predominantes de tiempo y espacio: éstas al menos Nessim podía juzgarlas. Era un prodigio de la naturaleza, pero sus facultades se iban a desplegar en un campo estéril que nunca les daría alimento, que en realidad las sofocaría para siempre.

Llegó a la casa, abandonó el auto a la puerta y corrió escaleras arriba, de tres en tres escalones. Le había asaltado uno de los acostumbrados ataques de diarrea y vómitos que se le habían hecho

demasiado frecuentes-en las últimas semanas. Pasó junto a Justine, que yacía con los ojos abiertos sobre la cama, con la lámpara encendida y la partitura de un concierto abierta sobre el pecho. No se movió; siguió fumando pensativamente, diciendo sólo, entre dientes:

-Qué pronto has vuelto.

Nessim se fue al cuarto de baño y abrió al mismo tiempo los grifos del lavabo y de la ducha para que no se oyeran las arcadas. Después se quitó las ropas, con asco, como si fueran vendas sucias, y se metió bajo el granizo del agua hirviente para lavar las indignidades que anegaban sus pensamientos. Sabía que ella estaría escuchando pensativamente, con movimientos tan regulares como los de un péndulo, esperando que él hablara, tendida largo a largo bajo el estante de libros, con la máscara que le sonreía irónicamente desde la pared. Después se cerraron los grifos y ella le oyó frotarse enérgicamente con una toalla.

-Nessim -llamó despacio.

-Fue un fracaso -gritó en seguida-. Está completamente loco, Justine. No pude sacarle nada. Algo espantoso. Justine siguió fumando silenciosa, con los ojos fijos en las cortinas. La sala estaba llena del aroma de la hierba pastel ardiendo en el ancho tazón de flores, al lado del teléfono. Ella puso su partitura al lado de la cama.

-Nessim -dijo con la voz grave que él había llegado a amar tanto.

-Sí.

-Estoy pensando.

Él salió en seguida, con el pelo mojado y desordenado, los pies desnudos, vestido con la bata de seda amarilla, las manos hundidas en los bolsillos y un cigarrillo encendido consumiéndose en la comisura de la boca. Anduvo lentamente de un lado a otro, a los pies de la cama. Con aire de precisión meditada manifestó:

-Toda esta intranquilidad nace de mi temor de que tengamos que hacerle daño, Pero cuando nos ponga en peligro nunca debemos hacerle daño, *nunca.* Me lo he dicho a mí mismo. Lo he pensado todo a fondo. Parecerá una falta al deber, pero aquí no puede haber dudas. Solamente entonces podré estar tranquilo otra vez. ¿Estás de acuerdo?

La miró de nuevo anhelosamente con los ojos de la imaginación. Ella yacía allí, como flotando en la oscura colcha damasquinada, pies y manos cruzados a la manera de una efigie, los negros ojos fijos en él. Un mechón de cabello oscuro se rizaba sobre su frente. Yacía en el silencio de un cuarto que había conocido (si las paredes oyen) sus más secretas deliberaciones, bajo una máscara tibetana con los globos de los ojos iluminados. Detrás de ella resplandecían los

estantes de libros que ella había reunido, aunque no todos los hubiera leído. (Empleaba sus textos como agüeros para el futuro, hojeando las páginas para poner el dedo al azar sobre un pasaje, arte que se llama *bibliomancia.)* Schopenhauer, Hume, Spengler y, curiosamente, algunas novelas, incluso tres de Pursewarden. Sus pulidas encuadernaciones reflejaban la luz de las velas. Justine se aclaró la garganta, apagó el cigarrillo y dijo con voz tranquila:

-Puedo resignarme a cualquier cosa que digas. Por el momento, esta debilidad tuya es un peligro para los dos.

Y además, tu salud nos está inquietando a todos, y no menos a Balthazar. Hasta la gente que no es observadora, como Darley, empieza a notarlo. Esto no es bueno.

Hablaba con voz fría y sin expresión.

-Justine -contestó él, rebosando de admiración. Acudió y se sentó a su lado en la cama, envolviéndola en sus brazos, y abrazándola fieramente. Sus ojos brillaban con un nuevo entusiasmo, una nueva gratitud-. ¡Estoy tan débil! -exclamó.

Se tendió a su lado, se puso las brazos debajo de la cabeza y yació silencioso, pensando. Por largo tiempo permanecieron así callados, juntos. Al fin ella dijo:

-Darley vino a comer anoche y se fue un poco antes de que llegaras. Le oí decir que todas las embajadas van a hacer las valijas la semana próxima para regresar a El Cairo. Mountolive no volverá a Alejandría mucho antes de Navidad. Es también la ocasión para nosotros de tomar un descanso y recobrar fuerzas. Le he dicho a Selim que nos vamos a Abu Sueir la semana que viene, por un mes entero. Tienes que descansar ahora, Nessim. Podremos nadar y andar a caballo en el desierto y no pensar en nada, ¿entiendes? Después de un tiempo lo invitaré a Darley a que vaya y se quede con nosotros una temporadita, para que tengas a alguien con quien hablar, aparte de mí. Sé que vas a simpatizar con él y te parecerá un compañero agradable. Nos hará bien a los dos. De tiempo en tiempo yo vendré aquí una noche para ver lo que pasa... ¿Qué te parece?

Nessim gimió suavemente y volvió la cabeza.

-¿Por qué? -murmuró ella despacio, con los labios apartados de él-. ¿Por qué haces eso?

Él suspiró hondamente y contestó:

-No es lo que piensas. Ya sabes cómo lo quiero y lo bien que nos llevamos. Es esta ficción, el tener que representar continuamente una comedia, hasta con los amigos de uno. Si por lo menos no tuviéramos que interpretar siempre un papel, Justine.

Pero vio que ella le miraba con los ojos muy abiertos ahora, con una expresión que sugería algo muy próximo al horror o el desmayo.

-Ah -dijo pensativamente, con tristeza, después de un momento, cerrando los ojos-. ¡Ah, Nessim! Entonces yo no sabría quién soy.

Los dos hombres se hallaban sentados en el cálido jardín de invierno, mirándose uno a otro sobre el magnífico tablero de ajedrez con sus piezas de marfil, en perfecta camaradería. El juego era un regalo que le había hecho la madre cuando Mountolive cumplió veintiún años. Mientras estaban sentados, cada uno, ocasionalmente, pensaba en voz alta, distraído. No era conversación, sino simplemente pensar hablando, una comunión de mentes que estaban de veras preocupadas por la gran estrategia del ajedrez. Un subproducto de la amistad, arraigado en los fecundos silencios del juego real. Balthazar hablaba de Pursewarden.

-Me fastidia este suicidio. Creo que en cierto modo yo no había visto el *quid* de la cuestión. Me parece que ha sido una manera de expresar desprecio por el mundo, desprecio por la conducta del mundo.

Mountolive levantó rápidamente la vista.

-No, no. Un conflicto entre el deber y el afecto -y añadió prontamente-: Pero no te puedo contar mucho. Cuando. venga su hermana, quizás ella te dirá más, si puede.

Callaron. Balthazar suspiró.

-Verdad desnuda y sin vergüenza -contestó—. Una espléndida frase. Pero siempre la vemos como parece, no como es. Cada hombre tiene su interpretación.

Otro largo silencio. Balthazar loquitur, soñadoramente, para sí:

-A veces te sorprenden haciendo el papel de Dios y te dan una dura lección. Ahora bien, yo odiaba a Dimitri Randidi, aunque no a su linda hija; pero sólo para humillarle (yo estaba disfrazado de gitana en el baile de carnaval) le canté a ella la buenaventura. Mañana, le dije, va a tener una experiencia vital, que no debe perder en modo alguno: un hombre sentado en la torre en ruinas de Taposiris. Usted no tiene que hablar, advertí, sino caminar derechamente hasta caer en sus brazos, con los ojos cerrados. Su nombre empieza con L, el apellido con I. (En realidad ya había pensado en un joven particularmente horrible, que tiene esas iniciales y estaba del otro lado del camino, en el baile de Cervoni. Pestañas sin color, hocico y cabello arenoso.) Me reí al ver que ella me creía. Habiéndole hecho esta profecía -todo el mundo cree el cuento de una gitana, y, con mi cara negra y nariz de gancho, yo hacía una magnífica gitana-; habiendo arreglado esto, pues, crucé el camino y busqué a L.I., contándole que tenía un mensaje para él. Yo sé que es supersticioso. No me reconoció. Le conté el papel que tenía que

desempefiar. Malignidad, despecho, supongo. Sólo me proponía fastidiar a Randidi. Y todo resultó como lo había planeado. Porque la linda chica obedeció a la gitana y se enamoró de este sapo con pintas, de cabello rojo. Una pareja más impropia no se puede imaginar. Y lo dio por suerte, muy grande, y yo estaba encantado con mi astucia. Claro que él prohibió el casamiento. Los enamorados (que yo inventé, mis enamorados) fueron separados. Entonces Gaby Randidi, la hermosa niña, se envenenó. Imagínese lo astuto que yo me sentía. Esto quebró la salud de su padre y la neurastenia (que nunca estuvo muy lejos de la superficie en la familia) lo abrumó por fin. El otoño último lo encontramos colgado del parral que sostiene la más famosa vid de la ciudad y en donde...

En el silencio que siguió se le pudo oír que añadía estas palabras:

-No es más que otra historia de nuestra despiadada ciudad. Pero jaque a su reina, a menos que yo esté equivocado.

XIII

Con la primera, leve, efervescencia de la lluvia otoñal, Mountolive se encontró de vuelta para el período de invierno en El Cairo, sin nada de importancia decidido aún en el campo de la política; Londres se mantuvo callado respecto á las revelaciones contenidas en la carta de despedida de Pursewarden, y, al parecer, dispuesto más bien a condolerse con un jefe de misión cuyos subordinados demostraban tan dudosa valía, antes que criticarlo o someter todo el asunto a un profundo examen. Quizás el sentimiento se expresara mejor en la larga y pomposa carta en que Kenilworth se sintió dispuesto a tratar de la tragedia, dándole seguridades de que todos «en el ministerio» estaban tristes, pero no sorprendidos. A Pursewarden lo habían considerado siempre un poco *outré,* ¿verdad? Al parecer se esperaba de mucho antes algún final como ése. «Su simpatía», escribía Kenilworth en el augusto estilo de prosa reservado para lo que se llamaba «un juicio equilibrado», «no podía disfrazar sus aberraciones. No necesito extenderme sobre el expediente personal que yo le mostré. *In Pace Requiescat.* Pero usted cuenta con nuestra simpatía por la manera leal en que hizo a un lado estas consideraciones para darle otra oportunidad en una misión que ya había encontrado insoportables sus maneras y erradas sus opiniones.» Mountolive se rebullía al leer, pero su repugnancia se mezclaba irracionalmente con una impresión de alivio, pues veía, agachándose, por decirlo así, detrás de estas deliberaciones, las sombras de Nessim y Justine, los proscriptos.

Si le dolía marcharse de Alejandría sólo era porque el problema de Leila seguía inquietándolo. Temía los nuevos pensamientos que se veía obligado a considerar respecto a ella y a su posible participación en la conspiración, si eran así las cosas. Se sentía como un delincuente que oculta la culpa de algún hecho todavía no descubierto. ¿No sería mejor llegar por la fuerza hasta ella, presentarse inesperadamente en Karm Abu

Girg, un día, y arrancarle la verdad? Imposible. El nervio le faltaba en este punto. Apartó la mente del ominoso futuro e hizo las valijas, con muchos suspiros, para el viaje, proyectando zambullirse una vez más en la tibia corriente de sus actividades sociales, para distraer el ánimo.

Por primera vez, ahora, las arideces del servicio oficial le parecían casi deliciosas, casi tentadoras. Tomándolas como pasatiempos y quitapenas a la vez, seguía la ronda prescrita de recepciones, con una concentración y atención que las hacía parecer casi un narcótico. Nunca había irradiado tanta simpatía calculada, tanta atención a pequeñeces que aparecían como muestras de afecto. Toda una colonia de tipos aburridos empezó a solicitarlo. Pasó algún tiempo antes de que la gente se diera cuenta de cuánto había envejecido en breve plazo y atribuyera el cambio a la interminable serie de placeres en que se arrojaba con tan hambriento entusiasmo. ¡Qué ironía! Su popularidad se expandía en torno a él, en oleadas, pero ahora empezaba a parecerle que había muy poco detrás de la máscara indolente que exponía al mundo, salvo un terror e incertidumbre enteramente nuevos. Separado así de Leila, se sentía desposeído, huérfano. Lo único que le quedaban era la pócima amarga de los deberes, a los que se aferraba desesperadamente.

Paseándose a la mañana al son de las cortinas que corría el criado -lento y reverente como quien corre la cortina de la tumba de Julieta- pedía los diarios y los leía ávidamente, mientras atacaba una bandeja de desayuno cargada de los . manjares prescritos a que su vida lo había acostumbrado. Pero ya estaba impaciente por oír el golpe en la puerta que anunciaría la entrada de su barbado tercer secretario, trayéndole su libro de compromisos y otra impedimenta de trabajo. Abrigaba la frenética esperanza de que la jornada fuese trabajosa, y se sentía casi angustiado en las raras ocasiones en que había pocos compromisos que cumplir. Mientras se echaba hacia atrás sobre sus almohadones, con impaciencia controlada, Donkin le leía la agenda del día, al modo de alguien que se embarca en un formal recitado del Credo. Por aburridos que parecieran siempre esos compromisos oficiales, sonaban ahora en los oídos de Mountolive con una nota de esperanza, un medicamento para el tedio y malestar. Escuchaba como un voluptuoso impaciente la voz que recitaba:

-Hay una visita a Rahad Bajá, a las once, para entregar un *aide-mémoire* sobre inversiones de súbditos británicos. La cancillería tiene los datos. Después Sir John y Lady Gilliatt vienen a almorzar. Errol los recibió en el aeródromo. Sí, hemos enviado las flores al hotel para ella. Firmarán el libro a las once hoy. Tienen la hija indispuesta, lo que complicó la ubicación en el almuerzo, pero como usted ya tenía a Haida Bajá y al ministro norteamericano, me tomé la libertad de incluir a Errol y esposa; la colocación resulta así. No necesité consultar a Protocolo, porque Sir John está aquí en visita privada; esto se ha anunciado públicamente en la Prensa.

Dejando todos los memoranda, hermosamente escritos a máquina en su rígido papel con membrete, Mountolive suspiró y preguntó:

-El nuevo *chef,* ¿sirve para algo? Podría mandármelo más tarde a mi despacho. Conozco un plato favorito de los Gilliatt.

Donkin asintió y escribió una nota antes de seguir en su voz inexpresiva:

-A las seis hay un coctel para Sir John en lo de Haida. Usted ha aceptado una invitación para comer en la embajada italiana: una comida en honor del señor Maribor. Será un horario ajustado.

-Me cambiaré antes -dijo Mountolive, pensativamente.

-Hay también una o dos notas aquí, de su mano, que no he podido descifrar; una menciona el Bazar de Perfumes, Lila Persa.

-Bien, sí. Me había prometido llevarla a Lady Gilliatt. Arrégleme el transporte para la visita, haga el favor, y avíseles que voy. Después de almorzar... digamos a las tres y media.

-Después hay una nota que dice «regalos de almuerzo».

-Así es --contestó-. Me estoy poniendo completamente oriental. Usted ve, Sir John puede sernos muy útil en Londres, en el ministerio, por lo cual pensé que con venía hacer su visita lo más memorable posible, conociendo las cosas que le interesan. ¿Tendrá usted la bondad de bajar hasta lo de Karda, en Suleimán Bajá, y comprarme un par de esas pequeñas copias de la figulinas de Tel Al Aktar, las de color? Se lo agradeceré mucho. Son juguetes bonitos. Y vea que las envuelvan con una tarjeta para poner al lado de sus platos. Muchas gracias.

Siguió sorbiendo el té y se dedicó mentalmente a la jornada activa que veía extenderse ante él, rica en promesas de distracciones que no dejarían lugar a autointerro gatorios inquietantes. Se bañó y vistió despacio, deliberadamente, concentrándose en elegir las ropas adecuadas a su visita oficial de media mañana, haciéndose cuidadosamente la corbata en el espejo.

«Pronto tendré que cambiar radicalmente de vida -pensó-, o se me volverá completamente vacía. ¿Cómo hacerlo mejor?» En algún punto, en la cadena de causa y efecto, descubrió un espacio vacío que cristalizó en su mente en la palabra «compañía». Se la repitió en voz alta ante el espejo. Sí, allí había una falla. «Tendré que comprarme un perro -pensó, un poco patéticamente-, para que me haga compañía. Será algo que cuidar. Lo podré llevar a pasear por el Nilo.»

De pronto la idea le pareció absurda y sonrió. Sin embargo, en el curso de su gira de costumbre por la oficina de la embajada, esa mañana, metió la cabeza en la canci llería y le preguntó a Errol, muy serio, qué clase de perro sería bueno para tener en la casa. Mantuvieron una larga y grata conversación sobre las distintas razas y decidieron que alguna clase de fox-terrier podría ser lo más adecua-

do para un soltero. ¡Un fox-terrier! Se repetía las palabras al cruzar el descansillo para visitar a los agregados del servicio, sonriendo de su propia necedad.

-¿Qué viene ahora?

Su secretario había acomodado ordenadamente los papeles en las bandejas, colocando contra la pared las cajas rojas de despacho. La barra única de la estufa eléctrica mantenía la oficina a una temperatura tibia, adecuada para el trabajo rutinario del día. Se dedicó a sus telegramas, con una atención exagerada, y a los borradores de respuestas, que ya había dictado su equipo de novicios. Se encontró cortando y cambiando frases, invirtiendo unas aquí y allí, añadiendo notas al margen; algo nuevo, porque nunca había demostrado excesivo celo en la cuestión del inglés oficial, y, al contrario, había aborrecido los pesados y obligados circunloquios de sus propios borradores, en su época de aprendiz bajo algún ministro que se creía estilista... ¿Hay alguna excepción en el servicio exterior? No. Siempre había sido poco exigente en este sentido, pero ahora la concentración forzosa en que vivía y trabajaba comenzaba a dar fruto en una serie de pedanterías entrometidas que ya irritaban suavemente al activo Errol y a su personal. Aunque él lo supiera, insistía sin vacilaciones; criticaba, objetaba y enmendaba obras que,desde luego estaban bastante bien, trabajando con ayuda del «Diccionario Oxford no Abreviado» y de un Skeat... poco menos que como un escolástico de la Edad Media partiendo pelos en cuestiones de teología. Prendía un cigarro y fumaba pensativamente, mientras tildaba y anotaba en el papel jaspeado de las minutas.

Aquel día, a las diez, oyó el acostumbrado y bien venido tintineo de las tazas y platillos, y Bohn, el guardia de la cancillería, se presentó, un poco precariamente, con la taza de «Bovril» y unas galletitas para anunciar el opor, tuno intervalo de un refrigerio. Mountolive se dejó caer en un sillón durante un cuarto de hora, mientras bebía, mirando intensamente a la pared blanca con su grupo de indiferentes estampados japoneses, el decorado uniforme elegido por el Ministerio de Obras Públicas para las oficinas de los embajadores. Dentro de un rato sería tiempo de encararse con la valija de Archivos: las pesadas sacas de lona yacían en el suelo con la boca abierta, mientras los empleados distribuían las cartas rápidamente sobre mesas en caballetes, cubiertas de tapete verde, y los secretarios de los diversos departamentos esperaban con paciencia, fuera de la jaula de madera, su parte de los despojos... Sintió un pequeño malestar de presentimiento esa mañana, mientras esperaba, porque Maskelyne hasta entonces no había dado signo de vida. No sólo no había comentado la última carta de Pursewarden, ni siquiera había acusado recibo. Mountolive se preguntaba por qué.

Sonó un golpecito a la puerta y entró Errol, con su paso tímido y poco airoso, sosteniendo un abultado sobre, sellado y sobrescrito de un modo impresionante.

-De Maskelyne, señor -expresó, y Mountolive se levantó y se estiró con estudiado abandono.

-¡Buen Dios! -exclamó, pesando el paquete en la mano antes de devolvérselo a Errol-. De modo que esto vino por paloma mensajera, ¿no? ¿Qué será? Parece una novela, ¿eh?

-De veras, señor.

-Bueno, ábralo, querido muchacho -(había recogido un montón de expresiones de tío viejo, del habla de Sir Louis, como observó con pena; tendría que hacer una nota, para reformarse el hábito antes que fuera demasiado tarde).

Errol abrió el enorme sobre, torpemente, con cortaplumas. Un gordo memorándum y un paquete de copias fotostáticas cayeron sobre el escritorió entre los dos. Mountolive tuvo una pequeña sensación de encogimiento al reconocer la escritura de araña del militar, sobre el apretado papel de notas de la carta que cubría el envío.

-A ver qué tenemos acá -dijo, acomodándose en su escritorio. «Mi estimado embajador.» El resto de la carta estaba impecablemente escrito a máquina, en cuerpo Primer. Al volver Errol las copias fotostáticas, prolijamente apiladas, con un dedo curioso, leyendo una palabra aquí y otra allí, silbaba suavemente. Mountolive leyó:

«Mi estimado embajador:

»Estoy seguro de que le interesarán los datos que le envío, todos recientemente desenterrados por mi departamento, en el curso de una serie de amplias investigaciones aquí, en Palestina.

»Estoy en condiciones de proporcionar un fragmento muy amplio de una detallada correspondencia cambiada, durante los últimos pocos años, entre Hosnani, el objeto de mi documento *suspendido* original, y los llamados Combatientes judíos Subterráneos, en Haifa y Jerusalén. Una mirada al mismo convencerá, a cualquier personal imparcial, de que mi juicio original, sobre el caballero en cuestión, pecó de moderado. Las cantidades de armas y municiones, detalladas en la lista adjunta, son tan considerables como para causar grave alarma a las autoridades del territorio bajo mandato. Hemos hecho todo lo posible por localizar y confiscar esos grandes depósitos, pero hasta ahora con poco éxito.

»Esto, naturalmente, vuelve a plantear, y con mucha mayor urgencia, la cuestión política de cómo tratar a este señor. Yo opinaba originalmente, como sabe usted, que una palabra a tiempo a los egipcios serviría para afrontar la situación. Dudo de que el mismo Memlik Bajá tuviera interés en perjudicar las relaciones anglo-egipcias, y la libertad recién obtenida por Egipto, negándose a obrar si se le presionara. Tampoco necesitamos averiguar muy de cerca los métodos que podía emplear. Por lo menos tendríamos las manos limpias. Pero, evidentemente, hay que pararlo a Hosnani... y pronto.

»Envío copia de esta carta al Ministerio de Guerra y al Foreign Office. La copia para Londres sale bajo sello aéreo, con un *Personal,*

Urgente, del comisionado al minis tro de Relaciones Exteriores, urgiéndole a la acción. Sin duda usted tendrá alguna reacción de Londres antes de terminar la semana.

»Comentar la carta del señor Pursewarden, cuya copia me envió usted, parece superfluo a esta altura. Lo adjunto en este memorándum será explicación suficiente. Es claro que no pudo dar la cara al deber que tenía que cumplir.

»Quedo, señor, como su más atento servidor,

»Oliver Maskelyne, general de brigada.»

Los dos hombres suspiraron simultáneamente y se miraron.

-Bueno -dijo Errol, pasando el pulgar sobre los relucientes documentos fotostáticos, con un dedo voluptuoso-, al fin tenemos prueba concreta. -Irradiaba de contento. Mountolive meneó débilmente la cabeza y encendió otro cigarro. Errol siguió-: No he tenido más que echar una ojeada a la correspondencia, señor, pero cada carta está firmada «Hosnani»; todas a máquina, naturalmente. Supongo que usted querrá mirarlas con comodidad, de modo que me voy a retirar una hora, hasta que me necesite. ¿Nada más?

Mountolive pasó los dedos sobre el gran montón de papel con náuseas y una sensación de hartazgo, y asintió, sin hablar.

-Bueno -dijo Errol prontamente y se volvió. Cuando Errol llegaba a la puerta, Mountolive pudo hablar al fin, aunque con una voz que le sonó a él mismo ronca y débil.

-Errol -dijo-, una sola cosa. Telegrafíe a Londres para decir que hemos recibido el memorándum de Maskelyne y estamos *au courant.* Diga que quedamos a la espera de instrucciones.

Errol asintió y retrocedió sonriendo al pasillo. Mountolive se acomodó en su escritorio y dirigió una mirada vaga y biliosa a los facsímiles. Leyó una o dos de las cartas, despacio, casi sin comprender, y pronto lo asaltó una sensación de vértigo. Sentía como si las paredes del cuarto se cerraran sobre él. Respiró hondamente, por la nariz, con los ojos cerrados casi. Los dedos involuntariamente le empezaron a tamborilear sobre el papel secante, copiando el ritmo sincopado del pandero árabe, los ritmos de riñones quebrados que uno podía oír cualquier anochecer flotando sobre las aguas del Nilo, desde algún bote lejano..Mientras estaba sentado allí, marcando el compás de está insidiosa danza egipcia, con los ojos cerrados, se preguntó una y otra vez:

-Y ahora, ¿qué va a pasar? Pero ¿qué podía pasar?

«Esta tarde llegará seguramente un telegrama que me dirá que proceda», murmuró. En esto es donde encontraba que la obligación le resultaba un acicate tan útil. A pesar de sus inquietudes interiores, dejó que ella le arrastrara consigo, arrastrara su atención aberrante como un perro llevado de la cadena. Era una mañana

relativamente ocupada. El almuerzo que dio fue todo un éxito, y la visita por sorpresa al Bazar de Perfumes confirmó más tarde sus facultades como dueño de casa-atento y brillante. Luego se acostó en su cuarto media hora, con las cortinas tendidas, sorbiendo una tacita de té y conduciendo el habitual debate consigo mismo, que siempre empezaba con la frase: «¿preferiría yo ser un zopenco antes que un presumido? ¿Ésa es la cuestión?» La misma intensidad del desprecio que sentía por sí mismo le mantuvo la mente fuera del asunto Nessim hasta las seis, cuando se abrió de nuevo la cancillería. Se dio una ducha fría y se cambió antes de abandonar a pie la residencia.

Cuando llegó a su oficina encontró la lámpara del escritorio encendida y a Errol sentado en el sillón sonriendo benignamente y sosteniendo el telegrama rosado entre los dedos:

-Acaba de llegar, señor -manifestó, pasándoselo a su jefe como si fuera un ramo de flores especialmente preparado para él. Mountolive se aclaró la garganta sonoramente, intentando que la acción fisica le, despejara la men. te y la atención al mismo tiempo. Temía que los dedos le temblaran, de modo que puso el telegrama con cuidado sobre el secante, echó las manos a los bolsillos del pantalón, y se inclinó para estudiarlo, demostrando (así lo esperaba) poca cosa fuera de una cortés despreocupación.

-Muy claro, señor -expresó Errol con esperanza, como para arrancarle el eco de una chispa de entusiasmo.

Pero Mountolive leyó lenta y pensativamente, dos veces, antes de mirarlo. Súbitamente tuvo muchas ganas de ir al cuarto de baño.

-Tengo que ir al cuarto de baño -manifestó rápidamente, casi sacándolo al joven de la puerta- y bajaré en seguida para hablar del asunto. Parece, sí, bien claro. Tendré que obrar mañana. Un minuto, ¿eh?

Errol desapareció con aire de decepción. Mountolive corrió al cuarto de baño. Le temblaban las rodillas. Pero en un cuarto de hora se hallaba compuesto nuevamente, y capaz de bajar, caminando ligeramente, la escalera hasta donde estaba la oficina de Errol. Entró suavemente con el telegrama en la mano. Error se hallaba sentado a. su escritorio. Acababa de colgar el auricular y sonreía.

Mountolive le pasó el telegrama rosado y se sumergió en un sillón, notando con fastidio el montón de desaseados objetos personales en el escritorio de Errol: un cenicero de porcelana con la imagen de un terrier de Sealyham; una biblia, un acerico, una estilográfica de precio, con la pluma metida en una losa de mármol verde, un pesado pisapapeles bajo la forma de una estatua de Palas... Era la clase de revoltijo que uno encontraría en la cesta de trabajo de una vieja dama; pero Errol tenía algo de vieja dama. Carraspeó.

-Bien, señor -expresó su subordinado quitándose los anteojos-. He estado en Protocolo y les dije que a usted le agradaría una entrevista con el ministro de Relaciones Exteriores, mañana, en un asunto de gran urgencia. ¿Supongo que llevará uniforme?

-¿Uniforme? -preguntó vagamente Mountolive.

-Los egipcios siempre se impresionan cuando uno se pone un Tiger Tim.

-Comprendo. Sí, creo que es así.

-Tienden a juzgar la importancia de lo que uno les va a decir por el estilo en que se viste para decirlo. Dónkin nos lo repite siempre y creo que es verdad.

-Lo es, mi querido muchacho.. (¡Vamos, otra vez la nota de tío viejo, demonio!)

-Y supongo que usted querrá apoyar el lado verbal con una *aide-mémoire.* Tendrá que darles toda la información para respaldar lo que afirmamos, ¿verdad, señor? Mountolive aprobó rápidamente. Se sintió asaltado por una ola de odio a Nessim, tan poco familiar, que le sorprendía. Reconoció de nuevo, por supuesto, la raíz de su cólera: el verse forzado a semejante posición por la imprudencia de su amigo; forzado a proceder contra él. Lo acosó una serie de imágenes mentales: Nessim huyendo del país, Nessim en la cárcel de Hadra, Nessim encadenado, Nessim envenenado en el almuerzo por un criado... Con los egipcios, nunca se sabe dónde está uno. Su ignorancia corría parejas con un exceso de celo que podía lanzarlo a uno a cualquier parte.

-Desde luego, llevaré uniforme -declaró gravemente.

-Voy a redactar el *aide-mémoire.*

-Muy bien.

-Dentro de media hora podré decirle la hora exacta de la entrevista.

-Gracias. Y me gustaría llevar conmigo a Donkin. Habla mucho mejor que yo el árabe y puede tomar notas de la reunión; luego enviaremos a Londres un telegrama con un resumen completo. ¿Quiere mandármelo arriba cuando haya visto la nota? Gracias.

Pasó el resto de la mañana rondando por su oficina examinando papeles descuidadamente, forzándose a trabajar. A mediodía apareció el joven y barbudo Donkin, trayendo el *aide-mémoire* escrito a máquina y la noticia de que la entrevista sería para las nueve de la mañana siguiente. Sus pequeños rasgos nerviosos y ojos acuosos le hacían parecer, más que nunca, un personaje juvenil, dis-

frazado y con perilla. Aceptó un cigarrillo y lo chupó rápidamente, como una señorita, sin tragar el humo.

-Bueno -le dijo Mountolive con una sonrisa-, cuéntenos sus meditadas opiniones sobre mi gestión. Errol le dijo...

-Sí, señor.

-¿Qué piensa usted de esta... enérgica protesta oficial?

Donkin respiró hondamente y contestó, pensativo:

-Dudo de que obtenga usted acción directa por el momento, señor. Las tensiones y presiones internas del gobierno, desde que se enfermó el rey, los han puesto a todos en la cuerda floja. Se tienen miedo unos a otros y cada uno lucha por sus propios intereses. Estoy seguro de que Nur aceptará y se esforzará, vivamente, en conseguir que Memlik obre de acuerdo con lo que dice su documento... pero... -Echó pensativamente los labios atrás, en torno a su cigarrillo, y continuó-: Usted conoce los antecedentes de Memlik. Odia a Gran Bretaña.

El ánimo de Mountolive empezó a reponerse, a pesar suyo.

-Buen Dios -exclamó-. No había pensado en eso. Pero es que no pueden pasar por alto una protesta formulada en estos términos. Después de todo, mi querido muchacho, la cosa es prácticamente una amenaza velada. -Lo sé, señor.

-Realmente no comprendo cómo van a dejar de tenerla en cuenta.

-Bueno, señor; lo que pasa es que la vida del rey está pendiente de un cabello. Podría morir, digamos, esta noche. No ha asistido al Diván desde hace seis meses. Todo el mundo anda hoy celoso, con disgustos y rivalidades personales, que pueden salir a la luz en cualquier momento, y con ganas de vengarse. Su muerte perturbaría enteramente las cosas... y todo el mundo lo sabe. Nur sobre todo. Entre paréntesis, señor, oí decir que éste no se habla con Memlik. Ha habido un lío por causa del dinero que la gente le viene dando a Memlik.

-Y el mismo Nur ¿no recibe dinero?

Donkin sonrió con su pequeña sonrisa sardónica y meneó la cabeza, lenta y dubitativamente.

-Lo ignoro, señor -respondió muy peripuesto-. Sospecho que todos lo reciben o querrían recibirlo. Tal vez me equivoque. Pero si estuviera en la piel de Hosnani, yo me arreglaría ciertamente para conseguir una acción dilatoria mediante una bonita suma para Memlik. Su sensibilidad al soborno es... casi legendaria en Egipto.

Mountolive se esforzó por fruncir el ceño como enojado.

-Espero que se equivoque usted -contestó-, porque el Gobierno de Su Majestad está resuelto a obtener alguna acción sobre esto, y pronto. De todos modos, veremos.

Donkin seguía persiguiendo algunos pensamientos privados, en silencio, con gravedad. Se sentó un instante, fumando, y luego se levantó. Dijo pensativamente:

-Errol ha manifestado algo, sugiriendo que Hosnani sabe que nosotros le conocemos el juego. Si es. así, ¿por qué no se ha marchado? Debe de tener una idea clara de nuestra línea de ataque, ¿no le parece? Y si no ha mudado significa que confía en contener a Memlik de algún modo. No hago más que pensar en alta voz, señor.

Mountolive lo miró largo rato, con ojos abiertos. Trataba vivamente de ahogar un sentimiento repentino y, al parecer, muy traicionero, de optimismo.

-Es muy interesante ---contestó al fin-. Confieso que no había pensado en el asunto bajo ese aspecto. -Yo, por mi parte, ni se lo diría a los egipcios -repuso astutamente Donkin, a quien nc le disgustaba azuzar a su jefe de misión-, aunque no me corresponde decirlo. Yo, pensaría que Maskelyne tiene más de un camino para arreglar la cuestión. A mi modo de ver, haríamos mejor en dejar tranquilos los canales diplomáticos y pagar sencillamente para que a Hosnani lo maten de un tiro o lo envenenen. No costará ni cien libras esterlinas.

-Muchas gracias -contestó Mountolive débilmente, mientras su optimismo cedía de nuevo el lugar al oscuro tumulto de emociones semirracionalizadas en que ahora le parecía estar condenado a vivir perpetuamente-. Gracias, Donkin. -(Donkin, pensó irritado, parecíase espantosamente a Lenin cuando hablaba dé veneno o del cuchillo. Claro, a un tercer secretario le era fácil asesinar por interpósita persona.)

Cuando se quedó solo, se paseó nor la verde alfombra, en equilibrio entre emociones contradictorias que tomaban las formas de la esperanza y la desesperación alternativamente. Cualquier cosa que viniese ahora, seria irrevocable.

Estaba comprometido a seguir una línea de acción cuyo resultado, en términos humanos, era imposible de calcular. Seguramente, ¿habría alguna resignación filosófica que sacar de ese conocimiento? Aquella noche se quedó levantado hasta tarde, oyendo su música favorita en el enorme fonógrafo y bebiendo un poco más de lo que acostumbraba. De tiempo en tiempo cruzaba el cuarto y se sentaba en el escritorio Rey Jorge, con la pluma apoyada en una hoja de papel con membrete.

«Mi querida Leila: en este momento me parece más necesario que nunca verte y tengo que pedirte que superes tu...»

Un fracaso. Estrujaba las cartas y las arrojaba con pena al canasto. ¿Vencer su qué? ¿Leila se le iba haciendo odiosa, también? En alguna parte, agitándose en el *hinterland* de su conciencia, estaba la idea, casi el conocimiento cierto ya, de que era ella y no Nessim quien había iniciado esos planes espantosos: la primera impulsora. ¿No debería decírselo a Nur? ¿No debería decírselo a su propio gobierno? ¿No era probable que Naruz, el hombre de acción en la familia, estuviera to0avía más complicado en la conspiración que el propio Nessim? Suspiró. ¿Qué podía ninguno de ellos esperar de una insurrección triunfante de los judíos? Mountolive creía demasiado firmemente en la mística inglesa para darse cuenta cabal de que alguien podía haber perdido la fe en ella, y en las promesas que pudiese encerrar de futura seguridad, futura estabilidad.

No, todo el asunto le parecía simplemente un poco de locura gratuita; un típico negocio aventurero, de gente sin cabeza y que ve una posibilidad de sacar grandes benefi cios. ¡Qué típico de Egipto! Revolvió su propio desprecio, lentamente, con esa idea, como podría uno revolver un pote de mostaza. ¡Qué típico de Egipto! Sí, pero, extrañamente, ¡qué típico de Nessim!

Imposible dormir esa noche. Se echó encima un sobretodo liviano, un disfraz más que nada, y salió a hacer un largo paseo a la orilla del río, a fin de fijar sus ideas, sintiendo un absurdo pesar por no tener un perrito que lo siguiera y le ocupara la mente. Se había deslizado por la puerta de los criados y el brillante kawass y los dos guardias policiales se sorprendieron mucho al verle entrar, de vuelta, por el portón del frente, casi a las dos de la mañana, caminando con sus propias piernas, como a ningún embajador debiera permitírsele. Les dio un cortés buenas noches, en árabe, y entró solo en la Residencia, abriendo la puerta con su llave. Tiró el abrigo y caminó por el hall iluminado, seguido todavía por un perrito imaginario que dejaba sus huellas húmedas en los lustrosos pisos de parquet...

Mientras subía a dormir, se encontró con el retrato suyo hecho por Clea, ya concluido, apoyado abandonadamente contra la pared del primer descanso. Juró entre dientes; se le había olvidado. Seis semanas atrás había decidido enviárselo a su madre.

Se propuso ocuparse especialmente de que al día siguiente la oficina de valijas se encargara del envío. Tal vez tuviera algunas dificultades, pensó, por el gran tamaño, pero él iba a insistir a fin de evitarse la complicación de obtener un permiso de exportación para una llamada «obra de arte» (cosa que no era, por cierto). Pues desde que un arqueólogo alemán había robado un montón de estatuas egipcias y las había vendido a los museos de Europa, el Gobierno se mostraba muy suspicaz ante la idea de permitir que salieran piezas de arte. Sin duda demorarían una licencia durante meses, mientras se discutía todo el asunto. No, la oficina de valijas debía ocuparse de

ello; su madre estaría contenta. Pensó en ella con una punzada sentimental, y se la imaginó sentada al fuego en aquel paisaje cubierto de nieve. Le debía una carta bien larga. Pero no ahora. «Cuando esto haya pasado», se dijo, con un escalofrío.

Una vez en cama, entró en un laberinto de sueños superficiales y nada placenteros, donde anduvo tropezando y cayendo toda la noche: imágenes de la gran red de lagos, con sus peces pululantes y sus nubes de aves salvajes, donde reaparecían las figuras jóvenes de él y de Leila, moviéndose, animadas por el suave golpeteo de los remos en el agua, al compás de un pandero, único y suave, a través de un nocturno paisaje color violeta; sobre los confines del sueño se movía la silúeta de otra barca con dos figuras a bordo: los hermanos. Ambos armados con fusiles de cañón largo. Pronto lo alcanzarían; pero, cálido en el cerco de los brazos de Leila, como un Antonio en Accio, difícilmente podía inducirse a tener miedo. No hablaban, o por lo menos él no oía voces. El sólo sentía los mensajes que le venían de la mujer que tenía en los brazos, y los que iban de él hacia ella, transmitidos, parecía, tan sólo por el tictac de la sangre. Estaban más allá del habla y la reflexión, siendo las figuras disminuidas de un pasado no olvidado, y tampoco lamentado, infinitamente caro ahora, por ser irrecuperable. En el corazón del sueño mismo sabía que estaba soñando, y se despertó con sorpresa y angustia, para encontrar lágrimas sobre la almohada. Tomando el desayuno de acuerdo con la costumbre establecida, le pareció que tenía fiebre, pero el termómetro se negó a confirmar su impresión. Se levantó, pues, de mala ganó, y se presentó con uniforme completo, justo a tiempo para encontrar a Donkin, que caminaba nerviosamente por el hall, con el paquete de papeles bajo el brazo.

-Bueno -expresó Mountolive señalando vagamente su atavío-, aquí estoy al fin.

En el automóvil negro, con su penacho revoloteante, se deslizaron suavemente a través de la ciudad hasta el ministerio, donde el tímido egipcio, parecido a un mono, los esperaba lleno de inquietas atenciones y alarmas. Visiblemente lo impresionaba el uniforme y el hecho de que los dos mejores arabistas de la misión británica hubieran sido destacados para visitarle. Radiante, se inclinaba accionando automáticamente la mano abierta -un intercambio de cortesías oficiales- con su práctica acostumbrada. Era un hombrecito triste, con gemelos de metal blanco en los puños y cabello apelmazado. Los ojos se le aguaban fácilmente. Tanto quería agradar, propiciar, que fácilmente caía en posturas de amistad casi empalagosas. Les ofreció el café ceremonial y el turrón como si el gesto mismo representara casi una confesión de amor. Continuamente se enjugaba la frente y hacía su simpática mueca de pitecantropo.

-¡Ah, embajador! -expresó sentimentalmente, cuando los cumplimientos cedieron sitio a los negocios-. Usted conoce bien nuestro idioma y nuestro país. Le tenemos confianza.

Palabras que querían decir: «Usted sabe que nuestra venalidad es inextirpable, marca de una antigua cultura; por lo tanto no nos sentimos avergonzados en su presencia.»

Después se sentó con las zarpas plegadas sobre su prolijo chaleco gris, sombrío como un feto en una botella, mientras Mountolive formulaba su protesta, enérgicamente redactada, y mostraba el monumento a la actividad de Maskelyne. Nur escuchaba, meneando dubitativamente la cabeza de tiempo en tiempo, alargándosele la cara. Cuando Mountolive hubo concluido exclamó, levantándose impulsivamente:

-Desde luego. En seguida. En seguida.

Y después, como si se hubiera hundido en la duda, se sentó vacilante de nuevo y empezó a jugar con los gemelos. Mountolive suspiró al ponerse en pie.

-Es un deber ingrato -manifestó-, pero necesario. ¿Puedo asegurar a mi gobierno que el asunto se va a tratar con rapidez?

-Con rapidez, con rapidez -el hombrecito asintió dos veces y se lamió los labios; uno tenía la impresión de que no entendía del todo las palabras que iba diciendo-. Veré hoy a Memlik -añadió, en tono más bajo. Pero el timbre de su voz había cambiado. Tosió y comió un dulce, sacudiéndose el azúcar impalpable, que le había quedado en los dedos, con un pañuelo de seda-. Sí -añadió. Si le interesaba el voluminoso documento que tenía delante, era (o así le parecía a Mountolive) solamente porque las copias fotostáticas le intrigaban. No había visto nunca esas cosas. Pertenecían a los grandes mundos extranjeros de la ciencia y la ilusión en que vivían estos occidentales; mundos de grandes poderes y responsabilidades, de los que descendían a veces vestidos en magníficos uniformes, para hacer la suerte de los simples egipcios más difícil de lo que era en la mejor de las épocas.

-Sí, sí, sí -replicó Nur, como para dar a la conversación estabilidad y profundidad, para dar a su visitante confianza en sus buenas intenciones.

A Mountolive esto no le gustó nada. Todo el tono empleado por el otro carecía de dirección precisa, de propósito fijo. La absurda sensación de optimismo se alzó de nuevo en su pecho, y para castigarse (también porque era extremadamente escrupuloso) dio un paso adelante 'y apretó una pulgada más el asunto.

-Si le agrada a usted, Nur, y si me autoriza expresamente, estoy dispuesto a presentar los hechos y recomendaciones ante Memlik Bajá en persona. No tiene más que hablar.

Pero aquí lastimaba la piel fina, recién formada, del protocolo y del sentimiento nacional.

-Querido señor -contestó Nur con una sonrisa suplicante y el gesto de un mendigo que importuna a un rico-, eso estaría fuera del orden regular. Porque es un asunto interno. No sería conveniente que yo aceptara.

Y tiene mucha razón, reflexionaba Mountolive, cuando volvían, intranquilos, en el automóvil a la embajada; ya no podían dar órdenes a Egipto como otrora la Alta Comisión. El joven Donkin callaba, con una sonrisa interrogativa y meditabunda, estudiándose los dedos. El penacho sobre el radiador del auto revoloteaba alegremente, recordándole a Mountolive el trémulo banderín del yate de diez metros de Nessim, cuando cortaba las aguas del puerto...

-¿Qué le parece esto, Donkin? -le dijo, poniéndole el brazo sobre el codo al joven barbudo. -Francamente, señor, no sé qué pensar.

-Yo tampoco, de veras. -Luego estalló-: Pero tendrán que obrar; sencillamente tendrán. No voy a dejar que me hagan a un lado así como así- (Pensaba: «Londres nos va a hacer la vida imposible hasta que pueda darles alguna clase de satisfacción.») El odio a una imagen de Nessim cuyos rasgos, como mediante el truco de una doble exposición, se habían fundido con los del saturnino Maskelyne, le inundaban de nuevo. Al cruzar el hall reparó en su propia cara, reflejada en el largo espejo colocado en el entrepaño, y le sorprendió notar que tenía una expresión de débil petulancia.

Ese día se encontró cada vez más impaciente con su personal y con los criados de la residencia. Empezaba a sentirse casi perseguido.

XIV

Si Nessim tenía la temeridad de reírse ahora, por lo bajo, mientras estudiaba la invitación; si apoyó el florido objeto contra el tintero para estudiarlo mejor, riendo suave e intranquilamente, fue porque pensaba: «Decir que un hombre es inescrupuloso implica que nació con escrúpulos naturales, que ahora prefiere desoír. Pero ¿puede uno imaginarse un hombre nacido enteramente sin conciencia? *¿Nacido* sin el hábito común de un alma? (Memlik.)»

Sí, le sería difícil imaginárselo sin piernas, sin brazos, ciego; pero un déficit particular de una glándula de secreción, y la falta de una porción de alma, eso le convertiría más bien en objeto de admiración, tal vez incluso de conmiseración. (Memlik.) Había hombres cuyos sentimientos se dispersaban como agua de un surtidor, agua tan fina como si hubiese pasado por un atomizador: el atomizador de quienes los habían congelado en «alfileres y agujas del corazón»; había otros hombres nacidos sin un sentido de los valores: ciegos al color moral. Los muy poderosos solían ser así: hombres que caminaban dentro de la nube de sueños de sus actos, que en cierto modo carecían de sentido para ellos. ¿Era así también Memlik? Nessim sentía por él toda la

apasionada curiosidad que un entomólogo podría tener por un espécimen no clasificado.

(Enciende un cigarrillo. Levántate y pasea por el cuarto, deteniéndote de tiempo en tiempo para reír de nuevo, leyendo la invitación en silencio. Continuamente el alivio desplaza a la ansiedad y la ansiedad al alivio.) Levantó el auricular y habló a Justine, bajo, con voz sonriente:

-«La montaña ha acudido a Mahoma.» (Lenguaje cifrado para designar a Mountolive y Nur.) Sí, querida. Es un alivio saberlo de veras. ¡Toda mi toxicología y mi práctica con la pistola! Parece necedad, ahora. Yo habría querido que ocurriese así, pero naturalmente, uno tiene que tomar precauciones. Bueno. Se le está haciendo presión a Mahoma y él ha entregado un ratoncito bajo la forma de una invitación a un Wird. -La oyó reír incrédulamente-. Por favor, querida -continuó-, consígueme un Corán de los más lindos que puedas, y envíamelo a la oficina. Hay algunos viejos, con tapa de marfil, en la colección de la biblioteca. Sí, lo voy a llevar a El Cairo el miércoles. Sin duda tiene que recibir su Corán. (Memlik.)

Estaba muy bien hacer chistes. El respiro sólo iba a ser temporal; pero ni siquiera tenía que temer por el momento el veneno o la figura que lo acechara subrepticiamente en un pasaje y -que podría... No. La situación no dejaba de prometer una fructífera demora.

Hoy, en la década del 50, la casa de Memlik Bajá se ha hecho famosa en las más remotas capitales del mundo, sobre todo por la arquitectura distintiva de los bancos que llevan el nombre de su fundador; y en verdad su estilo posee todas las curiosas marcas del gusto de este hombre misterioso: pues todas están construidas bajo el mismo modelo grotesco, una especie de imitación de una tumba egipcia, adaptada por un discípulo de Le Corbusier. Irresistiblemente se ve uno forzado a pararse en seco y preguntarse, al mirar sus sombrías fachadas, si está caminando en Roma o en Tokio. Los pilares rechonchos sugieren a un mamut atacado de repentina elefantiasis, supervivencia grotesca o tal vez renacimiento de algo intrínsecamente macabro: ¿una especie de gótico-otomano-egipcio? Vamos, algo así como si la estación de Euston se hubiera multiplicado por fisión binaria. Pero a esta altura el poder del hombre se ha ido por estas extrañas chimeneas al mundo en general... todo ese poder condensado y desplegado desde la mesita tendida de café, sobre la cual escribía (si alguna vez escribió) desde el raído diván amarillo, donde su letargo lo mantenía encadenado día tras días. (Para entrevistas de particular importancia, llevaba su *tarbush y sus* guantes suecos amarillos; en la mano sostenía una espantamoscas de mercado común que su joyero había embellecido con un dibujo en perlas artificiales.) Nunca sonreía. Un fotógrafo griego que una vez le pidió una sonrisa en nombre del arte, fue despedido sin ceremonias al jardín, tras un batir de palmas, y se le dieron doce azotes para que expiara el insulto.

Tal vez la rara mezcla de factores hereditarios pudiera tener alguna relación con esto, pues había nacido de un padre albanés y una madre nubia, cuyas espantosas riñas habían atormentado su sueño en la infancia. Era hijo único. Quizá por eso la simple ferocidad conseguía equilibrarse con una aparente apatía y una voz cuchicheante, que a veces subía hasta un tono de mujer, pero que se empleaba sin recurrir a gestos. Físicamente, también el largo cabello sedoso- algo ensortijado, la nariz y la boca labradas chatamente, en la oscura piedra arenisca de Nubia, y puesta en bajorrelieve sobre una cabeza alpina, completamente redonda... todo revelaba su origen. Si hubiera sonreído, en verdad, habría mostrado una semicircunferencia blanca, propia de un negro, bajo las achatadas aletas de la nariz, dilatadas como goma. Tenía la piel manchada de lunares negros, y de un color muy admirado en Egipto: el de hoja de tabaco. Depilatorios tales como el *halawa* le mantenían el cuerpo libre de pelos, y hasta las manos y antebrazos. Pero los ojos eran pequeños y hundidos en pliegues, como clavos de olor gemelos. Comunicaban su intranquilidad por una expresión de perpetuo adormecimiento -dando entonces, los blancos descoloridos, la impresión de una glauca ausencia de cerebro, como si el alma que habitaba ese gran cuerpo estuviera completamente fuera, en vacaciones privadas. Sus labios también eran muy rojos, sobre todo el inferior; y su aspecto de contusa madurez sugería tal vez la epilepsia.

¿Cómo había subido tan rápidamente? Etapa por etapa, a través de lentas y difíciles labores de empleado en la Comisión (que le había enseñado a despreciar a sus amos), y finalmente por nepotismo. Empleaba métodos escogidos y estudiados. Cuando Egipto pasó a ser libre, sorprendió a sus mismos padrinos conquistando de un solo salto el Ministerio del Interior. Sólo entonces rompió ese disfraz de mediocridad que había estado llevando todos esos años. Sabía muy bien cómo despertar ecos en torno a su nombre mediante el látigo... porque ahora lo blandía él. La tímida alma del egipcio clama siempre por el látigo. «Un deseo fácil de satisfacer para quien se ha acostumbrado a ver a los hombres y mujeres como moscas.» Así dice el proverbio. En cosa de un año se había convertido en hombre temido; circulaba el rumor de que hasta el viejo monarca rehuía el contradecirle abiertamente. Y con la nueva libertad de su país, él también era magníficamente libre, al menos con egipcios musulmanes. Los europeos, por tratado, conservabari el derecho de someter sus problemas judiciales, o responder a acusaciones contra ellos, en *Les Tribunaux Mixtes,* cortes europeas con letrados europeos para acusar y defender. Pero el sistema judicial egipcio (si puede llamárselo tal) lo manejaban directamente hombres del tipo de Memlik, anacrónicos sobrevivientes de un feudalismo tan terrible como falto de sentido. La edad del Cadí estaba lejos de haber concluido para ellos, y Memlik obraba con toda la autoridad de quien tiene en sus manos un *firman o* dispensa del sultán. No había, en verdad, nadie que lo desmintiera. Castigaba duro y a menudo, sin hacer preguntas, y a veces puramente de oídas, por la más remota sospecha. La gente desaparecía en silencio, sin dejas rastros, y no había corte de apelaciones para atender sus reclamos, en caso de que

los hicieran; o bien reaparecían en la vida civil, elegantemente mutilados o diestramente cegados y, no se sabe por qué, curiosamente reacios a hablar de su desgracia en público. («Veremos si sabe cantar», se comentaba que decía Memlik. Se aludía a la conocida operación de arrancarle los ojos al canario con un alambre calentado al rojo, para que el pájaro cante más dulcemente.)

Hombre indolente, pero listo, se apoyaba, para su trabajo de oficina, en griegos y armenios principalmente. Casi nunca visitaba su despacho del Ministerio, y dejaba que lo manejasen sus preferidos, explicando y lamentando que estaba siempre asediado por pedigüeños que le hacían perder el tiempo. (En realidad temía que un día lo asesinaran allí, porque era un lugar vulnerable. Hubiera sido fácil, por ejemplo, poner una bomba en cualquiera de los no barridos armarios, donde los ratones se divertían con los expedientes amarillentos. Hakim Effendi le había metido la idea en la cabeza, a fin de lograr él mismo mano libre en el Ministerio. Memlik lo sabía, pero no le importaba.)

En cambio había elegido para sus audiencias el viejo caserón al borde del Nilo. Lo rodeaba una densa arboleda de palmeras y naranjos. El ría sagrado fluía bajo sus ventanas; siempre había algo que ver, que observar: felucas que trepaban río arriba o bajaban, grupos de gente en fiesta, que pasaban; de vez en cuando una lancha de motor... Además estaba demasiado lejos para que vinieran los postulantes a molestarle por sus parientes presos. (Hakim compartía de todos modos los sobornos de la oficina.) Allí, Memlik no veía más que a personas relativamente de, masiado importantes para ser despedidas: y él forcejeaba, erguido, por mantenerse sentado en el diván amarillo, con los limpios zapatos (de polainas gris perla) sobre un escabel de damasco, la mano derecha en el bolsillo del pecho, y la izquierda sosteniendo el espantamoscas de mercado, como para conferir con él una absolución. El personal que le atendía en sus diarias transacciones de negocios estaba formado por un secretario armenio (Cyril) y el pequeño italiano Rafael, que parecía una muñeca (de profesión barbero y procurador), quienes le hacían compañía y endulzaban el aburrimiento de su trabajo oficial sugiriéndole placeres cuya perversidad pudiera encender a un hombre que parecía haber gastado todo apetito mental, excepto el del dinero. Digo que Memlik nunca sonreía, pero a veces, cuando estaba de buen humor, le pasaba la mano por el cabello a Rafael, pensativamente, y le ponía los dedos sobre la boca para acallar su risa. Esto era cuando pensaba hondamente antes de levantar el auricular del anticuado teléfono de cuello de ganso, para mantener una conversación con alguien, en su voz bala, o para llamar a la Prisión Central, a fin de oír el evidente susto del operador cuando daba su nombre. A esto, sobre todo, Rafael estallaba en risitas sicofantes, riendo hasta que las lágrimas le caían por la cara, metiéndose un pañuelo en la boca. Pero Memlik no sonreía. Deprimía levemente las mejillas y exclamaba: «¡Alá! Te ríes.» Tales ocasiones eran pocas y espaciadas.

¿Era en realidad tan terrible como dejaba suponer su reputación? Nunca se sabrá. Las leyendas se forman fácilmente alrededor de tales personajes, que pertenecen más a la leyenda que a la vida. («Una vez, cuando se vio amenazado de impotencia, bajó a la cárcel y ordenó que mataran a latigazos a dos chicas, en su presencia, mientras se obligaba a una tercera -¡cuán pintorescas son las imágenes poéticas en lengua del Profeta!- a refrescar su ánimo aletargado». Se decía que presenciaba personalmente toda ejecución oficial y que temblaba y escupía de continuo. Después pedía un sifón de soda para calmar la sed... Pero ¿quién sabrá nunca la verdad de estas leyendas?)

Era morbosamente supersticioso e incurablemente venal: y en realidad estaba acumulando una inmensa fortuna a fuerza de soborno. Pero ¿cómo sumar a todo esto, el hecho de su desordenada religiosidad, un celo fanático por la observancia que habría desconcertado a quienquiera que no fuese egipcio? Por cuestiones de religión, precisamente, había reñido con el piadoso Nur; pues Memlik había establecido casi un formulario jurídico para recibir los sobornos. Poseía una famosa colección de Coranes. Los guardaban arriba, en una galería desvencijada de la casa. Ya se sabía en todas partes que la manera cortés de abordarle consistía en interfoliar algún ejemplar, muy grato para él del libro santo, con billetes u otros tipos de dinero y (con reverencia) obsequiarle este ejemplar para enriquecer su gran biblioteca. Aceptaba el regalo y contestaba, agradecido, que tendría que ir en seguida arriba para ver si ya tenía un ejemplar. A su regreso, el postulante sabía si el éxito acompañaba a sus gestiones cuando Memlik le daba las gracias de nuevo y le comunicaba que había puesto el libro en su biblioteca; pero si pretendía poseer ya un ejemplar igual y le devolvía el libro (aunque infaliblemente le había extraído el dinero) el postulante sabía que su alegato había fallado. Esa pequeña fórmula social era lo que Nur llamaba «desacreditar al Profeta», con lo que se había ganado el silencioso odio de Memlik.

El largo jardín de invierño acodado en que celebraba su Diván privado también era algo enigmático. Las coloridas ventanas en abanico, de barato cristal emplomado, transformaban a los visitantes en arlequines, bañándoles de verde y escarlata y azul la cara y los vestidos mientras caminaban a lo largo del salón para saludarle. Fuera de las lóbregas ventanas corría el río color cacao, en cuya orilla opuesta estaba la embajada británica, con sus elegantes jardines, donde Mountolive erraba por las noches, cuando se sentía solo. Todo el largo de la pared del gran salón de recepción de Memlik estaba casi cubierto por dos enormes e incongruentes cuadros victorianos, pintados por algún maestro olvidado, que siendo demasiado grandes y pesados para colgarse, permanecían en el suelo y daban la impresión de ser tapices con marco. Pero ¡qué asuntos! En uno, los israelitas cruzaban el mar Rojo, amablemente apilado a cada lado para admitir su temible paso; en otro un Moisés hirsuto golpeaba una roca de teatro con el cayado de un pastor. En cierto modo, estos temas bíblicos atenuados hacían juego perfectamente con todo el resto del mobiliario: las grandes alfombras otomanas y las rígidas sillas de feo respaldo,

cubiertas de damasco azul, el inmenso candelabro de bronce retorcido, con su círculo de lámparas eléctricas esmeriladas, que brillaban día y noche. A un lado del diván amarillo, había un busto, de tamaño natural, de Fouché, que llamaba en seguida la atención del postulante pod su incongruencia. Cierta vez, un diplomático francés halagó a Memlik diciéndole: «A usted lo miran como el mejor ministro del Interior de la historia moderna; en realidad, desde Fouché, no ha habido otro como usted.» Quizá la observación tenía su punta de ironía, pero hirió la imaginación de Memlik, y en seguida encargó un busto a Francia. Parecía tener un tono de leve reproche entre toda esa aparatosidad egipcia, porque el polvo se le había acumulado espesamente encima. El mismo diplomático calificó una vez la sala de recepción de Memlik como un cruzamiento entre un museo geológico abandonado y un rincón del viejo Palacio de Cristal: lo que también era acertado, aunque cruel.

Todos estos detalles los recogieron cortésmente los ojos de Nessim, con no pocos destellos de ironía oculta, mientras estaba en el pasillo y oía anunciar su nombre. Le gustaba vivamente el haber sido invitado así a compartir una reunión de rezo, o Wird, con el temible Memlik. No eran raras estas funciones, por extraño que pareciera al relatarlo, pues a Memlik le agradaban estas llamadas «noches de Dios», y su piedad no parecía incompatible con el resto del misterioso personaje; escuchaba atentamente, sin vacilar, al recitador, a menudo hasta las dos o las tres de la mañana, con el aire de una serpiente que está invernando. A veces hasta se unía al convencional jadeo de «Alá», con que la compañía expresaba su contento en algún pasaje particularmente feliz del evangelio...

Nessim cruzó la cámara con paso ligero y animado, tocándose debidamente pecho y labio, y se sentó delante de Memlik para expresar gratitud por una invitación que tanto le honraba. Aquella noche no había más que nueve o diez huéspedes, y dio por seguro que esto se debía a que Memlik quería estudiarle, y si posible fuera, mantener alguna conversación privada con él. Traía el exquisito Corán pequeño, envuelto en blando papel de tisú; había mechado cuidadosamente las páginas con títulos negociables en Suiza.

-¡Oh, bajá! -exclamó suavemente-. He oído hablar de tu legendaria biblioteca y sólo te pido gozar el placer de un amante de los- libros al ofrecerte una pieza para ella.

Dejó su presente en la mesita y aceptó el café y los dulces que le colocaron delante. Memlik no contestó ni se movió de su posición en el diván, por un largo rato, permitiéndole sorber el café, y después contestó con negligencia:

-Honrado está el huésped. Estos son mis amigos. Hizo unas cuantas presentaciones someras de los otros visitantes, que formaban una colección bastante rara para haberse juntado a oír recitar el evangelio; y nadie había allí de posición visible en la sociedad de El Cairo: esto lo notó Nessim. En realidad no conocía a ninguno, pero se mostró

atentamente cortés con todos. Después se permitió unos cuantos comentarios generales sobre la belleza y acierto de la cámara de recepción y la alta calidad de las pinturas que estaban contra la pared. No le pareció mal esto a Memlik, quien expresó perezosamente:

-Es mi cuarto de trabajo y mi sala de recepción al mismo tiempo. Vivo aquí.

-Con frecuencia lo he oído describir -contestó Nessim, con su aire de cortesano- por quienes han tenido la dicha de visitarle, ya fuera para el trabajo o para el placer.

-Mi trabajo -repuso Memlik con un destello en los ojos- se hace en martes solamente. El resto de la semana me divierto con los amigos.

Nessim no fue sordo a la amenaza que encerraban las palabras: martes para el musulmán es el día menos favorable a las empresas humanas, porque cree que en martes Dios creó todas las cosas desagradables. Es el día elegido para ejecutar a los criminales. Nadie se atreve a casarse en martes, porque el proverbio dice: «Casado el martes, ahorcado el martes.» Según las palabras del Profeta: «En martes Dios creó la oscuridad absoluta.»

-Felizmente -expresó el sonriente Nessim-, hoy es lunes, cuando Dios creó los árboles.

Y condujo la conversación en torno a las lindas palmeras que allá se balanceaban, fuera de las ventanas: un giro de conversador que rompió el hielo y le ganó la admiración de los otros visitantes.

Ahora el viento había cambiado, y después de media hora de charla casual, las puertas corredizas del otro extremo del salón se apartaron para admitirlos a un banquete tendido en dos grandes mesas. La sala estaba adornada con magníficas flores. Aquí al menos, en los caros manjares de la mesa de Memlik, se notaba un poco más la insinuación a la amistad y el buen humor. Una o dos personas hablaban, y Memlik mismo, aunque no comía nada, pasaba lentamente de grupo en grupo emitiendo laboriosas cortesías en voz baja. Llegó hasta Nessim en un rincón y manifestó con naturalidad, a decir verdad, con aire de candor:

-Deseaba particularmente verlo, Hosnani.

-Muy honrado, Memlik Bajá.

-Le he visto en recepciones, pero nos han faltado amigos comunes que nos presentaran. Lamentable.

-Lamentable.

Memlik suspiró y se abanicó con su espantamoscas, quejándose de que la noche era cálida. Después, en el tono de alguien que debate consigo mismo, casi titubeando:

-Señor, el Profeta ha dicho que el mucho poder trae muchos enemigos. Yo sé que usted es poderoso.

-Mi poder es insignificante, pero tengo enemigos.

-Lamentable.

-En verdad.

Memlik desplazó su peso a la pierna izquierda y se mondó pensativamente los dientes por un momento; luego prosiguió:

-Creo que nos entenderemos perfectamente, pronto. Nessim se inclinó formalmente y permaneció callado, mientras su huésped le miraba conjeturalmente, respirando lenta y regularmente por la boca. Memlik dijo:

-Cuando quieren quejarse, vienen a mí, que soy el paño de lágrimas. Lo encuentro cansador, pero a veces me veo obligado a obrar en favor de quienes se quejan. ¿Me comprende?

-Perfectamente.

-En algunas ocasiones, no estoy obligado a comprometerme en una acción particular. Pero en otras puedo estarlo. Por lo tanto, Nessim Hosnani, el hombre cuerdo quita los motivos de queja.

Nessim volvió a inclinarse amablemente y una vez más permaneció en silencio. Era inútil proseguir la dialéctica de sus relativas posiciones hasta que le hubiesen aceptado el regalo ofrecido. Memlik lo sintió quizá, porque suspiró y se apartó hacia otro grupo de visitantes. Y pronto terminó la cena y la compañía volvió a la sala de recepción. Entonces el pulso de Nessim latió más rápidamente, porque Memlik tomó el paquete envuelto en tisú y se disculpó diciendo:

-Tengo que comparar esto con los libros de mi colección. El *sheik* de esta noche (el de Imbabi) va a venir pronto. Siéntese y estése a gusto. Pronto volveré.

Salió de la sala. Una conversación cualquiera empezó entonces, en la que Nessim hizo lo posible por participar, aunque dándose cuenta de que el corazón le latía con molesta prisa y los dedos le temblaban al llevarse el cigarrillo a los labios. Al cabo de un rato las puertas se abrieron de nuevo para dar paso a un viejo *sheik* ciego, que había venido a presidir esa «Noche de Dios». La compañía lo rodeó, estrechándole las manos y expresando cumplidos, Y Memlik entró bruscamente y Nessim vio que traía las manos vacías; pronunció interiormente una plegaria de gracias y se enjugó la frente.

No necesitó mucho tiempo para tranquilizarse de nuevo. Estaba en pie, un poco apartado del racimo de señores de chaqueta oscura que

rodeaba al viejo predicador ciego. El predicador, de rostro vacante y desconcertado, se volvía de una voz a otra, como un dispositivo mecánico que registrase ondas de sonido; su aire de leve confusión sugería el contento espectral de una absoluta fe en algo que era tanto más satisfactorio cuanto que no lo había captado enteramente la razón. Sus manos se unieron sobre el pecho; parecía tímido como un niño antiguo, lleno de la belleza cinética de un ser humano cuya alma se ha convertido en objeto votivo.

El bajá, cuando entró de nuevo, se encaminó lentamente hasta el lado de Nessim, pero por tapas tan espaciadas que le pareció a él que nunca lo alcanzaría. Su lento avance se prolongaba por los cumplimientos y por un aire de desinterés calculado. Al fin estuvo allí, al lado del hombro de Nessim, sosteniendo todavía con sus largos dedos hábiles el espantamoscas enjoyado:

-Es un regalo escogido -expresó la voz baja al fin, con una levísima sugestión de miel en el tono-. Muy aceptable. En verdad, señor, su conocimiento y discernimiento son proverbiales. Sorprenderse por ello demostraría una vulgar ignorancia.

La fórmula que usaba invariablemente Memlik era tan tersa y bien redactada en árabe, que Nessim no pudo dejar de mostrarse sorprendido y contento. Era un giro especial de lenguaje, que solamente habría usado una persona verdaderamente culta. No sabía que Memlik se la había aprendido cuidadosamente de memoria para tales ocasiones. Inclinó la cabeza como quien recibe un espaldarazo, pero permaneció callado. Memlik jugó un momento con el espantamoscas y luego añadió, en otro tono:

-Naturalmente, hay una sola cosa. Yo he hablado ya de las quejas que me llegan, *effendi* mío. En tales casos, tarde o temprano tengo que investigar las causas. Lo siento mucho.

Nessim volvió a él sus ojos negros y despejados, diciendo en voz baja y todavía sonriendo:

-Señor, para la Navidad cristiana, pocos meses, ya no habrá motivo de queja.

Hubo un silencio.

-Entonces el tiempo es importante -manifestó Memlik, reflexivamente.

-El tiempo es el aire que respiramos, como dice el proverbio.

El bajá se volvió a medias y, hablando como para la compañía en general, añadió:

-Mi colección necesita su atinadísimo conocimiento. Espero que me descubra otros tesoros de la palabra santa. Nuevamente se inclinó Nessim.

-Todos los que sean aceptables, bajá.

-Lástima no habernos encontrado antes. Lamentable.

-Lamentable.

Pero luego volvió a ser el anfitrión y se apartó. El amplio círculo de incómodas sillas de respaldo duro estaba casi cubierto por los otros visitantes. Nessim eligió una en un extremo, mientras Memlik se acercaba a su diván amarillo y trepaba lentamente a él como un nadador que atrapa una balsa en el océano. Los criados avanzaron para retirar las tazas de café y los dulces; trajeron un sillón alto y elegante, de brazos labrados, de tapizado verde, que pusieron para el predicador, un poco a un lado del salón. Un huésped se levantó y, con murmullos de respeto, condujo al ciego a su asiento. Retirándose en buen orden, los criados cerraron y echaron el cerrojo a las altas puertas situadas al extremo de la sala. Iba a empezar el Wird. Memlik inauguró formalmente la ceremonia, con una cita de Ghazzali el teólogo, innovación sorprendente para quien, como Nessim, no tenía otra idea del hombre que lo que había oído.

-El único modo -expresó Memlik- de unirse a Dios es comunicarse continuamente con El.

Pronunciadas estas palabras, se apoyó en el respaldo y cerró los ojos, como agotado por el esfuerzo. Pero la frase tuvo el efecto de una señal, pues cuando el predicador ciego levantó el descarnado cuello y aspiró fuertemente el aire antes de empezar, la gente respondió como un solo hombre. En seguida se apagaron todos los cigarrillos, se descruzaron las piernas, se prendieron formalmente los botones de las chaquetas, y se corrigió toda negligencia del cuerpo y la palabra.

Esperaron con emoción que aquella vieja voz, melodiosa y gastada por la edad, recitara las estrofas iniciales del libro santo; y no había nada fingido en la adoración atenta del círculo de caras venales. Algunos se lamían los labios y se inclinaban afanosamente hacia adelante, como para tomar las frases de la boca misma del predicador, otros bajaban la cabeza y cerraban los ojos como si oyesen una nueva música. El viejo predicador, sentado, con las manos de cera plegadas en el regazo, pronunció la primera sura, henchida del cálido colorido suave de algo que se entiende familiarmente, con voz un tanto insegura al principio, pero que tomaba fuerza y firmeza del silencio al avanzar. Sus ojos estaban ahora tan abiertos y sin lustre como los de una liebre muerta. Los oyentes seguían el ritmo de los versos a medida que salían de sus labios, con cuidado y arrobamiento, buscando gradualmente su camino juntos, para entrar en la corriente central de la poesía, como un cardumen de peces siguiendo a su jefe por instinto al mar abierto. La intranquilidad y restricción del propio Nessim cedió sitio entonces a un calor en el corazón porque él también amaba las suras y el viejo

predicador poseía una magnífica voz de orador, aunque el tono todavía fuese afelpado y sin acentuación. Pero era la voz de «lo más hondo del corazón»; toda su presencia espiritual fluía como una corriente de sangre por los magníficos versos, llenándolos con su propio ardor; y uno sentía que la audiencia respondía temblando, como el aparejo de un velero responde al viento. «Alá», suspiraban a cada feliz fraseo recordado de nuevo, y estos pequeños jadeos aumentaban la confianza de la vieja voz con su dulce registro alto. «Voz cuya melodía es más dulce que la caridad», dice el proverbio. Era una recitación dramática y muy variada de estilo, cambiando el predicador su tono para adaptarse a la sustancia de las palabras, ora amenazando, ora argumentando, ora declamando o amonestando. No causaba sorpresa que no equivocara las palabras, porque en Egipto los predicadores ciegos son famosos por su memoria, y, además, todo el Corán no pasa de dos tercios del Nuevo Testamento. Nessim le escuchaba con ternura y admiración, mirando a la alfombra, semiarrastrado por el vaivén de la poesía; ésta le distraía de las incansables especulaciones que había estado tejiendo sobre la posible respuesta de Memlik a la obligada presión de Mountolive.

Entre cada sura había unos pocos momentos de silencio; durante ellos nadie se movía ni hablaba, y todos parecían hundidos en la contemplación de lo que acababan de oír. El predicador inclinaba entonces el mentón sobre el pecho, como para recobrar fuerza, y trenzaba suavemente los dedos. Después alzaba los ojos, hacia la luz que él no veía, y volvía a declamar; y otra vez sentía uno la tensión de las palabras que se apresuraban a correr por la conciencia atenta de los oyentes. Era más de medianoche cuando se terminó la lectura del Corán, y un poco de abandono volvió al auditorio, a medida que el anciano se embarcaba en los relatos de la tradición; ya no los oían como si fuera una partitura; pero los seguían con la activa mente proverbial, porque eran la dialéctica de la revelación, su moral y aplicación. Los invitados respondían al tono nuevo dejando que su expresión se iluminara, tomando la intensidad de los que trabajaban habitualmente en el mundo: banqueros, estudiantes u hombres de negocios.

Eran las dos de la mañana cuando llegó a su fin la velada, y Memlik acompañó a sus huéspedes a la puerta del frente, donde los esperaban los automóviles, con un rocío blanco sobre las ruedas y el cromo. A Nessim le-dijo con voz tranquila y medida, una voz que bajaba hasta el corazón de sus relaciones como una plomada:

-Lo invitaré de nuevo, durante todo el tiempo que sea posible. Pero reflexione.

Nessim le dio las gracias y caminó, bajando la avenida, hasta las palmeras, donde había dejado su gran automóvil. El alivio que sentía no dejaba de estar mezclado con algunas dudas. A lo sumo, pensó, había ganado un respiro que no alteraba fundamentalmente la enemistad de las fuerzas contrarias. Pero aun un respiro era algo... ¿Por cuánto tiempo? Imposible juzgarlo por ahora.

Justine no se había acostado. Estaba sentada en el vestíbulo del Hotel Shepheards, bajo el reloj, con un café turco ante ella, que no había tocado. Se levantó ansiosamente cuando él cruzó las puertas giratorias, con su habitual sonrisa amable de bienvenida; pero no se acercó, lo miró con su peculiar intensidad, como si quisiese descifrar lo que él sentía por su apariencia. En seguida sonrió aliviada.

-¡Qué descanso! Gracias a Dios. Me di cuenta por tu rostro en cuanto entraste.

Se abrazaron suavemente y él se hundió en un sillón al lado de ella, cuchicheando.

-Vive Dios, creí que no terminaba nunca. Pasé parte del tiempo bastante nervioso también. ¿Comiste sola?

-Sí. Vi a David.

-¿Mountolive?

-Estaba en un banquete. Se inclinó fríamente pero no se detuvo a hablarme. Pero había gente con él, banqueros o algo por el estilo.

Nessim pidió un café, y mientras lo tomaba le contó la velada con Memlik.

-Resulta claro -expresó pensativamente- que la clase de presión que hacen los británicos se basa en esos archivos de correspondencia que capturaron en Palestina. La oficina de Haifa se lo dijo así a Capodistria. Sería adecuado presentárselos a Nur y urgirlo... a la acción.

Dibujó a lápiz una pequeña horca en el dorso de un sobre, con un ahorcado pequeño como una mosca.

-Lo que saqué en limpio de Memlik me sugiere que él puede demorar las medidas, pero que lo presionan demasiado. Tarde o temprano tendrá que satisfacer á Nur. Yo le dije virtualmente que para Navidad yo podría... yo estaría fuera de la zona de peligro. Sus investigaciones no conducirían a ninguna parte.

-Siempre que todo salga de acuerdo con el plan.

-Todo va a salir de acuerdo con el plan.

-Entonces, ¿qué?

-¿Entonces qué? -Nessim estiró sus largos brazos sobre la cabeza, bostezando, y asintió con la cabeza vuelta a medias hacia Justine-. Tomaremos nuevas disposiciones. Da Capo desaparecerá. Tú te marcharás. Leila bajará a Kenya para una larga vacación, junto con Naruz. Eso es.

-¿Y tú?

-Yo me quedaré un poco, manteniendo las cosas en su lugar aquí. La colectividad me necesita. Hay mucho que hacer políticamente aún. Después iré a buscarte y podremos tomarnos unas largas vacaciones en Europa o donde quieras.

Ella le miraba sin sonreír.

-Estoy nerviosa -declaró al fin, con un pequeño estremecimiento-. Nessim, vamos a dar una vuelta en auto a lo largo del Nilo, por una hora, para ordenarnos las ideas antes de acostarnos.

Le agradó hacerle el gusto, y, por una hora, el automóvil avanzó suavemente a lo largo de los nobles caminos bordeados de árboles de la orilla del Nilo, bajo los jacarandás, ronroneando el motor mientras ellos hablaban intermitentemente en voz baja.

-Lo que me inquieta -dijo ella- es que tendrás la mano de Memlik encima. ¿Cómo te la vas a sacudir nunca? Si tiene pruebas firmes contra ti, no soltará la garra hasta que te lo haya quitado todo.

-De cualquier modo -contestó él, tranquilo- nos iría mal. Porque si efectuara una investigación abierta, bien sabes que le daría al gobierno oportunidad de confiscarnos las propiedades. Yo prefiero más bien saciarle la codicia privada mientras pueda. Después veremos. Lo principal es concentrarse en esta... batalla que se avecina.

Cuando pronunciaba esa palabra estaban pasando delante de los jardines, muy iluminados, de la embajada británica. Justine se sobresaltó un poco y lo tomó de la manga, porque había divisado una figura delgada, vestida en pijama, que caminaba por el verde césped con aire de distracción familiar.

-Mountolive -dijo.

Nessim miró pesaroso a su amigo, a través del jardín, con la súbita tentación de parar el auto y entrar para sorprenderle. Semejante gesto habría estado de acuerdo con la conducta recíproca... tres meses antes. ¿Qué había pasado?

-Se va a resfriar -contestó Justine-. Está descalzo. Con un telegrama en la mano.

Nessim aumentó la velocidad, y dobló, bajando la avenida.

-Supongo -manifestó- que sufre de insomnio y quiere refrescar los pies en la hierba antes de intentar dormir. Tú solías hacer eso, ¿te acuerdas?

-Pero ¿el telegrama?

No había mucho misterio, en realidad, en torno al telegrama que el insomne embajador sostenía en la mano y que estudiaba de tiempo en tiempo, mientras caminaba lentamente por sus dominios, fumando un cigarro. Una vez por semana jugaba una partida de ajedrez con Balthazar, por telegrama, que lo entretenía mucho, y le daba algo de ese alivio que los hombres de negocios encuentran en las palabras cruzadas. No vio el gran automóvil que pasaba zumbando delante del jardín y se dirigía a la ciudad.

XV

Iban a quedarse así muchas semanas los actores: como atrapados de una vez por todas en posturas que podrían ilustrar lo incalculable que puede ser la desnuda provi dencia. Mountolive, más que otros, tuvo la sensación desilusionadora de su propia incapacidad profesional, de su impotencia para obrar, salvo como instrumento (no ya como factor): tan preso se sentía en el campo gravitatorio de la política. Humores e impulsos personales estaban igualmente desheredados, no contaban para nada. ¿Sentiría Nessim también el sabor creciente del estancamiento de todas las cosas?, se preguntaba. Pensaba de nuevo, enconadamente y a menudo, en las palabras pronunciadas por Sir Louis cuando se peinaba el cabello en el espejo: «La ilusión de ser libre de obrar.» Sufría torturantes jaquecas ahora, de tiempo en tiempo, y los dientes empezaban a darle trabajo. Por alguna razón u otra se imaginó que ello se debía a que fumaba demasiado y procuró sin éxito abandonar el hábito. La lucha con el tabaco no sirvió más que para aumentar su desgracia.

Pero si él mismo era impotente ahora, ¿cuánto más los otros? Como pálidas proyecciones de una enferma imaginación, parecían vacíos de significado, huecos como trajes colgados, ocupando ubicaciones en este drama sin color de voluntades contrarias. Nessim, Justine, Leila... todos tenían un aire insustancial ahora, como de creaciones de sueños obrando en un mundo poblado por figuras de cera sin expresión. Costaba pensar que les tuviera algún amor todavía. El silencio de Leila, sobre todo, sugería, más claramente aún, la culpa de su complicidad.

El otoño se acercaba a su fin, y todavía Nur no podía presentar pruebas de haber actuado. Las líneas de comunicación que mantenían atada la misión de Mountolive a Londres se atascaron de telegramas cada vez más largos, llenos de las astutas repeticiones de cerebros que trataban de influir en el funcionamiento de algo que Mountolive sabía ya que no era solamente azar, sino verdadero destino. Era interesante también, en cierto sentido paradójico, esta primera gran lección que su carrera había venido a enseñarle; porque, aparte de la zona circunscrita de sus temores y vacilaciones personales, él observaba todo el asunto con una especie de absorta atención, casi con un sentimiento de espantosa admiración. Ante la mirada de Nur, él se presentaba como una especie de momia eno-

jada; pero casi le avergonzaban los esplendores de aquel uniforme de segunda mano: tanto se veía que estaba destinado a amenazar o amonestar al ministro. El viejo se sentía poseído de un febril deseo de satisfacerle; parecía un mono saltando entusiastamente al extremo de una cadena, pero ¿qué remedio? Hacía muecas que se adaptaban a sus transparentes excusas. Las investigaciones emprendidas por Memlik no habían concluido aún. Era esencial verificar la verdad. Se estaban siguiendo los hilos. Y así sucesivamente.

Mountolive hizo lo que nunca había hecho: enrojecer ligeramente y golpear la polvorienta mesa delante de él, con amistosa exasperación. Adoptaba el semblante de una nube de tormenta y predecía una ruptura de relaciones diplomáticas. Llegó hasta recomendar a Nur para una condecoración... comprendiendo que era su último recurso. Pero en vano.

La amplia figura contemplativa de Memlik, agachada contra la luz del día, prometiéndolo todo, no cumpliendo nada, inmóvil, imperturbable y sólo levemente maligna...

Cada uno estaba ya urgiendo al otro más allá del punto de cortés conciliación; Maskelyne y el alto comisionado apretaban a Mountolive; éste a Nur, abrumando al anciano con la sensación de su propia ineficacia, pues él también carecía de poder para luchar contra Memlik sin ayuda del rey; y el rey estaba muy enfermo. En el fondo de esta pirámide estaba la pequeña figura del ministro del Interior, con su riquísima colección de Coranes encerrados en polvorientos armarios.

Obligado, empero, a mantener la presión diplomática, Mountolive tenía una pavorosa sensación de la futilidad de todo, mientras permanecía sentado (como un *jeune premier* que está envejeciendo) y escuchaba el torrente de excusas de Nur, bebiendo el café ceremonial y escrutando esos ojos ancianos e implorantes.

-Pero ¿qué más pruebas, bajá, que los papeles que yo le traje?

Las manos del ministro se abrieron ampliamente, alisando el aire entre ellas como si estuvieran frotando una crema facial; exudaba un afecto conciliatorio y apologético como un ungüento.

La cabeza de tortuga arrugada se movía hacia adelante y atrás como un péndulo. Mountolive gemía interiormente al pensar en esos largos telegramas, uno detrás de otro, interminables como una lombriz solitaria. Nessim se había encajado bonitamente como una cuña entre sus varios adversarios, en una posición donde ninguno podía alcanzarlo... pór el momento. El juego se había interrumpido.

Solamente Donkin se divertía un poco con estos intercambios, tan característicos de Egipto. Su afecto a los musulmanes le había enseñado a ver claramente en sus móviles, a discernir el juego de

concupiscencias infantiles debajo del histriónico silencio de un primer ministro, debajo de sus fáciles promesas. Aun la histeria que iba desarrollándose en Mountolive, frente a estos fracasos, resultaba divertida para un secretario de menor cuantía. Su jefe se había convertido en un dignatario impaciente y protestón, sometido a todas aquellas tentaciones. ¿Quién hubiese creído posible semejante cambio?

La observación de que había más de un Hosnani resultaba extraña, siendo fruto del presciente pensamiento de Rafael, mientras afeitaba un día discretamente a su amo, de acuerdo con la costumbre; Memlik prestaba mucha atención a lo que decía el barbero: ¿no era europeo? Mientras el barberito lo afeitaba, por la mañana, discutían los asuntos del día. Rafael hervía de ideas y opiniones, pero las expresaba oblicuamente, simplificándolas, de modo que se presentaban en una forma fácil de entender. Sabía que a Memlik lo había perturbado la insistencia de Nur, aunque no lo demostrara; sabía, .además, que Memlik solamente obraría si el rey se restableciera lo suficiente para acordarle una audiencia a Nur. Era cuestión de suerte y tiempo; entretanto ¿por qué no explotar a Hosnani el mayor tiempo posible? No era más que uno, entre una docena de asuntos semejantes, que juntaban polvo (y quizá sobornos) mientras el rey se hallaba enfermo.

Un buen día, Su Majestad se sentiría mucho mejor, con sus nuevos médicos alemanes, y concedería audiencias de nuevo. Enviaría a llamar a Nur. Entonces se precipitarían los hechos. Primero sonaría el viejo teléfono de cuello de ganso, colocado al lado del diván amarillo, y la voz del anciano, disimulando un tono triunfante, diría: «Soy Nur, que habla desde el mismo Diván del mismo rey, que me ha recibido en audiencia. El asunto de que hablamos respecto al gobierno británico. Hay que moverlo y hacerlo avanzar. ¡Alabado sea Dios!» «¡Alabado sea Dios!» Y desde ese momento en adelante Memlik tendría las manos atadas. Pero por ahora seguía siendo un agente libre, libre de expresar su desprecio al ministro más anciano mediante la inacción.

-Hay dos hermanos, Excelencia -había dicho Rafael, poniendo una voz de libro de cuentos y una expresión de sombría madurez en su carita de muñeca-. Dos hermanos Hosnani, no uno, Excelencia -suspiró, mientras sus dedos blancos estiraban la morena piel de Memlik, para que la navaja corriera sobre ella. Continuó lentamente, porque registrar una idea en una mente musulmana es como tratar de pintar una pared: hay que esperar a que se seque la primera mano (la primera idea) antes de aplicar la segunda-. De los dos hermanos, uno es rico en campos y el otro rico eri dinero: el del Corán. ¿De qué sirven los campos para mi Excelencia? Pero aquel cuyo bolsillo es sin fondo…

Su tono sugería el desprecio del hombre sin campo por la buena tierra.

-Bueno, bueno, pero... -contestó Memlik con impaciencia lenta, serena, y sin mover los labios bajo el beso de la ágil navaja. Ansiaba que se desarrollara el tema. Rafael calló un momento.

-A decir verdad -expresó pensativamente-, los papeles que usted recibió de bu Excelencia el embajador estaban firmados «Hosnani»: con el apellido. ¿Quién va a decir cuál de los dos hermanos los firmó, cuál es culpable y cuál inocente? Si uno es prudente para obrar, ¿ha de sacrificar un hombre de dinero a un hombre de tierra? No, Excelencia, yo no.

-Y ¿qué harías, Rafael mío?

-A gente como los británicos se les podría hacer parecer que el culpable es el pobre, no el rico. No hago más que decir lo que pienso, Excelencia; soy un pobre hombre entre grandes negocios.

Memlik respiraba bajo por la boca, manteniendo los ojos cerrados. Tenía la habilidad de no demostrar nunca sorpresa. Pero la idea, suspendida ociosamente en su mente, le llenaba de un asombro reflexivo. El último mes había recibido tres aumentos para su biblioteca que le dejaban poca duda sobre la influencia relativa de su cliente, el mayor de los Hosnani. Se estaba acercando la Navidad cristiana. Meditó intensamente. Satisfacer a la vez a los británicos y a su propia avaricia... ¡Eso sería inteligente!

A menos de ochocientos pasos de la silla donde se hallaba Memlik, del otro lado de la parda agua del Nilo, estaba Mountolive estudiando sus papeles. En el pulido escritorio, ante él, yacía la gran tarjeta florida que lo invitaba a participar en uno de los grandes acontecimientos sociales del año: la cacería de patos que efectuaba Nessim en el lago Mareotis. La apoyó contra su tintero para leerla de nuevo con una expresión de reproche fugitivo. Pero había otra comunicación de mayor importancia; aun después de su largo silencio, reconoció la nerviosa letra de Leila en el sobre forrado que olía a *chipre.* Dentro encontró una página arrancada de un cuaderno de ejercicios, garabateada con palabras y frases escritas de cualquier modo, como con mucha prisa.

«David, me voy al extranjero, por mucho o poco tiempo, no sé; me voy contra mi voluntad. Nessim insiste. Tengo que verte antes de irme. Me animaré y me encontraré contigo la noche antes. No faltes. Tengo algo que pedir y algo giie contar. ¡Este asunto! Yo no sabía nada de esto hasta carnaval, lo juro. Ahora solamente tú puedes salvar... »

Así decía la carta, desordenadamente. Mountolive sintió una curiosa mezcla de sentimientos: un alivio incoherente, que en cierto modo temblaba al borde de la indignación. Después de tanto tiempo, ella lo iba a esperar de noche en el *Auberge Bleue,* en un viejo simón, fuera del camino, entre las palmeras. Ese plan, por lo menos, tenía un dejo de su antigua fantasía. Por alguna razón, Nessim debía

ignorar la entrevista... ¿Por qué había de desaprobarla? Pero la noticia de que ella, por lo menos, no participaba en las conspiraciones fomentadas por su hijo, eso lo inundaba de satisfacción y ternura. ¡Y todo este tiempo había estado mirándola a Leila como una prolongación hostil de Nessim, se había adiestrado para odiarla! -Mi pobre Leila -expresó en voz alta, sosteniendo el sobre contra la nariz para inhalar la fragancia del *chipre.* Tomó el teléfono y le habló suavemente a Errol.

-Creo que toda la cancillería ha sido invitada a la cacería de los Hosnani. ¿Sí? Verdad que tiene bastante sangre fría, en estos momentos... Por supuesto, yo tendré que declinar, pero me gustaría que ustedes, muchachos, aceptaran y me disculparan. Nada más que para mantener la apariencia pública de normalidad. ¿Irán, pues? Muchas gracias. Otra cosa. Yo, la noche anterior a la cacería, voy a salir en negocios privados y vuelvo al día siguiente; es probable que nos crucemos en el camino del desierto. No, me *alegro* de que ustedes, buena gente, se vayan a divertir. Segurísimo, y buena caza.

Los diez días siguientes pasaron en una especie de sueño, sólo marcados por las estocadas intermitentes de una realidad que ya no era una droga, una disipación que le amordazara los nervios; ahora sus obligaciones lo mataban de aburrimiento. Se sentía desmesuradamente gastado, consumido, cuando se miraba al espejo del cuarto de baño, ofreciendo la cara al filo de la navaja, con evidente repugnancia. Las sienes mostraban visiblemente el cabello gris. Desde alguna parte, en los cuartos de la servidumbre, una radio roncaba y chillaba la tonada de un viejo canto que había llenado toda una temporada veraniega en Alejandría: *lamais de la vie.* Había llegado a tomarle asco. Esta nueva época -un limbo lleno de los fragmentos dispersos del hábito, e1. deber y las circunstancias- le llenaba de una mordiente impaciencia; debajo de todo aquello tenía conciencia de que juntaba fuerzas para la entrevista largamente esperada con Leila. En cierto modo ella terminaría, no el significado físico tangible de su regreso a Egipto, sino más bien el significado psíquico del mismo, en relación con su vida interior. ¡Dios! ¡Qué manera torpe de expresarlo! Pero ¿cómo expresar estas cosas? Era una especie de barrera en sí mismo, que había que cruzar; una pubertad de los sentimientos, que había que superar.

Condujo a través del desierto crepitante, en su automóvil embanderado, gozando del suave silbido del motor refrigerado y el frufrú del viento en las pantallas laterales. Había pasado algún tiempo sin que pudiera viajar a través del desierto, solo, de ese modo: le recordaba viajes más antiguos y felices. ¡Volar a través del aire todavía blanco, con el velocímetro rondando los cien kilómetros! Zumbaba levemente para sí, a pesar de su disgusto, el estribillo:

Jamais de la vie,
jamais dans la nuit
quand ton coeur se démange de chagrin...

¿Desde cuándo no se sorprendía a sí mismo cantando así? Un siglo. No es que estuviera contento, pero sentía un omnipotente alivio mental.

Hasta el canto aborrecido le ayudaba a recobrar la imagen perdida de una Alejandría que en otro tiempo había parecido encantadora. ¿Podría volver a verla así?

Era tarde avanzada cuando llegó al borde del desierto y echó a correr por el largo camino curvo que lo llevaría a los erizados suburbios miserables de la ciudad. El cielo es taba cubierto de nubes. Una tormenta de truenos rompía sobre Alejandría. Hacia el este, sobre las heladas aguas verdes del lago, caía una lluvia, bandadas de chispeantes agujas que pinchaban el agua; oía sordamente el chistido de la lluvia sobre el cuchicheo del automóvil. Miró la ciudad perlada a través de la parda cortina de nubes, sus minaretes que apuntaban contra las nubosas barreras de un temprano ocaso; ropa empapada en sangre. Un viento del mar levantaba espuma y empujaba el agua, en los límites del estuario. Más arriba aún, vagaban paquetes de nubes que parecían de humo, manchadas de sangre, arrojando una extraña radiación a las calles y plazas de la blanca ciudad. Las lluvias eran breves y raros fenómenos en el invierno de Alejandría. Pronto se levantaría el viento marino, cambiaría de dirección y mondaría el cielo en pocos minutos, arrollando los pesados cúmulus como una alfombra. La vidriosa frescura del cielo invernal retomaría su luz, puliendo de nuevo la ciudad hasta hacerla relucir contra el desierto como cuarzo, como algún hermoso artefacto. Ya no sentía impaciencia. La oscuridad devoraba ya el ocaso. Cuando se acercaba a las feas cintas de chozas y galpones junto al puerto exterior, los neumáticos empezaron a humear y chirriar sobre el macadán alquitranado, cuyo calor había disminuido ya, debido a la leve lluvia. Tiempo de soltar el acelerador…

Entró lentamente en la penumbra de la tormenta, maravillándose de la luz, del horizonte curvado hacia atrás como un arco. Extraños destellos de sol dispersaban rubíes sobre los buques de guerra en la reserva del puerto (agachados bajo sus cañones como sapos con cuernos). Era otra vez la antigua ciudad; sentía su melancolía penetrándole bajo la lluvia, cuando la cruzaba en camino a la residencia de verano. La brillante iluminación, desacostumbrada, de la tormenta eléctrica la recreaba dándole un aire espectral, de cuentos de hadas; pavimentos rotos hechos de cintas de lata, de cáscaras de caracoles, de cuerno pisado, de mica; edificios de ladrillos de tierra ahora de un color de sangre de toro; los enamorados paseando en la plaza de Mohamed Alí, desorientados por la lluvia inusitada, desconsolados como instrumentos destemplados, el tintineo de los tranvías violeta a lo largo de la orilla, entre los encajes de la fronda de palmera. El desuso de una antigua ciudad, con las calles revocadas del polvo húmedo que soplaba del desierto circundante. Lo sintió todo de nuevo, dejando que se le extendiera panorámicamente en la conciencia; el gemido de un buque de pasajeros que enfilaba hacia la barrera del poniente, o de los trenes

que fluían como un torrente de diamantes hacia el interior, resonando sus ruedas entre las barrancas de pedruscos y el polvo de los templos largamente abandonados y cubiertos de sedimento arrastrado por las aguas. Mountolive lo veía todo ahora, con un cansancio del mundo que al fin reconocía como la carga que pone la madurez sobre los hombros del adulto; el estigma de las experiencias, que envejecen al hombre. El viento borboteaba en el puerto. Los pasillos de mojados aparejos se balanceaban y sacudían como el follaje de un árbol grande. Ahora las lágrimas corrían pór el parabrisas, bajo los limpiadores diligentes y silenciosos... Un pequeño período en esta extraña oscuridad contusa, adecuadamente iluminada por relámpagos, y después vendría el viento, el magistral viento del norte, azotando y apretando el mar y dándole su plumaje característico de crestas blancas, abriendo de un golpe el firmamento. hasta que los rostros de hombres y mujeres volvieran a reflejarse en el cielo abierto del invierno. Le sobraba tiempo.

Condujo hasta la residencia de verano, para asegurarse de que habfan prevenido al personal de su llegada; se proponía quedarse por la noche y regresar a El Cairo a la mañana. Entró por la puerta del frente, con su propia llave, luego de tocar el timbre, y se quedó esperando el siseo de las ropas de Alí. Mientras oía acercarse al anciano, el viento del norte llegó con un rugido, sacudiendo los cristales de las ventanas, y la lluvia cesó bruscamente, como si hubieran cerrado un grifo.

Aún tenía una hora por delante, para la cita: tiempo suficiente para bañarse y cambiarse. Vio con sorpresa que estaba perfectamente tranquilo, no atormentado ya por dudas ni entusiasmado por una sensación de alivio. Se había puesto sin reservas en manos del azar.

Se comió un bocadillo y se bebió dos whiskies fuertes, antes de salir y dejar que el gran auto se deslizara suavemente, bajando la Gran Cornisa, hacia el *Auberge Bleue,* que estaba en las afueras de la ciudad, bordeado por parches de médanos y extraños racimos de palmeras. El cielo aparecía ya despejado y las olas de crestas blancas corrían apresuradamente hacia la playa para estallar en lluvias de espuma contra los muelles metálicos de Chatby. En el borde del horizonte temblequeaba aún el relámpago intermitente, pero débil. Flojos destellos que podían sugerir los fogonazos de lejanos cañones en un combate naval.

Sacó suavemente el auto del camino, poniéndolo en la desierta playa de estacionamiento del *Auberge, y* apagando las luces laterales. Se quedó inmóvil un momento, acostumbrándose a la oscuridad azulada. El propio *Auberge* estaba vacío; era demasiado temprano aún para que bailarines y comensales se aglomeraran en sus elegantes pistas y bares. Después lo vio. Justamente fuera del camino, sobre el otro lado de la playa, en un parche de médano, desnudo, con unas cuantas palmeras inclinadas. Un *gharry.*

Tenía prendidos los. anticuados faroles de querosén, que se balanceaban levemente, y como luciérnagas, a la leve brisa del mar. Había una figura oscura en el pescante, con *tarbush...,* al parecer dormida.

Cruzó el pedregullo, con paso alegre y ligero, oyéndolo chasquear bajo sus zapatos, y al acercarse al *gharry* llamó en voz baja: « ¡Leila! » Vio que la silueta del cochero se volvía contra el cielo y parecía escuchar. Desde el interior del coche oyó una voz -la voz de Leila- que decía algo como «¡Ah David! Por fin nos encontramos. He hecho todo este camino para decirte... »

Mountolive se inclinó hacia adelante, con aire desconcertado, esforzando los ojos, pero no pudo ver más que la vaga sombra de alguien en el rincón opuesto del coche.

-Entra -exclamó ella imperiosa-. Entra y hablaremos.

Y allí fue donde una sensación de irrealidad lo alcanzó a Mountolive, sin que pudiera entender exactamente por qué. Se sentía como quien camina en sueños sin tocar el suelo, parece levantarse en el aire, como un corcho que sube a la superficie del agua. Sus sentimientos, como antenas, se tendían hacia la figura oscura, procurando captar y pesar el significado de esas frases dichas a tropezones y analizar la curiosa sensación de desconcierto que ellas encerraban, como una entonación extraña en una voz familiar. Por algún motivo no podía ordenar sus impresiones.

El hecho era éste: que no reconocía del todo la voz. 0 bien, para decirlo de otro modo, podía identificar a Leila pero no creer del todo en el testimonio de sus oídos. Ya no era, por decirlo así, la preciosa voz que había vivido en su imaginación, habitando la figura recordada de Le¡la; hablaba ahora con una especie de incoherencia engolada, un aire de indiscreción, en una voz que tenía un filo levemente mellado. Supuso que sería el efecto de la excitación y de quién sabe qué otras emociones. Pero... ¿frases que se apagaban, sólo para empezar de nuevo en el medio; frases que caían y expiraban, en el acto mismo de unir dos pensamientos? Frunció el ceño, en la oscuridad, mientras procuraba analizar la curiosa cualidad irreal de- aquel cambio en la voz. No era la voz que le correspondía a Leila. ¿O lo era? Pronto cayó una mano sobre su brazo y pudo estudiarla ansiosamente, en el haz de luz, afelpada, que arrojaba sobre el pasamanos de bronce el farol de querosén, al lado del pescante. Era una manita regordeta y no muy aseada, de uñas cortas sin pintar y descuidadas cutículas.

-Leila, ¿de veras eres tú? -preguntó casi involuntariamente, todavía invadido por esa sensación de irrealidad, de desorientación, como dos sueños que se superponen y se desplazan.

-Entra -expresó la nueva voz de una Leila invisible. Cuando obedecía y avanzaba, entrando en el coche oscilante, olió aquella extraña confusión de aromas en el aire nocturno: otra perturbadora

diferencia con el recuerdo aceptado. Agua de azahar, menta, agua de Colonia y sésamo: ¡olía como una vieja dama árabe! Y en seguida su olfato notó el apagado dejo del whisky. ¡Ella también había tenido que templarse los nervios para la entrevista, con alcohol! Piedad e indecisión luchaban dentro de él; la vieja imágen de la Leila brillante, llena de recursos y elegante, se negaba de algún modo a fijarse en la nueva. Es que tenía que verle la cara. Y como si hubiera leído sus pensamientos, ella dijo:

-De modo que vine al fin, sin *velo,* para encontrarme contigo.

Súbitamente pensó él, volviendo en sí con un sobresalto: «Dios mío, nunca me había parado a pensar en la edad que tendría Leila.»

Ella hizo una pequeña señal y el viejo cochero del taróush hizo retroceder lentamente su caballito, de vuelta al macadán alumbrado de la Gran Cornisa, y luego puso el coche en movimiento, al paso. Allí los violentos faroles azules aparecían uno tras otro para espiar dentro del coche, y con el primero de esos resplandores intrusos, Mountolive se volvió para mirar a la mujer que tenía al lado. Pudo muy vagamente reconocerla. Vio una cara gorda y cuadrada, una dama egipcia de edad incierta, con el rostro gravemente picado de viruelas y los ojos deformados grotescamente por el lápiz de antimonio. Eran los ojos tristes y levantiscos de alguna torpe criatura de caricatura: una caricatura de animales vestidos con ropas que actúan como seres humanos. En realidad había sido bastante valiente en quitarse el velo, esta extraña, sentada a su lado, que le miraba con los ojos pintados que uno ve en los frescos, con una mirada abandonada y lastimosa de súplica. Ella mostraba un aire de débil audacia mientras se enfrentaba con su amante, aunque los labios le temblaban y sus grandes carrillos se agitaban a cada vibración de las gomas macizas sobre el camino. Se miraron dos segundos enteros, antes que la oscuridad devorara otra vez la luz. Después él se llevó la mano de ella a los labios. Temblaba como una hoja. A la luz momentánea había visto su cabello, sin peinar, que le colgaba en la nuca, su vestido, un vestido cualquiera y desordenado, negro. Toda la apariencia de ella tenía un aire de prisa e improvisación. Y la piel morena, tan cruelmente herida y cicatrizada por la viruela, parecía tosca como la de un elefante. ¡No reco*nocía a Leila* en modo alguno!

-Leila -exclamó (casi gimió) fingiendo que al final la identificaba y veía con gusto la imagen de su amante (ahora disuelta o destrozada para siempre) en esa lastimosa vieja dama árabe, grotesca y gorda, con todas las marcas de la excentricidad y los años escritos en su apariencia. Cada vez que llegaba un farol él miraba de nuevo y cada vez se veía frente a algo como una caricatura de animal, un elefante, por ejemplo. Apenas podía atender a las palabras de ella, tan intensamente atendía a sus propios y desbocados sentimientos y recuerdos.

-Ya sabía que nos encontraríamos alguna vez. Lo sabía.

Ella le oprimió la mano y nuevamente él sintió su aliento, cargado de sésamo y menta y whisky.

Hablaba ella ahora y él escuchaba, intranquilo, pero con toda la atención que uno presta a un idioma poco familiar; y cada vez que los faroles venían a atisbarlos, la miraba ansiosamente, como para ver si había algún cambio mágico y repentino en su aspecto. Y después le asaltaba otra idea: «¿Y si yo he cambiado tanto como ella? (Si es que es ella.)» ¿Qué decir entonces? Alguna vez en el pasado lejano habían intercambiado imágenes, como relicarios; ahora la de él se había borrado, cambiado. ¿Qué vería ella en su cara? ¿Signos de la debilidad que había desplazado a la fuerza y deliberación de su juventud? Ahora estaba incorporado a las filas de quienes transan amablemente con la vida. Sin duda su ineficacia, su falta de hom bría estarían escritas en su cara tonta, floja, bien parecida. La miró apenado, con un lastimoso afán de ver si ella lo reconocía de verdad. Había olvidado que las mujeres nunca renuncian a la imagen de lo que aman. Su viejo amor la cegaría siempre, y no permitiría que se lo desfigurara la nueva imagen.

-No has cambiado en un solo día -exclamó está mujer desconocida, del perfume desagradable-. ¡Mi amado, mi querido, mi ángel!

Mountolive enrojeció en la oscuridad al oír estas cariñosas expresiones en los labios de un personaje extraño. ¿Y la Leila que conocía? Diose cuenta de golpe de que la preciosa imagen que tanto tiempo había habitado su corazón se disolvía, se borraba enteramente. Se hallaba frente a frente con el significado del amor y del tiempo. Habían perdido para siempre el poder de fecundarse mutuamente el espíritu. Sólo sentía piedad de sí mismo y repugnancia, cuando debería haber sentido amor. Y estos sentimientos, simplemente, no estaban permitidos. Juró en silencio mientras recorrían primero en un sentido y luego en el otro la oscura avenida, junto al mar invernal, como inválidos que toman el aire nocturno, con las manos juntas en el viejo' coche. Ella hablaba más rápidamente ahora, imprecisamente, saltando de un tema a otro. Pero todo parecía un prólogo a la declaración central que ella había venido a hacer. Que se iba al día siguiente por la tarde.

-Orden de Nessim. Justine volverá del lago y me recogerá. Desapareceremos juntas. En Kantara nos separaremos y yo iré a Kenya, a la granja. Nessim no quiere decir por cuánto tiempo, aún. Yo tenía que verte. Tenía que hablarte una vez. No por mí... nunca por mí, por mi corazón. Era lo que supe sobre Nessim, en carnaval. Estaba a punto de venir a encontrarme contigo; pero lo que me dijo sobre Palestina... Se me heló la sangre. Hacer algo contra los británicos. Cómo podía yo. Nessim tiene que haber estado loco. No vine porque no habría sabido qué decirte, cara a cara. Pero ahora tú lo sabes todo.

Ella había empezado a respirar fuertemente, a apresurarse como si todo esto fuera una introducción a su discurso principal. Y de pronto dijo:

-Los egipcios van a hacer daño a Nessim, y los británicos procuran provocarlos. David, tienes que usar tu influencia para impedirlo. Te pido que salves a mi hijo. Te pido que lo salves. Tienes que escucharme, ayudarme. Nunca te he pedido un favor antes.

Las mejillas, rayadas por lágrimas y lápiz, la hacían parecer todavía más una extraña, a la luz de la calle. Él tartamudeó algo, y ella gritó:

-¡Te imploro que me ayudes!

Y de pronto, ante el humillado Mountolive, empezó a gemir y balancearse como un árabe, suplicándole.

-iLeila! -gritó él-. ¡Basta!

Pero ella seguía hamacándose de un lado a otro y repitiendo:

-¡Solamente tú puedes salvarlo ahora!

Más hablaba, al parecer, para sí misma que para otro. Después mostró alguna disposición a arrodillarse y besarle los pies. Mountolive temblaba de cólera y disgusto. Estaban pasando frente al *Auberge* por décima vez.

-Si no te detienes en seguida... -le gritó enojado. Pero ella siguió gimoteando y él saltó torpemente al camino. Era odioso terminar así la entrevista. El coche se detuvo. Él, sintiéndose estúpido, y en una voz que parecía venir de muy lejos y no tener expresión reconocible, salvo cierto tono malhumorado pasado de moda, contestó:

-No puedo tratar un asunto oficial con una persona privada.

¿Cabía decir algo más absurdo que estas palabras? Se sintió furiosamente avergonzado.

-Leila, adiós -exclamó, apresuradamente, por lo bajo, y le apretó una vez más la mano antes de volverse. Giró sobre sus talones y se alejó. Se metió en su auto jadeando, vencido por una sensación de espantosa insensatez. El coche avanzó hacia la oscuridad. Lo miró doblar lentamente, a lo largo de la Cornisa, y desaparecer. Después encendió un cigarrillo y puso en marcha el motor. De repente parecía no haber sitio alguno particular adonde ir. Todo impulso, todo deseo flaqueaba y se desvanecía. Después de una larga pausa condujo lenta y cuidadosamente, volviendo a la residencia de verano, hablándose a sí mismo por lo bajo. La casa estaba a oscuras y entró con su llave. Caminó de cuarto en cuarto encendiendo todas las luces, sintiéndose de pronto con la cabeza liviana de soledad; no podía acusar a los sirvientes de

deserción, puesto que ya le había dicho a Alí que iba a comer afuera. Pero caminó de un lado a otro de la sala, con las manos en los bolsillos, largo tiempo. Olía los húmedos cuartos sin calefacción; la cara desolada y recriminatoria del reloj le dijo que no eran más que las nueve. Bruscamente se encaminó al armario de las bebidas y se sirvió un whisky con soda, muy fuerte, que bebió de un trago, jadeando como si fuera una dosis de sal de frutas. La mente le zumbaba ahora como un cable de alta tensión. Supuso que tendría que ir a alguna parte a comer solo. Pero ¿adónde? De repente toda Alejandría, todo Egipto se le habían hecho desagradables, pesados, cansadores.

Bebió varios whiskies más, saboreando el calor que le traían a la sangre; tan poco acostumbrado estaba al alcohol, pues bebía muy raras veces. Leila le había puesto frente a una realidad que, suponía él, siempre le había achechado detrás del polvoriento tapizado de sus ideas románticas. En cierto sentido, ella había sido Egipto, su propio Egipto privado; y esta vieja imagen acababa de ser tachada, suprimida del todo.

«Sería intemperancia seguir bebiendo», pensó, al vaciar el vaso.

Eso: eso era. Nunca había sido intemperante, nunca natural; nunca se había volcado a la vida. Siempre se había ocultado detrás de la mesura y la transigencia; y esta defección le había hecho perder, por alguna causa, la imagen del Egipto que tanto tiempo lo había alimentado. ¿Era, entonces, todo una mentira?

Sintió como si en alguna parte en su interior estuviera amenazado un dique, fuese a caer una barrera. Con cierta esperanza de restablecer su perdido contacto con la vida de esa tierra, que tenía incorporada a su ser, dio en la idea de hacer algo que nunca había hecho desde su adolescencia: ir a comer en el barrio árabe, humilde y simplemente, como un empleadito de la ciudad, como un mercader, un comerciante. En alguna parte, en algún restaurante nativo, comería una paloma y un poco de arroz y un plato de dulces; la comida sería sobria y estimulante; y el ambiente volvería a darle la sensación de contacto con la realidad. No podía recordar haberse sentido nunca tan achispado y de pies pesados. Sus pensamientos estaban empapados de inarticulados reproches a sí mismo.

Aún con ese deseo incoherente y semirracionalizado, se fue al ropero del hall para desenterrar el viejo tarbush de fieltro que alguien se había olvidado después de un coctel el verano último. Lo recordó de pronto. Estaba tirado entre un montón de palos de golf, estribos y raquetas de tenis. Se lo puso con una risita. Transformaba por entero su aspecto. Mirándose inseguramente en el espejo del hall, quedó sorprendido por la metamorfosis: no estaba frente a un distinguido visitante extranjero de Egipto, sino a un *homme quelconque:* un negociante sirio, un comisionista de Suez, un representante de línea aérea de Tel Aviv. Solamente una cosa le faltaba para parecer verdaderamente del Medio Oriente: ¡anteojos ahumados, llevados bajo techo y en invierno! Había un par de ellos en el cajón alto del escritorio.

Condujo despacio el automóvil hasta la placita situada junto a la estación de Ramleh, absurdamente contento de su disfraz, y lo estacionó con cuidado en la playa con tigua al Hotel Cecil; después lo cerró y se alejó discretamente, con el aire de quien abandona un hábito de toda la vida; caminaba con un nuevo y delicioso sentimiento de autodominio, hacia el barrio árabe de la ciudad, donde podría encontrar la cena que buscaba. Mientras bordeaba la Cornisa, tuvo un momento de ingrato temor y duda, pues vio una figura familiar que cruzaba el camino más abajo y se le acercaba a lo largo del murallón del mar. Imposible confundir el paso característico, vagabundeante, de Balthazar. Mountolive quedó vencido por un ovejuno sentimiento de vergüenza, pero mantuvo el rumbo. Con alegría, vio que Balthazar lo miraba una vez y apartaba la vista sin reconocerle. Se pasaron uno al otro en un relám-pago; era de veras extraño el anonimato que le confería esa ubicua maceta de sombrero que tanto altera los perfiles de la cara humana. ¡Y los anteojos negros! Se reía por lo bajo al apartarse de la orilla, eligiendo el enredo de senderos que podían llevarle hacia los bazares y casas de comida árabes, en torno al puerto comercial.

Por allí podía apostar ciento contra uno a que nunca lo reconocerían: pues pocos europeos entraban en esa parte de la ciudad. Quedaba el barrio más allá del cinturón de luces rojas, poblado por los pequeños comerciantes, prestamistas, especuladores de café, almacenes abastecedores de barcos, contrabandistas. Allí, en la calle abierta, se tenía la ilusión de que el tiempo se tendía en el suelo, como la piel de un buey: el mapa del tiempo que uno podría leer de cabo a rabo, llenándolo con los puntos conocidos de referencia. Este mundo del tiempo musulmán se extendía hacia atrás, hasta Otelo y más allá: cafés endulzados por el estremecimiento de pájaros que cantan en jaulas con espejos, para darles la ilusión de la compañía. Los cantos de amor de los pájaros a compañeras que ellos se imaginan... y que no son más que reflejos de sí mismos. ¡Cómo rompían el corazón al cantar, estos ejemplos del amor humano! Aquí también, bajo el espantoso aliento de las lámparas de petróleo, los viejos eunucos sentábanse jugando al *trictrac,* fumando los largos narguilés que desprenden a cada chupada una burbuja musical de sonido, como el sollozo de una paloma; las paredes de los viejos cafetines manchados del sudor de las *taróushes* colgados en los ganchos; sus colecciones de coloridos narguilés se extendían en filas, en un largo estante, como fusiles. Allí también están los adivinos, los quirománticos, o sea los que hábilmente le llenan a uno la palma de tinta y por media piastra describen los secretos de la vida más íntima. Allí, los buhoneros llevan su carga mágica de objetos abigarrados y desemejantes, desde alfombras blandas como cardos del Shiraz y Baluchistán, hasta los naipes del tahur de Marsella, incienso del Hedjaz, cuentas verdes contra el mal de ojo, peines, semillas, espejos para jaulas, especias, amuletos y abanicos de papel... La lista era interminable y cada uno, por supuesto, llevaba en su cartera privada, como un bulero de la Edad Media, el fruto de las grandes pornografías del mundo bajo la forma de pañuelos y tarjetas postales en que estaba pintado, en cada una de sus lastimosas variaciones, el acto único que más soñamos y tememos nosotros, los seres humanos.

Misterioso, subterráneo, el río siempre fluente del sexo, goteando fácilmente sobre los endebles diques que tiende nuestra avergonzada legislación y los típicos autorreproches de los que aman el desplacer… el ancho río subterráneo que fluye desde Petronio hasta Frank Harris. (Deriva y superposición de ideas en el revuelto espíritu de Mountolive, levantándose y desapareciendo en bonitas figuras semiformuladas, iridiscentes como pompas de jabón.) Se sentía ya perfectamente cómodo; había llegado a términos de conciliación con su desusado estado de mareo, y ya no sentía hallarse borracho; simplemente, se veía animado por una sensación de formidable dignidad y autoimportancia, que le daba una grandiosa deliberación de movimientos. Caminó lentamente, como una mujer embarazada, bebiendo imágenes y sonidos.

Al final entró en una pequeña tienda que hirió su fantasía por los fogones ardientes de donde salían grandes bocanadas de humo hacia todo el salón; el olor del tomillo, de la paloma asándose y del arroz le dieron una súbita puntada de hambre. Allí no había más que uno o dos comensales, que apenas se veían a través de las nubes de humo. Mountolive se sentó con el aire de quien hace una refunfuñante concesión a la ley de gravedad, y ordenó una comida en su excelente árabe, aunque conservó los anteojos y el *tarbush.* Era claro ahora que podía pasar fácilmente por un musulmán. El dueño del café era un turcazo calvo„de cara de tártaro, que le sirvió en seguida, sin comentarios. También puso un vaso al lado del plato de Mountolive, y, sin emitir una palabra, lo llenó hasta el bordel del incoloro *arak* hecho del árbol de la almáciga, llamado *mastika.* Mountolive se sofocó y se atoró un poco con él, pero quedó encantado por ser la primera bebida de. Levante que había probado, y se había olvidado de su existencia desde hacía años. Olvidado también de lo fuerte que era, y dominado por la nostalgia, pidió un segundo vaso para ayudarse a terminar el excelente *pilaf f* 'caliente y la paloma (traída tan caliente del asador que le costaba agarrarla con los dedos). Pero ya se hallaba en el séptimo cielo del deleite. Estaba en camino de recobrar, de restaurar la borroneada imagen de un Egipto que la entrevista con Leila había dañado, o, acaso, le había robado.

Afuera, en la calle, se oía el estremecimiento de las panderetas y la voz de los chicos, alzada en el canto de una especie de letanía; iban por los negocios, en grupos, repitiendo el mismo versito una y otra vez. Después de tres repeticiones, consiguió desenredar las palabras. ¡Por supuesto!

Señor del árbol sacudido
de la extremidad del hombre,
¡conserva nuestras pequeñas hojas firmes,
sobre ramas libres de mal,
porque somos tus hijitos!

-Bueno, maldita sea -dijo, tragando un ardiente sorbo de *arak y* sonriendo cuando se le aclaró el sentido de las pequeñas procesiones. Había un venerable sheik viejo, sentado frente a la ventana y

fumando un narguile de largo mango. Saludó con su vieja mano graciosa hacia el lugar de donde venía el ruido, y exclamó:

-¡Alá, el ruido de los niños! Mountolive le sonrió a su vez, diciendo:

-Dígame, señor, si me equivoco; pero, ¿no es por El *Sidr* por quien lloran?

La faz del anciano se iluminó y asintió sonriendo con su santa sonrisa:

-Lo acertó de veras, señor.

Mountolive quedó contento de sí mismo y lleno cada vez más de nostalgia por aquellos años casi perdidos. -Esta noche, entonces -dijo-, tiene que ser Medio Shaaban y se va a sacudir el Árbol de la Extremidad ¿no? De nuevo un asentimiento encantado.

-Quién sabe --contestó el viejo sheik-, pero tal vez nuestros dos nombres pueden estar escritos en las hojas que caigan, ¿verdad? -Fumó contento, echando humo como un tren de juguete-. Se hará la voluntad de Alá.

La creencia consiste en que en la víspera del Medio Shaaban es sacudido el Árbol de Loto del Paraíso y las hojas que caen llevan el nombre de todos los que van a morir en el año entrante. El árbol se llama el Árbol de la Extremidad en algunos textos. Mountolive estaba tan contento de haber. identificado el cántico, que pidió un último vaso de *arak y lo* bebió en pie, mientras pagaba la cuenta. El viejo sheik abandonó la pipa y se llegó lentamente hasta él, a través del humo. Dijo:

-*Effendi* mío, comprendo su propósito aquí. Lo que usted busca le será revelado por mí.

Colocó dos dedos pardos sobre la muñeca de Mountolive, hablando modesta y suavemente como quien tuviera secretos que impartir. Su cara ostentaba toda la sinceridad y pureza de un santo del desierto. Mountolive estaba encantado:

-Honrado sheik -contestó-, divulgue su saber, pues, a un indigno visitante sirio.

El anciano se inclinó dos veces, miró circunspectamente alrededor y luego expresó:

-Tenga la bondad de seguirme, honrado señor. Mantuvo los dos dedos en la muñeca de Mountolive, como podría hacerlo un ciego. Salieron juntos a la calle. El corazón romántico de Mountolive latía violentamente: ¿se le concedería ahora alguna mística visión de verdad religiosa? Tantas veces había leído historias de los bazares y los hombres religiosos que acechaban allí, esperando cumplir

misiones secretas en favor del mundo no visto, el mundo bien guardado de los doctores herméticos... Caminaron, entrando en una blanda nube de desconocimiento, balanceándose el viejo sheik, y recobrándose a cada pocos pasos, y sonriendo con una ebria sonrisa de beatitud. Pasaron juntos, a ese paso lento, por las calles oscuras; después volvieron, en medio de la noche, hacia largos túneles sombríos o cavernas sin forma, donde se oían aún los ecos vagos de una música de gaita con sordina o de voces convulsivas, apagadas por espesas paredes y ventanas cerradas.

La creciente sensación de asombro que experimentaba Mountolive respondía a la belleza y misterio de este luminoso barrio, de sombras labradas aquí y allí en rasgos reconocibles por un solo farol de nafta o una lámpara eléctrica colgada de un frágil palo, que oscilaba al viento. Por fin doblaron, bajando una larga calle de casas unidas por estandartes de color, y luego a un patio que estaba completamente oscuro y donde la tierra olía vagamente a camello y jazmín. Una casa asomaba, limitada por gruesas paredes; alcanzaba a vislumbrarse su silueta contra el cielo. Entraron en una especie de barraca irregular, pasando por una alta puerta, que estaba entornada, y se hundieron en una oscuridad más absoluta aún. Se quedaron, respirando, medio segundo, en silencio. Mountolive sintió más que vio las escaleras carcomidas que trepaban por las paredes hacia los pisos superiores abandonados, oyó el chirrido y revoltijo de las ratas en las galerías desiertas, junto con algo más: un sonido que hacía pensar vagamente en seres humanos, sin que se pudiera decir en qué forma. Siguieron, arrastrando los pies, por un largo corredor con piso de madera, tan podrida que crujía y se hundía bajo los zapatos, y allí, en una especie de zaguán, el viejo sheik declaró, bondadosamente:

-Para que nuestras simples satisfacciones no sean inferiores a las de su tierra natal, *effendi* mío, le he traído aquí. -Añadió cuchicheando-: Espéreme aquí un momento.

Mountolive sintió que los dedos abandonaban su muñeca y el hálito, sobre su hombro, de la puerta que se cerraba. Permaneció un rato en silencio, tranquilo y confiado.

De repente la oscuridad se hizo tan completa, que la luz, cuando vino, le dio la ilusión momentánea de algo que ocurría muy lejos, en el firmamento. Como si alguien hubiera abierto y cerrado la puerta de un horno en el cielo. No era más que la chispa de un fósforo. Pero en el suave cono amarillo vio que estaba de pie en una desvaída alcoba de techo alto, con paredes destrozadas y desfiguradas, cubiertas de grafitti y estampadas de palmeras oscuras: signos que protegen a los supersticiosos contra el mal de ojo. Estaba vacía, fuera de un enorme sofá roto, en el centro, como un sarcófago. Una sola ventana, con todos los vidrios rotos, le imprimía poco a poco la oscuridad azul del cielo estrellado en los ojos. Contempló la luz oscilante, zozobrante y de nuevo oyó las ratas royendo y otro curioso susurro, formado de cuchicheos y risitas y de un movimiento de pies desnudos sobre tablas... De pronto pensó en un dormitorio de chicas en una escuela;

y como inventada por el pensamiento mismo, a través de la puerta abierta al extremo del cuarto entró una tropa apretada de pequeñas figuras, vestidas con ropas sucias, como ángeles derrotados. Había caído en una casa de prostitutas infantiles, según observó con un espasmo de repugnancia y compasión. Tenían las caritas pintarrajeadas, los cabellos recogidos en cintas y trenzas. Llevaban cuentas verdes contra el mal de ojo. Criaturitas como las que uno ha visto grabadas en un vaso griego, flotando desde las tumbas y bóvedas con el aire triste de malhechores que huyen de la justicia. Era la primera del grupo la que traía la luz: un pedazo de cuerda trenzada ardiendo en un platillo de aceite de oliva. Se detuvo para colocar este débil fuego fatuo en el rincón y en seguida las sombras puntiagudas de las niñas se estiraron en el cielo raso, como un ejército de voluntades frustradas.

-¡No, por Alá! -exclamó Mountolive roncamente, y se volvió a tentar la puerta cerrada. Había un cerrojo de madera, que no podía abrirse desde dentro. Puso la cara en un agujero del panel y llamó suavemente-: ¡Oh sheik! ¿Dónde está usted?

Las figuritas habían avanzado y lo rodeaban ya, murmurando las lastimosas obscenidades y ternezas de su oficio con voz de ángeles de corazón roto; sintió sus dedos cálidos y ágiles en los hombros, buscándole las mangas.

-¡Oh, sheik! -exclamó de nuevo, encogiéndose-. ¡Yo no vine para esto!

Pero nada se oía del otro lado de la puerta. Sintió los brazos agudos de las niñas enroscándose en su cintura como lianas de una selva tropical, los deditos que buscaban los botones. Se las sacudió de encima y volvió a ellas la pálida cara, emitiendo un sonido semiarticulado de protesta. Y entonces alguien pateó inadvertidamente el platillo con su mecha flotante, y en la oscuridad sintió que la tensión de la ansiedad subía en ellas como un fuego por la espesura. Sus protestas les habían hecho temer la pérdida de un cliente lucrativo. Ansiedad, cólera y cierta nota de miedo se observaba ahora en sus voces mientras le hablaban, halagando y semiamenazando. Dios sabe qué castigos las esperaban si él se escapaba. Comenzaron a luchar, a atacarle; él sentía el golpe de sus hambrientos cuerpecitos mientras se amontonaban a su alrededor, y lo acosaban jadeando y sin aliento, pero resueltas á que no retrocediera. Los dedos vagaban sobre él como hormigas. Recordó de pronto algo que estaba enterrado en alguna parte, y de sus lejanas lecturas: la imagen de un hombre atado sobre la arena ardiente, encima de un nido de avispas blancas que pronto le iban a comer la carne hasta pelarle los huesos.

-¡No! -gritó de nuevo con incoherencia. Alguna absurda inhibición le impedía golpear distribuyendo una serie de puñetazos brutales que habría sido lo único capaz de liberarlo. (¡Las más pequeñas eran tan pequeñas!) Le habían tomado los brazos y se le trepaban a la

espalda... Le asaltaban absurdos recuerdos de peleas con almohadas en los dormitorios del colegio, a oscuras. Golpeó violentamente la puerta con el codo, y ellas redoblaron sus ruegos, con voces gimoteantes.

-Oh, *effendi,* protector de los pobres, remedio para nuestra aflicción...

Mountolive gritó y luchó, pero se veía gradualmente arrastrado al suelo; gradualmente sentía que sus piernas, debilitadas por la bebida, cedían bajo ese asalto, que ahora había cobrado una furia triunfante.

-¡No! -gritó con voz angustiada, y un coro de voces respondió:

-¡Sí, sí, por Alá!

Olían como un rebaño de cabras al lanzarse en enjambre sobre él. Las risas, los cuchicheos obscenos, los arrumacos y maldiciones le subían al cerebro. Le pareció que iba a desvanecerse.

Después, de repente, todo se despejó ---como si se hubiera corrido una cortina- y se vio sentado al lado de su madre, frente a un fuego rugiente, con un libro de figuras abierto sobre las rodillas. Ella leía en alta voz y él trataba de seguir las palabras, pero su atención siempre se desviaba hacia la gran lámina en colores que mostraba a Gulliver caído en manos de los liliputienses. El héroe de pesadas piernas yacía donde había caído, sujeto po'r una verdadera telaraña de cuerdas, clavado al suelo, mientras el pueblo-hormiga pululaba sobre su cuerpo enorme, atando y asegurando más sogas, de modo que todo forcejeo del coloso hubiera sido en vano. Había allí una maligna precisión científica: tobillos, muñecas y cuello inmovilizados; estacas entre los dedos de la enorme mano para retener individualmente cada dedo. Las coletas habían sido cuidadosamente arrolladas en torno a pequeñas espigas, clavadas en el suelo. Hasta los faldones del sobretodo, hábilmente prendidos al suelo, por los pliegues. Yacía allí, mirando al cielo con un asombro inexpresivo, los azules ojos muy abiertos, los labios fruncidos. El ejército de liliputienses avanzaba, caminaba por encima de él, con carretillas y ganchos, y más cordeles; sus actitudes sugerían un frenesí de hormigas febriles. Y todo ese tiempo Gulliver yacía allí, sobre la hierba verde de Liliput, en un valle de flores microscópicas, como un globo cautivo...

Se encontró -sin tener idea de cómo había escapado- inclinado sobré el helado malecón de piedra, la Cornisa, con el mar del amanecer debajo de él, haciendo rodar sus lentas olas sobre las piedras del muelle y escurriéndose suavemente por los conductos. Sólo recordaba haber corrido, desconcertado, por callejas tortuosas, en la oscuridad, y que, tropezando, cruzó la carretera hasta la orilla. Una pálida y limpia aurora rompía del otro lado de los prolongados surcos de la marejada, y una leve brisa marina traía el olor de la brea, y la humedad pegajosa de la sal. Se sentía como un marinero mercante, arrojado sin amparo en un puerto extranjero, al otro lado

del mundo. Le habían vuelto los bolsillos de dentro para fuera como guantes. Estaba vestido con una camisa desgarrada, pantalones y nada más. El valioso botón de camisa, los gemelos y alfiler de corbata habían desaparecido; la cartera también. Se sentía enfermo de muerte. Pero al recobrar poco a poco los sentidos se dio cuenta de dónde estaba; vislumbró la mezquita de Goharri que se levantaba recogiendo la luz del alba entre sus macizos de palmeras. Pronto los muecines ciegos saldrían, como antiguas tortugas, a recitar la oración matinal de elogio al único Dios vivo. Tal vez habría medio kilómetro de distancia hasta donde había dejado el auto. Desprovisto de su *tarbush* y de sus anteojos ahumados, se sentía como si lo hubieran desnudado. Inició un penoso trote a lo largo del malecón, contento de que no hubiera nadie que pudiese reconocerlo. La plaza desierta, frente al hotel, empezaba apenas a animarse con el primer tranvía. Este marchó. resonando hacia Mazarita, vacío. Las llaves de su auto también habían desaparecido, y tuvo entonces la ignominiosa tarea de romper el pestillo de la puerta con ayuda de una llave inglesa que sacó del baúl. Le aterraba la idea de que llegara un policía y le hiciera preguntas o aun lo detuviera como sospechoso. Se estremecía de vergüenza y asco y le dolía terriblemente la cabeza. Por fin rompió la puerta y partió a toda velocidad -felizmente, las llaves del chófer estaban dentro del auto- en dirección a Rushdi, por las calles desiertas. También había desaparecido su llave de la puerta y se vio obligado a forzar una de las trabas de las ventanas de la sala para entrar en la casa. Pensó al principio que pasaría la mañana en cama, después de haberse bañado y cambiado de ropa, pero mientras se hallaba debajo de la ducha caliente se dio cuenta de que estaba demasiado perturbado; los pensamientos le zumbaban como un enjambre de abejas y no lo dejarían descansar.

Decidió bruscamente abandonar la casa y volver a El Cairo antes de que se levantaran ni siquiera los sirvientes. No podría mirarlos a la cara.

Se cambió furtivamente, reunió sus cosas y partió a través de la ciudad, hacia el camino desierto, dejando la urbe, apresuradamente, como un ladrón común. Había llegado interiormente a una decisión. Pediría que lo nombraran en algún otro país. No perdería más tiempo en este Egipto de los fraudes y la roña, este paisaje traidor que pulverizaba emociones y recuerdos, que arruinaba la amistad y destruía el amor. Ni siquiera pensaba ya en Leila; esta noche se habría marchado ella al otro lado de la frontera, y ya era como si nunca hubiera existido.

Le sobraba nafta en el tanque para el viaje de vuelta. Cuando doblaba las últimas curvas saliendo de la ciudad, miró una vez, atrás, con un estremecimiento de repugnan cia, el perlado espejismo de los minaretes que se levantaban de entre el humo del lago, la niebla del amanecer. Un tren silbó en algún punto, allá lejos. Puso la radio del auto muy alta, para ahogar sus pensamientos, mientras corría a toda velocidad por la plateada carretera del desierto, hacia la capital de invierno. De cada lado, como liebres sobresaltadas, sus pensamientos

echaban a correr junto al coche vertiginoso, en un frenesí de terror. Comprendió que había llegado a una nueva frontera dentro de sí mismo; la vida iba a ser algo completamente distinto, de ahora en adelante. Había Vivido todo ese tiempo en una especie de esclavitud; ahora los eslabones se habían roto. Oyó el blando rasguido de las cuerdas y la voz familiar de la ciudad, rompiendo de nuevo sobre él con sus languideces pervertidas, sus antiguas sabidurías y terrores.

Jarnais de la vie,
jamais dans ton lit
quand ton coeur se démange de chagrin...

Lanzando un juramento, cerró le golpe la radio, ahogó la voz, y guió el auto, frunciendo el ceño, hacia el sol que asomaba sobre los flancos sombreados de, los médanos.

Llegó pronto y paró ante la embajada, en el momento en que Errol y Donkin cargaban el viejo auto de turismo de este último con toda la impedimenta de los cazadores profesionales: cajas de escopetas y bolsas de cartuchos, binoculares y termos. Caminó despacio, avergonzado, hacia ellos. Ambos lo saludaron alegremente. Tenían que partir para Alejandría más tarde, a mediodía. Donkin se hallaba excitado y contento. Los diarios de la mañana traían rumores de que el rey se había restablecido y se iban a conceder audiencias a fin de semana.

-Ahora, señor -expresó Donkin-, es la oportunidad de Nur para hacer obrar a Memlik. Usted verá. Mountolive asintió aturdidamente; la noticia le pareció indiferente, sin tono ni color ni presagio alguno. Ya no le importaba lo que fuera a ocurrir. Su decisión de pedir un traslado parecía haberlo librado de un modo curioso de toda responsabilidad en relación con sus propios sentimientos. Tocó el timbre pidiendo su correspondencia. No encontró nada muy interesante. Una larga carta verbosa de Sir Louis, que estaba soleándose dichosamente en Niza, llena de chismorreo entretenido sobre amigos comunes. Y, naturalmente, la inevitable anécdota de un famoso raconteur para redondear la carta: «Espero, querido muchacho, que el uniforme le quede bien aún. Me acordé de usted la semana última cuando me encontré con Claudel, el poeta francés, que también era embajador; pues me contó una interesante anécdota sobre su uniforme. Fue cuando estaba sirviendo en el lapón. Salió un día a caminar y al volver se encontró con que.toda la residencia era una llamarada y ardía sin remedio; su familia se hallaba con él, de modo que no temía por ellos. Pero sus manuscritos, sus valiosísimas colecciones de libros y cartas: todo estaba en la casa que ardía. Corrió muy alarmado. Era evidente que el edificio se iba a quemar hasta los cimientos. Cuando llegaba al jardín, vio una figura pequeña y tiesa que caminaba hacia él: el criado japonés. Venía despacio y con circunspección hacia el embajador, con los brazos extendidos ante sí, como un sonámbulo; en ellos llevaba el uniforme del poeta. Y dijo con orgullo y calma: "No hay motivo para alarma, señor. He salvado el único objeto de valor." ¿Y la comedia a medio hacer, y los poemas que

quedaban escaleras arriba quemándose en el escritorio? Me acordé de usted, no sé por qué.»

Leyó, suspirando y sonriendo con tristeza y envidia: ¡cuánto no daría ahora él por estar retirado en Niza! Había una carta de su madre, unas cuantas cuentas de sus comerciantes de Londres, una nota de su comisionista de Bolsa y una breve carta de la hermana de Ptnrsewarden... Nada de verdadera importancia.

Se oyó un golpe y apareció Donkin. Parecía un poco alicaído.

-El M.F.A. -comunicó- ha estado en la línea con un mensaje de la oficina de Nur diciendo que verá al rey a fin de semana. Pero... Gabr insinuó que nuestro alegato no está confirmado por las investigaciones de Memlik.

-¿Qué quiere decir con eso?

-Dice, en realidad, que nos hemos equivocado de Hosnani. El verdadero culpable es un hermano de éste, que vive en una granja, en alguna parte cerca de Alejandría:

-¿Naruz? -exclamó Mountolive con asombro e incredulidad.

-Sí. Bueno, parece que él...

Los dos rompieron a reír exasperados.

-Francamente -dijo Mountolive, golpeando el puño con la palma-, los egipcios son realmente increíbles. Ahora, ¿cómo diablos han llegado a semejante conclusión? Esto es sencillamente desconcertante.

-Sin embargo, eso es lo que alega Memlik. Pensé que a usted le agradaría saberlo. Errol y yo íbamos justamente ahora a Alejandría. No hay otra cosa, ¿verdad?

Mountolive meneó la cabeza. Donkin se fue, cerrando suavemente la puerta.

-De modo que ahora se vuelven a Naruz. ¡Qué confusión de conductas contradictorias y desviaciones!

Se hundió desesperado en un sillón y frunció el ceño ante sus propios dedos por largo rato, antes de servirse otra taza de té. Ahora se sentía incapaz de pensar, de tomar la menor decisión. Le escribiría a Kenilworth y al secretario esa misma mañana sobre su traslado. Era algo que debía haber considerado mucho tiempo antes. Suspiró pesadamente.

Se oyó entonces otro golpe, más tímido, en la puerta.

-Adelante -respondió cansadamente.

Se abrió la puerta y un perro salchicha, que parecía muy desanimado, entró contoneándose, seguido por Ángela Errol, quien manifestó, en tono de estridente cordialidad, no sin algo de agresiva travesura:

-Perdone la intrusión, pero he venido en *nombre* de las *esposas* de la cancillería. Pensamos que usted estaba un poco solo y decidimos reunirnos. *Fluke* es el resultado.

Perro y hombre se miraron en un silencio desconcertado y receloso. Mountolive luchaba buscando las palabras. Siempre había aborrecido los perros salchichas, de patas tan cortas, que parecían saltar como sapos más bien que caminar. Fluke era un animal de esa clase, ya jadeando y baboseando por sus esfuerzos. Se sentó al fin y, como para expresar de una vez por todas su desencanto de toda la existencia canina, dejó un charquito en la hermosa alfombra de Shiraz.

-¿No es una monada? -gritó la esposa del jefe de la cancillería.

A Mountolive le costó un poco de esfuerzo sonreír, aparecer abrumado de alegría, expresar el debido agradecimiento a un gesto tan atento. Estaba loco de fastidio.

-Parece encantador -exclamó sonriendo con su linda sonrisa-. Un verdadero encanto. Estoy agradecidísimo, Ángela, ¡qué amable idea!

El perro bostezó perezosamente.

-Entonces les voy a decir a las señoras que el *regalo* ha merecido *aprobación* -dijo vivamente y se dirigió a la puerta-. Van a estar encantadas. No hay compañía como la de un perro, ¿verdad?

Mountolive meneó seriamente la cabeza.

-Ninguna -dijo. Trataba de aparecer como que lo decía de veras.

Cuando la puerta se cerró, se sentó de nuevo y se llevó la taza de té a los labios, mirando sin pestañear y con disgusto los ojos sin brillo del can. El reloj cantó suavemente, sobre la repisa. Era tiempo de irse a la oficina. Había mucho que hacer. Había prometido concluir el informe económico definitivo, a tiempo para el correo de esa semana. Tendría que asustar un poco a la oficina de valijas sobre aquel retrato suyo. Tendría...

Pero siguió sentado, mirando a la desanimada criaturita que estaba sobre la alfombra y sintiendo súbitamente como si lo hubiera tragado una marea de injurias humanas: tan bien expresada por sus admiradores con ese regalo indeseado. Iba a convertirse en *garde malade,* enfermero de un faldero de patas cortas. ¿Sería éste el único

camino abierto para exorcizar su tristeza? Suspiró, y suspirando tocó el timbre...

XVI

El día de su muerte fue como otro día cualquiera de invierno en Karm Abu Girg; o distinto sólo en un detalle pequeño y desconcertante: que los criados refluyeron sú bitamente para dejarlo solo en la casa. Pasó toda la noche en un sueño tranquilo, entre los bosques lujuriosos de su fantasía, densos como una vegetación tropical; despertándose sólo de tiempo en tiempo para encontrarse confortado con el blando aleteo de las grullas que volaban sobre su cabeza en la oscuridad. Era pleno invierno y había empezado la gran migración de aves. Los largos espacios vítreos del lago empezaban a llenarse con sus alados visitantes como una gran estación terminal. Durante toda la noche uno podía oír las bandadas que llegaban, el copioso frufrú de las alas de los ánades o el metálico *kraonk kraornk* de los gansos, que volaban alto, como a ambos lados de la luna invernal. Entre las espesuras de cañas y juncos, en lugares que las ocasionales escarchas pulían hasta darles un color negro o verde víbora, podía uno oír las risitas y cloqueos del pato real. La casona con sus paredes mojadas de rocío, donde invernaban los escorpiones y las pulgas entre los polvorientos intersticios de`los ladrillos de barro, le parecía muy vacía y desolada ahora que Leila se había ido. Marchaba desafiante por su interior, haciendo todo el ruido posible con los zapatos, gritando a los perros, haciendo restallar el látigo a través del patio. Las figuritas de juguete, con brazos de molinos de viento, que se alineaban en las paredes contra el ubicuo mal de ojo, trabajaban sin cesar, agitadas por los vientos de invierno. Sus pequeñitas hélices de celuloide giraban con un ruido afelpado, que tenía algo de consolador.

Con insistencia le había argüido Nessim, para que acompañara a Leila y Justine, pero él se había negado, aunque sabía que sin su madre la soledad de la casa iba a ser difícil de soportar. Se había encerrado en las incubadoras, y a los golpes febriles y gritos de su hermano había opuesto un enconado silencio. No había manera de explicarle las cosas a Nessim. No quiso salir ni siquiera cuando Leila vino a suplicarle, temiendo que su resolución aflojara. Permaneció agachado allí en silencio, con la espalda contra la pared, el puño metido en la boca para sofocar los silenciosos sollozos... ¡Cuán grave culpa arrastraba por su desobediencia filial! Lo habían abandonado al fin. Oyó los caballos salir del patio. Estaba solo.

Después, un mes entero de silencio antes de oír la voz de su hermano en el teléfono. Naruz había caminado tódo el día por un bosque de la propiedad, atendiendo al tra bajo de la tierra con una concentrada furia deliberada, galopando en su caballo a lo largo del río lento de la heredad, con su imagen volando a su lado, siempre con el gran látigo arrollado en el arzón de la montura. Se sentía desmedidamente envejecido... y sin embargo, al mismo tiempo, tan nuevo para el mundo como un embrión colgado del cordón umbilical.

La tierra, su tierra, ahora parda y grasosa como un viejo pellejo de vino bajo la lluvia, lo arrastraba de un lado a otro. La tierra era su única preocupación ahora: árboles heridos por la escarcha, arena envenenada por la sal del desierto, cuencas de agua repletas de pescado y gansos; y silencio todo el día, excepto el suspirar y gemir de las norias con su eterno mensaje: «Alejandro tiene orejas de asno», arrastrado como polen por los vientos hasta los últimos rincones de la tierra, para fecundar nuevamente la historia con la infecciosa memoria del guerrero-dios; o el ajetreo y los tirones del negro búfalo «aplastador de la frente», que se revolcaba en el cieno de los diques. Y después, a la noche, las perturbadoras sílabas plurales de los patos, que se desplegaban en bandadas en la oscuridad, llamándose unos a otros, contentos o ansiosos: lenguaje cifrado de viajeros. Pantallas de niebla, nubes bajas a través de las cuales irrumpían los amaneceres y los ocasos, con esplendor inigualado, cada uno el fin de un mundo, una agonía en amatista y nácar.

Normalmente, ésta habría sido la temporada de caza que él amaba tanto, animada por las grandes hogueras de leños y las rondas de perros cazadores; tiempo de engrasar las botas con grasa de oso, preparar las escopetas de largos caños, distribuir los cartuchos, pintar los señuelos... Este año no tuvo ni siquiera ganas de participar en la gran cacería de patos que daba Nessim. Se sentía aislado, en un mundo diferente. Llevaba la cara enconada y vengativa de un penitente al que se le niega la absolución. Ya no podía exorcizar su tristeza a solas, con perro y escopeta; sólo pensaba en Taor ahora, y en los sueños que compartía con ella: el fiero reconocimiento absorbente de su papel, consagrado aquí, entre sus propias tierras, y en todo Egipto... Estos sueños confusos se entrelazaban, se superponían, se entrecruzaban... como otros tantos afluentes del gran río mismo. Hasta el amor de Leila los amenazaba ahora: era como una brillante hiedra parásita que estrangula el crecimiento de un árbol. Pensó vagamente y sin desprecio en su hermano, que todavía estaba allá en la ciudad (no iba a irse sino más tarde), movién dose entre gente tan insustancial como figuras de cera, la sociedad pintada de las mujeres de Alejandría. Si pensaba alguna vez en su amor a Clea le parecía sólo una moneda brillante, olvidada en el bolsillo de un pordiosero... Así, galopando, a la carrera, en salvaje exultación, a lo largo de los malecones y orillas verdes de musgo del estuario, con sus palmeras carcomidas agitadas por el viento, así vivía.

Una vez, la semana última, Alí informó de la presencia de hombres desconocidos en la tierra pero no le concedió al asunto la menor atención. Con frecuencia, un beduino extraviado cortaba camino a través de las plantaciones, o un extraño cruzaba la propiedad en dirección a la carretera, hacia la ciudad. Más le interesó Nessim, cuando le habló por teléfono para decirle que visitaría Karm Abu Girg con Balthazar, quien deseaba investigar los rumores de que se había visto en el lago una nueva especie de pato. (Desde la azotea se podía abarcar todo el estuario con un anteojo potente.)

Esto era justamente lo que hacía ahora, en ese momento. Árbol por árbol, cañaveral por cañaveral, volviendo ojos pacientes y curiosos sobre la tierra, con su antiguo catalejo. Yacía, ella, despoblada, silenciosa y enigmática, a la luz del amanecer. Se proponía pasar todo el día allí, entre las plantaciones, para evitar, si posible fuera, el ver a su hermano. Pero ahora la defección de los sirvientes lo desconcertaba. Y en realidad era inexplicable. Habitualmente, al despertar, gritaba llamando con un rugido a Alí, quien le traía un gran recipiente de cobre, de largo cuello lleno de agua tibia, y lo regaba, mientras él, de pie en la bañera victoriana, jadeaza y silbaba. Pero, ¿ahora? El patio silencioso, y el cuarto en que dormía Alí, cerrado. La llave puesta en su lugar, sobre el clavo, fuera. Ni un alma.

Con rápidos pasos trepó a la terraza buscando el catalejo, y después subió la escalera de madera exterior hasta la azotea, y de pie entre las torrecillas de los palomares escrutó los campos Hosnani. Un largo examen paciente no le reveló nada de extraordinario. Gruñó y cerró el catalejo. Tendría que atenderse él solo, hoy. Bajó de su atalaya y, tomando el viejo zurrón de cuero, se dirigió a las cocinas, a llenarlo de comida. Allí encontró café tibio y algunas ollas puestas sobre el carbón, pero ni rastros de los cocineros. Refunfuñando, se sirvió una rebanada de pan, que mordisqueó mientras juntaba algunas cosas para almorzar. Después se le ocurrió una idea. En el patio, su agudo silbido enojado, normalmente habría traído a todos los perros de caza gruñendo y haciendo zalamerías en torno a sus botas, desde cualquier parte en que se hubieran refugiado por el frío; pero hoy el eco vacío de su silbido fue lo único que le devolvió el viento. ¿Tal vez Alí los habría sacado a pasear? No parecía probable. Volvió a silbar, más fuerte, y esperó, con los pies firmemente separados, en sus gruesas botas, y los brazos en jarras. No hubo respuesta. Dio la vuelta a los establos, y encontró su caballo. Todo estaba perfectamente normal, allí. Lo ensilló, lo enfrenó y lo ató al poste. Después subió a buscar su látigo. Cuando lo arrollaba, se le ocurrió otra idea. Volvió al cuarto de estar y tomó un revólver del escritorio, examinándolo para ver si estaba cargado. Se lo metió en el cinturón.

Después, salió, cabalgando suavemente y con circunspección, hacia el este, porque se proponía ante todo explorar el campo a la redonda antes de hundirse en las densas plantaciones verdes donde pensaba pasar el día. Era un día fresco, que se aclaraba rápidamente; la niebla de los pantanos tomaba una serie de formas y contornos vagos que no tardaban en disiparse. Caballo y jinete avanzaban con fácil destreza por los caminos familiares. Llegó al borde del desierto en media hora, no habiendo visto nada raro, aunque sus ojos de pobladas cejas miraban a su alrededor cuidadosamente. Sobre el terreno blando, los cascos del caballo hacían poco ruido. En la esquina este de la plantación se detuvo sus buenos diez minutos, examinando de nuevo el paisaje con el anteojo. Y tampoco descubrió nada de importancia particular. No descuidó ninguno de los signos pequeños que podrían indicar una visita extraña: huellas en el

desierto, pisadas en la ribera blanda, al lado del ferry. El sol se levantaba lentamente, pero la tierra dormía envuelta en nieblas cada vez más tenues. En cierto lugar desmontó a examinar las bombas, escuchando sus hoscos latidos con placer, engrasando aquí o allá una palanca. Después volvió a montar y dirigió el caballo hacia los grupos más densos de las plantaciones, con sus queridos olivos de Trípoli y sus acacias, sus cinturones de enebro, productores de humus, y los cuadros de maíz crepitante. Estaba todavía alerta, sin embargo, y cabalgaba frenando una y otra vez, para escuchar un minuto entero. Nada más que el gorjeo lejano de los pájaros, el roce de las alas de los flamencos en el agua del lago, las melodiosas bocinas de las cercetas o el esplendor (como de una tuba en plena pompa) de los gansos que tocaban su corneta. Todo familiar, todo conocido. Aún estaba desconcertado, pero no intranquilo.

Avanzó al fin hasta el gran árbol de *nubk* que se alzaba vigorosamente en su claro, con sus grandes ramas cargadas de trofeos, de donde goteaba la niebla condensada. Allí, hacía mucho tiempo, se había detenido una vez y había orado con Mountolive, bajo las sagradas ramas, pesadas todavía con su curiosa fruta humana; por dondequiera florecían los exvotos de los fieles, en franjas de trapos de colores, calicó, cuentas. Estaban atadas a toda rama y tallo y hoja, de modo que parecía un gigantesco árbol de Navidad. Allí desmontó, para tomar algunos retoños, que envolvió y guardó cuidadosamente. En seguida se irguió; había oído ruidos de movimiento en los verdes claros a su alrededor. Difíciles de identificar, de aislar: el roce de un cuerpo entre las hojas, o tal vez una albarda que se enredaba en una rama cuando caballo y jinete salían rápidamente de su emboscada... Escuchó y tuvo una risita picante, como quien recuerda un chiste privado. Compadecía al que acudiese a molestarle en tal sitio; conocía de memoria los claros y las sendas. Allí estaba en su propio terreno; era el amo.

Corrió de vuelta al caballo, con su curioso paso de patizambo, pero sin ruido. Montó y cabalgó despacio, saliendo de la sombra de las grandes ramas para poder manejar más libremente el látigo y cubrir las dos únicas entradas de la plantación. Sus adversarios, si los hubiera, habrían de venir por una de las dos sendas. Tenía la espalda contra el árbol y su gran seto de espinos. Emitió otra risita complacida, mientras se mantenía atento con la cabeza ladeada como un perro de caza; movió suave y voluptuosamente las colas del látigo a lo largo del suelo, trazando círculos, enrollándolas en la hierba como serpientes... Probablemente era una falsa alarma; ¿Alí, que venía a disculparse por su negligencia de esa mañana? En todo caso, la postura de alerta de su amo lo asustaría, porque había visto el látigo en acción antes... El ruido otra vez. Una rata de agua cayó haciendo plop, en el canal y se alejó nadando velozmente. Entre la espesura, a ambos lados del sendero, podía ver movimientos indistintos. Permaneció sentado en la silla, inmóvil como una estatua ecuestre, con la pistola agarrada levemente en la izquierda, el látigo ligeramente caído detrás de él, el brazo doblado en la posición del

pescador a punto de hacer un largo lanzamiento. Así esperó, sonriendo. Su paciencia era inagotable.

El sonido de un lejano tiroteo sobre el lago siempre fue algo común en el vocabulario de sonidos del lago; era como la música de las gaviotas, que venían del mar, y los otros pájaros acuáticos que se aglomeraban en las lagunas, rodeadas de cañaverales. Cuando empezaban los grandes tiroteos, el estrépito de treinta escopetas en acción al mismo tiempo fluía incansablemente en el aire de Mareotis, como una cadencia. El hábito le enseñaba a uno gradualmente a diferenciar los diversos ruidos y reconocerlos: y Nessim también había pasado su infancia allí con una escopeta. Podía distinguir entre el profundo tang de la escopeta de una barca, apuntada a gansos que vuelan alto, y el *bif f* chato de un arma de calibre doce. Los dos hombres estaban de pie, al lado de sus caballos, en el ferry, cuando llegó el ruido como pequeños rizos de aire, no más, cayendo sobre el tímpano con un tamborileo: gotas de lluvia que caen desde un remo, el toque de una canilla mal cerrada, en un caserón, no habrían sido de menor volumen. Pero eran tiros sin duda alguna. Balthazar volvió la cabeza y miró sobre el lago.

-Esto suena a pistola -expresó. Y Nessim sonrió y meneó la cabeza.

-Un fusil de pequeño calibre, diría yo. ¿Será un cazador furtivo de nidos de patos?

Pero había más tiros de los que podían acomodarse de una sola vez en la cámara de cualquiera de esas dos armas. Montaron, un poco intrigados al ver que les habían enviado caballos, pero que Alí había desaparecido. Los había dejado atador al poste, al lado del pasaje, encomendándoselos al encargado, y se había desvanecido en la niebla.

Cabalgaron vivamente a lo largo de la orilla, juntos. El sol estaba alto ahora, y toda la superficie del lago se alzaba hacia el cielo como el piso de un teatro, derramándose hacia arriba con la niebla; aquí y allí, la realidad aparecía marchitada por los espejismos, paisajes colgados en el cielo cabeza abajo, o bien cuatro o cinco superpuestos, como en una fotografía de múltiple exposición. El primer indicio de que algo andaba mal fue una figura vestida de ropas blancas que huía en la niebla: algo nunca visto en ese país pacífico. ¿Quién iba a huir de dos jinetes en el camino de Karm Abu Girg? ¿Un vagabundo? Se detuvieron, asombrados y pensativos.

-Creí oír tiros -explicó Nessim al fin, con pequeña voz forzada- en dirección a la casa.

Como si ambos se sintieran picados a la vez por la misma ansiedad, echaron a galopar los caballos, enderezando hacia la casa.

Un caballo, el caballo de Naruz, ahora sin jinete, estaba temblando fuera de los portones abiertos de la casa señorial. Un tiro le había atravesado los labios, y la san grienta herida le daba una sonrisa

fantasmagórica. Relinchó bajo, cuando ellos se acercaron. Antes de que tuvieran .tiempo de desmontar, llegaron gritos desde el palmeral y una figura irrumpió por entre los árboles, haciéndoles señas. Era Alí. Señaló hacia abajo, entre las plantaciones, y gritó el nombré de Naruz. El nombre, tan lleno de agüeros para Nessim, llevaba un tono curiosamente fúnebre ya, aunque aún no estaba muerto.

-¡Junto al Árbol Sagrado! -exclamó Alí, y ambos hombres hundieron los talones en los flancos de los caballos y se lanzaron a toda velocidad por la plantación.

Estaba tendido en la hierba, debajo del *nubk,* con la cabeza y el cuello sostenidos por el árbol en un ángulo que le inclinaba la cara hacia adelante como si estuviera examinando las heridas de pistola en su propio cuerpo. Solamente los ojos se le movían, pero sólo alcanzaban a la rodilla de los que acudían a salvarle; y el dolor les había quitado el normal azul de pervencha, poniéndolos del azul sordo de la plombagina. El látigo se le había arrollado en torno al cuerpo, de algún modo, probablemente cuando cayó de la silla. Balthazar desmontó y caminó lenta y deliberadamente hasta él, emitiendo el pequeño ruido de cloqueo que siempre hacía con la lengua; sonaba como condolencia, pero en realidad era un reproche que se hacía a su propia curiosidad, al entusiasmo con que una parte de su mente profesional respondía a la humana tragedia. Siempre le parecía no tener derecho a estar tan interesado: *tsc, tsc*. Nessim estaba muy pálido y muy tranquilo, pero no se acercó a la figura caída de su hermano. Sin embargo tenía para él un magnetismo espantoso: era como si Balthazar estuviera colocando algún poderoso explosivo, que en cualquier momento pudiera estallar y matarlos a los dos. Sólo ayudaba a tener el caballo. Naruz dijo en vocecita impertinente, la voz de un chico afiebrado que puede contar con su enfermedad para obtener indulgencia, algo inesperado:

-Quiero ver a Clea.

Las palabras salieron sin trabas de su lengua, como si hubiera estado ensayando la frase única en su mente durante siglos. Se lamió los labios y las repitió de nuevo, más lentamente. Parecía, desde donde miraba Balthazar, que una sonrisa se fijaba en los labios, pero reconoció que la contracción era una mueca de dolor. Buscó afanosamente el viejo par de tijeras quirúrgicas que había traído, y cortó rígidamente el traje de Naruz, de extremo a extremo. Nessim se acercó entonces, y juntos miraron el cuerpo velludo y fuerte donde los agujeros azules y sin sangre de las balas parecían los nudos de un roble. Pero eran muchos, muchísimos. Balthazar hizo su pequeño ademán característico de incertidumbre que parodiaba a un chino que se estrecha a sí mismo la mano.

Otras personas habían entrado ya en el claro. Pensar se hacía más fácil. Habían traído una enorme cortina púrpura con que llevarle de vuelta a la casa. Y ahora, de un modo extraño, el lugar se llenó de sirvientes. Refluían como una marea. El aire se ennegrecía con su

aflicción. Naruz rechinaba los dientes y gemía cuando lo levantaron hasta la gran cortina púrpura y lo llevaron de vuelta, como un ciervo herido, a través de las plantaciones. Una vez, cuando se acercaban a la casa, volvió a decir con la misma voz de niño:

-Ver a Clea.

Y luegd cayó en un silencio febril, puntuado ocasionalmente por suspiros temblorosos.

Decían los sirvientes:

-¡Gracias a Dios que el médico está aquí! ¡Todo va a ir bien con él!

Balthazar sintió que los ojos de Nessim se volvían- a él. Sacudió la cabeza gravemente y sin esperanza, y repitió el suave cloqueo. Era cuestión de horas, de minutos, de segundos. Así llegaron a la casa, como una grotesca procesión religiosa, llevando el cuerpo del hijo menor. Lloriqueando y sollozando blandamente, pero con esperanza y fe en su restablecimiento, las mujeres miraban a la cabeza que se sacudía y al cuerpo espatarrado en la cortina púrpura, que se hinchaba bajo el peso como una vela. Nessim daba instrucciones, emitiendo palabritas como «Despacio aquí» y «Con cuidado en la esquina». Así, gradualmente, lo llevaron hasta el desnudo dormitorio de donde había salido esa mañana. Mientras tanto; Balthazar se ocupaba en abrir un paquete de medicamentos que se guardaban en un armario, contra los accidentes en el lago, y en buscar una aguja hipodérmica y un frasco de morfina. Pequeños roncos gemidos salían ahora de la boca de Naruz. Tenía los ojos cerrados. No podía escuchar la sorda conversación que Nessim, en otro rincón de la casa, mantenía con Clea por teléfono.

-Pero se está muriendo, Clea.

Ella emitió un quejido inarticulado de protesta. -¿Qué puedo hacer yo, Nessim? No es nada, para mí. Nunca lo fue, nunca lo será. ¡Oh, es tan repugnante! Por favor, no me hagas ir, Nessim.

-Claro que no. Sencillamente pensé que, como se está muriendo...

-Pero si te parece que yo debía sentirme obligada...

-No me parece nada. No le queda mucho que vivir, Clea.

-Bueno, veo por tu voz que tengo que ir. ¡Oh, Nessim, qué repugnante es que la gente ame sin consentimiento! ¿Me enviarás el automóvil o telefoneo a Selim? Me tiembla el cuerpo.

-Muchas gracias, Clea -respondió Nessim brevemente y con la cabeza tristemente inclinada. Por alguna razón la palabra «repugnante» le había herido. Volvió caminando lentamente al dormitorio, observando de paso que el patio estaba repleto de gente; no solamente los criados de la casa sino muchos visitantes curiosos. La desgracia atrae a las personas como

una herida abierta a las moscas, pensó Nessim. Naruz estaba adormecido. Se sentaron un rato, hablando en cuchicheos.

-Entonces, ¿se muere, de veras? -preguntó tristemente Nessim-. ¿Y sin su madre? -Le parecía una carga de culpa adicional el que, por obra suya, Leila se hubiera visto obligada a irse-. Así, solo...

Balthazar hizo un gesto de impaciencia.

-Lo sorprendente es que aún esté vivo -contestó-. No hay absolutamente nada...

Lenta y gravemente, Balthazar sacudió la oscura e inteligente cabeza. Nessim se levantó y dijo:

-Entonces les voy a decir que no hay esperanzas de restablecimiento. Todos querrán prepararse para su muerte.

-Haz como quieras.

-Tengo que mandar a buscar a Tobías el sacerdote. Tendrá que darle los últimos sacramentos: la Santa Eucaristía. Los sirvientes sabrán de él la verdad.

-Obra como te parezca mejor -contestó secameute Balthazar, y la alta figura de su amigo se deslizó, bajando la escalera, al patio, para dar las instrucciones. Había que enviar un jinete al sacerdote con instrucciones para que consagrara los santos elementos en la iglesia y luego volviera a toda prisa a Karm Abu Girg a administrarle los últimos sacramentos. Cuando se supo esto, hubo un amplio suspiro de espantosa expectación en las caras de los criados, alargadas de miedo.

-¿Y el médico? -exclamaban en tono de angustia-. ¿Y el médico?

Balthazar sonrió sombríamente, sentado en la silla al lado del moribundo. Se repetía para sí, despacio, entre dientes: «¿Y el médico?» ¡Qué burla! Puso la mano fría en la frente de Naruz por un momento, con un aire de certeza y resignación. Alta temperatura, una docena de entradas de balas... «¿Y el médico?»

Cavilando sobre la futilidad de los negocios humanos y de los espantosos accidentes a que está expuesta la criatura menos desconfiada, más inocente, encendió un cigarrillo y salió a la terraza. Cien miradas ansiosas buscaban la suya, implorándole, por el poder de su magia, devolver el paciente a la salud. Frunció intensamente el ceño a unos y a otros. Si hubiera podido recurrir a la vieja magia anticuada de las fábulas egipcias, del Nuevo Testamento, con gusto le habría dicho a Naruz que se levantara, pero... «¿Y el médico?»

A pesar de las hemorragias internas, el redoble de tambor de la sangre en los oídos, de la fiebre y del dolor, el paciente sólo estaba

descansando, en cierto sentido, ahorrando sus energías para la aparición de Clea. Se engañó por el pequeño susurro de voces y pasos en la escalera que anunciaron la aparición del sacerdote. Las pestañas le temblaron y luego se le cayeron de nuevo, exhausto al oír la voz gorda del joven de nariz de ganso, cara grasienta, y un aire de acabar de comer lechón. Se volvió a su propia atención remota, contento de que Tobías lo tratara como insensible, muerto quizá, con tal que pudiera ahorrar una parte del tiempo que le quedaba para morir a la espera de la blonda imagen, intratable y remota como siempre para su espíritu, pero una imagen que podría responder a todo este sufrimiento acumulado. Aun por piedad. Estaba hinchado de deseo, tendido como una mujer preñada. Cuando uno está enamorado sabe que el amor es un mendigo, un mendigo desvergonzado; y las respuestas de la mera piedad humana pueden consolarlo cuando el amor falta, con un falso disfraz de imaginada felicidad. Sin embargo, el día se arrastraba y ella no venía. La ansiedad de la casa se ahondaba junto con la de él y Balthazar, cuya intución había adivinado justamente la causa de aquella paciencia. Se sintió tentado por la idea: «Yo podría imitar la voz de Clea... ¿se daría cuenta? Podría consolarle con unas cuantas palabras dichas en su voz.» Era un ventrílocuo y mimo de primer orden. Pero a la primera voz, una segunda le replicó: «No, uno no debe entrometerse con un destino, por amargo que sea, introduciendo mentiras. Morirá como tenía que morir.» Y la primera voz decía enconada: «Entonces, ¿por qué la morfina, por qué los consuelos de la religión y no el solaz de una deseada voz humana imitada, la imitada presión de una mano? Podrías hacerlo fácilmente.» Pero meneó la cabeza contra sí mismo y exclamó: «No», con enconada obstinación, mientras oía la ingrata voz del sacerdote leyendo pasajes de la Escritura, sobre la terraza, mezclándose su voz con el murmullo y el ajetreo de seres humanos en el patio, abajo. ¿No era el evangelio todo lo que podría haber sido la imitación de la voz de Clea? Besó lentamente y con pena la frente de su paciente, mientras reflexionaba.

Naruz empezó a sentir los tirones del mundo subterráneo, los cinco perros rabiosos de los sentidos tirando cada vez más fuerte de la cadena. Les oponía las fuerzas de su poderosa voluntad, tratando de ganar tiempo, esperando la única revelación humana que podía esperar: voz y perfume de una muchacha que había sido embalsamada por esos sentidos, puesta en la tumba como una preciosa imagen. Podía escuchar el tic tic de sus propios nervios, en espirales de dolor, las burbujas de oxígeno que se levantaban, cada vez más despacio, para estallar en su sangre. Sabía que se estaba quedando sin tiempo. El peso, lentamente acumulado, de una parálisis, se le instalaba ahora en la mente, el narcótico del dolor.

Nessim se fue de nuevo al teléfono. Estaba pálido como la cera, con una mancha hética de rojo en cada mejilla, y hablaba con la dulce voz histérica de su madre. Clea ya había salido para Karm Abu Girg, pero parecía que la rotura de un dique había barrido parte del camino. Selim dudaba de que pudiera llegar a pasar el río esa noche.

Empezó entonces una formidable lucha en el pecho de Naruz: lucha por mantener un equilibrio entre las fuerzas que batallaban dentro de él. Su musculatura se contraía en pesados haces, con el esfuerzo de la espera; se le hinchaban las venas, pulidas hasta el color de ébano por la tensión, controladas por su voluntad. Rechinaba vio. lentamente los dientes, unos contra otros, como un jabalí salvaje a medida que se sentía morir. Y Balthazar estaba sentado como una efigie, una mano en la frente del moribundo y la otra sosteniendo fieramente los músculos tensos de su muñeca. Cuchicheó en árabe:

-Descansa, querido, calma, mi amado.

La tristeza le daba completo dominio de sí mismo, completa calma. Tan amarga es la verdad, que su conocimiento proporciona un cierto deleite.

Y así siguió por un rato. Entonces, por fin, brotó del velludo pecho del moribundo una sola, formidable palabra, el nombre «Clea», pronunciado en la voz cavernosa de un león herido, una voz que combinaba la cólera y el reproche y una abrumadora tristeza en su súbito rugido. Tan desnuda la palabra, el nombre, tan simple como «Dios» o «Madre», y sin embargo sonaba como en los labios de algún conquistador agonizante, algún perdido rey, consciente del cuerpo y del aliento que se disolvía en él. El nombre de Clea resonó por toda la casa, empapado por el esplendor de la angustia, imponiendo silencio a los pequeños grupos de criados cuchicheantes y las visitas, echando atrás las orejas de los perros de caza, haciéndolos agacharse y zalamear, y retumbando en la mente de Nessim con una nueva y aterradora amargura, demasiado profunda para inspirar lágrimas. Y cuando este gran grito se desvaneció lentamente, la conciencia de su muerte cayó sobre ellos con un peso nuevo y aplastante: como la presión de una gran puerta sepulcral que se cierra sobre la esperanza.

Inmóvil, sin edad como el dolor mismo, permanecía sentada la vencida efigie del médico al lado de la cama del dolor. Pensaba interiormente, iluminado por la brillante luz de la inteligencia: «Una frase como "desde las fauces de la muerte" podría significar algo como ese grito de Naruz, su bravura. O "desde las fauces del Infierno". Tiene que significar el infierno de una mente particular. No, no podemos hacer nada.»

El vozarrón se afinó, convirtiéndose en el sonido rasgado de un papel sobre un peine, un largo estertor que se fue desvaneciendo hasta ser el zumbido de una mosca en una lejana telaraña.

Y entonces Nessim profirióun sollozo, único y dulce, allí en la terraza, como el sonido de una ramita de bambú cuando se la arranca de su tronco. Y como los compases iniciales de una gran sinfonía, a este pequeño sollozo le hicieron eco abajo, en la oscuridad, pasando de labio en labio, de corazón en corazón, sollozos que se encendían unos a otros, como velas, realización orquestal del precioso tema del dolor; y un largo gemido salió del pozo vacío para subir hacia el cielo que se oscurecía,

un largo suspiro siseante, mezclado con el siseo de la lluvia sobre el lago Mareotis. Se había empezado a llorar la muerte de Naruz. Balthazar, con la cabeza inclinada, recitaba para sí, pbr lo bajo, en griego, los versos que dicen:

Ahora la pena de conocer la separación
suena como el viento en el aparejo del barco
de la muerte del hombre, mascarón del cuerpo blanco,
llenándose las velas del alma
con el Espectro del Aliento, repleto y eterno.

Fue la señal de una liberación; ahora había que representar las escenas, ineludiblemente terribles, de un velatorío copto, escenas cargadas de un antiguo terror y abandono.

La muerte había llevado a las mujeres a un reino que les es propio, dándoles libertad para entregar cada una su herencia de dolor. Se arrastraron adelante, en un solo cuerpo, ganando velocidad a medida que subían las escaleras, con el semblante arrobado y transfigurado, mientras emiiían los primeros y terribles alaridos. Los dedos se les transformaban en ganchos, desgarrando la propia carne, los pechos, mejillas, con un gustoso abandono, mientras trepaban ágilmente los escalones. Emitían ese ulular curioso y estremecedor que se llama el *zagreet,* con la lengua vibrando contra el paladar como un mandolín. Un coro, que rompía los tímpanos, de trinos de lengua en diverso tono.

El viejo caserón respondía con sus ecos a los aullidos de estas modernas arpías, que tomaban posesión de él invadiendo la alcoba de la muerte para rodear el cadáver silencioso, repitiendo aún la señal de muerte, que coagula la sangre, con un intolerable abandono animal. Empezaron las danzas de dolor ritual, mientras Nessim y Balthazar se sentaban callados en sus sillas, con la cabeza hundida en el pecho, las manos apretadas: imagen viva del fracaso humano. Dejaban que esos fieros alaridos trémulos les penetraran hasta lo hondo del ser. Ahora sólo se permitía el sometimiento al ritual de esta antigua tristeza: y la tristeza se había convertido en orgiástico frenesí, lindante con la locura. Las mujeres bailaban mientras rodeaban el cuerpo, golpeándose los pechos y aullando, pero con las figuras, lentamente medidas, de una danza retomada de frisos olvidados hacía mucho tiempo en las tumbas del mundo antiguo. Se movían y balanceaban, temblando desde la garganta a los tobillos, y se retorcían y volvían, llamando al muerto:

-¡Levántate, desesperación mía! ¡Levántate, muerte mía! ¡Levántate mi oro, mi muerto, mi camello, mi protector! ¡Oh cuerpo amado, lleno de semilla, levántate!

Y en seguida el horrible ulular arrancado de las gargantas, las amargas lágrimas brotando de las almas desgarradas. Se movían dando vueltas y vueltas, hipnotizadas por sus propios lamentos, infectando toda la casa con su dolor, mientras, desde el oscuro patio,

abajo, venía el zumbido más hondo, más oscuro de sus hombres, sollozando al tocarse las manos y consolarse repitiendo:

-¡Ma-a-lesh! ¡Perdonado sea! ¡De nada vale nuestra pena!

Así la aflicción se multiplicaba y proliferaba. De todas partes venían ahora mujeres. Algunas ya se habían puesto el vestido de duelo ritual: las ropas sucias, de algodón azul oscuro. Se habían embadurnado la cara con índigo, y se habían frotado con ceniza las negras trenzas sueltas. Ahora respondían a los aullidos de sus hermanas, que venían de arriba, con los propios, desnudando los brillantes dientes; y trepaban la escalera, se derramaban en los cuartos superiores con la inescrupulosidad de un demonio. Cuarto por cuarto, con sistemático frenesí, atacaban la vieja mansión, deteniéndose sólo para proferir los mismos gritos aterradorés mientras cumplían su obra.

Camas, armarios, sillones fueron empujados a la terraza y arrojados desde allí al patio. A cada caída estallaba una nueva fiebre de gritos -el largo *zagreet* en trinos- y se le respondía desde cada rincón de la casa. Ahora los espejos se rompían en mil pedazos, los cuadros se ponían al revés contra la pared, las alfombras se invertían en el suelo. Toda la porcelana y cristalería de la casa -excepto la de color negro, destinada al café ceremonial, que se reservaba para los funerales- se rompía ahora, se pisoteaba, se pulverizaba. Todo se barría, formando una montaña sobre la terraza. Cuanto pudiera sugerir el orden y continuidad de la vida terrena, doméstica, personal o social debía ser descartado y borrado por entero. La destrucci6n sistemática de la memoria misma de la muerte, en platos, cuadros, ornamentos o vestidos... La casa estaba ya completamente arruinada y lo que restaba se cubrió con paños negros.

Entretanto, allá abajo, habían levantado una gran tienda de colores, una marquesina, donde se sentarían los visitantes que acudieran al duelo, pasando así toda la «Noche de Soledad», bebiendo silenciosamente café de las negras tazas y escuchando el hondo gemido estremecedor ahogado de tanto en tanto por un nuevo estallido de alaridos, o el ruido de una mujer que caía al suelo, desmayada o con un ataque de nervios. Nada había de perdonarse para que fuera un éxito el funeral de este gran hombre.

Otros afligidos iban apareciendo, tanto personales como profesionales, por decirlo así; los que tenían un interés personal en el funeral de un amigo venían a pasar la noche en la marquesina de colores, a la luz brillante. Pero había otros, los profesionales de las aldeas circundantes, para quienes la muerte era como un concurso público en la poesía del duelo: venían a pie, en carros, montados en camellos. Y cada uno, cuando entraba por el portón de la casa, lanzaba un largo grito estremecido, como un orgasmo, que devolvía la aflicción a los otros doloridos; de modo que respondían desde cada rincón de la casa: lentas notas sollozantes, que crecían gradualmente hasta convertirse en un largo y sostenido trémolo de lengua, que helaba la sangre y crispaba los nervios.

Los plañideros profesionales traían consigo toda la poesía salvaje de su casta, con recuerdos de muchos años de práctica en la muerte. Con frecuencia eran jóvenes y hermosos. Cantaban. Traían consigo los tambores y panderetas rituales, a cuyo son danzaban, y que utilizaban para puntualizar su propia aflicción y estimular la aflicción oscilante de los que ya habían actuado.

-¡Loado sea el habitante de la casa! -exclamaban orgullosamente, mientras iniciaban, con soberbia y calculada lentitud, su pausada danza en torno al cuerpo, vol viéndose y retgrciéndose en un éxtasis de piedad, recitando elogios, expresados en el más bello árabe poético, relativos a Naruz. Encomiaban su carácter, su rectitud, belleza, riquezas. Y estas estrofas, largas y perfectamente redondeadas, eran acompañadas por los sollozos y gemidos de los oyentes, tanto los de arriba como los de abajo; tan sensibles eran a la poesía, hasta los ancianos sentados en las sillas de rígido respaldo, en la tienda que estaba abajo, y que sentían que se les cerraba la garganta hasta estallar en el sollozo seco, mientras inclinaban la cabeza susurrando: *Ma-a-lesh.*

Entre ellos, Mohamed Shebab, el viejo maestro de escuela y amigo de los Hosnani, tenía lugar especial. Vestía su mejor traje y aun llevaba un par de antiguas polainas con perlas y un *tarbush* nuevo, escarlata. El recuerdo de noches lejanas que habían pasado en la terraza de la vieja morada, escuchando música con Nessim y Naruz, chismorreando con Leila, le hería ahora con un dolor no exagerado. Y como la gente del Delta suele aprovechar un velorio como excusa para desahogarse de penas particulares en el duelo comunal, él se encontró pensando también en su muerta hermana, y sollozando; y se volvió a la criada, le metió dinero en la mano y le dijo:

-Pídele a Alam, el cantor, que cante el recitado de la Imagen de las Mujeres de nuevo, por favor.

Y cuando comenzaba el gran poema, se reclinó en la silla, voluptuosamente, entregado a un dolor que iba a alcanzar su catarsis en la poesía. Otros pedían también que se cantaran sus lamentaciones favoritas ofreciendo a los cantores el pago debido. De esta forma, todo el dolor del campo se refundía una vez más en vida, depurado de amargura, reconquistado por los vivos a través de la imagen muerta de Naruz.

Hasta la mañana mantendrían este extraño coro de danzas, este tamborileo y estremecimiento de panderetas, los gritos en trinos y el lento ritmo de las endechas con su magnífico plumaje de metáforas e imágenes: poesía de la casa mortuoria. Algunos sucumbieron pronto al agotamiento, y varios sirvientes de la casa se habían desmayado de histeria, luego de dos horas de canto; los profesionales, sin embargo, conocían su propia fuerza. Cuando los vencía el exceso de aflicción o un largo estallido de alaridos, se tendían en el suelo y descansaban un poco, a veces hasta fumando un cigarrillo. Después volvían a unirse al círculo de bailarines, ya descansados.

Pronto, empero, cuando se hubo expresado la primera larga pasión de pena, Nessim mandó a buscar a los sacerdotes que añadirían la luz de altos cirios sin sangre y el son de los salmos al sonido del agua y la esponja, porque había que lavar el cuerpo. Llegaron por fin. Los lavadores del cuerpo eran los dos bedeles de la pequeña iglesia copta, rústicos ignorantes los dos. Allí se produjo un horrible altercado, porque los vestidos del muerto son el pago del que los lava, y los bedeles no encontraban nada en el raído guardarropa de Naruz que pareciera recompensa adecuada por su trabajo. Unas cuantas mantas viejas y botas, un camisón roto y una gorrita bordada que databa de su circuncisión: era lo único que poseía Naruz. Y los bedeles no iban a aceptar dinero: habría traído mala suerte. Nessim empezaba a enojarse, pero ellos se quedaban allí, obstinados como mulas, negándose a lavar a Naruz sin el pago ritual. Finalmente, Nessim y Balthazar se vieron obligados a quitarse sus propios trajes para dárselos como pago. Se pusieron, con un estremecimiento, las desgarradas ropas viejas de Naruz, mantos que colgaban como batas de graduados universitarios sobre sus altas figuras. Pero de cualquier modo había que terminar la ceremonia, para que pudieran llevarlo a la iglesia al amanecer y enterrarlo, o de otro modo los plañideros profesionales eran capaces de mantener la función durante días y noches sin interrupción; en los tiempos antiguos, tales duelos duraban cuarenta días. Nessim ordenó también que se hiciera el ataúd y toda la noche el canto estuvo puntuado por los martillazos y ruido de sierras en el patio de la carpintería situada allí cerca. El propio Nessim estaba completamente agotado para entonces, y se adormeció en una silla, despertado de tiempo en tiempo por un estallido de canto o por algún problema personal que quedaba sin solución y que los sirvientes de la casa sometían a su arbitraje.

Sonido de cánticos, rosados temblequeos de cirios, siseo de esponjas y rasguido de una navaja sobre carne muerta. La experiencia no causaba dolor ahora, sino un embotamiento extraterreno del ánimo. El sonido del agua goteante y de las esponjas aplastándose suavemente sobre el cuerpo de su hermano parecía parte de una fábrica enteramente nueva de pensamientos y emociones. Los gemidos de los lavadores, mientras le daban vuelta, el sordo golpe del cuerpo sobre la tabla, el blando golpe del cuerpo de una liebre muerta, sobre la mesa de la cocina... Se estremeció.

Por fin, Naruz, lavado y ungido y espolvoreado de romero y tomillo descansó cómodamente en su tosco féretro, vestido con el sudario que, como todo copto, había reser vado para esta ocasión; mortaja de lino blanco mojada en el Jordán. No tenía joyas ni vestidos ricos que llevarse al sepulcro, pero Balthazar arrolló el gran látigo manchado de sangre y se lo puso bajo la almohada. (A la mañana siguiente, los sirvientes traerían el cadáver de un miserable, cuya cara había sido aplastada por los golpes de esta arma singular: parece que había corrido, gritando, irreconocible, a través de la plantación hasta caerse en un dique y ahogarse. Tanto había trabajado el látigo, que no lo podían identificar.)

La primera parte del trabajo estaba concluida, y sólo faltaba esperar a que amaneciera. Una vez más se admitió a los plañideros en la sala de la muerte donde yacía Na ruz, y otra vez reanudaron su apasionado baile y tamborileo. Balthazar se despidió entonces, no habiendo otra cosa en que pudiera ayudar. Los dos hombres cruzaron el patio lentamente, del brazo, apoyándose el uno en el otro, como exhaustos.

-Si te encuentras con Clea en el ferry, llévatela de vuelta -dijo Nessim.

-Naturalmente.

Se estrecharon despacio las manos y se abrazaron. Después, Nessim se volvió, bostezando y estremeciéndose, a la casa. Se sentó adormecido en un sillón. Pasarían tres días antes de que se pudiera purgar la casa de tristeza y «enviar afuera» el alma de Naruz, con las ceremonias sacerdotales. Primero vendría la larga y arrastrada procesión, con antorchas y estandartes, al amanecer, antes que se levantara la niebla, llevando las mujeres las caras ennegrecidas como furias, arrancándose los cabellos. Los diáconos irían cantando «Recuérdame, oh Señor, cuando hayas llegado a tu reino», en voz profunda y palpitante. Después, el piso frío de la iglesia, y la lluvia de terrores sobre la cara pálida de Naruz y las voces recitando «Del polvo al polvo», y el rodar de los períodos de evangelio llevándolo con su canto al cielo. Chirridos de tornillos de bronce al poner la tapa. Todo esto vio, imaginó Nessim, mientras se adormecía en la silla de rígido respaldo, al lado del tosco ataúd. ¿En qué, pensaba, podría estar soñando ahora Naruz, con el gran látigo arrollado bajo la almohada?

NOTAS COMPLEMENTARIAS

LAWRENCE DURREL SIGUE ESCRIBIENDO DESDE SU SANTUARIO FRANCÉS EN SOMMIERES
Francia, (Reuter)

El novelista inglés Lawrence Durrell sigue escribiendo, a pesar de su enfermedad, desde un tranquilo santuario francés que lo cautivó por primera vez, hace más de 30 años. El autor de "El Cuarteto de Alejandría", vive modestamente en Sommieres, un pintoresco pueblo rodeado de viñedos, cerca de Nimes, en el sur de Francia. Durrell, es un hombre pequeño, de apariencia frágil que sufre de enfisema, una enfermedad que dificulta la respiración. Se mueve con lentitud y tiene un leve jadeo al hablar. Pero sus ojos azules brillan constantemente de curiosidad y la conversación es fluida e interesante. Su enfermedad le impide escribir todo lo que él quisiera. "No escribo todos los días, tengo que estar en cierto estado de ánimo", dijo Durrell. "Es algo voluptuoso, casi me siento culpable de estar haciéndolo", agregó.

Durrell se instaló en Sommieres en 1957 y unos años después compró su casa actual. Escondida por un alto muro que rodea el oscuro jardín, bajo la sombra de los árboles, parece el tipo de casa encantada que inspira historias de terror entre los niños. "Llegué aquí casi por accidente. Estaba en quiebra. Quería vivir en Francia, a la cual consideraba un santuario, y probar suerte escribiendó",recordó. "Nadie quería la casa, así que la compré barata, dijo Durrell. Cada año el agua de las inundaciones llegaba hasta la mitad de las paredes. Pero yo sabía que estaban construyendo un dique aguas arriba. Ahora sólo se inunda el sótano", agregó. En su interior la casa brinda una agradable atmósfera de cosas desvencijadas. Hay algunas fotos de amigos: El vagabundo "Blanco", héroe de una película que hizo Durrell para televisión, y del herborista local Ludo Chardenon, sobre quien escribió "El hombre de la planta mágica". Está dispuesto a jurar sobre la efectividad de los remedios de Ludo. En la mesa del pasillo hay un busto hueco de un hombre tocado con varios sombreros y bonetes. "Es Dante en plena borrachera", bromea Durrell al desenroscar una bufanda tejida con la que envuelve su cuello antes de enfrentar el penetrante viento otoñal.

El escritor inglés se casó cuatro veces, y ahora comparte su gran casa con su compañera, Francoise Kesisman, a quien conoció cuando ella abrió, hace varios años, un restaurante en Sommieres. La conversación pasa constantemente del inglés al francés, que Durrell pronuncia con mucha elegancia, a pesar de que, según él, lo habla mal. Famoso por su obra maestra de cuatro novelas que ha sido traducida a 20 idiomas, Durrell también ha incurrido en libros de viaje -incluyendo "Limones amargos" y "Reflexiones sobre una Venus marina"- y en la poesía. También ha publicado su correspondencia con su amigo, el novelista y revolucionario del sexo, Henry Miller, muerto en 1980.

Su último libro, sobre Provenza, será publicado a fines del próximo año. Durrell expresa admiración por sus compatriotas Graham Greene y Anthony Burgess, escritores que también eligieron vivir cerca del Mediterráneo: Grenne en Antibes y Burgess en el principado de Mónaco. Durrell no ha conocido personamente a ninguno de los dos. "Graham

Greene es un heroe para mi. Su lenguaje es ciaro y honesto", afirma. El hermano menor de Durrell, el famoso zoólogo Geral Durrell, es fuente constante de bromas. Lawrence se asombr de la atención que muchos le prestan por ser el hermano de Gerald. El libro humorístico de Gerald "Mi familia y otros animales", sobre la vida de la familia Durrell en la isla griega d Corfú, antes de la guerra, fue un éxito internacional d librería, como muchos de sus posteriores libros sobre anima les, y también vive cerca de Nimes. Lawrence

George Durrell nació en la India, donde su padre trabajaba como ingeniero de ferrocarriles. Sus padres eran británicos pero vivieron siempre fuera de su patria. Durrell fue enviado a estudiar a Inglaterra a los 12 años y el resto de su familia siguió sus pasos tras la muerte del padre Al preguntarle por qué suele describirse a sí mismo como un irlandés, Durrell admitió: "Es un poco una farsa par fastidiar a los ingleses, que a veces son muy aburridos. Es más bien un estado de ánimo. En realidad no tengo parentescos sanguíneos que lo justifiquen". Nunca ha vuelto a India. "Obviamente está presente en mi en un sentido literario, y he leído mucho sobre ella. Pero no quiero volver. Me puedo llegar a desilusionar. Y en los que respecta a Gran Bretaña, sólo vuelvo como turista", dijo. Aunque no pertenece a ninguna religión confesó estar fascinado por el budismo.